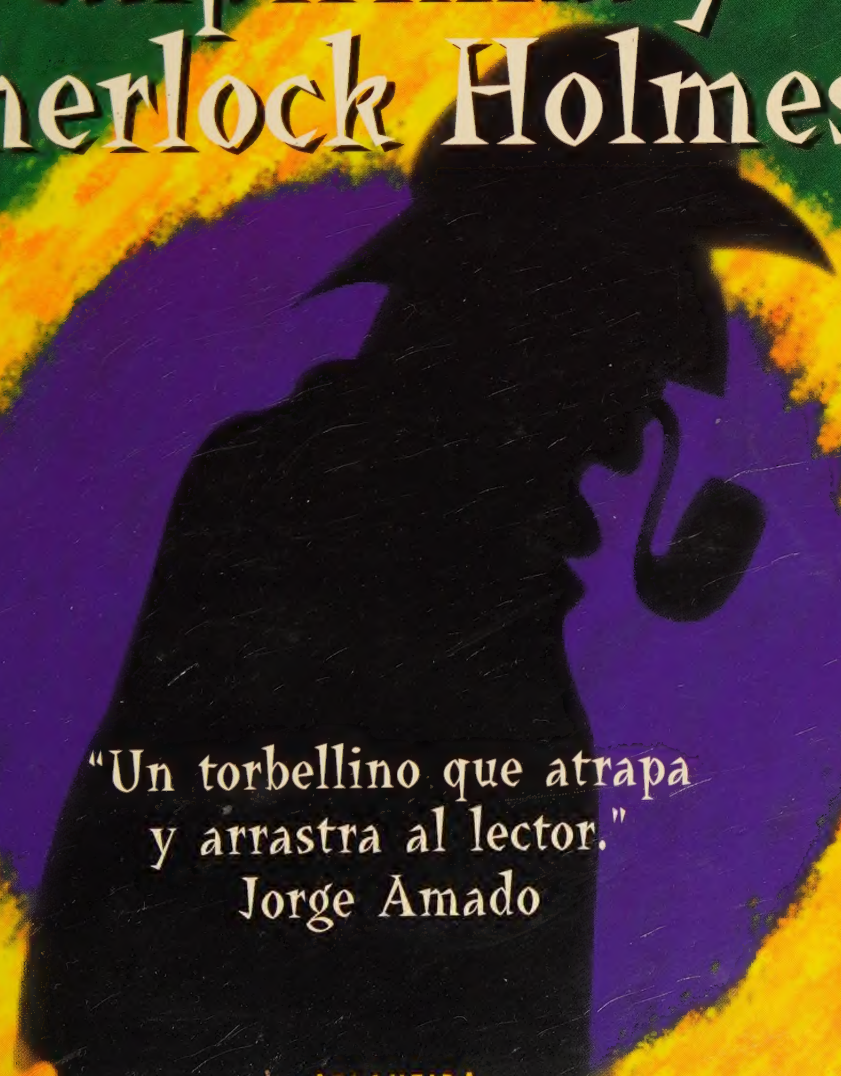


Jô Soares

BEST-SELLER NÚMERO 1 EN BRASIL

Candomblé, caipirinha y Sherlock Holmes



"Un torbellino que atrapa
y arrastra al lector."

Jorge Amado

ATLANTIDA



Digitized by the Internet Archive
in 2026

"Candomblé, caipirinha y Sherlock Holmes es una trama de suspenso a la Rubem Fonseca, en la que Jô Soares divierte al lector con su humor e inteligencia."

Jornal do Brasil - Río de Janeiro

"¿Qué pueden tener en común un violín Stradivarius, el emperador Pedro II, Sarah Bernhardt, un **serial killer** y Sherlock Holmes? Con estos elementos Jô Soares nos ofrece una novela divertida, que ni el mismo Conan Doyle hubiera podido imaginar para su experimentado personaje."

O Globo - Río de Janeiro

"Candomblé, caipirinha y Sherlock Holmes:

Jô Soares consigue una maravillosa combinación de imaginación y realidad."

Zero Hora - Porto Alegre

"Un texto que fluye como una conversación inteligente."

Folha de São Paulo

"El Sherlock de Jô Soares emprende un viaje divertido de la ficción a la realidad.

Descripciones minuciosas del Río de la época ambientan magistralmente personajes históricos y de ficción."

Jornal da Tarde - São Paulo

**Candomblé,
caipirinha y
Sherlock Holmes**

Jô Soares

Candomblé,
caipirinha y
Sherlock Holmes

Traducción:
Rosa S. Corgatelli

EDITORIAL ATLANTIDA
BUENOS AIRES

Diseño de tapa: Silvina Rodríguez Pícaro
Diseño de interior: Claudia Bertucelli

Título original: O XANGÔ DE BAKER STREET

Copyright © 1995 by Jô Soares

Copyright © Editorial Atlántida, 1996.

Derechos reservados. Primera edición publicada por

EDITORIAL ATLANTIDA S.A., Azopardo 579, Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en España. Printed in Spain. Esta edición se terminó de imprimir en el mes de junio de 1996 en los talleres gráficos

Rivadeneyra S.A., Madrid, España.

I.S.B.N. 950-08-1605-9

Este libro está dedicado a los amigos Rubem Fonseca,
Fernando Morais y Hilton Marques,
que tuvieron la paciencia y el cariño de leerlo antes.

Y a Flávia, que lo leyó todavía antes,
por encima de mi hombro.

Agradezco la valiosa y dedicada colaboración en las investigaciones de Angela Marques da Costa y Lilia Schwarcz.

También a Ricardo y Paulo Santoro,
Affonso Romano de Sant'Anna, Edinha Diniz,
Antônio Houaiss, Massimo Ferrari, João Lara Mesquita,
José Bonifácio de Oliveira Sobrinho, Eliana Caruso,
Walter de Logum-edé, Israel Klabin, Max Nunes,
Júlio Medaglia y Maria Emilia Bender.

Sin olvidar al grupo del DEDOC: Juraci, Duncan,
Luís Arturo, Pepe, Bizuca, Zulmira, Eliseu, Ferrão
y Jorgel Miguel, que tanto me ayudaron
en las consultas de madrugada.

¡Todos estamos más o menos locos!

BAUDELAIRE

*El humor no es un estado de ánimo, sino
una visión del mundo.*

WITTGENSTEIN



Morro da
D. Marta

Morro
do
Mundo
Novo

Morro dos Canos da Carioca

Praia de Botafogo

Morro
da Viúva

Morro Alto do São

Morro

Morro da Nova
Morro do Camagalo

Praia do Flamengo

Morro da Glória

Baía da Guanabara

Fortaleza
de São João

Bateria São Teodósio

Bateria São João



1

A las tres de la mañana todavía podían verse algunos negros esclavos que salían con barriles llenos de basura y heces de las casas de putas de la calle Regente. Todo era amontonado en un lugar cercano, lo cual creaba uno más de los terrenos nivelados con desperdicios que adornaban el paisaje de la ciudad de Río de Janeiro aquel mes de mayo de 1886. Ciertos esclavos competían para ver quién hacía más rápido el monte más grande, y plantaban banderines en la cima de las inmundicias cuando consideraban que allí no cabían más excrementos. Después, la población quedaba a la espera de las lluvias, el escurrimiento natural que llevaba todo aquello hacia el mar, lavando las calles y apestando la ciudad. Pasados los temporales, con pañuelitos perfumados llevados a la nariz, los ricos y la nobleza fingían que el precario desagote provisto por la City Improvements era comparable a la envidiable red de desagües de París.

En la esquina de las calles Regente y Hospício, una pálida figura toda vestida de negro, con sombrero de alas anchas calzado hasta los ojos, acecha la salida de los últimos clientes. A pesar del calor, lleva una capa que le llega a los pies, y aguarda, inmóvil. Bajo la capa, que acentúa su delgadez, se delinea el relieve de un volumen indefinido, que tanto puede ser un paquete como un arma. De la tercera casa de putas sale una muchacha, casi niña, bebida. La falda roja está abierta a un costado, hasta el

muslo, y los senos se hallan a la vista, pues la blusa amarilla, delgada y barata, no resistió los ataques voraces de los frequentadores más borrachos. Completamente embriagada, apenas si nota la exhibición de las tetas. Procura un rincón menos inmundo para vomitar y ríe de su preocupación: “Ya que es para vomitar, ¿por qué no buscar el lugar más sucio?”. En el fondo es por pura superstición. Aunque sea vómito, es de ella, y no le agrada ver el fruto de sus náuseas sumado a las heces ajenas. Dobla en un callejón oscuro y disputa con algunas ratas el dudoso honor de ocupar aquel territorio. Se apoya en el muro de los fondos de uno de los burdeles y, con el mentón inclinado hacia dentro del jardín de la casa, aguarda la arcada. Como si todo no fuera más que una escena exhaustivamente ensayada de gran guñol, el hombre de negro se lanza sobre ella con una daga en una de las manos y le corta el cuello con precisión quirúrgica. Por la garganta abierta brota una cascada de sangre mezclada con el primer borbotón de vómito que ya llegaba a la boca. Sin prisa, el hombre se arrodilla al lado de la joven puta. Con el cuchillo le corta las dos orejas y las guarda celosamente en el bolsillo del saco. Al levantarse, revela al fin el bulto que la capa ocultaba. Ni paquete ni arma: un violín. Arranca una cuerda, la del mi, y, tras levantar la falda de la muchacha, enrolla el hilo arrancado de la clavija en los pelos crespos del pubis del cadáver. Saciado, sale tranquilamente por la calle Regente, tocando uno de los veinticuatro *capricci* de Paganini en las tres cuerdas restantes del instrumento.

• • •

El público que aplaudía emocionado sentía que estaba viviendo un momento histórico en el teatro de Brasil. Hacía meses que la ciudad entera se preparaba para recibirla, y el teatro Imperial de San Pedro de Alcântara, en la plaza Constituição, en el Rossio, había sido reformado para esperar su llegada. El camarín fue redecorado por la señora Rosenvald, de la Casa de las Parásitas, en la calle Ouvidor, y ampliado según instrucciones del secretario

de la actriz, enviadas antes por carta. Había ahora un juego nuevo de sillones, un sofá y un *récamier* de terciopelo verde *capitoné*. Un biombo separaba esta parte del camarín, donde ella recibiría a sus visitas, de la salita donde la actriz se cambiaba de ropa. En el escenario, la deslumbrante, la única, la eterna Sarah Bernhardt agradecía en francés los aplausos brasileños. El estreno, un día antes, con *Fédora*, de Victorien Sardou, había sido un éxito colosal; sin embargo, esa noche *La dama de las camelias* no careció de incidentes. El actor Philippe Garnier, que representaba el papel de Armand Duval, cometió la imprudencia de presentarse con el rostro liso, sin los bigotes lustrosos característicos, hasta entonces, del amante de Marguerite Gauthier. Desde los palcos más altos, algunos estudiantes intentaron una rechifla y lanzaron puntas de cigarros encendidas sobre los elegantes que llenaban los *fauteuils* de la platea. Artur Azevedo se levantó de su butaca e hizo una defensa vehemente del espectáculo, diciendo que la Bernhardt “representaba a la propia Francia”. El autor había conocido a Sarah en París, y fue él quien le dio el título de “Divina”. Al final del espectáculo, cuatro chicos de librea entraron en escena cargando flores enviadas por el emperador. Recogidas en los jardines del palacio imperial, eran de extremo buen gusto, salvo, tal vez, las enormes hortensias que componían el ramo traído de Petrópolis. Jóvenes románticos que habían ocupado las primeras filas lanzaron sobre la Divina una lluvia de camelias, símbolo del abolicionismo, cultivadas en el refugio de esclavos de Leblon, y al mismo tiempo una alusión poco sutil al caballito de batalla de la mayor actriz del mundo.

—*C’est pardonnable et c’est charmant...* —decía a *sotto voce* la Bernhardt a sus colegas en el escenario, que contenían la risa mientras trataban de esquivar la andanada de flores. El telón del San Pedro bajó por vigesimotercera vez.

—*Ça suffit* —decía Sarah—. Si no, vamos a pasar más tiempo agradeciendo que el que demoramos en representar la pieza. Alexandre jamás nos perdonaría —concluyó, refiriéndose a Dumas hijo, autor del texto.

Sarah y su *troupe* habían llegado a Río hacía pocos días, en el

Cotopaxi, el jueves 27 de mayo de 1886. A pesar de ser uno de los meses más agradables del año, ella se quejó del calor, pero quedó encantada con la recepción en el muelle del puerto y más aún cuando unos estudiantes soltaron los animales de su carruaje e insistieron en tomar el lugar de los caballos, tirando del vehículo a través del muelle. Después, camino al hotel, quiso pedir al cochero que levantara la capota para observar mejor el paisaje y a las personas que se amontonaban en las calles para ver algo de aquella francesa, pero el intérprete brasileño que la acompañaba se lo impidió:

—No, *madame*. En Brasil no es elegante andar con la capota levantada.

—¿Por qué?

—No sé, *madame*. Creo que es para dar la impresión de que aquí no hace tanto calor.

Ahora, no veía la hora de regresar al camarín y sacarse las pesadas ropas del personaje. A los cuarenta y dos años parecía una jovencita y su energía era casi la de una adolescente, pero los trópicos son los trópicos. No tuvo tiempo de hacer lo que deseaba. A la puerta del camarín ya esperaba, cercado por su comitiva, Pedro de Alcântara João Carlos Leopoldo Salvador Bibiano Francisco Xavier de Paula Leocádio Miguel Gabriel Rafael Gonzaga, el emperador don Pedro II de Brasil. El soberano la había visto en uno de sus viajes a Europa y era de los más fervorosos adeptos de la venida de Sarah Bernhardt a Río. Había bajado de Petrópolis especialmente para el estreno.

—*Vive l'empereur!* —gritó de lejos el mito en cuanto vio a Su Majestad, y quien escuchaba no podía percibir si había en la exclamación algún toque cínico de mofa. Don Pedro II se ruborizó de placer. Era la primera vez que recibía una salutación en francés.

—*Et vive la reine du talent!* —retrucó el emperador.

Los aduladores que lo rodeaban comentaron entre sí, fingiendo hablar bajo, como para que don Pedro no oyera:

—¡Qué espíritu! ¡Qué respuesta!

Ya en el camarín, se sentaron en los muebles nuevos que decoraban la salita. Todos estaban impecablemente vestidos, con

sus uniformes y trajes de gala. Podría dar la impresión de que se hallaban instalados en algún *salon* de París, a no ser por las manchas de sudor presentes en todas las axilas. Sarah pidió champaña al secretario, Maurice Grau, mientras se colocaba detrás del biombo y, con ayuda de la camarera, se arrancaba kilos de faldas y enaguas empapadas.

—Espero que a Su Majestad le haya gustado el espectáculo.

—¿Cómo no habría de gustarme? Sólo lamento que nuestros escenarios todavía no estén a la altura de los teatros europeos.

—*Oh, vous savez...* un escenario es sólo un escenario. Lo que cuenta es lo que se le pone encima...

—Entonces hoy tuvimos el mejor, el más bello y el más iluminado escenario del mundo —respondió, galante, el emperador—. Sólo lamenté la ausencia, aquí, de una gran amiga y tal vez una de sus mayores admiradoras, la baronesa de Avaré, Maria Luísa Catarina de Albuquerque. Habla francés como nosotros y de niña hizo teatro en el colegio. Las monjas decían que tenía gran talento. En un auto de Navidad montado por las carmelitas, hizo llorar a los padres y las madres de los alumnos al interpretar a un ángel del Señor.

—¿Y qué fue lo que impidió que tan dotada espectadora asistiera al espectáculo? —indagó Sarah, mientras bebía un sorbo de champaña para disfrazar el cinismo de la pregunta.

—Ocurre que la señora baronesa era poseedora de un rarísimo violín, un Stradivarius. Pues bien, el violín fue robado hace pocos días y, desde entonces, doña Luísa está inconsolable. No hay dulce de calabaza ni música de esclavos que la saque de esa profunda melancolía. Sus negros ya comentan que la señora tiene *banzo*.

Sarah sonrió sin entender:

—*Banzó?! Qu'est-ce que c'est?*

—Es como los esclavos llaman a la melancolía, la tristeza, *madame*. Echan de menos a la madre África. Fijese que algunos llegan a morir de *saudades*, de añoranza. Además, *saudades* es una palabra intraducible. Sería más o menos "*avoir le cafard*".

—¿Y la policía? ¿Qué dice la policía?

—Infelizmente, la baronesa Maria Luísa no quisiera involucrar a las autoridades. El violín fue un regalo mío, y, a pesar de que nuestra amistad es puramente platónica, la emperatriz no vería con buenos ojos que toda esta historia apareciera en los diarios.

—Pues tal vez yo pueda ayudarlos, a usted y a su baronesa. Resulta, señor emperador, que soy muy amiga del mayor detective del mundo: Sherlock Holmes. Desde luego, Su Majestad habrá oído hablar de Sherlock Holmes —dijo Sarah.

—Debo confesar mi ignorancia, *madame*. Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Por eso es que vivo diciéndole a su amigo, el doctor Watson, que no sea perezoso y narre las fantásticas aventuras de Holmes. Tal vez algún día el buen doctor siga mi consejo. Sherlock Holmes es el primer detective del mundo. Una vez encontró las joyas perdidas de una cantante rusa, con solo examinar la ropa que había usado en un banquete ofrecido al emperador.

—¿¡A mí!?

—No, Majestad, a Napoleón III...

—No conozco a ningún detective —respondió don Pedro, pasando por alto el pequeño equívoco—, si bien me gusta leer algunas historias de misterio. No sé si usted conoce la prosa de Edgar Allan Poe. Poe creó un personaje fascinante, un detective llamado Auguste Dupin, que aparece en “Los asesinatos de la calle Morgue” y también en otros cuentos, como “El misterio de Marie Roget” y “La carta robada”. Quedé muy impresionado, porque Dupin consigue, inclusive, adivinar lo que una persona está pensando, valiéndose tan sólo de la deducción.

—Pues tengo la certeza de que este personaje de ficción no llega ni a los pies de Holmes. Creo que a él le encantaría conocer Brasil y no sabría resistir una invitación de Su Majestad. En poco tiempo descubriría el violín de su amiga —concluyó Sarah Bernhardt, que salió, espléndida, de atrás del biombo, con un magnífico vestido blanco—. Y ahora, si Su Majestad me permite, me espera una cena en el Gran Hotel. Estoy muerta de hambre. Nunca como nada antes del espectáculo, y me muero de ganas de probar al fin la cocina brasileña, de la cual tanto me hablan.

Así diciendo, la actriz tendió la mano al emperador, que se la besó con respeto. Todos dejaron el camarín fascinados con el encanto de la Divina. Don Pedro anotó discretamente en una libreta el nombre del detective.

2

El Gran Hotel quedaba en el Catete, en la calle Marquês de Abrantes. Situado en lo alto de una pequeña colina cubierta de jardines y arboledas, gozaba de las brisas del mar, que se divisaba a lo lejos. Era famoso por sus aposentos espaciosos y su óptimo servicio. Los tranvías, que subían y bajaban frente al portón de entrada, le daban un toque romántico. El enorme salón comedor estaba decorado con refinamiento. Mantel de encaje de Ceará, candelabros inmensos en el centro de la mesa, platos de Limoges, cristales Baccarat y pesados cubiertos Christofle en *vermeil*. Aguardando de pie, alrededor de la mesa, varios periodistas y algunos nombres de la bohemia literaria de la ciudad. Allí estaban el periodista Pardal Mallet, redactor de la *Gazeta de Notícias*, y el divertido Guimarães Passos, poeta y archivista de la Mayordomía de la Casa Imperial, uno de los funcionarios públicos mejor pagos del imperio. Passos acostumbraba decir que era funcionario público, pero poeta en particular. Defensor interesado del imperio, pasaba noches en blanco en los barcitos de la ciudad discutiendo acaloradamente con sus amigos republicanos. Además de ellos, se hallaban presentes Múcio Prado, redactor y cronista social del *Jornal do Commercio*; Belmiro de Almeida, creador del recién lanzado periódico *Rataplan*; Eduardo Joaquim Correa, del diario humorístico *O Mequetrefe*; Angelo Agostini, de la *Revista Ilustrada*, que no se cansaba de

publicar caricaturas del emperador; e incluso el elegante millonario Alberto Fazelli, hijo de inmigrantes italianos, que se creía irresistible. Considerado el petimetre más codiciado de la ciudad, Albertito había decidido que moriría viejo y soltero, de preferencia en París. Sus amigos se burlaban, diciendo que sería mucho mejor vivir en París y morir por aquí. Junto con los periodistas estaban el joven librero Miguel Solera de Lara, dueño de la librería El Refugio de Afrodita, uno de los puntos de encuentro de los intelectuales de la ciudad; el marqués de Salles, con profundas ojeras y siempre vestido de negro, especie de *enfant gâté* de la corte, lector asiduo de su casi homónimo, el marqués de Sade; y el famoso sastre Salomão Calif, que vestía a la mitad de la ciudad elegante, sin hablar de los hacendados de San Pablo que viajaban a la capital sólo para usufructuar su mágica tijera. También se hallaba presente el dueño del hotel, Aurélio Vidal, con sus amigos, que ocupaban la mayor parte del salón. Lo curioso es que ningún actor había sido invitado y no se veía una sola mujer en el recinto, a no ser las negras esclavas, que, con los otros criados, iban a ayudar a servir la cena. Las ventanas estaban abiertas, mostrando la vista incomparable de la bahía. En aquella época del año bastaban cuatro negros con grandes abanicos para refrescar el ambiente. De repente entró corriendo uno de los negritos que cargaban valijas en la conserjería.

—¡Don Aurelio! ¡Don Aurelio! ¡Ya llega la señora!

Por encima de la cabeza del negrito jadeante, todos los ojos machos de la sala divisaron a la maravillosa francesa vestida de blanco. El muchachito casi murió del susto y volvió corriendo a la conserjería. Sarah Bernhardt se hizo a un lado y dejó pasar al chico. Hubo una pausa, un compás de silencio, y de repente la sala entera irrumpió en un aplauso frenético:

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Messieurs, ¡por favor! El espectáculo ya terminó y tengo hambre.

Todos rieron y se aproximaron para ver de más cerca todavía aquel fenómeno que había resuelto mostrar su gracia en tierras brasileñas. La actriz entró en el salón acompañada por su hijo,

Maurice Bernhardt, un hermoso muchacho de veintidós años. El padre de Maurice era el príncipe belga Henri de Ligne, de quien la actriz se había enamorado todavía joven. Sarah había inscripto al niño sólo con su apellido, como si fuera de padre desconocido. La historia de ese romance es digna de un melodrama. El príncipe, enamorado, resolvió casarse con la actriz, que comenzaba su carrera. El tío de Henri, el general de Ligne, como el padre de Duval en *La dama de las camelias*, fue a buscarla a París sin que el príncipe lo supiera. En una conversación cortés, aunque objetiva, hizo ver a la actriz que, si se llevaba a cabo el casamiento, el príncipe sería inmediatamente desheredado por la familia real y perdería su posición y todo su patrimonio. Con el corazón devastado, Sarah Bernhardt se separó del noble, alegando que su carrera era más importante. Jamás el príncipe Henri de Ligne supo el verdadero motivo de aquella dolorosa ruptura.

Si aquella noche Sarah de veras pensaba probar la comida de la tierra, quedó decepcionada. El menú, preparado por un *chef* francés llamado especialmente para la ocasión, copiaba de manera radical a los restaurantes de París. Roland Blanchard había venido a “hacer la América” y hacía muchos años que vivía en Botafogo. A veces cocinaba para el emperador, y había publicado un libro de consejos y recetas, en el que hasta enseñaba que no se debía llevar a la fuente la cuchara que se había llevado a la boca. Explicaba también que, si la persona sentía ganas irresistibles de escupir, era mejor hacerlo en el piso que en el plato. El menú de la noche estaba compuesto por carnes de caza, pescados, jamones, quesos, vinos y champaña. Ni siquiera arroz se incluyó para abraseñar levemente las recetas del francés. Sarah se sentó a la derecha de Aurélio Vidal, que ocupaba la cabecera; a su lado, el marqués de Salles, y enfrente, Guimarães Passos. Al lado de éste, Alberto Fazelli se esforzaba por acercarse lo más posible, casi con el codo dentro del plato del vecino. De inmediato los periodistas comenzaron las preguntas, transformando la cena en una conferencia de prensa.

—¿Qué come cuando se despierta?

—Entre un acto y otro, ¿bebe?

—¿Cuáles son sus supersticiones?

—¿Qué le parece Brasil?

—¿Qué número calza?

—¿Cuánto pesa con ropa?

—¿Y sin ropa?

—¿Es verdad que sólo consigue aprender de memoria los papeles mientras se hace un baño de pies?

—¿Cuál es su edad?

—¿Qué le parecen los hombres brasileños? —preguntó con lascivia Alberto Fazelli, que no era periodista pero no le resultaba un inconveniente.

—Por ahora sólo me parece que hacen demasiadas preguntas —respondió Sarah mientras vaciaba una copa de vino.

Para cambiar de tema, Guimarães Passos interrumpió aquellas preguntas de alto nivel.

—Espero que disculpe el entusiasmo de mis colegas. Sólo lamento que algunos de mis amigos no hayan podido venir a cenar. Tengo la certeza de que a usted le encantaría conversar con Olavo Bilac, un poeta extraordinario. Lástima que todavía no haya publicado ningún libro.

—¿Olavô Bilac?

—Sí.

—¿Y por qué no vino?

—Lamentablemente, mi amigo Olavo se hizo republicano, y en estos momentos anda escondido. Publicó un pequeño panfleto contra la monarquía y lo busca el comisario Mello Pimenta, de nuestra policía. Mello juró que Bilac va a pasar una noche en la cárcel. ¿Usted está de acuerdo en que aún es muy pronto para realizar cambios en nuestra política?

—*Je ne me mêle pas de ces affaires...* —respondió Sarah con una sonrisa.

—¿Qué dijo? —preguntó con avidez Pardal Mallet desde la otra punta de la mesa.

Alberto Fazelli tradujo de oído:

—Dice que vio a Mello con seis alféreces.

Múcio Prado, del *Jornal do Commercio*, se apresuró a corregir:

—No dijo eso, Albertito. Sólo dijo que no se mete en esos

asuntos. —Y, aprovechando el malentendido, introdujo una pregunta: —Sé que usted estuvo con nuestro emperador. ¿Qué puede contar de ese encuentro?

—Sólo que el emperador es muy simpático y anda preocupado —reveló la *comédienne* al cronista, en voz baja—. Figúrese que robaron un violín Stradivarius a una amiga suya, una baronesa, que está desconsolada. Yo le sugerí que invitara a un detective inglés al que conozco bien, Sherlock Holmes, para que devele el misterio.

Múcio vio enseguida que tenía una buena nota para su sección: baronesa, amiga del emperador, sólo podía ser Maria Luísa Catarina de Albuquerque. Hasta entonces, el único Stradivarius, instrumento valiosísimo, de que se tenía noticia en Río pertenecía al violinista José White, excelente músico cubano *habitué* de la corte. Resultaba obvio que este otro violín debía de ser un regalo secreto de don Pedro. Alrededor de la mesa pocos prestaron atención a la noticia, tal vez por no comprender el francés rápido y susurrado de la actriz; sin embargo, el periodista sabía que el asunto causaría un pequeño escándalo en la corte.

Tan buena era la comida que, a pesar de la presencia de la Divina, alrededor de la mesa todos callaron. Cuando, después del postre, iban a comenzar las preguntas, Sarah se apresuró a ponerse de pie.

—Señores, estaba todo delicioso, pero mañana tengo ensayo. Por favor, no se levanten. —Antes de que nadie pudiera ayudarla, se irguió con agilidad, dejando caer al piso la servilleta. Salió del salón, con el estómago lleno pero leve como una pluma, en dirección a la escalera que llevaba a sus aposentos.

Alberto Fazelli recogió la servilleta, olió la tela como si fuera el pañuelo de encaje de la mujer amada y sentenció con profundidad:

—Esto es lo que se llama salir a la francesa.

• • •

El comisario Mello Pimenta tenía, en aquel momento, preocupaciones mayores que correr detrás de Olavo Bilac. La

declaración de que le haría pasar al poeta una noche en la cárcel había sido mucho más un desahogo en un momento de rabia que una sentencia. La verdad es que no había motivo para perseguir al “subversivo” Bilac. Sobre todo ahora, con ese crimen que había comenzado a investigar. Mello Pimenta era gordo y bajo, y ostentaba un enorme bigote negro a la Balzac. Sufría mucho el calor, a pesar de lo cual siempre se lo veía de traje y chaleco, camisa de cuello engomado y puños rígidos, muy apretada en el cuello. Curiosamente, Pimenta nunca transpiraba. La apariencia fofa del policía engañaba a aquellos malhechores que menospreciaban su agilidad: Mello Pimenta corría como una gacela. A su lado, vestido con un delantal médico cubierto de manchas oscuras de sangre coagulada, estaba el doctor Saraiva, médico forense del Estado. Flaquísimo, Saraiva tenía barba de perilla y una larga cabellera blanca, también manchada, pues el forense, distraído, adolecía de la mala costumbre de rascarse la cabeza al meditar sobre la autopsia que estaba practicando. Al verlos uno al lado del otro era imposible no pensar en Don Quijote y su fiel escudero. Los dos se encontraban en la morgue de la Orden Tercera de la Penitencia, en la plaza Carioca. La policía usaba el lugar siempre que la morgue oficial de la Santa Casa de la Misericordia, en la plaza Moura, se hallaba repleta de cadáveres. Acostado en la mesa fría de piedra, el cuerpo abierto de la muchacha asesinada se ofrecía de manera todavía más obscena que cuando ejercía la más antigua de las profesiones. Lo había encontrado un portugués vendedor de escobas que pregonaba bien temprano sus productos: “¡Miren qué escooooooba! ¡Miren qué plumeeeros!”. En cuanto entró en el callejón todavía oscuro de la calle Regente y se topó con aquel horror, el pobre hombre largó todo en el suelo y salió corriendo, al tiempo que gritaba:

—¡Ay, Jesús! ¡Es el infierno de Dantas! ¡El infierno de Dantas! —con lo cual llevaba, en su confusión, la obra italiana a tierras lusitanas.

Con un corte hábil de profesional con muchos años de práctica —Saraiva había comenzado su carrera como médico militar en la guerra del Paraguay; decía la leyenda que había hecho

la autopsia de Solano López—, el profesor había efectuado la incisión clásica, en forma de Y, dejando a la vista los órganos internos de la joven prostituta. A Pimenta le parecía inútil aquel ritual, ya que la causa de la muerte difícilmente sería otra que el corte en la garganta, tan profundo que casi separaba la cabeza del tronco. Aun así, para Saraiva, las reglas son las reglas. Con voz monocorde, seguía disecando y disertando ante el comisario.

—Por el estado avanzado de la rigidez cadavérica, debe de haber ocurrido en la madrugada del miércoles 26 de mayo de 1886. La víctima aparenta tener entre quince y veintiún años de edad. El cuerpo fue encontrado totalmente frío y exangüe. Labios cianóticos, pupilas redondas y regulares, dilatadas bilateralmente. Hígado comprometido, tal vez debido a la excesiva ingestión de bebidas alcohólicas. En caso de no haber muerto por el ataque asesino, la víctima sería, con seguridad, candidata a una cirrosis precoz. La causa de la muerte es la herida en el cuello, que le dilaceró la laringe y la faringe en un corte horizontal efectuado de izquierda a derecha. La herida fue causada por un instrumento cortante. Por la presión ejercida, el agresor posee gran fuerza física. Las dos orejas de la víctima fueron extirpadas, también con habilidad. La víctima...

Impaciente, el comisario Mello Pimenta interrumpió:

—Saraiva, todo eso ya lo sabemos. ¿No hay ningún detalle que haya pasado inadvertido en el primer examen?

—Claro que sí. Lo mejor lo dejé para el final. —Diciendo esto, colocó en las manos del comisario la cuerda enrollada del violín que encontró junto al vello púbico de la niña-puta.

—¿Qué es eso?

—No lo sé con exactitud. Parece una cuerda de mandolina o de algún instrumento musical.

—Por lo menos es una pista. Una cuerda de mandolina.

—O de *cavaquinho*, qué sé yo. Sin duda es de un instrumento musical.

—¿El asesino será músico?

—Puede ser y puede no ser. Por la violencia del crimen y por el lugar donde encontré la cuerda, lo que sé es que es medio loco.

—¿Por qué? ¿Dónde estaba la cuerda? —preguntó Pimenta, desconfiado.

—Enredada con los vellos púbicos de la muchacha. Pobre, bien escasos todavía...

Con cierta repugnancia, Pimenta envolvió la cuerda en un pañuelo y se limpió las manos en las propias solapas.

—¿Puedo llevármela?

—Claro, es toda suya. ¿Quiere que se la envuelva para regalo? —rió el doctor Saraiva, en una clara demostración del morboso sentido del humor tan común a su profesión.

En el departamento 221b de Baker Street, Sherlock Holmes acababa de servir té para él y para el doctor Watson. El doctor parecía absolutamente concentrado en la lectura del diario.

—¿Dos terrones, Watson?

—¿Eh? Sí, por favor... Extraño... muy extraño...

—¿Puedo saber qué es lo extraño? —preguntó Holmes al tiempo que le entregaba la taza y se dirigía a su sillón preferido.

—Al leer estas noticias experimento una curiosa sensación de *déjà vu*.

—Elemental, mi estimado Watson... —dijo Sherlock Holmes, pronunciando la frase que más irritaba al amigo.

—¿Cómo?

—Está leyendo el *Times* de ayer.

Mientras Watson cerraba la boca, que se le había caído, la puerta se abrió y el ama de llaves, la señora Hudson, entró con un telegrama. Estaba agitada.

—Calma, señora Hudson. Presumo que se trata de un mensaje del inspector Lestrade —afirmó el detective.

—Presumió mal, señor Holmes. Es un telegrama de Brasil. ¡Del mismísimo emperador!

—¿Del emperador de Brasil? ¿Qué querrá de usted? —preguntó Watson, intrigado.

—Sólo lo sabré después de leer —respondió Holmes—.

Gracias, señora Hudson. Veo que, desobedeciendo las órdenes de su médico, continúa usted comiendo huevos, a escondidas, en el desayuno.

La pobre mujer se asustó y farfulló avergonzada:

—Es verdad, señor Holmes. No logro resistir... ¿Cómo lo descubrió?

—Simple, señora Hudson. En el apuro por engullirlos, dejó caer un poco de yema en la blusa, causando una mancha amarilla. Enseguida deduje que desobedeció las órdenes del doctor.

El ama de llaves se miró, abochornada, el cuello de la blusa.

—Bien, señor Holmes, la verdad, eso que usted llama mancha amarilla es un broche de oro que perteneció a mi madre. Pero lo gracioso es que de veras comí una *omelette* esta mañana temprano.

—Es evidente. Mis deducciones siempre son acertadas. Es su broche lo equivocado. Puede retirarse.

Muy a disgusto, el ama de llaves curiosa salió y cerró la puerta. Watson pensó una vez más cuán necia era la vanidad de aquel gran hombre al no querer usar anteojos. Holmes se acercó al escritorio y abrió el telegrama con un puñal que le habían arrojado hacía algunos años, durante la cacería de un malhechor en Spitalfields.

—Interesante, Watson. El emperador de Brasil, Pedro II, nos invita a ir a Río de Janeiro, la capital.

—¿Cómo? ¿La capital de Brasil no es Buenos Aires? —se asombró Watson.

—No, Watson. Buenos Aires es la capital de la Argentina.

—¿Y qué quiere de usted el emperador de Brasil?

—Parece que robaron un violín Stradivarius a una amiga, y don Pedro me pide que haga una investigación discreta.

—¿Cómo se enteró de nuestra existencia?

—No de “nuestra” existencia, no, estimado Watson. De la mía. Para suerte del emperador, mi querida amiga, la gran Sarah Bernhardt, está haciendo una gira por allá.

—¡Qué fantástico! ¿Ya existen teatros por aquellos lugares?

—Claro que sí, Watson. Brasil es un país peculiar. Es la única monarquía de las Américas. Dicen que el emperador es un hombre muy culto.

—Quisiera saber cómo conoce usted tanto al respecto de ese inusitado imperio —rezongó Watson.

La cultura del detective era de las más paradójicas. Holmes era capaz de conocer detalles sobre países extraños, geología, música, botánica, química y anatomía; sin embargo, y de manera sorprendente, ignoraba la teoría de Copérnico y la composición del sistema solar. Para Watson resultaba difícil asimilar el hecho de que un ser humano tan civilizado del siglo XIX no tuviera conocimiento de que la Tierra giraba en torno del Sol. Eso a veces lo incomodaba un poco. Sherlock, magnánimo, dio una palmadita condescendiente en el hombro del médico.

—No se enfade, amigo mío. Fue por casualidad que obtuve esas informaciones. Por intermedio de un escocés-estadounidense que encontré en Francia.

—¿Quién?

—Se llama Alexander. Usted no lo conoce.

—¿Alexander?

—Sí, Alexander Graham Bell, inventor de esa maravilla moderna que es el teléfono.

—No sabía que trataba con estadounidenses —ironizó Watson, irritado.

—Me lo presentaron hace seis años. ¿Recuerda que fui a París? Bell estaba ahí para recibir el Premio Volta, de cincuenta mil francos, por su invención.

—No me diga que Graham Bell conoce al emperador de Brasil —continuó Watson, todavía incrédulo.

—No sólo lo conoce, sino que fue don Pedro el primero en utilizar el teléfono en forma pública, en la Exposición Centenaria de Filadelfia. Bell me contó el caso a las carcajadas. Sin querer, le dio un chasco. ¿Sabe cuál fue la primera frase que hizo pronunciar al monarca cuando probó el aparato?

—No logro imaginarlo.

—“*To be or not to be, that is the question*”... Y entonces, el emperador agregó, sorprendido: “¡Por los cielos! ¡Esto habla!” —completó el detective, riendo del episodio. Después, pensativo, encendió de nuevo la pipa. —Tal vez sea una buena oportunidad

para conocer el país... Después de todo, don Pedro es un monarca del mejor linaje. Braganza, Borbones, Orleans, Habsburgos, casi para dar envidia a nuestra querida reina Victoria —declaró Holmes, semicerrando los ojos y soplando una bocanada de humo en el rostro de Watson.

—Bueno, será mejor que prepare las valijas. Cuando usted entrecierra los ojos y me echa una bocanada en la cara, es señal de que está pensando en viajar.

—No sea precipitado, Watson. Antes, fijese en ese *Times* de ayer cuándo parte el próximo vapor con destino a Brasil.

Watson abrió en la página que anunciaba los cruceros.

—Aquí está. Tenemos suerte. El *Aquitania*, de la Cunard Lines, sale mañana para América del Sur.

—Óptimo. Pida a la señora Hudson que se encargue de las reservas. Mire qué coincidencia, Watson: usted leía un diario de ayer y nosotros viajamos mañana. Espero que no sea una señal de mal agüero —reflexionó Sherlock Holmes, sin mucho sentido.

—No sabía que era supersticioso, Holmes —dijo Watson al tiempo que se levantaba; luego sonrió.

—Yo no creo en brujas, pero que las hay, las hay.*

—¿Qué significa eso?

—No tengo la menor idea, pero los españoles siempre dicen esta frase cuando alguien habla de superstición —respondió Holmes, que no estaba con mucha paciencia para traducciones de arcaicos dichos ibéricos.

Watson salió de la sala pensando que nunca había visto un telegrama más largo.

* En castellano en el original.

Él acerca más la lamparilla al libro de anatomía que está leyendo. Es *Précis d'anatomie et de dissection*, de H. Beaunis. Le interesan en particular los capítulos dedicados a la disección. En el caso de la primera mujer, no tuvo necesidad de conocimientos más profundos. Resultaron suficientes las clases de esgrima y puñal que recibió, desde la infancia, en la academia del barón de Francken. La garganta de la pequeña ramera se abrió como el cogote de las cabras negras que mutilaba, con la misma daga, de un solo golpe, cuando todavía era chico, en los rituales de magia en los cuales participaba en secreto, con la complicidad de los negros de la hacienda de café de su padre. Los esclavos lo llamaban Oluparun. Pero él es creativo. No quiere repetir el golpe. Por eso, en la madrugada sofocante y húmeda de su cuarto casi monástico, lee con avidez, perdiendo el aliento con la excitación que aquellas páginas le causan: "Antes de escoger una región, es indispensable un perfecto conocimiento... Elíjanse de preferencia cuerpos jóvenes, bien jóvenes, vigorosos. Practíquese la incisión en la piel y córtense en tiras los estratos cutáneos, despegando el tejido muscular que recubre el músculo. Cortar... couper profondément...". El francés es una lengua curiosa: "profondément, profond dément". Prefiere el portugués: profundamente, profunda mente, mente profunda. Aleja esos pensamientos dispersivos y continúa su tétrica lectura. Quiere estar preparado.

JORNAL DO COMMERCIO

EDITORIAL

¡Ya hace cerca de treinta años que murió Augusto Comte! ¡Cuánto echa de menos la humanidad de este deslumbrante pensador! Pariente intelectual de Hobbes, considera como fin de doctrina el conocimiento de las leyes que rigen los fenómenos. Ver para prever, buscar lo que es, para concluir lo que será, éste es el objeto de todas sus investigaciones.

¡Genio incomparable del pensamiento universal, prueba que el estado definitivo del espíritu humano es el estado positivo! La razón, no sobre principios apriorísticos, sino sobre datos experimentales. ¡Este gran pensador, principal exponente de la filosofía positivista, a pesar de muerto, sin duda será siempre recordado como el mayor inmortal de nuestro siglo!

ENCUENTRO DE VEHÍCULOS

Ayer, en la calle Alfândega, el tilburi No. 104 sufrió tal colisión de una carreta que quedó estropeado en diversos lugares. Es preciso que cese el abuso de confiar el gobierno de carretas veloces a individuos imprudentes y carentes de la necesaria experiencia. El peligro no reside sólo en la reducida edad del conductor. Los mismos inconvenientes ocurren cuando el carretero no sabe guiar al

animal en calles donde hay gran tránsito de vehículos.

SECCIÓN CIENTÍFICA

Terminó el Congreso Antropológico de Roma, que tuvo por finalidad rescatar al hombre del vicio y del crimen. Los varios especialistas que participaron en el ilustre congreso concluyeron que el criminal es ante todo un retardado, que puede subdividirse en cinco categorías distintas: criminal nato, criminal alienado, criminal por acceso, criminal por impulso o pasión y criminal por hábito.

CLASIFICADOS

SE VENDEN: tres excelentes esclavos: un chico de 17 años de edad, linda figura; otro de 35 años, habilísimo, diestro en el servicio de labranza, y una criolla de 19 años, bonita estampa.

CARRO Y ESCLAVO: Se vende una victoria en muy buen estado con arreos, y se compra un esclavo de mediana edad, sano y sin vicios, para todo trabajo.

MUCHA ATENCIÓN: Se vende una elegante y bonita mucama de casa particular, con muchas habilidades, de 18 años de edad, buena salud, óptimos dientes, sabe planchar, coser y cortar moldes. El motivo de la venta no desagradará al comprador.

NOTA POLICIAL

Todavía no se tienen noticias del pavoroso crimen ocurrido esta semana en un callejón de la calle Regente. El horripilante delito chocó a toda la ciudad de Río de Janeiro. A pesar de que la víctima era una muchacha de vida airada, tal fue la violencia del asesinato que incluso señoras de nuestra sociedad quedaron consternadas con el triste hado de la infeliz. El delegado Mello Pimenta, encargado del caso, conduce intensas investigaciones, utilizando todos los recursos de la moderna criminología, y promete solucionar el horrendo homicidio en breve.

MUNDANALIDADES

SECCIÓN DE MÚCIO PRADO

Tuve, antes de ayer, el placer de cenar con la extraordinaria Sarah Bernhardt. Mujer de radiante belleza y talento, Bernhardt demuestra también inteligencia y espíritu ágil a la altura de cualquier hombre. Se hallaban presentes, además de la fina flor de la intelectualidad de nuestro periodismo, algunos jóvenes de las mejores familias, como el *sportsman* Albertito Fazelli, el distinguido librero Miguel Solera de Lara y el estudioso marqués de Salles. También coloreaban la mesa el renombrado sastre Salomão Calif, que, a pesar de su origen oriental, trae en la vivacidad de su tijera los mejores modelos de Occidente. El generoso anfitrión, Aurélio Vidal, propietario del Gran Hotel, que

hospeda a la Divina, estaba rodeado de sus amigos.

El menú, digno de cualquier mesa de nobles europeos, constaba de *melons au porto*, un *turbot Cambacérès*, *jambon de Prague en croûte-sauce Madère*, *poularde Nèva*, ensalada, quesos y helados. Fueron servidos un *bordeaux* blanco del 65 y un *bourgogne* tinto del 75, años excelentes. Y champaña, claro. Aun así, la *pièce de résistance* del opíparo festín la dio la homenajead, que reveló en secreto a este humilde escritor que nuestro muy amado monarca, don Pedro II, anda preocupado con el hurto de un violín perteneciente a Maria Luísa Catarina de Albuquerque, baronesa de Avaré. Imagine, caro lector: ¡se trata de un Stradivarius!

Siguiendo la sugerencia de la propia Sarah Bernhardt, nuestro meritorio emperador invitará a un detective inglés, Sherlock Holmes (¿o será Holmes?), a venir a develar el misterio de la desaparición del costoso y codiciado instrumento. Sabíamos del famoso Stradivarius del virtuoso White; todavía nadie suponía la existencia de dos de esas rarezas en tierras brasileñas.

¿Quién habría ofrecido tan regio presente a la bella baronesa?



Asma
Catarro
Insomnio

CIGARROS INDIOS,

Cannabis Indica

De GRIMAUULT y Cia.

La dificultad para respirar, la ronquera, los flacos, la aspiración silbante acaban casi enseguida, se produce una expectoración abundantísima casi siempre en poco tiempo, se torna más fácil la respiración, más blanda la tos y un dormir reparador alieja todos los síntomas alarmantes que se habían manifestado.

La emperatriz Teresa Cristina Maria de Borbón estaba furiosa. Andaba de un lado a otro de la salita íntima que separaba los dos aposentos imperiales. Llevaba doblado en la mano el diario con la sección de Múcio Prado. Sus ojos, en general serios, echaban chispas en dirección al emperador.

—Entonces, mi señor marido, ¿cuál es la intención de esta francachela? ¿Hacer que yo sea, más todavía, blanco de las burlas de la corte? —Se vestía, como siempre, de modo discreto, en tonos ceniza, aunque en aquel momento sus faldas agitadas daban a don Pedro la impresión de hallarse delante de la capa roja de un torero. La famosa barba del emperador, que lo hacía parecer más viejo que el padre, se estremecía de inquietud. Procuró una disculpa, inconsistente.

—Puedo garantizarle que se trata de algún equívoco. Jamás...

—¿Equívoco? —cortó, furibunda, la emperatriz—. ¿Qué equívoco? ¿Acaso no estoy harta de oír comentarios sobre su amistad con esa casquivana?

Don Pedro pensó en decirle un piropo, comentar que en esos momentos de rabia ella se ponía todavía más linda, pero la belleza no era el don primordial de su esposa. Además, la rabia le acentuaba la cojera. Su andar vacilante era motivo de chistes por parte de la plebe, siempre que ella pasaba en su carruaje. “¡Allá va la coja en su coche!”, decía, riendo, el populacho. Algunos calumniadores afirmaban que cuando el joven soberano vio por primera vez a la novia prometida llegar al muelle de Río, tuvo que esconder las lágrimas que le corrían por la cara. “Lloró, sí, y no fue de emoción...”, comentaban los maliciosos.

—¿Entonces Su Majestad tiene el atrevimiento de regalarle a esa mujer un violín codiciado en el mundo entero? ¡Una joya!

—¡Pero qué absurdo! No sé de dónde ese muchacho fue a sacar semejante noticia.

—De la misma fuente adonde el señor fue a lanzarla. De los labios de una... una... ¡actriz! —soltó Teresa Cristina.

—Perdón, querida. No entiendo por qué dar un tono tan peyorativo a la palabra. Fui al espectáculo del teatro San Pedro por deber de Estado. Después de todo, la señora Sarah Bernhardt

ha sido recibida en todas las cortes de Europa. Hasta dicen que era amante... —Se interrumpió, antes de completar la indiscreción. No era el mejor momento para tratar de chismes de alcoba.

La emperatriz resopló de rabia.

—Además, tiene usted la audacia de invitar a un detective inglés para hacer las investigaciones. ¿Quiere desmoralizar a nuestra policía?

Sabiendo que, cuando no se tiene argumento que valga, la mejor defensa es el ataque, don Pedro se hizo el ofendido, repitiendo el tic nervioso característico que lo acometía en esas ocasiones.

—Ya sé, ya sé, ya sé, ya sé... Bueno, por lo visto, no quiere usted dar oídos a la razón. Sólo me resta, entonces, pedirle permiso para retirarme. Joaquim Nabuco me espera en el Instituto Histórico y Geográfico —dijo, majestuosa, la Majestad. Se dirigió, solemne, hacia la puerta y salió con la dignidad de un ejército en retirada.

• • •

La mucama llenó de nuevo los vasos con refresco de *maracujá*.

—¿Otra porción de torta de maíz? —preguntó la baronesa de Avaré.

—Gracias, señora baronesa. Sólo el refresco —respondió con educación Miguel Solera de Lara.

Delgado, longilíneo, vestido con sobriedad pero con esmero, Miguel tenía la apariencia de un hidalgo español. Ejercía su profesión mucho más por amor a los libros que por necesidad, pues era de familia adinerada. Hijo dedicado, vivía con la madre, pobre enferma imaginaria que se quejaba siempre de aflicciones quiméricas, en un caserón colonial en Botafogo; decían las malas lenguas que el muchacho era fruto bastardo del marqués de Paraná, aunque, obviamente, esta insinuación no pasaba de ser un rumor sin fundamento. El librero había ido a la casa de la calle Cosme Velho a pedido de Maria Luísa, para llevar los

encargos llegados en el último buque. Su librería era la mejor de la ciudad y Miguel se ocupaba de atender en persona a los compradores más importantes. La baronesa integraba esa selecta clientela. Ella vivía la mayor parte del tiempo en Petrópolis, pero adoraba la casa de Río, a pesar de la humedad y los insectos. Maria Luísa Catarina de Albuquerque, la baronesa de Avaré, estaba deslumbrante aquella tarde. Joven viuda del barón de Avaré —no tenía más que veintiséis años—, Maria Luísa había estudiado en Inglaterra en cuanto salió del colegio de monjas, y poseía una excelente formación musical y literaria. Había conocido al marido en el barco que la llevó de vuelta a Brasil.

El barón de Avaré, treinta años mayor que la esposa, había muerto en un trágico accidente de caza, en las márgenes del río Piraí. Mientras perseguía un carpincho, tropezó con un tronco de árbol y disparó su escopeta contra el propio pie. La bala le atravesó el dedo gordo sin grandes consecuencias, pero su cirujano particular insistió en extirpárselo, y la operación provocó una gangrena que le costó la vida.

Después de un luto cerrado de casi dieciocho meses, la baronesa insistía ahora en usar sólo colores alegres. Su vestido era de seda verde claro, muy ceñido, lo cual destacaba la cintura fina y el cuerpo perfecto. El verde realzaba el cabello rubio rojizo y los ojos azules. Miguel y la baronesa estaban en la biblioteca, y sobre la mesa se podían ver los paquetes abiertos con los libros encuadernados, *doré sur tranche*, pedidos por Luísa. Con sus dedos largos y delgados, el librero hojeaba las páginas de *Histoire de la Révolution Française*, en cuatro volúmenes, de Adolphe Thiers, edición de 1851, de Furne et Cie., Libraires-éditeurs.

—Extraña lectura para una baronesa... —bromeó.

—Mire, mi estimado Miguel, es bueno saber lo que sucede cuando la aristocracia se olvida de su pueblo. Además, usted sabe que soy noble por matrimonio. Como muchas personas de la corte insisten en recordar, mi padre era carnicero.

—Prefiero decir acomodado propietario de negocios de carne —corrigió con diplomacia Solera de Lara. Sonrió, mostrando unos dientes impecables, y su sonrisa, inexplicablemente, le acentuaba la calvicie precoz.

Maria Luísa tomó un libro de tapa amarilla.

—¡Ah! Por fin llegó mi Balzac. Qué título sugestivo, ¿no cree, Miguel? —dijo con una sonrisa traviesa mientras mostraba *Splendeurs et misères des courtisanes*, editado por Mignot en 1872—. ¿Deberá ser mi libro de cabecera?

Antes de que el joven librero pudiera responder, se oyó en la puerta de la casa el ruido de un carruaje que llegaba. Por el atropello de los sirvientes, era por cierto el emperador. Solera inventó un compromiso y se retiró por la puerta de los fondos. No quería incomodar al monarca.

Don Pedro entró en la biblioteca todavía abatido por la disputa con la emperatriz. Maria Luísa hizo una reverencia exagerada. El emperador detestaba esos excesos.

—Ya sé, ya sé... Basta, Maria Luísa. No es momento para bromas. ¿Ya leíste los diarios?

—Claro, me pareció divertidísima la caricatura tuya que publicó Agostini en la *Ilustrada*. La barba tal vez esté un poco larga.

—No es eso de lo que hablo. Me refiero a la nota que publicó Múcio Prado sobre el violín robado.

—¿El violín? Para mí ya pertenece al pasado. Ya me afligi bastante a causa de ese robo. Después de todo, se van los anillos, pero quedan los dedos...

A Don Pedro siempre le sorprendía la capacidad que tenía la baronesa para cambiar de humor. El Stradivarius no pasaba de ser un juguete. Un juguete caro, nada más. Por otra parte, era fácil pensar sólo en los dedos cuando los anillos habían sido regalados por otro.

—De cualquier forma, creo que va a ser divertido recibir en la corte a un detective inglés. La semana pasada asistí en el Gimnasio a la nueva puesta de *Os dois ou O inglês maquinista*, de Martins Pena, y me divertí mucho con la imitación que Brandão, el Popularísimo, hacía de los ingleses. Me reí con ganas cuando se enterraba el sombrero hasta las orejas y desorbitaba los ojos —dijo Maria Luísa mientras cortaba una nueva tajada de torta.

—Lamento que encares todo de manera tan liviana. La

emperatriz está furiosa. Sin mencionar que ahora todos saben que el violín te lo regalé yo.

—¿Cómo lo saben?

—¿Quién, si no yo, tendría el coraje de hacer una locura de ésas?

—Amigo mío, creo que se te han subido los humos, como suele decirse. Yo podría perfectamente haber comprado un Stradivarius; mi marido me dejó bastante dinero. ¿Nunca oíste la copla que corre en la corte en secreto? “Maria Luísa, la baronesa, / es una joven muy prendada. / Viudita, con certeza, / rica, bella y codiciada.”

Y remató con el plato en la mano:

—¿Quieres torta de maíz? Está recién hecha.

Por segunda vez en el mismo día, don Pedro dio media vuelta y salió sin despedirse. Era impresionante la dignidad que conseguía en aquel momento difícil, en especial si tenemos en cuenta cuánto adoraba el emperador la torta de maíz.

5

Sarah Bernhardt ya estaba en Brasil desde hacía casi quince días. Aquella noche estrenaba *Frou-Frou*, pieza de Meilhac y Halévy, en la que interpretaba a Gilberte. Don Pedro ocupaba el palco imperial, y el teatro se hallaba de fiesta. A su llegada, dos horas antes, la actriz había sido recibida por fogosos estudiantes que arrojaban flores y gritaban apasionados, en un francés precario aprendido con las prostitutas extranjeras de los burdeles: “Vive *madame Bernhardt!*”; “Vous êtes une artiste superbe! Vous êtes bonne à bèsse!”; “Allons enfants de la patrie! Sarah Bernhardt est arrivée!”.

Ante las puertas del San Pedro, poco antes del espectáculo, todavía se veían las bahianas con sus bandejas gritando a los transeúntes: “¡A la *canjiquinha* bien caliente! ¡*Pamonha* fresquita! ¡Al dulce de coco! ¡Miren qué *quindim!*!”. Otros vendedores mostraban manjares más arriesgados: “¡Empanadita de camarón! ¡Si no encuentra el camarón, no paga nada!”. Los confiteros ambulantes anunciaban palomitas de maíz, dulce de guayaba, sésamo, coco, banana y otras delicias.

La sala estaba repleta. Desde la platea hasta los palcos más altos, brasileños de todas las clases querían ver a aquella estrella francesa que se presentaba en nuestras tierras. Para muchos, que no entendían una palabra de lo que se decía en escena, era un espectáculo de circo, y Sarah, un fenómeno tan misterioso como

un tigre que tocara la flauta o un elefante equilibrista. La pieza duró cerca de tres horas, debido a las interrupciones causadas por el público más exaltado: “¡Eh, *madame!*”; “¡Cuidado, doña Sarah, que él ya le contó todo a otra mujer!”; “¡Es mentira! ¡No le crea, es mentira! ¡Él ya leyó la carta cuando usted fue allá adentro!”.

Al final del primer acto muchos se levantaban, pensando que el espectáculo había terminado. Al percatarse de la equivocación, disimulaban, compraban algún dulce o refresco más en el vestíbulo y regresaban a sus lugares.

Cuando al fin el telón bajó por última vez, más de la mitad de la platea se amontonó a la salida de los artistas para ver de cerca al mito viviente. En medio del público, una frágil y dulce figura de mujer, casi una nena. Era camarera en el palacio imperial y había obtenido una entrada para asistir al espectáculo. Sarah abrió la puerta para enfrentar a la multitud. Otra lluvia de flores, otros gritos de “*Vive Sarah Bernhardt!*”. Algunos, más audaces, se aproximaban para tocar las ropas de la actriz. Maurice Grau tuvo que recurrir a toda su experiencia para apartar con firmeza a la multitud sin parecer antipático. Al pasar, a la francesa le conmovió la tierna apariencia de la muchacha, y le preguntó:

—*Comment t'appelles-tu?*

—Francisca —dijo la chica, sin creer que de verdad estaba hablando con Sarah Bernhardt. La actriz sacó de su *pochette* una tarjeta y con una lapicera de oro, regalo del duque de Estrasburgo, firmó su nombre junto a la dedicatoria: “*Pour Francisca, belle et jeune brésilienne qui m’a vue jouer Frou-Frou, à Rio. Sarah Bernhardt*”. Besó a la joven en las mejillas, le entregó la tarjeta y rápidamente subió a la calesa que la esperaba. Fue tan ágil que Maurice Grau tuvo que correr para acompañarla.

Francisca Meireles no podía creer en su suerte. Para ella era un milagro que la mismísima Sarah Bernhardt, su ídolo desde los tiempos de pupila en el convento, se hubiera tomado la molestia de darle un autógrafo. Guardó el valioso tesoro en la pequeña cartera y siguió a pie por la calle Constituição. Iba a ser difícil encontrar un coche de alquiler a aquella hora. Los

cocheros, todos de levita, estaban todavía frente al teatro esperando propinas más altas. No importaba. Para ella la noche había sido perfecta. Muchacha de numerosas virtudes, su tío, el pintor Vítor Meireles, había conseguido que el emperador le diera un puesto de camarera en el palacio, y el destino generoso había hecho, inclusive, que a causa de ello la chica obtuviera la entrada para el espectáculo de esa noche. Abrió la cartera y sacó la tarjeta. Tenía miedo de que todo no pasara de ser un sueño. Leyó de nuevo la dedicatoria; después, apretando el trofeo en la mano izquierda, como si temiera que fuera a desaparecer delante de sus ojos, siguió caminando, en un desvarío común a las jóvenes de su edad. Cuando se dio cuenta, ya iba por la calle Guarda Velha en dirección a la fuente pública, inmensa construcción que recordaba un templo, con veintinueve tubos de bronce muy pulidos. Era allí adonde el populacho del cerro de Santo Antônio y de Castelo iba a abastecerse de agua. Estaba desierta la plaza de la fuente a aquella hora. La joven, todavía con la boca seca por la emoción, se aproximó para matar la sed. En cuanto se inclinó en dirección a uno de los picos, sintió la presencia de otra persona.

La pobre muchacha apenas tiene tiempo de ver la larga daga que chispea a la luz de los faroles de la calle. Rápidamente, su pequeño rostro es envuelto por una capa y la joven es derribada contra el parapeto. La lámina hace una incisión perfecta en la parte inferior del vientre y sube con lentitud en dirección al esófago. Con pericia, él hiende toda la parte del abdomen. La muchacha ni tiene conciencia de lo que está sucediendo. Siente apenas frío, mucho frío, y cae en uno de los tanques, tiñendo de rojo las aguas de la fuente. Él se agacha sobre el cuerpo y corta las dos orejas de la infeliz camarera. Sin saber por qué, las huele antes de guardarlas. Por último, saca el violín que lleva sujeto a la cintura, disimulado por la capa, y ejecuta el mismo ritual macabro. Esta vez, es el sol la cuerda que arranca del instrumento. Coloca el hilo enroscado junto al vello púbico. Enseguida se aleja en dirección a la iglesia de Santana, mientras ejecuta, en las dos cuerdas que quedan en el violín, una *czarda* patética y melancólica.

Para el comisario Mello Pimenta, aquélla sería siempre la calle Bobadela. Conocía desde chico la vía estrecha y poco le importaba que la hubieran rebautizado. “Guarda Velha. ¿Y eso es un nombre de calle?”, pensaba, neurasténico. La Bobadela había cambiado de nombre exactamente a causa del Cuerpo de la Guardia Militar, que allí se instaló para mantener el orden entre los acarreadores de agua que frecuentaban la fuente de la Carioca. Cruzó la calle, pasó frente al convento de Santo Antônio y siguió por la plaza Carioca, hasta llegar a la fuente pública. Estaba exhausto. Había pasado la noche y parte de la mañana tratando de resolver el problema de unos esclavos fugados al refugio de la Gávea. En secreto, Pimenta era un abolicionista convencido, pero no podía dejar de atender al propietario, que venía muy bien recomendado por el señor jefe de policía. El sol del mediodía no lo incomodaba tanto. Lo irritaba, sí, el hecho de que todavía no hubieran recogido el cuerpo de la muchacha. Un cordón de aislamiento formado por los soldados de la policía, los “mataperros”, impedía que la pequeña multitud de curiosos se amontonara alrededor de la joven muerta. “Parecen moscas”, refunfuñó, más fastidiado todavía. Rompió el cordón y se aproximó al doctor Saraiva, que ya se encontraba en el lugar. El forense tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre, tal vez debido al exceso de alcohol. Saraiva era competente, pero varias veces casi había perdido el empleo a causa del vicio de la cachaza. Después de que el aguardiente le destrababa la lengua, los periodistas le arrancaban cualquier información, por más secreta que fuera. Mello Pimenta preguntó, sin siquiera decir buen día:

—¿Entonces, profesor? ¿Qué me dice?

—Nada bueno, nada bueno... —respondió Saraiva, al tiempo que se rascaba la cabeza con la mano ensangrentada y dejaba una nueva mecha rojiza en los cabellos blancos. —Me recuerda mucho a aquel caso de la prostituta de la calle Regente.

—¿Qué? ¿Otra mujer de mala vida asesinada?

—No, no. Por los papeles que encontré, es una muchacha

de familia. Hay una carta de presentación que dice que era camarera en el palacio. Se llamaba Francisca Meireles. Es sobrina de ese pintor, Vítor, amigo del emperador, de la Academia Imperial de Bellas Artes.

—Lo que me faltaba. ¿Y cuál es la semejanza con el otro crimen?

—Primero, las dos orejas que faltan; después, la violencia de los cortes. Sólo que esta vez no fue en el cuello. El asesino trinchó a la chica como a un lechón. —A Saraiva le encantaban estas analogías culinarias. —Además, se nota la misma precisión en el uso del cuchillo.

Pimenta percibió que había algo en la mano izquierda cerrada de la víctima. El brazo estaba estirado hacia afuera del tanque. Parecía que la muerta había hecho un último esfuerzo para que aquello que aferraba no se mojara. El policía intentó abrir los pequeños dedos ya rígidos. No lo logró.

—Si me permite —dijo Saraiva, y se aproximó. Tomó la mano sin vida y la golpeó con fuerza contra la piedra de la fuente, como si fuera una nuez. Los dedos partidos se abrieron, dejando ver la tarjeta abollada. Valiéndose del propio pulgar y el índice, el médico, con delicadeza, retiró la nota con la dedicatoria de la actriz y en un gesto afectado se la entregó a Pimenta.

El comisario leyó, interesado:

—Sarah Bernhardt. ¿No es la francesa que se presenta en el San Pedro?

—Exacto. La mayor actriz del mundo. ¿Todavía no fue a verla?

—¿Acaso tengo tiempo? La última vez que entré en un teatro fue para ver a João Caetano en *Antônio José*. —Miró de nuevo la nota. —Parece que esa chica estuvo en el espectáculo de ayer a la noche. No sé si eso ayuda mucho —dijo, y guardó la tarjeta en el bolsillo del chaleco.

Saraiva arrastró al detective por el brazo.

—Pero esto tal vez ayude —dijo, al tiempo que sacaba de un bolsillo la cuerda de violín—. Otra cuerda musical. Enrollada, igual que la otra, en medio del vello del pubis. Probablemente del mismo instrumento.

Como si se sacara una mota de polvo del saco, el forense quitó un pelo que aún estaba enroscado a la cuerda. Después la tendió al comisario.

—*Souvenir...*

Pimenta la guardó con asco. En el primer crimen no había prestado mucha atención a la cuerda; sin embargo, esta repetición indicaba con claridad que se trataba del mismo insensato. Necesitaba averiguar con rapidez qué tipo de instrumento era y descubrir qué especie de patología cerebral llevaba a alguien a coleccionar orejas. Tal vez esas rarezas fueran pistas que el desequilibrado dejaba en su camino. A esa altura, ya no tenía dudas de que se trataba de la misma persona y de que era un desequilibrado. Dos víctimas en menos de un mes. Esperaba que el monstruo no continuara al mismo ritmo. En todos sus años de policía nunca había visto nada parecido. Dos víctimas de un mismo asesino, que poco tenían en común. Una, prostituta; la otra, camarera del palacio. Comenzó a imaginar qué semejanzas habría entre las dos. Eran jóvenes. Muy jóvenes. Bonitas. Ninguna de las dos tenía orejas. No, eso no contaba. Antes de tener la malhadada suerte de encontrar aquel monstruo, tenían cuatro orejas. Es decir, dos cada una. Pimenta percibió que ya no razonaba con claridad. El sol y el cansancio comenzaban a embotarle las ideas. Necesitaba ir a su casa, lavarse la cara y comer algo. Se despidió de Saraiva.

—Bueno, no tengo nada más que hacer aquí. Aviseme si descubre algo nuevo.

—Dentro de poco me voy también. Sólo estoy esperando a los hombres que vienen a retirar el cuerpo. Quiero comenzar la necropsia a la tarde. Aun así, va a ser difícil encontrar cualquier novedad. A no ser que usted quiera saber qué fue lo que comió la chica antes de ir al teatro... —El médico rió, demostrando una vez más su inclinación por ese tipo de gracias.

• • •

Doña Esperidiana ya estaba acostumbrada a los horarios del marido. Sabía que un comisario de la policía muchas veces pasaba

la noche en blanco, y Mello Pimenta era un hombre dedicado a su profesión. Solía bromear con ella al respecto de su nombre: “¿No es Esperidiana? Entonces espera, que ya vuelvo”. Ella no tenía celos, pues sabía que Pimenta perseguía criminales y no faldas de mujeres. Esperidiana, a los treinta y dos años, era una mujer atractiva. No de una belleza clásica. Poseía lo que los franceses llamaban la *beauté du diable*. Muy blanca, ojos grandes, cabello lacio y negro, desde la infancia la apodaban “Españolita”, sobrenombre que ella detestaba. Mientras el comisario se afeitaba con una vieja navaja alemana, única herencia del padre, ella ponía la mesa en la cocina y servía tapioca caliente con manteca y café, plato preferido del marido.

—¡Ten cuidado de no cortarte las tuyas! —gritó en dirección al cuarto.

—¿Las qué?

—Tus orejas...

Pimenta acostumbraba discutir sus casos policiales con la esposa, y ella estaba al tanto de los recientes asesinatos. El comisario terminó de afeitarse el mentón, se lavó la cara en la palangana de ágata y fue a reunirse con la mujer. Se sentó, mientras Esperidiana servía el café bien fuerte y humeante.

—Sabes que no me gusta que hagas esos chistes —dijo Mello Pimenta, fingiéndose enojado—. Te pareces a Saraiva.

—Toma el café antes de que se enfríe. —Se sentó al lado del marido.

—Este caso de las muchachas muertas se está tornando un fastidio. No sé por dónde empezar —se quejó el comisario.

—¿Por qué no pides ayuda a ese detective inglés que está por llegar?

—¿Qué detective?

—Salió el otro día en Múcio Prado. Parece que nuestro muy amado soberano invitó a un señor Sherlock no sé cuántos para descubrir quién le robó un violín a la baronesa Maria Luísa. Es el comentario de toda la ciudad. ¿No lo leíste? —preguntó Esperidiana, que no se perdía una sección del cronista del *Jornal do Commercio*. Le encantaba saber los chismes de la aristocracia

y llenaba sus tardes vacías fantaseando con hallarse en fiestas y saraos de la corte.

—¿Un violín? —preguntó Pimenta al tiempo que sacaba del bolsillo la cuerda de tripa—. ¿Esto será una cuerda de violín?

—No sé. De guitarra no es —respondió Esperidiana. De chica, había aprendido a tocar en ese instrumento algunas romanzas de Caldas Barbosa. —¿Dónde la encontraste?

—En el lugar del crimen —disimuló Pimenta, que había evitado contar a la esposa esa parte escabrosa de la historia—. La verdad, una cerca de cada víctima. —Volvió a guardar la cuerda.

—Come antes de que se enfríe.

Pensativo, el comisario Mello Pimenta le agregó más manteca a la tapioca, mientras reflexionaba si valdría la pena pedir auxilio a ese detective inglés.

6

El *Aquitania* estaba fondeado en la entrada del puerto de Recife, su primera parada en Brasil. La ciudad había sido llamada así a causa de los arrecifes que rodeaban toda su costa y el fondeadero. El inmenso vapor de cuatro chimeneas había echado anclas lejos de los corales, y los pocos pasajeros que desembarcaban tenían que descender, recelosos, en pequeñas cestas de mimbre. El mar estaba infestado de tiburones, que nadaban alrededor del buque a la caza de los restos de alimentos que los cocineros lanzaban siempre a las olas. El calor aún era intenso a las cinco de la tarde. Sherlock Holmes y el doctor Watson se apoyaban sobre la amurada en busca de la brisa marina.

—Parece la India —rezongó Watson—. Sólo sentí un calor igual en Bombay, cuando estuve allá en el 78, como cirujano asistente del quinto regimiento de fusileros de Northumberland, durante la segunda guerra afgana.

Holmes no le prestó atención. Estaba absorto, concentrado en los quehaceres de los pescadores de tiburones que rodeaban el *Aquitania* en sus pequeñas embarcaciones. Tenían un sistema de pesca fuera de lo común. Llevaban, en los botes, calderones de hierro donde hervían calabazas enormes. En cuanto éstas se calentaban al máximo, las lanzaban al mar. Los tiburones, como focas amaestradas, las recogían en las gargantas, las engullían sin siquiera masticarlas, y se sumergían. El calor insoportable de

las calabazas hacía explotar las entrañas de los animales, que volvían a la superficie, boyando, ya muertos. Entonces los pescadores recogían los inmensos peces en sus barcos. Para ellos, toda esta operación era monótona. Se trataba de una técnica primitiva y eficaz, transmitida de padre a hijo desde hacía generaciones. Trabajaban en silencio, en señal de respeto, tal vez, a los cadáveres de los bichos que mataban. Holmes observaba, cautivado.

—Mire, Watson. Ingenioso y primitivo. Los tiburones son tan voraces que ni tienen tiempo de notar que la presa que engullen es una trampa mortal.

—Nunca imaginé que ese pez fuera tan ignorante —desdenó Watson al tiempo que sacaba su reloj—. Ya son las cinco pasadas. Hora del té.

—Mi estimado Watson, veo que todavía no se acostumbró a los trópicos. En lugar de té, es mejor que probemos esa agua de coco que los marineros acaban de traer a bordo. Dicen que es refrescante y deliciosa.

—Me quedo con el té. Me basta con la diarrea que tuve en Calcuta cuando probé jugo de mango con leche.

—Watson, a veces me espanta su falta de capacidad para adaptarse a las circunstancias. Por mi parte, ya me siento un nativo.

—Puede ser. Yo demoro más tiempo. Al final de cuentas, Londres no se hizo en un día.

—Fue Roma. Roma fue la que no se hizo en un día —corrigió Holmes.

—Ni Londres —insistió el doctor.

Los dos se alejaron por el combés en dirección al salón. Holmes, entusiasmado por la aventura de estar conociendo nuevas tierras, y Watson, aprensivo con el entusiasmo del compañero.

La inmensa sala principal del *Aquitania* servía al mismo tiempo para el desayuno, almuerzos, cenas y bailes. Al cruzar el Ecuador había habido un colosal baile de disfraces ofrecido por los oficiales de a bordo. Holmes, rey de los disfraces, había ganado

el primer premio del desfile, para desesperación de Watson, que odiaba cuando el amigo se vestía de gitana. El detective quedaba irreconocible con los aros largos y la falta de satén rojo, mientras se ofrecía para leer la “buena dicha”. El trofeo, una estatuilla de Neptuno, ya estaba guardado en el equipaje. El doctor no quería tenerla a la vista, pues le recordaba sin cesar aquella noche. Antes de la fiesta, en su camarote, Sherlock había usado una gran cantidad de cocaína, hábito que Watson reprochaba. Quedó tan tomado por el efecto de la droga que, después del concurso, terminó la noche bailando con el comandante.

A la tarde, en el mismo salón, se servía el té. Los dos se instalaron a una mesita cercana a una escotilla, desde donde, al fondo, a la izquierda, se podían avistar los contornos de la ciudad de Olinda. Sherlock, que no conocía la colonia de Maurício de Nassau, se admiraba con la arquitectura de Recife.

—Si no fuera por el clima, juzgaría estar todavía en Europa —dijo Holmes, tras tomar un trago de su agua de coco.

—Eso, si no mira los esclavos semidesnudos que trabajan en los muelles —respondió Watson, que contemplaba a los negros y bebía su té.

Cuando los dos ya se disponían a levantarse, un joven camarero se aproximó con una bandeja de plata.

—Telegrama para el señor Sherlock Holmes.

El detective abrió el sobre y leyó el inensaje escrito en un inglés inexperto:

WELCOME MISTER SHERLOCK HOLMES PERIOD PLEASE HELP
PERIOD TWO STRANGE MURDERS OF YOUNG WOMENT PERIOD
ASSASSIN CUT OFF EARS AND LEAVES STRINGS PERIOD STRINGS
MAYBE VIOLIN PERIOD HOPE SEE YOU IN RIO DE JANEIRO PERIOD
ATTENTIONNELLY COMMA
INSPECTOR PIMENTA

—Curioso, muy curioso —murmuró Holmes mientras guardaba el telegrama en el bolsillo.

—¿Qué era? ¿Noticias de Inglaterra?

—No, de Río de Janeiro. Un policía que pide mi ayuda. Parece que el destino me lleva siempre al encuentro de los crímenes más escabrosos —respondió Sherlock mientras sacaba su pipa y comenzaba a llenarla—. Creo que el caso del Stradivarius robado va a quedar oscurecido por estos recientes acontecimientos.

A Watson lo irritó el interés del amigo por el telegrama.

—Pensé que iba a aprovechar este viaje para despejar la cabeza de los intrincados problemas policiales de Londres. Necesita descansar, Holmes. Después de todo, hasta Cristo descansó al sexto día.

—Fue Dios el que descansó, Watson, y al séptimo... —informó Sherlock Holmes, que salió en dirección al combés.

Ocho de la mañana. Júlio Augusto Pereira, el marqués de Salles, ya se había cambiado de ropa en la Casa de Baños de Boqueirão, en la calle Luiz de Vasconcellos, y estaba tendido en las arenas de la playa Saudade. Tenía apenas treinta y ocho años, pero sufría de ataques de gota. El doctor Ribamar, su médico, le había recomendado baños de mar como receta infalible para el mal que lo afligía de tiempo en tiempo. Como llevaba una vida irregular y era difícil, para él, levantarse a aquella hora, el marqués, siempre que era día de los chapuzones terapéuticos, estiraba aún más la trasnochada anterior y seguía directo para la playa. Mejor habría hecho el clínico en prescribir a Júlio Augusto una dieta seca, prohibiendo los vinos y coñaques que tanto agradaban al noble bohemio, pero, como era compañero de farras del marqués, le resultaba difícil sugerir un régimen más riguroso.

—Baños de mar, amigo mío. Para la gota, nada mejor que largos baños de mar. El efecto curativo del yodo es indiscutible —decía el doctor Ribamar, a la mesa de la confitería de Paschoal, mientras bebía su Armagnac al lado del marqués.

Ya medio embriagado, el noble respondía:

—Por eso me gusta usted, doctor. Figúrese que un médico de la corte, Vilella, que atiende la erisipela de don Pedro, dijo que, en mi caso, el alcohol era perjudicial.

—Tonterías. Vilella es de la escuela francesa. Mi tratamiento es mucho más moderno —sentenciaba Ribamar, para alivio del marqués.

—¡Excelente! ¡Entonces, unas copas más y vamos a las putas! —Y seguían la juerga hasta altas horas de la madrugada. Al marqués de Salles le encantaba frecuentar a las muchachas del burdel y, a pesar de ser muy rico, por diversión tenía el hábito de salir corriendo sin pagar, una vez satisfechos sus deseos. Ya era conocido en algunos lupanares. Cuando llegaba a la calle Sabão, las muchachas gritaban por las persianas, indiscretas:

—¡Cuidado, que éste no paga las cuentas!

Júlio Augusto estaba estirado en la playa hacía más de una hora. Comenzaba a sentir sueño y dudaba si debía ir a su casa a curarse la resaca o sumergirse una vez más en las olas. A lo lejos, surcando las aguas de la bahía de Guanabara, dos remeros demorados del Club de Regatas de Cajú pasaron con sus canoas, en dirección a la playa Cavalos. Se entrenaban para las próximas carreras náuticas de Paquetá. Mientras pensaba, De Salles oyó, distantes, voces de personas que conversaban en francés. Se volvió y, para su sorpresa, vio a Sarah Bernhardt, con largo traje de baño. Caminaba, conversando acaloradamente con Maurice Grau. Por cierto, la francesa desconocía los hábitos de la tierra. No era común que señoras de calidad fueran a bañarse a aquellas horas. A las siete de la mañana, las arenas ya se tornaban escasas de familias. A pesar del asombro, les hizo ademán de que se aproximaran. Grau lucía un traje de baño osado: camiseta de manga muy corta y calzones negros a la altura de la rodilla. Sarah vestía amplias calzas de bayeta y un blusón azul de cuello ancho, a la marinera. Calzaba zapatos de sogá, atados en los tobillos, como sandalias romanas. En la cabeza llevaba un sombrero sujeto al mentón por un pañuelo de seda. Los dos siguieron discutiendo sin prestar atención al marqués.

—*Non, c'est ridicule!* —gritaba Sarah, exasperada.

—*Écoutez, le mal est déjà fait. Maintenant il faut aller* —trataba de convencerla el secretario.

—*Bonjour, madame Bernhardt. Monsieur Grau, comment ça*

va? —dijo, levantándose, el marqués—. No sé si se acuerdan de mí, Júlio Augusto Pereira, marqués de Salles. Estuvimos juntos en una cena en el Gran Hotel, luego de *La dama de las camelias*.

—Ah, oui, le marquis de Salles, bonjour, monsieur —dijo la Divina, visiblemente contrariada.

—¿Puedo preguntarle, señora, a qué deben nuestras playas el privilegio y el honor de su visita matinal?

—A mi mal humor, *monsieur*, a mi mal humor. Mi médico particular acostumbra decir que no hay nada mejor que el aire marino para combatir las neurastenias.

—Pues agradezco a su irritación este placer inesperado. ¡Es increíble, la Divina Sarah Bernhardt en las playas de Río! ¡Si yo recogiera en botellas estas arenas pisadas por tan magnífica presencia, obtendría con ellas más éxito en París que un peregrino con frascos de agua de Lourdes! —exclamó el marqués, lisonjero.

Sarah y Grau se miraron y, al cabo de un instante, la actriz y el secretario estallaron en una carcajada.

—Ah, *monsieur*, sólo un brasileño puede hacerme reír así, a estas horas de la mañana, después de lo que pasé en estos dos días —se quejó Sarah Bernhardt.

—¿Puedo saber qué aconteció? —preguntó el marqués, que había pasado las últimas cuarenta y ocho horas en uno de los burdeles de la señora Barbada, en el Jardín Botánico.

—Figúrese, *monsieur le marquis*, que en el espectáculo de anteayer, cuando llegamos al cuarto acto de *Adrienne Lecouvreur*, Martha Noirmont, una actriz de segunda a quien di empleo por caridad, tuvo la audacia de desdeñar al público, recitando su papel mecánicamente, casi como para dormirse. Llegó al colmo de darme algunas réplicas a destiempo. Imperdonable.

—Puedo calcular cuánto debe de haberse enojado usted.

—No, no puede, *monsieur*; ni siquiera Eugène se pondría tan furioso —dijo Grau, refiriéndose a Eugène Scribe, autor de la pieza—. Sarah se enojó al punto de darle unas bofetadas y romperle una sombrilla en la cabeza.

—Sólo lo lamento por la sombrilla —retrucó la Bernhardt.

—El problema —continuó el secretario— es que Martha se

tomó en serio el incidente. Ayer mismo presentó una queja en una comisaría, y la señora Bernhardt fue intimada a prestar declaración hoy a la tarde. ¿Cómo imaginar situación más desagradable?

—Pero no voy. Listo. No voy.

—Sarah, sé razonable. Tengo la seguridad de que es sólo una formalidad. Inclusive me garantizaron que nuestro abogado es de la mejor calidad —argumentó Maurice Grau.

—¿Puedo preguntar quién es? —se entrometió De Salles.

—Un cierto *monsieur* Nabuco. Sizenando Nabuco —respondió Grau, con la lengua trabada—. Asistió a la representación y nos lo recomendó nuestro empresario. ¿Lo conoce?

—Claro que sí. La señora no podría estar en mejores manos. Sizenando es hermano del diputado Joaquim Nabuco. Abolicionista, pero muy competente.

Sarah desvió la mirada en dirección al océano.

—Bueno, si fuera absolutamente necesario, veremos. Después del almuerzo. Ahora, ya que estamos en la playa, vamos al mar. Nunca vi un paisaje tan lindo. Me recuerda al poeta: “*Luxe, calme...*

—... *et volupté*”... —completó el marqués, besando con sensualidad la punta de los dedos de la Divina.

Sorprendida, Sarah Bernhardt retiró la mano.

—Veo que el marqués conoce bien a Baudelaire.

—Siempre que leo “*L’invitation au voyage*” pienso que él estaba hablando de Brasil.

—¿Cómo es que llegó a conocer tanto a nuestros poetas?

—preguntó Maurice Grau, interesado en la cultura de Júlio Augusto.

—Mi padre era un apasionado por Francia. Hizo la École Polytechnique en París —respondió De Salles, disponiéndose a marcharse.

—Vamos, Maurice —dijo Sarah, y empujó a su secretario en dirección a las olas. Los dos salieron corriendo por la arena, que ya comenzaba a calentarse.

—Espero que aprovechen el baño. Cuidado con el sol, y con

ese mar que a veces es traicionero. No se alejen de la protección —completó el marqués, al tiempo que señalaba una cuerda atada a una boya distante unos treinta o cuarenta metros del sitio donde rompían las olas. La cuerda servía de protección para los bañistas.

—*Au revoir, monsieur le marquis!*

—*Au revoir, madame* —saludó el noble libertino, pensando que la francesa, a pesar de la edad, todavía estaba bastante apetitosa.

• • •

Jamás se había visto tamaño alboroto en la comisaría fluminense del tercer distrito policial, en la esquina de la calle Lavradio. Ya eran más de las cuatro y en cualquier momento Sarah Bernhardt, la mayor actriz del mundo, entraría en aquel recinto para responder a una intimación.

Para el comisario Mello Pimenta, titular de la comisaría, todo aquello era apenas un fastidio más. Le bastaban ya los contratiempos que enfrentaba al investigar los crímenes de la calle Regente y de la fuente pública. Vítor Meireles había utilizado su influencia en la corte para apresurar las diligencias, colocando todos los recursos posibles a su disposición, aunque Pimenta sabía que aquello de poco iba a servir. No había conseguido aún reunir las pistas que conectaban los dos asesinatos. Una algarabía infernal que venía de afuera llamó la atención del policía:

—¡Es ella! ¡Es ella!

—¡Por Dios! ¡Qué linda es!

De repente fue como si un rayo de luz entrara por la puerta. Sarah Bernhardt, mejillas arrojadas por el sol de la mañana, toda vestida de rosa, se aproximó al escritorio. Pimenta se levantó para recibirla.

—Mello Pimenta, *à vos ordres. Asseyez-vous, madame, s'il vous plait.*

—*Ah, quelle surprise! Vous parlez français?*

—No, señora. Sólo esa frase, que ensayé la mañana entera.

Mello dio la vuelta al escritorio y retiró una silla para que la actriz se sentara.

En cuanto Sarah tomó asiento, la silla, mueble precario de patas torcidas, cobró estatura de trono. De pie, a su lado, Maurice Grau y el abogado Sizenando Nabuco.

—No tiene importancia, comisario. Serviré de intérprete. Soy el abogado Sizenando Nabuco, hermano del diputado Joaquim Nabuco. Represento a la señora en este episodio lamentable. Con seguridad usted sabe con quién está hablando.

—Claro que sí, doctor Nabuco, claro que sí. Lamentablemente, fui obligado a labrar el hecho, porque la señorita Martha Noirmont insistió en presentar la queja. Aquí tiene una copia de la declaración dictada, ayer, ante el escribiente Lousada —dijo Pimenta, mientras señalaba al funcionario de traje marrón muy gastado, sentado en el fondo de la sala, y entregaba una hoja de papel al abogado. Lousada, una figura escuálida, casi sin pelo, era escribiente de la policía hacía más de veintiocho años y tenía miedo de cualquier cosa que pudiera perjudicar su jubilación. Se levantó y salió apresurado en dirección al calabozo, gruñendo que tenía que llevar comida a los presos.

—*Salope* —sibiló Sarah entre dientes, refiriéndose a la colega. Sizenando fingió leer con atención el documento.

—Es deplorable... deplorable... El comisario ha de comprender que todo no ha sido más que una fantasía de esa muchachita. Es muy nueva en la profesión. No entendió que la señora Sarah Bernhardt sólo estaba desempeñando su papel.

—¿Su papel? —preguntó Pimenta, admirado.

—Sí, la bofetada y la rotura de la sombrilla formaban parte del texto. Con el entusiasmo que presta a sus creaciones, tal vez la señora haya exagerado un poco. ¿Conoce *Adrienne Lecouvreur*?

—Nunca me lo presentaron —dijo el comisario, que no era amante del teatro.

—Es el nombre de la pieza, comisario. Se trata de la historia de una gran actriz francesa del siglo pasado que vivió un tórrido romance con el conde Maurice de Saxe, mariscal de Francia. ¡Es natural que otra gran actriz francesa, al interpretar el personaje, en un gesto pasional se haya sobrepasado en sus emociones! ¿Quiénes somos nosotros para juzgar su arrebatada interpreta-

ción? ¿Le gustaría a la Justicia patricia que sucumbiéramos a esta farsa y nos transformáramos en jueces y verdugos de la musa Melpómene? —clamó, melodramático, el defensor de las artes, sacudiendo el papel.

Los quejosos y solicitantes de certificados de pobreza que se amontonaban en la comisaría aplaudieron frenéticos. No entendían una palabra, pero la elocuencia del jurista era prueba suficiente de la inocencia de la actriz. Pimenta puso orden.

—¡Silencio! ¿Creen que la comisaría es un refugio de estólidlos? —gritó para mostrar que también tenía buen vocabulario—. Si continúan con este alboroto, los mando a todos al calabozo! —Volvió a sentarse. —Tengo la certeza de que el incidente será superado, doctor Nabuco. Después de todo, no queremos que la señora Sarah Bernhardt se lleve una mala impresión de nuestra tierra. Sólo fui obligado a enviar la intimación para cumplir con la ley. Ahora que oí sus explicaciones, creo que el incidente queda cerrado.

—Gracias, comisario —dijo, magnánimo, el abogado, que guardó en el bolsillo la copia de la declaración.

Mello Pimenta sabía perfectamente que no servía de nada pretender imponer la ley. Las amistades influyentes de los Nabuco y la importancia de la actriz lograrían archivar el proceso en uno de los cajones polvorientos de la Corte de Justicia de Río de Janeiro.

—*C'est tout?* —preguntó Sarah mientras se levantaba.

—*Oui, madame* —arriesgó Pimenta, en francés. Se levantó para acompañarlos. —Si no fuera muy incómodo, quisiera preguntarle si por casualidad recuerda esta tarjeta —dijo Pimenta al tiempo que sacaba del bolsillo del chaleco el papel abollado con la dedicatoria de la actriz.

—Pero claro —respondió Sarah—. Le di ese autógrafo a una linda *jeune fille* que estaba a la salida del teatro. La dulzura de su mirada me llamó la atención. ¿Hija suya?

—No, señora. Lamentablemente es una de las víctimas de un caso tortuoso de asesinato en que estoy trabajando.

—¡Qué horror!

—¿Notó si la acompañaba alguien?

—¡Ah, no! Cuando salgo del teatrro no veo nada. Subo directo al coche que me espera. Sólo me detuve porque esa muchacha era realmente diferente. Lo siento mucho, comisario. Espero que capture al salvaje que hizo eso. Buena suerte en sus investigaciones, o, como decimos en Francia la gente de teatro, *merde*!

—*Merde* para usted también —respondió Pimenta, y dio un vigoroso apretón de manos a la actriz.

Sarah Bernhardt se retiró de la comisaría, acompañada por su séquito, como si saliera de escena en el segundo acto de Ruy Blas.

La luz del quinqué lanza sombras sobre los muros del aposento. Él mira su contorno lúgubre, agigantado, y sonríe. Con sus manos crea imágenes infantiles de conejos y zorros, que la llama oscilante proyecta en silueta. Fija de nuevo su espectro en la pared. Es esta imagen la que ellas guardan en la retina antes de morir. No comprende qué lo lleva a hacer aquello, pero sabe que tiene que continuar. Si no lo detienen, sigue matando. Cada vez, los mensajes que deja son más evidentes, y sin embargo nadie parece entender. De tanto leer, ya sabe de memoria el fragmento del manual de anatomía de Le Pilcur, "Le corps humain", que trata de los pulmones. Declama en voz alta, como si fuera poesía: "Órgano esencial para la respiración. Son dos, pero reciben el oxígeno por el mismo canal y la sangre por un único vaso. Deben ser considerados como la expansión terminal de las ramificaciones de la traquearteria. O, si preferimos, como dos copas de un mismo árbol. Ocupan la mayor parte de la cavidad pectoral, que puede ser considerada como su forma o molde...". Se queda un tiempo en silencio, escuchando la propia respiración. Debe de haber permanecido casi una hora oyendo el aire entrar y salir de su cuerpo. Después levanta una de las tablas de madera del piso y verifica si el frasco con las orejas continúa en el escondrijo improvisado. Vuelve a colocar la tabla en su lugar. Del armario retira la piedra de afilar y la larga daga. Sentado al borde del lecho duro como un catre, comienza a afilarla con gestos largos, en una cadencia

lenta. Piedra de afilar, piedra tumularia. Lápida sepulcral sin nombre. Piedra de afilar, piedra fundamental, filosofal. Piedra. Piedra preciosa, sinuosa, sapiente. Piedra angular, piedra de afilar, piedra. Aumenta el ritmo, yendo y viniendo, afilando cada vez más rápido. Está jadeante y excitado, la cabeza perlada de sudor. Aprieta con más fuerza en su mano la empuñadura de la daga y, visualizando su próximo encuentro, se sumerge en un estertor de orgasmo. Su cuerpo exhausto cae hacia atrás en la cama estrecha. Piedra. Una piedra menos en el tablero.

• • •

La librería El Refugio de Afrodita, de Miguel Solera de Lara, en la calle Ouvidor, tanto o más que la Garnier, era el principal punto de encuentro de los intelectuales de la ciudad, casi todos colaboradores de periódicos. El nombre *sui generis* se debía al hecho de que había pertenecido a un profesor de griego jubilado, fascinado por la mitología. Encima de la puerta, trabajada con motivos helénicos, se veía una pintura clásica de la diosa saliendo de una concha marina. El pintor había agregado un libro abierto en la mano de Venus, como si la diosa estuviera leyendo uno de los preciosos volúmenes del acervo. A Miguel la idea le había resultado pintoresca, y, al comprar el negocio, había conservado la ilustración y el nombre.

Por allí pasaban a diario Bilac, Guimarães Passos, José do Patrocínio, que editaba la *Gazeta da Tarde*, Aluísio Azevedo, el marqués de Salles, Angelo Agostini y, el mayor bohemio entre ellos, Paula Nei. Nei era un caso raro, pues nunca había publicado una línea. Su fama había nacido y crecido exclusivamente en la Ouvidor. Era conocido por los poemas y epigramas que recitaba para los amigos en los cafés. Poseía un fabuloso talento verbal y también se distinguía por la apariencia: menudo, flaco, feo, muy miope, llevaba siempre el sombrero hongo echado para atrás de la cabeza.

Al caer la tarde comenzaban a llegar al Refugio. Iban a leer, para los amigos, nuevas poesías o artículos aún no publicados. De vez en cuando asistía hasta Machado de Assis. En los tiempos

en que era colaborador de *Marmota* aparecía más a menudo. Después del éxito de *Memórias póstumas de Brás Cubas*, acostumbraba ir menos. Decía, bromeando, que la calidad de su obra no era compatible con las chanzas de aquel grupo bohemio. Libros, compraban pocos. Preferían leer las novedades allí mismo, de pie junto a los estantes. Paula Nei había llegado al colmo de usar un señalador para saber en qué punto continuar la lectura al día siguiente. Cuando Miguel Solera de Lara se quejó, él respondió, ofendido:

—¿Preferirías que doblara la página, estropeando el volumen? ¿Qué rayos de librero eres tú?

Por esas y otras cosas Miguel soñaba con ir a vivir a Londres. Abrir, tal vez, una pequeña librería en el East End. Enamorado de Inglaterra y romántico incorregible, Solera de Lara tenía la noción estrambótica de que era su deber llevar un poco de cultura a las clases inglesas menos favorecidas. Dinero no le faltaba. Sólo la madre pseudoenferma lo ataba a tierras brasileñas. Sus amigos, todos con un pie en Francia, se mofaban del librero.

—No sé de dónde sacaste esa anglofilia —se burlaba el marqués de Salles—. ¿No sabes, acaso, que todo lo que piensa está en París?

Miguel no discutía. Era inútil hablar de Shakespeare a los oídos de Molière.

• • •

A las dos de la tarde había poca gente en la librería. Clientes anónimos hojeaban, en silencio, las ediciones recientes. Algunos decoradores iban a elegir libros por metro para sus clientes nuevos ricos. Del grupo, apenas Guimarães Passos se hallaba presente y leía en voz alta al librero su último poema satírico al respecto de un comerciante riquísimo que no había conseguido cumplir sus deberes matrimoniales en la noche de bodas. Las carcajadas de los dos atrajeron miradas de reprobación por parte de los demás. Guimarães se despidió del librero, prometiendo volver al caer la tarde.

Afuera se oía la agitación de siempre, causada por los vendedores ambulantes.

—¡Botelleero!

—¡Cebolleeero! ¡Cebooooolla!

—¡Pan dulce! ¡Pan dulce recién salido del hooorno!

—Heladito, heladón,

heladito de un tostón,

¡El que no tiene su tostoncito

no toma helado, no!

De repente entró en la librería Sarah Bernhardt, acompañada por su empresario estadounidense Edward Jarrett, por su amiga y confidente, la actriz Marie Jullien, y por los actores Berthier y Philippe Garnier. Sarah, que ya estaba en Brasil desde hacía casi un mes, había agotado las lecturas que trajera consigo, y le habían indicado El Refugio de Afrodita como el mejor lugar de Río para reabastecerse de libros en francés. Volvían al hotel después de un almuerzo en La Renaissance, del *chef* francés Pierre Labarth. Jarrett no quería detenerse en la librería, ya que no se sentía muy bien.

—Es sólo un instante, *mon chéri*. Quiero ver si llegó un libro de mi amigo Émile —dijo Sarah, refiriéndose a Émile Zola.

Solera de Lara se aproximó para atenderla. Estaba encantado de tener a la actriz en su negocio.

—Señora, no puedo describir el placer que me da recibirla en mi humilde librería.

—Me han comentado que no es tan humilde. Me dijeron que usted siempre tiene las más recientes ediciones francesas.

—Hago lo que puedo, aunque a veces los barcos se atrasan —respondió el librero con modestia—. ¿Qué libro en particular está buscando?

—*L'oeuvre*, de Émile Zola. Parece que está causando la mayor sensación en París, porque Cézanne, amigo de Émile hace tantos años, se habría visto retratado en la piel del pintor de la obra. Dicen que los dos dejaron de hablarse —cuchicheó la actriz en tono de chisme.

—Infelizmente, *madame*, ese libro acaba de publicarse. Ya lo

encargué, pero todavía no llegó. Tengo aquí el *Germinal*, del año pasado. Muy interesante, además. Habla de una rebelión de mineros. No sé si lo conoce.

—Sí, ya lo leí. Y no es rebelión, sino huelga —corrigió Sarah.

—¿No es lo mismo? —preguntó el librero, contrariado.

—Para algunos, sí —respondió Sarah, ligeramente molesta—. No quiero ocuparle más tiempo. Si me permite, debo regresar al hotel; mi empresario, el señor Jarrett, se siente algo indispuesto. —Y agregó más bajo, como si hablara para sí misma: —Temo que esté sufriendo de fiebre amarilla. —De nuevo a Miguel: —Adiós, *monsieur*.

Cuando se volvió para salir, tropezó con una señora gordinflona y baja, aunque ataviada al rigor de la moda, de ceniza oscuro, con un vestido ornamentado por siete hileras de volados. Sarah derribó un paquete que la mujer cargaba. El paquete se desparramó en el suelo, dejando a la vista un libro y varias cartas grandes de baraja que se esparcieron por el piso.

—Oh, pardon! ¡Qué torpe soy! —se disculpó Bernhardt.

—*Ce n'est pas grave, madame* —dijo la señora mientras se agachaba a recoger el libro y las cartas. Sarah se inclinó para ayudarla y exclamó, encantada al ver las barajas:

—*Mon Dieu!* ¡Es el tarot de Marsella! ¡No me diga que usted tira las cartas!

—Sólo como pasatiempo. Permítame presentarme: Mercedes Leal. Usted, claro, no necesita presentaciones. Vine aquí a buscar este pedido que trajeron en el último vapor. Miguel me dijo que ya estaba aquí desde hace unos días. Bueno, permiso, *madame* —se despidió la señora, que se dirigió a la puerta.

Sarah la tomó de un brazo.

—¡Ah, no! ¿Acaso no cree en el destino? No saldremos de aquí antes de que me tire las cartas.

Sus acompañantes protestaron.

—Sarah, de veras necesito volver al hotel. El médico me espera —dijo Jarrett.

—Es verdad, Sarah. Todavía tenemos que ensayar antes del espectáculo —completó Berthier, que a escondidas había concertado una cita en su cuarto con una joven admiradora.

—Entonces vayan yendo. Después los sigo con Philippe y Marie —decretó, definitiva, la Divina. Se despidió de los dos y se volvió hacia Miguel: —¿Por casualidad tendrá un lugar más privado donde podamos tirar las cartas?

—Por supuesto, *madame*. Mi salón de lectura, aquí en el fondo.

Diciendo eso, apartó una cortina y acompañó a la reducida comitiva.

• • •

Mercedes Leal se sentó a una pequeña mesa frente a Sarah Bernhardt y comenzó a barajar las cartas con la agilidad de una profesional.

—Mazo nuevo. Se debe barajar bastante.

Alrededor de la mesa, Miguel, Garnier y Marie Jullien observaban en silencio. Mercedes pidió que Sarah cortara y comenzó a distribuir las cartas sobre la mesa. En cuanto estuvieron dispuestos los arcanos mayores, Mercedes dio vuelta la primera carta y vaciló:

—La señora debe comprender que esto no es más que un pasatiempo, nada en lo que se pueda de veras creer.

—¿Por qué lo dice? ¿Vio algo terrible en mi futuro?

—Bueno, son cartas nuevas. Todavía no leí el libro. Confío más en mi viejo Grimaud de Madame Normande. Tal vez sea mejor barajar otra vez.

Sarah le aferró la mano antes de que la mujer recogiera las barajas.

—No, Mercedes. Lea lo que está viendo. Mi futuro no puede ser tan horroroso.

—Claro que no. Sin embargo, si yo fuera usted tomaría algunas precauciones. —Comenzó a leer las figuras coloridas que tenía delante. —El Jongleur, o el Mago, aparece cabeza abajo, justo encima de la Sacerdotisa. La Fuerza, al lado del Emperador y la Emperatriz, sobre la Estrella, muestra lo que todos sabemos: que usted es una mujer de gran poder, talento y seducción. Después, el Loco y el Diablo.

—Veo que estoy en buena compañía —bromeó Sarah, y alrededor de la mesa todos rieron nerviosos.

Sin perturbarse, Mercedes Leal continuó:

—Lo que me preocupa es el Juicio Final, seguido por la Muerte, el Ahorcado y la Torre. Como usted sabe, estas interpretaciones dependen mucho de la intuición de quien tira las cartas.

—Mercedes, ¿qué es lo que trata de decirme?

—Nada, *madame*, nada, pero tengo un extraño presentimiento de que usted no debería volver a Brasil. Veo aquí un accidente, en un próximo viaje, una caída de graves consecuencias. La Torre indica eso. —Así diciendo, Mercedes Leal recogió las cartas y las guardó junto con el libro. En la pequeña sala se podía oír el vuelo de una mosca.

La Bernhardt quebró el encanto al levantarse.

—Bueno, por lo menos no tengo nada que temer en esta temporada. Menos mal, porque las salas ya están vendidas. *Merci*, Mercedes. Disculpe que la haya hecho perder tiempo.

—Espero que no se tome estas cosas muy en serio. Como ya le dije, si fuera con mis viejas cartas, las de Madame Normande... Pero éstas...

—Ya sé, son cartas nuevas —la interrumpió Sarah Bernhardt—. Al contrario de los casinos, para leer el futuro no debemos fiarnos de las barajas nuevas. No deje de verme, hoy a la noche, en *Le passant*. Prometo no resbalarme. —Mostró sus bellos dientes en una carcajada exagerada, se despidió de Miguel y salió, aún riendo, hacia la calle Ouvidor.

8

Al lado del Depósito de Cadáveres de la Orden Tercera de la Penitencia, en la plaza Carioca, al comienzo de la calle Assembléia, había un bar apropiadamente llamado Bar de la Morgue. A pesar del nombre, era uno de los lugares más animados de la ciudad. Con mesas de hierro forjado y tapa de mármol, conversaciones en voz alta, un piano recto siempre ocupado por algún noctívago, a veces una guitarra en la madrugada y la atmósfera ahumada por los mejores cigarros venidos de La Habana y Bahía, la verdad es que el lugar tenía clima. También conocido como “Chop de los Muertos”, el Bar de la Morgue era uno de los puntos preferidos por la bohemia de la ciudad. Iban allí en procura de las salchichas del Alemán y sobre todo de las cervezas Dois Machados, Calsberg, Guinness y Porter, todas importadas de Europa. No por falta de excelentes similares nacionales, como la Kremer, de Minas Gerais, la Becker, que venía de Petrópolis, y la Gabel, rechazadas por los bohemios con afectación. El envase de esta última venía tapado con tapón de corcho y, para evitar que la fermentación lanzara a lo lejos la tapa, se la sujetaba a la botella con bramantes que se cortaban en el momento de servir la bebida. Por eso los muchachos enseguida la habían apodado “marca bramante”.

Uno de los frequentadores más asiduos del Bar de la Morgue era Olavo Bilac. Esa noche el local estaba lleno. A la misma mesa

del fondo se hallaban sentados, junto con el poeta, los amigos Guimarães Passos, Coelho Neto, Paula Nei, Agostini, Aluísio Azevedo, Salomão Calif, el marqués de Salles, José do Patrocínio y Albertito Fazelli, que pagaba la cuenta. Éste era un detalle indispensable, ya que el Alemán, cansado de las faltas de dinero, había colocado al lado de la caja un cartel bien visible que decía: “HOY NO SE VÍA, MAÑANA SÍ”. El error de ortografía se debía al origen germánico del propietario, que invariablemente cambiaba la F por la V. Nadie había querido corregir el pintoresco equívoco.

Otra figura obligada del grupo era Chiquinha Gonzaga, compositora de talento, que había obtenido mucho éxito un año antes con la opereta *A corte na roça*. Eximia pianista, de vez en cuando Chiquinha embellecía el final de la noche con sus canciones. Todos adoraban a la compositora, a la que Paula Nei consideraba “nuestra George Sand”. Eso porque, despreciando las convenciones, ella sólo andaba en compañías masculinas y había tenido el coraje de separarse de dos maridos. El escándalo había chocado a nobles y burgueses; un motivo más para que aquel grupo acogiera a Chiquinha Gonzaga. Burlándose de sí mismo, el grupo se había autodenominado la “Caterva”.

Paula Nei, con su manera inimitable, leía el nuevo código de ordenanzas municipales que se había publicado en el diario *O Paiz*.

—“Queda prohibida la colocación de macetas en las ventanas, pues si se derriban pueden causar heridas graves a los transeúntes. Las mascaradas sólo se permitirán durante el Carnaval. Los caballos no galoparán por las calles, salvo la Caballería, en casos urgentes. Se construirán urinarios públicos para evitar que los ciudadanos hagan sus necesidades en las aceras. Y, por último, se retirarán todas las escupideras de las calles”, concluyó, fingiendo escupir en el sombrero de Calif, lo que provocó la risa de los amigos.

Enseguida pasaron a discutir la llegada de Sherlock Holmes, al día siguiente. El marqués de Salles había sido designado por el emperador para ir a recibirlo al puerto. Albertito, que mentía sin pudor, casi dijo que había conocido al detective en uno de los

viajes que hizo a Londres, pero se contuvo al recordar que podría verse confrontado con el inglés.

—Parece que viene acompañado por un médico, un tal doctor Watson —informó José do Patrocínio, que se había enterado de la noticia en la redacción de la *Gazeta da Tarde*.

—¿Cómo? ¿El hombre es enfermo o hipocondríaco? —preguntó Bilac.

—Ni una cosa ni la otra. Es apenas un amigo inseparable que vive con él —respondió Patrocínio.

—Qué curioso. ¿El sujeto será marica? —arriesgó el marqués de Salles, que sólo pensaba en esas cosas.

—¡Lo que faltaba! Un inglés maricón —se quejó Salomão Calif, el sastre—. Ya basta con los pusilánimes que tenemos por aquí. ¿Sabes que el otro día uno quería que le hiciera unos pantalones con bragueta atrás, para facilitarle el vicio? “Le pago lo que sea... dinero hay, señor Calif, dinero hay...”

—Conociendo tu gusto por los reales, ni te pregunto si le diste el gusto —gritó Guimarães Passos desde la punta de la mesa.

Todos rieron de la broma. Si alguien no podía dudar de la generosidad del sastre, era el propio Guimarães. Salomão le había hecho varios trajes y sobretodos, sin ver el color de sus billetes. Un día, irritado con el amigo, que le debía casi un ajuar, le dijo a Passos que no le haría más ropa hasta que el poeta le pagara lo que le debía. A pesar de la larga amistad, Salomão, muy serio, afirmó que el crédito de Guimarães quedaba suspendido. Noble, el sastre se prestó a continuar haciendo cualquier arreglo o pequeñas reformas o costuras que el poeta necesitara. Una semana después, Guimarães Passos entró en la sastrería del amigo.

—¿Todavía vale aquella promesa de hacerme pequeñas costuras?

—Claro —respondió el sastre.

De inmediato Passos sacó del bolsillo una bolsa con botones y la puso en las manos de Salomão.

—Entonces quisiera que me pegaras un traje de casimir inglés a estos botones.

La anécdota era contada por el propio Calif, que se había reído mucho y acabado haciendo más ropa para el poeta.

Olavo Bilac volvió al asunto Sherlock Holmes.

—Hablando en serio, oí decir que la capacidad de deducción de este hombre es extraordinaria. Supe que el delegado Mello Pimenta también va a procurarlo para pedirle ayuda en el caso de las muchachas muertas.

—Menos mal. No me satisfacía ver que un cerebro tan brillante se malgastara en buscar un violín —dijo Paula Nei.

—No es cualquier violín, sino un Stradivarius. Vale una fortuna —corrigió De Salles.

—No tanto como la vida de esas muchachas —retrucó Bilac.

En ese momento entró en el bar el comisario Pimenta. Los conocía bien a todos, pues siempre iba a beber un *chop* después de su turno. Como Bilac recordaba que el comisario andaba buscándolo, se levantó e intentó esconderse en medio de los amigos.

—Calma, señor Bilac. No hay nada contra usted. Es todo exageración de los diarios. Al fin y al cabo, si nuestros jóvenes no pudieran escribir manifiestos, ¿qué sería de Brasil? Sólo vine a tomar una cerveza —declaró Pimenta.

—Va por cuenta nuestra, comisario —dijo Albertito Fazelli, e hizo una señal al mozo.

Bilac, tranquilizado, volvió a sentarse, al tiempo que decía:

—Curiosa coincidencia que usted entrara justo en este momento. ¿Sabe que precisamente estábamos hablando de las chicas asesinadas? Un problema, ¿no, comisario? Hasta dicen que va a pedir ayuda a ese Sherlock Holmes, que viene por invitación del emperador.

—No digo que sí ni que no —respondió Mello Pimenta, molesto porque la noticia ya había corrido de boca en boca.

—Mire, Pimenta, ya todo el mundo conoce esta historia —dijo Chiquinha Gonzaga, siempre irreverente—. Paiva, el del correo, fue el que se encargó de difundir que usted mandó un telegrama.

Mello Pimenta se indignó tanto que se atragantó con la cerveza.

—¡Violación de un secreto! ¿Cómo es que ese canalla tuvo la audacia de revelar mi correspondencia? ¡Eso es un crimen!

—Eso lo sabemos nosotros, pero Paiva, además de viejo funcionario público, es hermano del ama de llaves del conde D'Eu. Nadie le pone las manos encima —explicó Coelho Neto.

—Ni siquiera un diligente comisario de policía perseguidor de poetas —remató Bilac, con una mirada maliciosa.

Estallaron todos en una carcajada, inclusive Pimenta. Terminó el primer *chop* y de inmediato Albertito Fazelli pidió a Laurindo, el mozo que siempre servía al grupo, que le llevara otra jarra.

—El joven Bilac tiene razón. Como mi telegrama al inglés parece ser de dominio público, no hay por qué negarlo. Realmente pedí ayuda a ese detective. Pero no sé si va a poder dedicarme un poco de su tiempo; después de todo, viene a Brasil llamado por don Pedro.

—Ningún detective que se precie puede dejar de interesarse por dos crímenes tan curiosos —opinó Aluísio Azevedo al tiempo que encendía un cigarro—. Sólo quisiera saber cuál es la especialidad de ese muchacho.

—Eso se lo puedo adelantar —respondió Pimenta, con la lengua más suelta a causa del segundo jarro de cerveza—, porque también solicité informaciones a Scotland Yard...

Debido al *chop*, la pronunciación del nombre de la policía inglesa le salió casi perfecta. El grupo, interesado, se aproximó aún más. Fazelli ordenó otra ronda. El marqués de Salles arriesgó:

—Apuesto a que es la deducción. Un buen detective tiene que tener la capacidad de llegar a conclusiones basándose en las pistas, usando sólo la lógica y el raciocinio. ¿Estoy en lo cierto, comisario?

Mello Pimenta se mostró de acuerdo. Le iba gustando ser el centro de atención.

—Y debo agregar, marqués, que no es tan fácil como parece. Quiero, inclusive, aprovechar esta rueda tan inteligente para hacer una demostración. Voy a contar un caso muy famoso y ver quién de ustedes consigue descubrir la solución, contando con las mismas pistas.

—¡Excelente idea! —se entusiasmó Aluísio Azevedo—. Parece un juego de adivinanza.

—¡Adivinanza, no, don Aluísio! ¡Deducción! —corrigió Mello Pimenta, mientras se acomodaba a la mesa.

Era el dueño de la situación. Los bohemios, incluso los de las mesas adyacentes, se aproximaron para beber sus palabras y algunos litros más de cerveza. Pimenta tomó otro trago, se secó la espuma blanca del bigote, hizo una pausa y comenzó:

—Como dije antes, es muy difícil. Algo para profesionales. No se aflijan si no llegan a ninguna conclusión. Por supuesto, voy a omitir nombres y lugares. —En un tono más sombrío inició la narración de la vieja charada policial, poniéndose como protagonista: —Una mujer fue encontrada muerta en un jardín, unos doscientos metros detrás de su casa, con un tiro en la cabeza.

—Nada bueno debía de haber hecho —gruñó Albertito Fazelli, que no tenía en alta estima al sexo débil.

Coelho Neto le ordenó que se callara y Mello Pimenta continuó:

—Cuando llegué, el marido me dijo que fue el primero en encontrarla. Oyó el disparo, salió en su dirección, vio que ella sangraba con profusión y corrió a buscar unos vendajes. Al retornar, la esposa ya había muerto. Entonces él volvió a la casa y me mandó llamar.

—Pobre hombre... —comentó Salomão Calif, que veneraba la familia.

—Tras examinar bien el lugar, le dije al marido que el disparo había partido del otro lado del jardín, pues entre la casa y el lugar del asesinato sólo había vestigios de cuatro huellas formadas por pisadas: una hecha por las botinas de la mujer al salir y tres dejadas por los zapatos del marido. Caminamos hasta el jardín y allí encontré marcas de pólvora cerca de un arbusto.

—¿Y cómo fue que descubrió al asesino? —indagó, impaciente, José do Patrocínio.

—Bien, en cuanto volvimos a la casa noté sobre la mesa del comedor una botella de oporto sin corcho, con una mancha oscura en la etiqueta. El espejo de la entrada estaba partido. Me volví de inmediato hacia el marido y di la orden de detenerlo. ¿Por qué?

—¡Porque el vino estaba envenenado! —se precipitó Albertito Fazelli, que hablaba más de lo que pensaba.

—Albertito, la mujer murió de un tiro —le recordó Bilac.

—¡Entonces la bala estaba envenenada! —insistió Fazelli, que era un obcecado.

—Si, en vez de deducción, fuera un concurso de disparates, tú ganarías fácil el primer lugar —concluyó Paula Nei.

—¿El marido llegó a beber el oporto? —quiso saber Bilac.

Mello Pimenta, solemne, negó con la cabeza.

—Rompió el espejo cuando vio su imagen reflejada. Debía de estar muy mal vestido —arriesgó Salomão Calif. Hasta a Albertito Fazelli le pareció un absurdo el vicio profesional del sastre.

Nadie más sugería una solución al enigma. Pimenta encendió un cigarro ofrecido por Guimarães Passos y, pagado de sí mismo, dio una larga pitada, saboreando el habano y el éxito.

—Las pisadas. La solución está en las pisadas —dijo Chiquinha Gonzaga.

—Qué estupidez, Chiquinha. ¿Qué tienen que ver las pisadas? —se burló Aluísio Azevedo.

—La señora Chiquinha tiene razón —convino Pimenta, ligeramente contrariado.

Chiquinha Gonzaga continuó:

—Ustedes son todos unos imbéciles. El comisario dijo que sólo encontró cuatro rastros formados por pisadas. Tres del marido y uno de la mujer. Ahora, si el marido salió de la casa como afirmó, habría cinco huellas de pisadas. La primera de la esposa, y cuatro del marido. Una para ir hasta el jardín donde estaba la mujer, otra para volver y tomar los vendajes, una más para regresar al jardín y por último la cuarta huella, cuando volvió para llamar a la policía. Como el comisario encontró apenas cuatro marcas de pisadas, es señal de que el marido ya esperaba a la esposa, escondido detrás de los arbustos.

En el Bar de la Morgue todos se asombraron de la capacidad de deducción de la compositora. Paula Nei dio un grito:

—¡Viva Chiquinha Gonzaga, nuestra detective de faldas!

—¡Viva! —gritaron a coro clientes y mozos.

—¡Más *chops* para los vivos, en el “Chop de los Muertos”!
—pidió Albertito Fazelli.

En medio de la animación, sólo Pimenta no parecía muy satisfecho al ver su misterioso caso develado por una mujer. Interrumpiendo la fiesta, el marqués de Salles preguntó:

—Comisario, ¿qué tienen que ver con la historia la botella de oporto sin corcho, la mancha en la etiqueta y el espejo partido?

—Nada. Era para dar más sabor al caso —dijo, incómodo, Mello Pimenta, mirando de soslayo a Chiquinha y provocando la risa de los oyentes.

Hasta el Alemán, dueño del bar, aplaudió a la compositora.

—La próxima ronda fa por mi cuenta —bramó con su acento cargado—. Este muchacha es mucha mejorr que Beethoven.

Nunca se supo con certeza si el Alemán estaba comparando la inteligencia o las dotes musicales de los dos compositores.

Para Mello Pimenta quedó claro que Chiquinha Gonzaga se estaba robando la noche. Para invertir la situación y vengarse de la pianista, comenzó a cambiar el rumbo de la conversación.

—Los crímenes que estoy investigando ahora son mucho más complejos. Dos lindas muchachas, casi niñas, muertas en forma brutal, sin que, en apariencia, nada vincule a una con la otra. La primera era una prostituta; la segunda, camarera del palacio. Las dos, víctimas del mismo bárbaro asesino.

—¿Y cómo sabe que se trata de la misma persona? —preguntó Guimarães Passos.

De inmediato Pimenta se arrepintió de haber entrado en aquel tema. Las pistas dejadas por el monstruo todavía no eran de dominio público. De no ser por las cervezas, sin duda se habría callado. Ahora era tarde para volver atrás, así que el policía siguió adelante.

—A causa de las orejas...

—¿Qué orejas? —indagó Olavo Bilac, curioso.

—El asesino cortó las orejas de las dos víctimas y se las llevó consigo.

Un estremecimiento de repulsión recorrió el bar. A Pimenta le gustó la reacción que había causado.

—¿Tal vez a la señora Chiquinha le gustara examinar los cadáveres? Quizá pueda ayudarme con su brillante capacidad de deducción —agregó con perversidad.

—Excelente idea —dijo el marqués de Salles, excitado ante la perspectiva de conocer la morgue.

—Por mí, no veo ningún inconveniente —respondió Chiquinha Gonzaga.

—Tampoco yo —se animó también Paula Nei.

—Me gustaría mucho, pero no puedo. Olvidé las llaves de casa y no quiero despertar a la servidumbre —se disculpó Alberto Fazelli.

—Yo también prefiero ir a dormir. Tengo una prueba de ropa mañana tempranito —declaró Salomão Calif, esquivando aquella fúnebre tarea.

—Si vamos a ir, vamos ya —dijo Olavo Bilac, levantándose.

—Calma, no hay apuro. De donde están no las saca nadie. Primero voy a terminar mi cigarro. Es falta de respeto ahumar a los muertos —declaró Mello Pimenta, y aspiró una larga bocanada.

• • •

Del grupo, sólo Guimarães Passos, Paula Nei, Coelho Neto, el marqués de Salles, Olavo Bilac y, claro, Chiquinha Gonzaga siguieron hasta la morgue de la Orden Tercera de la Penitencia. Recorrieron el pequeño trecho de la calle Assembléia hasta la plaza Carioca. Valiéndose de sus documentos, el comisario hizo que el vigía nocturno le abriera la pesada puerta de hierro que daba al lugar una apariencia aún más siniestra. Al oír el rechinar de los portones, Coelho Neto casi pensó en inventar una disculpa y salir de allí corriendo, pero aguantó firme, por miedo a la burla de los amigos. Los siete siguieron, en silencio, por el tortuoso corredor que llevaba hasta el depósito. Había un olor fuerte a formol que reforzaba el hedor de la muerte. Llegaron a la entrada de la sala mortuoria y Pimenta llamó al encargado nocturno:

—¡Gervásio! ¡Eh, Gervásio, despierta!

El encargado apareció tonto de sueño, con el cabello

desgredado. Todos se sorprendieron ante la visión que se les ofrecía. Gervásio era enano. Tenía treinta años y, como máximo, un metro quince de estatura. Pertenecía a una tradicional familia de circo, donde se presentaba como el enano más chico del mundo, pero se había visto obligado a abandonar la carrera artística a causa de una enfermedad que era la pesadilla de todos los enanos: Gervásio comenzó a crecer. Al principio, cuando percibió que había aumentado de noventa y ocho centímetros a un metro con dos, intentó disfrazarlo, encogiéndose siempre que entraba en el picadero, pero sus padres y sus hermanos, todos enanos, notaron enseguida el artificio del pequeño Gervásio. Dotada de la integridad característica del mundo del circo, la familia se negó a participar en la farsa. Entre lágrimas y sollozos, el malhadado enano se despidió de los amigos, rompió con la mujer barbuda, con quien mantenía un noviazgo desde hacía varios años, y partió para enfrentar el mundo hostil y agigantado. El único empleo que consiguió, después de mucha búsqueda, fue ése, de asistente mortuario en la morgue de la Orden Tercera, y aun así, por influencia de un cura caritativo que se conmovió con la situación del pequeño artista. Al comienzo a Gervásio le resultó extraña la convivencia con los muertos, todos más grandes que él. Sin embargo ahora, después de cinco años, ya circulaba muy tranquilo en medio de los cadáveres.

—Hola, comisario, ¿éstas son horas de venir? ¿No teme despertar a mi clientela? —bromeó el liliputiense asistente, con su voz de falsete.

—Perdón, Gervásio. Sabes bien que la Justicia no tiene reloj. Necesito mostrar a mis amigos, todos grandes investigadores, los cuerpos de esas dos muchachas.

—Claro, comisario. Tengo siempre mucho gusto en atenderlo —dijo con sinceridad el enano, pues Pimenta era el único que no hacía las bromas obvias sobre su estatura—. Las chicas se encuentran en muy buen estado. Sólo espero que la remesa de hielo no se atrase.

Gervásio se refería a los bloques de hielo natural que venían de América del Norte. Llegaban en grandes pedazos, en el fondo

de las embarcaciones, envueltos con cuidado en capas espesas de aserrín. El hielo quedaba guardado en depósitos especiales, allá por Santa Luzia, y de inmediato era colocado en hondas cavidades, con las precauciones necesarias. Por increíble que parezca, las pérdidas eran pequeñas, no más de treinta o cuarenta por ciento al cabo de cinco meses. El problema era que a veces los vapores llegaban con algún atraso, lo cual causaba inconvenientes a las casas de muertos y a las fábricas de helados. Con gesto ágil, el enano tiró de los grandes cajones y dejó a la vista los cuerpos de las chicas. Quitó de uno de ellos un envoltorio de papel marrón.

—Así que fue acá donde olvidé el resto de mi sandwich —comentó para sí el asistente.

El grupo quedó aterrado ante aquella escena. Con excepción de Bilac y el marqués, dueños de una curiosidad morbosa, todos se sentían arrepentidos de haber aceptado la invitación del delegado. Querían salir de allí lo antes posible. Fingían estar cómodos, pero Pimenta conocía perfectamente la sensación de malestar y pavor que aquel lugar provocaba en sus invitados. Ya la había experimentado, hacía muchos años, al comienzo de su carrera, cuando visitó por primera vez la morgue. A pesar de la muerte violenta, las muchachas, envueltas en anchas sábanas blancas, parecían entregadas a un sueño profundo. Más que una morgue, los presentes se sentían en un colegio, espiando, a hurtadillas, un dormitorio de chicas.

—Qué hermosas son —murmuró Bilac.

—¿Qué monstruo habrá practicado semejante salvajada? —se preguntó Guimarães Passos.

—Es lo que me gustaría saber —dijo Mello Pimenta. Se volvió hacia Chiquinha Gonzaga, saboreando la venganza de haber llevado hasta allí a la compositora, y preguntó: —¿Y bien, “colega”? ¿Le gustaría examinar los cadáveres?

—Bien sabe que no soy especialista. Además, el único dato curioso ya se dijo. La falta de las orejas —respondió Chiquinha, sin lograr apartar la vista de las muertas.

—Y las cuerdas —acotó el delegado.

—¿Qué cuerdas? —preguntó el marqués de Salles.

—¿No les conté? Enroscadas, junto a... al cuerpo de cada una de ellas, fueron halladas dos cuerdas de instrumento musical —completó Pimenta, al tiempo que las sacaba de un bolsillo—. No sé de qué instrumento son.

Chiquinha Gonzaga las arrebató de las manos de Mello Pimenta.

—Mire, comisario, para eso no había necesidad de traernos a este lugar cargado de sombras y tristezas. Son dos cuerdas de violín. Le digo más: la primera y la última. La del sol y la del mi. —Devolvió las cuerdas y giró en dirección a la salida. —¿Ahora podremos irnos, o tenemos que continuar visitando esta versión macabra de Madame Tussaud? —lanzó con aspereza, refiriéndose al Museo de Cera de Londres.

—Vamos todos. Basta de horrores por esta noche —dijo Coelho Neto, y tironeó del brazo de Olavo Bilac, que continuaba mirando los cuerpos de las dos muchachas. —Ven, Olavo.

—Son tan lindas... —murmuró el poeta.

Gervásio cerró los cajones y los acompañó hasta la puerta.

—Venga siempre que quiera, delegado. Ya sabe cuánto disfruto de una buena conversación, y mis huéspedes no son de hablar mucho.

Pidió al vigía que lo ayudara a cerrar los pesados portones y se quedó observando, a través de las rejas, al grupo que se alejaba. En cuanto desaparecieron por la calle Assembléia, el enano sacó del bolsillo el paquete marrón y, tranquilamente, terminó de comer su sandwich.

9

Para el viajero que venía por mar, era un deslumbramiento la vista de la ciudad de São Sebastião do Rio de Janeiro. Todo el litoral, adornado por una vegetación exuberante, se cubría de cocoteros, *sapucaias*, *muricis* y árboles jamás soñados por mentes europeas. En cuanto el buque cruzaba la barra y entraba en la bahía de Guanabara, entre la isla del Gobernador y el Pan de Azúcar, el navegante comenzaba a ver los barrios de Botafogo, Catete y Glória, que ya mostraban algunas construcciones de importancia. Las aguas se cuajaban de pequeñas embarcaciones que iban a recibir los vapores, cuyos marineros lanzaban gritos de bienvenida. Entre las lomas de Castelo y São Bento se veían, al fondo, los tejados del centro de la ciudad, aunque lo que más llamaba la atención del que llegaba era la blancura de la arena de las playas.

Todo eso, apoyados en el parapeto de la toldilla del *Aquitania*, contemplaban el detective Sherlock Holmes y el doctor John Hamish Watson. El doctor vestía un traje de lana marrón con chaleco, y sombrero de fieltro del mismo color; el detective lucía una ropa oscura y, sobre ella, la capa a cuadros más clara, y la gorra con visera, del mismo género, que constituían parte indefectible de su guardarropa. Eran apenas las siete de la mañana y, en esa época de invierno, la temperatura estaba bastante agradable, alrededor de los veintitrés grados centígrados. Como el barco

no atracaba, los pasajeros aguardaban en las chalupas que deberían llevarlos al muelle. Distráido por el paisaje, y mientras imaginaba cómo sería la vida en aquella ciudad, Sherlock no percibió que, desde uno de los botes, alguien gritaba su nombre. Fue preciso que Watson interrumpiera sus pensamientos:

—Holmes, creo que lo están llamando.

—¿Quién?

—No sé. Alguien.

—¿Dónde?

—Me parece que es de ahí, de aquel bote —dijo Watson, señalando una embarcación.

Abajo, en la pequeña chalupa, Júlio Augusto Pereira, el marqués de Salles, hacía señas al detective. Casi no había dormido y todavía mostraba en el rostro el cansancio de la lúgubre trashed anterior. Además de eso, odiaba los barcos y sólo un pedido del emperador podía sacarlo de la cama para aquella tarea náutica. Mantuvo el equilibrio en el bote que se balanceaba sobre las olas y, haciendo bocina con las manos, gritó una vez más:

—*Mister Sherlock Holmes! I am looking for mister Sherlock Holmes!*

—*Here I am!* —respondió el detective al tiempo que sacudía los brazos.

El marqués ordenó al botero que se aproximara más al *Aquitania*.

—Vine a recibirlo en nombre del emperador. Espero que haya tenido un buen viaje.

—Excelente, gracias.

—Hable por usted —rezongó Watson, que había detestado cada minuto transcurrido a bordo. Además, como acostumbraba decir, su estómago no tenía pies de marinero. Ni siquiera la receta casera de tomar por la mañana una yema batida con una copita de jerez le había impedido arrojar todas las comidas pantagruélicas servidas en el buque.

—Watson, encárguese de que bajen nuestro equipaje. Mientras tanto voy a despedirme del capitán. —Antes de que Watson pudiera protestar, pues odiaba cuando Sherlock lo trataba como a un lacayo, Holmes desapareció por una puerta del combés.

El traslado desde el *Aquitania* hasta el muelle Pharoux ocurrió sin mayores incidentes. El equipaje fue colocado en un coche, y De Salles y los dos visitantes subieron al landó del marqués. Mientras el carruaje recorría el centro de la ciudad, Watson se admiró:

—Qué curioso. No veo ningún indio por las calles.

Al marqués de Salles le divirtió la sorpresa del doctor.

—Ni los verá, doctor Watson. Ya somos casi civilizados —ironizó—. Además, los indios son libres como la naturaleza, no sirven para los trabajos domésticos. Para eso contamos con los esclavos. La mayoría de las veces los negros se encargan del servicio, si bien algunos son muy... muy... —Quería decir “perezosos”, pero no lograba recordar la palabra en inglés. Murmuró para sí: —Perezosos... perezosos... *how would I say “perezosos” in English...*

—*Lazy* —completó Holmes, con la mayor tranquilidad.

El asombro de Watson sólo fue superado por el del marqués de Salles.

—¿Cómo? ¿¡Entonces el señor Sherlock habla portugués!?

—Supongo que sí —respondió Holmes, ya en la lengua de Camões.

Watson, que a pesar de convivir con el detective desde hacía siete años no se acostumbraba a esas revelaciones, preguntó intrigado:

—¿Y dónde diablos fue que aprendió a hablar esta lengua?

—En Macau, en China, un año antes de conocerlo a usted. Estuve allá casi seis meses, para estudiar los misteriosos venenos orientales, y el mayor especialista de esta materia era un científico portugués, Nicolau Travessa.

—Nunca lo oí nombrar —dijo Watson, no sin cierto fastidio.

—Claro, Watson. ¿Qué iba a saber de venenos exóticos un médico cirujano de Su Majestad británica?

—¿Ese Nicolau Travessa realmente entendía del tema? —preguntó De Salles, con la fascinación que tenía por los asuntos escabrosos.

—Travessa era un genio incomprendido. Nació en Lisboa, en una familia adinerada, pero pronto su espíritu aventurero lo llevó a Goa, en la India, de donde lo expulsaron.

—¿Por qué? —indagó el marqués.

—Por haber usado el propio cuerpo en experimentos con el veneno de la serpiente naja, que le costaron un ojo y la parálisis de la pierna izquierda —relató Holmes, con respeto.

—¿Él probaba los venenos? —se horrorizó Watson.

—Como todos los grandes científicos, Travessa hacía de su organismo un laboratorio experimental. De Goa partió hacia China. A lo largo de los años probó arsénico, cianuro, carbonato de plomo, estricnina, curare y hasta el *conum maculatum*, que es un veneno raro que se extrae de un pez japonés. Durante el largo período que permanecí en Macau, aprendí mucho con ese hombre sencillo y dedicado. Lástima que la ciencia no le haga justicia.

—¿Y por dónde anda esa luminaria de los tóxicos? —preguntó el marqués de Salles, perplejo.

—Murió, infelizmente, cuando probaba en sí mismo un concentrado de ponzoñas de escorpiones africanos —reveló Sherlock Holmes, conmovido. Aun siendo un hombre endurecido, siempre se enternecía con el recuerdo del sabio lisboeta.

Durante el resto del trayecto, Holmes pudo mostrar al fascinado marqués su dominio del idioma. Como lo había aprendido en una colonia portuguesa, hablaba con un cargado acento lusitano. El landó se detuvo frente el hotel Albion, y el cochero, un joven que apenas si tenía veinte años, se apeó para ayudar a los pasajeros. Holmes fue el último en descender del carruaje, apoyándose en los brazos del muchacho.

—Gracias, joven. Veo que su hermano era tísico y murió de tuberculosis aguda hace poco tiempo. Lo siento mucho —concluyó Holmes. Ante el espanto del cochero y de los otros dos ocupantes del landó, el detective continuó: —Percibo que está perplejo por mi deducción, pero es elemental. Noto, en su abrigo, una mancha roja de sangre, sin duda proveniente de una hemoptisis. También se ve que la ropa en cuestión le va muy holgada, lo que muestra que era de otra persona. Como es

costumbre entre las familias menos favorecidas, los hermanos más jóvenes heredan las vestimentas de los mayores. Luego, es obvio que este abrigo, manchado por un chorro de sangre, perteneció a su pobre hermano, fallecido en tiempos recientes por esa terrible enfermedad.

Absolutamente pasmado, el marqués de Salles se volvió hacia el cochero.

—¿Son correctas las observaciones del señor Holmes?

—No, señor. Soy hijo único. El saco era de mi tío, que es boticario. Por eso hay esa mancha aquí, de mercurio cromo.

Holmes, que ya entraba en el vestíbulo del hotel, desdeñó las explicaciones balbuceadas por el joven cochero.

El hotel Albion no tenía nada que envidiar a sus congéneres del Viejo Mundo. Ubicado en la calle Fresca, así llamada por disfrutar de la brisa marina que venía de la barra, daba por los fondos al mar, lo que hacía que sus cuartos estuvieran siempre bien aireados. El piso de la entrada se hallaba cubierto por mármoles travertinos y el salón principal, donde se veía el mostrador del conserje, decorado con muebles de estilo, venidos de Francia, todos forrados con tapices o seda. Espejos florentinos rodeaban el ambiente, aumentando aún más las dimensiones de la sala. Sobre las mesas, puestas con manteles de encajes blanquísimos, enormes jarrones de porcelana cargados de flores tropicales causaban, al huésped que llegaba, la impresión de estar cruzando los portales del paraíso. A la izquierda de la entrada había una inmensa sala de billar, frecuentada por los señores de sociedad, que se reunían allí después del trabajo. A la derecha, un salón de té, que servía, además de las selecciones inglesas más exquisitas, la mejor *pâtisserie* francesa, todo en bandejas de plata y fina vajilla de porcelana. En el hotel, todo era importado, desde la ropa de cama hasta los palillos.

El marqués de Salles se aproximó a la conserjería con Holmes, mientras Watson fiscalizaba el equipaje cargado por tres negritos uniformados.

—La Corona reservó aposentos para el señor Sherlock Holmes y el señor John Watson —informó el marqués.

Inojozas, el eficiente conserje, figura imprescindible en el hotel Albion, presentó las llaves. Delgado, muy elegante, de bigotes encerados y cabello negro pegado a la cabeza mediante una gran cantidad de brillantina argentina, no había problema que el experto conserje no resolviera. Las propinas que le daban los huéspedes agradecidos superaban en mucho el salario que recibía. Decían que, si la gratificación era adecuada, Inojozas hasta era capaz de colocar cinco muchachitas vírgenes en el lecho de cualquier viajero, a pesar de la vigilancia severa del propietario y de la improbabilidad de encontrar tantas vírgenes viviendo en los prostíbulos.

—Son los mejores aposentos del hotel —dijo, con una reverencia, al tiempo que hacía una señal para que otro empleado acompañara a Holmes y Watson.

—Lo dudo —replicó Holmes—. Los mejores deben de estar ocupados por algún hacendado millonario. El doctor y yo nos contentaremos con los... *How would you say "second best" in Portuguese?*

—Creo que es intraducible. Si necesitan algo, no tienen más que avisarme. Mi nombre es Inojozas, a sus órdenes —agregó el conserje, cambiando de tema en un inglés impecable.

—Bien, voy a dejarlos descansar un poco. Tenemos un almuerzo en el palacio a la una y media, con la señora Sarah Bernhardt. En general Su Majestad almuerza a las once; no obstante, como el barco llegó tarde, don Pedro hará esta deferencia. Sé que el emperador está ansioso por contarle el caso del violín de la baronesa de Avaré. Paso a buscarlos al mediodía, porque el palacio de Boa Vista queda un poco lejos. Señor Holmes, señor Watson, fue un placer —se despidió el marqués de Salles. Sacó de uno de los floreros una flor, que se colocó en la solapa, y se dirigió, rápido, a su landó.

• • •

La mesa para el almuerzo estaba puesta en el jardín de invierno, en una de las alas del palacio. Por motivos obvios, en él participaban pocas personas: Sarah Bernhardt, su hijo Maurice, Sherlock Holmes, Watson, el emperador, el vizconde de Ibituaçu y el marqués de Salles. Edward Jarrett, empresario estadounidense de la actriz, también invitado, no pudo comparecer, ya que los temores de Sarah se habían confirmado: Jarrett sufría de fiebre amarilla. El vizconde de Ibituaçu era amigo de larga data del emperador. Hacendado muy rico del valle de Paraíba, era dueño de un caserón magnífico de estilo romano, en la calle Laranjeiras, en el centro de un parque esplendoroso. El vizconde pasaba allí varios meses por año. Viejo solterón, al excéntrico noble le encantaba ofrecer fiestas en su palacete a los bohemios y literatos de la ciudad; de ahí su relación con De Salles. En los salones de su residencia, reunía gente como Lins de Albuquerque, Bilac, Dermeval da Fonseca, Guimarães Passos y muchos otros. Don Pedro apreciaba su amistad, pues por medio de él se mantenía siempre informado de lo que sucedía en los bares y cafés. En cuanto llegaron, Holmes y Sarah Bernhardt evocaron viejos encuentros.

—Jamás me olvidaré de su Lady Macbeth, hace dos años, en Londres, en el Gaiety. La escena del sonambulismo, además de dejar alucinado al público, mató de envidia a las actrices inglesas.

—*Mon cher* Holmes, gentil como siempre... —Se volvió hacia Watson, hablándole en inglés: —¿Y cómo le va al querido doctor? Espero que haya tomado en serio mi sugerencia de describir en libros las fantásticas aventuras de su amigo.

—Lo he pensado, *madame*. Por ahora, me falta tiempo.

Don Pedro II, vestido con sobriedad, como de costumbre, lucía una levita negra y guantes blancos. Comenzó disculpándose.

—Pido perdón por la ausencia de la emperatriz, pero Teresa Cristina no se siente muy bien. De no ser por su *migraine*, yo habría ofrecido un gran banquete para mis ilustres invitados.

Todos los que se hallaban a la mesa sabían perfectamente que era una disculpa forzada, ya que el tema que iba a tratarse no agradaría, por cierto, a la emperatriz.

La conversación que siguió podría haber tenido lugar en la torre de Babel, ya que Watson hablaba en inglés; Sarah Bernhardt y Maurice, en francés; el marqués, el vizconde y el emperador, en los tres idiomas. Holmes, que se expresaba correctamente en portugués de Portugal, más parecía un comerciante lusitano que un detective británico.

—Me encuentro muy a gusto en sus tierras —le dijo al monarca.

—Lástima que el motivo de su visita sea profesional —respondió don Pedro, que deseaba recordarle el asunto del violín. Educado, tradujo su frase a los demás.

Sarah Bernhardt aprovechó para elogiar al soberano brasileño.

—Adoro los modos gentiles de Su Majestad. Bien diferentes de los de otro gobernante que conozco, Francisco José de Austria. Es un hombre detestable. Tuve oportunidad de ver la manera desagradable y antipática como trata a la mujer, la emperatriz Isabel, que es además su prima. Una niña; se casó cuando tenía apenas quince años. Una muchacha afectuosa, que siempre despreció las etiquetas ridículas de la corte de Viena. Desde que presencié la grosería con que él trata a la esposa, me negué a subir al escenario de cualquier teatro donde pudiera estar presente Francisco José.

Se hizo un silencio incómodo en el jardín de invierno, entre los brasileños. Sin saberlo, Sarah Bernhardt había cometido una indiscreción involuntaria pero monumental. Don Pedro, hijo de la princesa austríaca Leopoldina, era primo de Francisco José. El propio emperador se encargó de romper el hielo, cambiando de tema:

—Leí, en su libro de memorias, que se presentó en América del Norte hace seis años, que conoció a la viuda del presidente Lincoln.

—Sí, Majestad. En circunstancias poco agradables. —Se volvió hacia los convidados, inmediatamente transformados en público. —Yo me hallaba a bordo de *L'Amérique*, cuando resolví tomar un poco de aire en el combés. Hacía mucho frío aquella mañana. Mientras caminaba, me crucé con una señora vestida

de negro, con una expresión resignada. De repente, una ola inesperada se precipitó con tanta violencia contra el barco que las dos fuimos arrojadas al piso. Yo conseguí agarrarme a la pata de un banco, pero la triste señora cayó hacia adelante. Me levanté y tuve tiempo de aferrarla por la falda. De no haber sido por eso, la pobre mujer se habría caído por la escalera. Le dije: “¡Podría haber muerto, señora!”. Y ella me respondió: “Sí, pero lamentablemente Dios no lo permitió”. Y agregó: “Soy la viuda de Lincoln”. Miren qué ironía del destino: su esposo, el presidente, había sido asesinado por Booth, un actor, y Bernhardt, una actriz, acababa de impedirle ir al encuentro de su amado marido. Durante el resto de la travesía no tuve más coraje de dirigirle una sola palabra.

Sarah narró el incidente con tal dramaticidad que, al final, los oyentes casi aplaudieron. Cupo al anfitrión, nuevamente, la tarea de mitigar la tensión. Con tono jovial, don Pedro anunció:

—Espero que a la señora Bernhardt y al señor Holmes les guste la comida. Encargué una refección con algunos de nuestros platos típicos. Habrá *feijoada* y *vatapá*. Nuestros invitados podrán escoger entre uno y otro.

—*Merveilleux!* ¿Qué es eso?

A una señal, varios *valets* de librea se aproximaron con las bandejas. El emperador hizo los honores de la casa. Primero señaló la *feijoada* y siguió explicando y traduciendo:

—Estos son porotos negros, *black beans*, *harricots noirs*, cocidos con varios tipos de carne: orejas y patas de cerdo, charque, lomito de cerdo, costillas de cerdo, chorizo, salchichas y otras variedades. La carne y los porotos se sirven con *couve*, rodajas de naranja, harina de mandioca y arroz blanco. Una delicia.

—¿Y el otro plato? —indagó Maurice Bernhardt, con la curiosidad natural de los franceses por lo exótico.

—*Vatapá*. Una especialidad bahiana. Manjar delicioso para quien prefiere los frutos de mar. El *vatapá* se hace con rodajas de pescado, camarones, harina de maíz, maníes, leche de coco, y se lo sazona con cilantro, perejil, laurel, nuez moscada, jengibre, cebolleta, ajo, cebolla, tomate y mucha pimienta picante. Se cocina con aceite de *dendê*.

—¿Dendê? —preguntó Holmes, interesado.

—Es un pequeño coco de la región, que da un aceite bastante extravagante —informó eufemísticamente el emperador—. El *vatapá* se sirve acompañado por un *pirão*, también llamado *acaçá* o crema blanca, una pasta gruesa que se hace con harina de arroz y leche espesa de coco. Un verdadero manjar de los dioses. *Madame et messieurs*, la elección es vuestra.

Sarah Bernhardt, más viajada, evitó el picante *vatapá* y se sirvió apenas un poco de caldo de porotos con arroz. Maurice imitó a la madre. Los brasileños se dividieron entre los dos platos, salvo el emperador: alegando órdenes médicas, pidió para él una ensalada verde. Sherlock, que a pesar de flaco era de buen diente, mezcló el *vatapá* con la *feijoada* y regó todo con algunas cucharadas de pimienta picante y bastante aceite de *dendê*. El viejo vizconde de Ibituaçu había contraído cierta molestia en Alemania, probablemente de origen venéreo, ya que recorría todos los consultorios médicos, siempre soltando improperios contra las mujeres. Por ese motivo se veía obligado a seguir una dieta rigurosa a base de caldos y gallinas. Como era un bromista inveterado, resolvió divertirse con la voracidad del detective y comenzó a orientar el apetito de Holmes.

—Mi estimado Sherlock, pruebe otra costillita con pimienta picante. Es una delicia.

—Gracias —masticó Holmes.

—Una rodaja de pescado. Ésta de aquí, pero regada con *dendê*. El *dendê* es muy bueno para el corazón.

—Gracias —deglutió Holmes.

—No deje de lado el maní del *vatapá*. Es excelente para la circulación.

—Gracias —devoró Holmes.

—No olvide el chorizo y la harina de maíz. Receta infalible para una digestión leve.

—Gracias —engulló Holmes.

—Voy a ver si le ofrezco, en mi casa, un *sarapatel*. Es un plato regional de Pernambuco, y tengo una cocinera nordestina que es especialista.

—Gracias —eructó Holmes, con discreción. Continuó comiendo, siguiendo al pie de la letra los consejos del vizconde. Solamente el doctor Watson, pensativo, todavía no comía. Continuaba mirando con atención los manjares de la mesa imperial.

—¿Y, Watson, no va a almorzar? Está delicioso —afirmó Holmes entre dos vastísimos bocados.

Watson contemplaba dubitativo las enormes fuentes. Sus observaciones culinarias, del tiempo en que servía en la India, lo tornaban desconfiado. Desde entonces, evitaba los adobos extraños y las carnes de cualquier especie. Respondió sin dejar de mirar fijo los platos.

—Todavía no decidí si como la cosa amarilla o la cosa negra.

—Si me permite aconsejarlo, doctor, sugiero los porotos, el arroz y la *couve*, sin las carnes —dijo el marqués de Salles, con la experiencia de quien sobreviviera a más de mil banquetes. Después, aprovechando el momento en que todos se distraían con la comida, preguntó al detective sobre el caso de las muchachas asesinadas. —Oí decir que un comisario de nuestra policía le pidió ayuda en un caso escabroso que está investigando.

—Así es —respondió Holmes, y tragó un camarón—. Encontré curioso su telegrama, y, como detective, me intrigó lo que pude entender del caso. Aguardo ansiosamente el momento de encontrarme con él. Claro que sin dejar de lado el motivo principal que me trajo a Brasil —agregó, sonriendo al emperador.

Don Pedro respondió:

—Ya sé, ya sé... Además, si el señor Holmes pudiera ayudar a nuestra policía en ese caso, también le quedaría muy agradecido. Después de todo, una de las víctimas es sobrina de un amigo mío, Vítor Meireles, uno de nuestros pintores de mayor talento.

El almuerzo prosiguió sin más comentarios dignos de mención. Como postre, llevaron frutas, y Holmes consiguió el fenómeno de comer un ananá y dos mangos. Después del café, el coñac y los cigarros, el emperador acompañó a sus invitados hasta la puerta.

—Si me permiten, pediría al señor Holmes y al doctor Watson

que se quedaran un poco más. Me gustaría tratar nuestro asunto con mayor detalle. Después los envió de vuelta al hotel.

Sarah se volvió hacia el detective.

—Adiós, señor Holmes. No deje de verme en el teatro. Casi lamento el día que deba partir para la Argentina; sé que voy a echar inmensamente de menos a este fervoroso público brasileño.

—Sin duda, *madame*, si dispongo de tiempo. Tengo la seguridad de que será, como siempre, una experiencia inolvidable —dijo Sherlock, encantado.

Don Pedro los saludó a todos, besó con elegancia la mano de Sarah Bernhardt y se retiró con los dos ingleses.

• • •

Los tres se instalaron en un pequeño salón de lectura, uno de los refugios predilectos del emperador en el inmenso palacio. Era una salita amueblada de manera discreta, donde don Pedro guardaba objetos queridos y recuerdos de familia. Delicadas estatuillas antiguas decoraban el ambiente, y las paredes estaban cubiertas por cuadros de Vítor Meireles, Almeida Júnior y Araújo Porto Alegre. En una de las mesas había soldaditos de plomo, en formación que reproducía la famosa batalla de Tuyutí, en la guerra del Paraguay, donde había muerto, en forma heroica, el famoso general Sampaio. Holmes encendió su pipa, mientras Watson observaba, intrigado, una fotografía ya amarillenta de don Pedro rodeado de indios. Los silvícolas estaban desnudos y Su Majestad vestía, sobre el uniforme de gala, un manto bordado, con el cuello hecho de buches de tucán.

—¡Qué fantástico! —exclamó el doctor.

—¿Le gusta? Lástima que el daguerrotipo ya esté un poco descolorido.

Holmes se aproximó y examinó el retrato enmarcado.

—Por fortuna, el daguerrotipo ya es cosa del pasado. Con la creación del proceso coloidal, usando una solución de nitrato de celulosa, inventado por mi compatriota Frederick Scott, la fotografía pasó a acompañar los tiempos modernos que estamos viviendo —reveló el detective, derramando erudición—. Las fotos nos han ayudado mucho en la identificación de criminales.

—¿Puedo preguntar a Su Majestad la razón de este daguerrotipo? —quiso saber Watson, todavía intrigado.

—Es muy antiguo. Lo llevé, como reliquia, a la Exposición Centenaria de Filadelfia, en 1876, para realzar al pabellón de Brasil. Parece que quedamos bien —afirmó el emperador, vanidoso—. Además, fue en aquella ocasión que conocí...

—A Graham Bell, el inventor del teléfono —lo interrumpió Sherlock Holmes.

—¿Se enteró usted de ese encuentro? —preguntó don Pedro, sorprendido por el conocimiento del detective.

—Claro que sí. El propio Bell me contó el episodio del teléfono. "*To be or not to be...*"

Don Pedro explicó, incómodo:

—Ahí tiene una injusticia que por cierto me hará la Historia. No fui yo, sino Bell, quien dijo la frase de Shakespeare por teléfono. Quedé tan sorprendido al oír nítidamente la voz de Bell por el aparato, que me puse a repetir, atontado: "*That is the question! To be or not to be, that is the question!*", al percibir que en verdad aquel artefacto hablaba.

—Su Majestad debe perdonar si la anécdota fue mal contada —dijo Holmes al tiempo que volvía a encender su pipa—. Como decía uno de nuestros grandes políticos, Benjamin Disraeli: "Si la versión es más pintoresca que el hecho, cuéntese la versión".

El emperador se sentó en su sillón preferido e indicó con un ademán a sus invitados que se instalaran en un pequeño sofá.

—Sé que deben de estar cansados por el viaje y no quiero ocuparles más tiempo del necesario. Me gustaría contar rápidamente el caso del violín. Ni sé por dónde comenzar.

—Intente comenzar por el principio, Majestad —sugirió Holmes, mientras cruzaba las largas piernas con *nonchalance*, y derribaba, con ese movimiento, una mesita ocupada por una pequeña colección de porcelanas de Sèvres.

—No es nada —dijo don Pedro sin pestañear, a pesar de que aquellas piezas habían sido un regalo de Bonaparte a María Luísa de Habsburgo y estaban en la familia hacía años. El emperador desvió la mirada de aquellos fragmentos que no parecían haber

afectado al inglés, e inició su relato: —Frecuenta nuestra corte, desde la década de los 70, un maravilloso violinista cubano llamado José White. White estudió en París, con maestros como Alard, Reber y Taite. Llegó a ganar el primer premio de violín del Conservatoire. Quedé fascinado con su talento y lo tomé bajo mi protección. White creó aquí, junto con el pianista Artur Napoleão, la Sociedad de Conciertos Clásicos, que nos ha proporcionado momentos inolvidables.

—Espero poder compartir algunos —interrumpió Holmes, cuyo *violon d' Ingres* era justamente el violín.

Don Pedro prosiguió, ignorando la interrupción inconveniente del inglés.

—Pues bien, el último violín confeccionado por Antonio Stradivari, a los noventa y tres años de edad, poco antes de morir, fue un instrumento llamado, con razón, “El Canto del Cisne”.

—Interesante. Siempre pensé que era el Muntz, que hizo a los noventa y dos —comentó Holmes, que, a pesar de aficionado, entendía bastante del tema.

—Es lo que se creyó durante muchos años. Sin embargo, en 1822 se descubrió el Canto del Cisne, fabricado en 1737. Es admirable que, a esa edad, Stradivari haya conseguido, en su último trabajo, el perfecto equilibrio formal de todas las partes. La sonoridad amplia y potente del instrumento es casi increíble. El único detalle, muy conmovedor, que traiciona el temblor de sus dedos añosos son las cinceladuras ligeramente irregulares de las dos aberturas en forma de *ff* que forman el sistema acústico en la tapa superior. Esta última obra del gran maestro fue a parar a las manos de un cierto profesor Bertuzzi, en Milán. En 1840, el Canto del Cisne fue llevado a París y adquirido por el comerciante Jean-Baptiste Vuillaume. Cuarenta años más tarde, el famoso violín se hallaba de nuevo en las manos de un violinista, el francés Claude Miremont. Al fin, después de pasar por algunos propietarios más, el Canto del Cisne fue a remate en el hotel Drouot, en París, y lo adquirió la Maison Gand et Bernardel. —Don Pedro hizo una pausa y se sirvió un vasito de vino de la isla de Madeira. —Espero no estar aburriéndolos —agregó al percibir el bostezo disfrazado del detective.

—Muy por el contrario. Como músico, estoy fascinado con sus informaciones —dijo Holmes mientras descruzaba con cautela las piernas.

El emperador continuó:

—Hacía ya algún tiempo que mi amiga Maria Luísa Catarina de Albuquerque, la baronesa de Avaré, había manifestado la voluntad de tener un Stradivarius. Ya sabe usted lo que son los caprichos femeninos. Cuando a ellas se les mete algo en la cabeza, no hay quien las disuada.

—Lo sé muy bien. Por eso continuó soltero —convino Holmes.

Don Pedro tomó otro sorbo de vino y reanudó el relato:

—Pues bien. Urdí un plan con mi *protégé*, José White. Le adelanté veinte mil francos, el precio del violín, y White fue a París a comprarlo como si fuera para él. Una vez que llegó aquí, sin que nadie lo supiera, mi querido violinista me entregó el Stradivarius, y se quedó con una imitación perfecta, fabricada en secreto por una familia de *luthiers* de Santa Catarina, descendientes de alemanes, que hacen instrumentos extraordinarios. Así pude obsequiar, de manera reservada, a la baronesa. Listo, estaba satisfecho el deseo de Maria Luísa. *Tout est bien qui finit bien*.

—A no ser por el hecho de que el famoso Canto del Cisne ha sido robado.

—Exacto —concluyó don Pedro, con la frente perlada de transpiración.

Sherlock Holmes se levantó y se puso a caminar por la sala con pasos amplios, bajo la mirada aprensiva del emperador, temeroso por el resto de sus porcelanas.

—Antes que nada —declaró el detective—, quiero decir cuánto admiro a Su Majestad por esa actitud de protector de las artes. Ya conocía el talento musical de los brasileños, pues tuve ocasión de asistir al estreno de *O guarani*, en la Scala de Milán. Yo tenía sólo dieciséis años, pero me acuerdo como si fuera hoy. Era sábado y caía una lluvia fina.

El emperador casi derramó la botella de vino de Madeira.

—¡No me diga, señor Holmes! ¡Qué extraordinaria coincidencia! ¿Entonces conoció a Carlos Gomes?

—De lejos; sólo lo vi desde mi asiento. Estaba allí con mis padres, que eran muy amigos del maestro Terziani. Al final del espectáculo, fuimos a los bastidores a felicitar al maestro. Quedé absolutamente magnetizado. Fue mi primer viaje a Italia y mi primera ópera. Le confieso un secreto, emperador: O *guarani* despertó en mí la pasión por la música.

—¡Qué fantástico! —exclamó, boquiabierto, don Pedro.

Holmes iba y venía por la salita, haciendo peligrar piezas preciosas.

—Volviendo al violín, me parece que es hora de sostener una conversación con la baronesa Maria Luísa. Quiero saber exactamente cómo desapareció el instrumento.

—Nada más fácil. Le diré a mi cochero particular que los lleve a su residencia. La verdad, ella ya los espera —dijo el emperador—. No cuente, sin embargo, con mucha ayuda de parte de la baronesa. Aquí entre nosotros, Maria Luísa es una *enfant gatée*. Su marido, el viejo barón de Avaré, le daba todos los gustos. Para ella, el violín era apenas un juguete más; lloró la pérdida, pero su linda cabecita ya se ocupa de otras cosas. Ahora, si me permiten, tengo ciertos compromisos impostergables —concluyó el soberano, que se levantó y acompañó a Holmes hasta la puerta de salida.

—Vamos, Watson —llamó el detective.

El doctor, que dormitaba tranquilamente, despertó sobresaltado.

—¡Claro! ¡Claro! Hum... Muy interesante la historia del daguerrotipo —tartamudeó el médico, revelando, sin querer, en qué punto de la reunión se había adormecido.

Holmes se despidió del monarca.

—Espero que mis investigaciones tengan éxito. Mientras tanto, sólo me resta agradecer a Su Majestad por el magnífico almuerzo. Son mágicas las delicias con que nos han agasajado. Me siento leve como una pluma.

Hizo una reverencia elegante con la gorra, saludando al

emperador, y al volverse su capa derribó del pedestal un valioso jarrón de la Compañía de las Indias Occidentales que adornaba el salón. Con agilidad insospechada en un señor de sesenta y un años, don Pedro II ejecutó una zambullida felina y atajó en el aire la reliquia antes de que ésta se estrellara contra el piso de mármol.

Holmes, que ya cruzaba los portones en dirección al carruaje, ni vio al emperador de Brasil desparramado en el piso del vestíbulo.

• • •

El esclavo de librea entró en la sala de música donde Maria Luísa Catarina de Albuquerque, baronesa de Avaré, punteaba en el clave que había pertenecido a la familia de su difunto marido.

—Allá afuera hay dos hombres que quieren hablar con la señora.

—¿Y qué quieren?

—No sé, señora. Sólo sé que uno habla un idioma raro y el otro es portugués. El portugués no deja de repetir: “Soy hombre, soy hombre”. Que es hombre ya lo vi.

De inmediato la baronesa entendió que el “hombre” era “Holmes”. Indicó al criado que hiciera pasar a los dos.

A pesar de la imponencia del caserón de Cosme Velho, con sus jardines y cascadas, lo que más llamó la atención del detective y el doctor fue la belleza de Maria Luísa. No esperaba encontrar, en Brasil, ojos tan azules y cabellos tan rubios. Además, la baronesa llevaba un vestido beige, escotado, que le acentuaba la generosa curva de los senos. Holmes se aproximó, le besó las puntas de los dedos y presentó al doctor Watson. Mientras el médico apreciaba la vista de la pequeña galería, Sherlock y la baronesa se instalaron en un confidente.

—¿Aceptan un cafecito? Está recién molido. Esos dulces de patata son de Castellões, una de nuestras mejores confiterías —informó la baronesa al tiempo que señalaba una mesa cubierta de manjares. Watson declinó desde lejos y Sherlock, que nunca rechazaba comida, se sirvió dulces y café.

—Por cierto, ya sabe el motivo de nuestra visita —dijo Holmes, tras sorber su café.

—El emperador me informó de su llegada. Pero no sé qué puedo decir para facilitar las investigaciones.

—Mucho. Le asombraría saber cómo los pequeños detalles que pasan inadvertidos a los ojos del lego pueden tener significancia para quien ejerce la deducción. Por ejemplo, soy capaz de decir que usted es viuda, que su marido era dueño de una apreciable fortuna, que él murió a causa de un accidente de caza, que cazaba a la orilla de un río, que era bastante mayor que usted y que, al morir, le dejó todos sus bienes.

Maria Luísa, atónita, casi derramó su pocillo de café.

—¡Qué asombroso! ¿Cómo dedujo todo eso?

—Lo leí en el Compendio Nobiliario Brasileño que encontré en el hotel.

Recuperada del susto, la baronesa tomó del plato una almendra confitada con jarabe dulce y preguntó:

—¿Cómo puedo ser útil a sus investigaciones, señor Holmes?

—Quisiera saber con exactitud de dónde desapareció el violín —pidió Holmes en tanto comía otro dulce de patata.

—No fue aquí, de casa. Noté que una de las clavijas del instrumento estaba floja, lo cual dificultaba la afinación. Por lo tanto pedí a uno de mis criados que lo llevara a la tienda Viola de Oro, propiedad de un maestro italiano radicado desde hace años en Río de Janeiro.

—¿Cuál es el nombre de este señor?

—Giacomo Peruggio. Es una persona de la más absoluta confianza; sabe todo sobre violines. Además de ser un formidable artesano, Peruggio es un excelente violinista. A veces se presenta en el Club Mozart, que nuestro emperador acostumbra frecuentar.

—¿Puedo hablar con el criado que llevó el instrumento hasta el negocio?

La baronesa tocó una campanilla y pidió que llamaran al sirviente. Minutos después entró en la sala un negro de botas largas y levita roja. Sostenía en la mano un sombrero de copa y habló con una voz de bajo profundo:

—¿La señora llamó?

Holmes y Watson quedaron asombrados con la inmensa figura parada en el vano de la puerta. El negro, de casi cuarenta

años, debía de medir casi dos metros de estatura y la ropa no lograba ocultar los músculos poderosos del hombre. Su cabeza rapada y una cicatriz que le iba desde el ojo izquierdo hasta la comisura de los labios le daban una apariencia de lo más temible. La baronesa hizo las presentaciones.

—Éste es Mukumbe, mi ángel de la guarda. Fue esclavo de mi padre pero hoy es un hombre libre, manumiso por mí en cuanto mi padre murió. Mukumbe es mi factótum: cochero, mayordomo, mensajero y guardaespaldas. No sé bien por qué, pero me siento segura en su compañía —dijo, riendo, la baronesa.

El negro abrió la boca en una ancha sonrisa llena de dientes blancos, y su semblante se tornó dulce como el de un chico.

—Mukumbe, éste es el señor Holmes y aquél es su amigo, el doctor Watson. Quieren hacerte unas preguntas respecto del violín.

—Cómo no, señora.

Holmes se aproximó al gigante.

—Sólo quería saber si por casualidad notó si alguien lo seguía cuando fue al negocio de reparaciones.

—No, señor. No existe hombre vivo ni fantasma que venga detrás de mí cuando ando por las calles.

—Puedo entender por qué —murmuró Holmes—. ¿Está seguro de que el violín se encontraba dentro del estuche?

—Sí, señor. Vi cuando la señora lo guardó antes de entregármelo. Fue inmediatamente después de tocar un valsecito aquí en la sala.

—Olvidé decírselo. Mukumbe es también un eximio pianista. Toca el clave y el órgano, cuando hay misa aquí en la capilla.

Sherlock casi se atragantó con el quinto dulce de patata. Watson, que desde la terraza observaba, sin entender, la conversación, indagó:

—¿Qué pasa, Holmes?

—El nubio toca el piano —tradujo el detective, estupefacto.

—Y también hablo inglés —completó el negro Mukumbe, con notable acento londinense.

—Es verdad —confirmó la baronesa—. Cuando mi fallecido

padre me mandó a estudiar a Inglaterra, insistí en que Mukumbe me acompañara como *chaperon*.

—Además, no soy nubio. Mi familia viene del Congo. Mi padre era un rey de la nación yoruba, prisionero de los zingala, y fue vendido a los portugueses.

—¿Y qué tipo de música toca? —preguntó Holmes, volviendo al tema anterior.

—Depende. En la capilla, por supuesto, música sacra. Cuando toco con la señora, vales y polcas, pero lo que de veras me gusta es el *maxixe* y el *samba*.

—¿*Maxixe*? ¿*Samba*?

—Son danzas traídas de Angola. Si la señora me permite, puedo hacerle una pequeña demostración. —Mukumbe miró a la baronesa, como pidiendo aprobación.

—Claro que sí, Mukumbe. Sé bien que el clave no es muy adecuado. No le hagas perder mucho tiempo al señor Holmes.

Antes incluso de que Maria Luísa terminara, el gigante se sentó al instrumento y comenzó a improvisar. El ritmo era atrapante. Sus manos enormes corrían como arañas por el teclado. Sin darse cuenta, Holmes acompañaba el compás golpeando con su pipa en una consola Luis xv situada junto al clave. Mukumbe terminó ejecutando un *chorinho* de Ernesto Nazareth.

—Lástima que dejé mi violín en el hotel. Me encantaría aprender estos ritmos nuevos —explicó el detective, continuando con su golpetear, que ya había dejado una marca indeleble en la consola.

—Estoy segura de que no faltarán oportunidades —prometió la baronesa al tiempo que se levantaba—. Si no tiene ninguna otra pregunta, voy a retirarme. Tengo una clase de equitación dentro de instantes. Mukumbe va a acompañarlos hasta la puerta y, en cuanto lo deseen, puede llevarlos a la Viola de Oro en uno de mis carruajes.

—Le quedo muy agradecido, baronesa. Mañana sin falta voy a ver al italiano. Adiós.

—Gracias —dijo el doctor Watson, pronunciando con acento cargado la única palabra que conocía en portugués.

10

Él execra los Quioscos. Esos pabellones de madera tosca proliferan por la ciudad entera, como monumentos a la inmundicia y el pecado. Pequeñas torres fétidas que ensucian las calles. Odia, con más intensidad todavía, el Quiosco que divisa desde la ventana de su cuarto. Muchas veces, al caer la noche, como ahora, permanece horas seguidas, con las luces apagadas, contemplando el movimiento de los transeúntes que, como animales sedientos, vienen a pervertirse alrededor de esa capilla del vicio. Abomina del piso que rodea el Quiosco. Le repugna el barro formado por la saliva gruesa de la gentuza que se reúne en aquel pútrido pabellón, escupiendo y bebiendo aguardiente barato. Bebiendo y escupiendo, formando una alfombra viscosa alrededor de la cloaca. Odia los borrachos decadentes para quienes el Quiosco es un oasis en medio de un espejismo etílico. Detesta a los empleados mediocres que se acercan a comprar billetes de la Grande, como si el beso del dinero pudiera transformarlos de sapos en príncipes. La mayor repugnancia, sin embargo, la guarda para los que vienen a comprar estampas pornográficas. Hay obscenidades de todo tipo. Mujeres desnudas, con el sexo abierto, con una sonrisa estúpida en los labios, mujeres echadas con perros inmensos, la cabezota metida entre los muslos. Mujeres restregándose en enormes falos de madera, y hasta mujeres con mujeres. Y siempre riendo. La misma risa idiota y pervertida. Putas. Todas putas. Piensa de nuevo en la muchacha de la fuente pública. ¿Así que era una

camarera de palacio? Una lástima, pero estaba en la calle a aquella hora. Si estaba en la calle, era puta. Puta, puta. ¿Acaso no son todas putas en el alma? Mira de nuevo el Quiosco. Como desafiando sus límites, una mujer va a apoyarse en el mostrador. Es una mulata clara, casi blanca. Él vislumbra su rostro de trazos finos, delineado por la luz de la calle, y se asombra de la belleza de la muchacha. La joven suelta una carcajada por algo que le dice el dueño del Quiosco. Por cierto, una propuesta infame. La carcajada hiere sus oídos como un puñal. Una puta más. Ella se aleja, llevando una botella de leche. Él gana con rapidez la calle en busca de su presa.

• • •

Holmes despertó con un ruido de granadas que explotaban. Imaginó que se trataba de un grupo de revoltosos que trataban de derrocar el régimen. Saltó de la cama y, tras cruzar el aposento, tambaleante de sueño, entreabrió la puerta que daba al cuarto de Watson. Vio al amigo, que tenía el sueño leve de los médicos, durmiendo profundamente. Mientras tanto, los tiros y explosiones continuaban cada vez más fuertes. Se aproximó a la ventana. La calle permanecía calma y desierta a aquella hora. Sólo entonces percibió que no eran granadas. Las explosiones que oía venían directamente de su abdomen. Era el *dendê* que al fin hacía efecto. El detective comenzó a experimentar el resultado devastador de los camarones, las salchichas, la pimienta, los maníes y los dulces. De repente sintió un dolor fino y agudo que nacía en sus entrañas. A esa altura, ya transpiraba en abundancia. Abrió la puerta del cuarto y caminó, con paso acelerado, en dirección al cuarto de baño.

Minutos después, parcialmente repuesto, volvió a la habitación. Se sentía abatido, pero no quería despertar al doctor Watson a causa de una ligera indisposición digestiva. Bebió un sorbo de agua y le pareció que se hallaba un poco mejor. Se le había ido el sueño. Resolvió dar una vuelta para aprovechar la brisa de la noche. Se puso los pantalones encima del camisón, se calzó la gorra con visera, se echó sobre los hombros la capa y salió del cuarto en puntas de pie, para no despertar al doctor. Ya

en la puerta del hotel, respiró hondo y, todavía debilitado, descendió a la calle Fresca en dirección a Santa Luzia. El aire marino lo hizo recuperarse poco a poco. La larga caminata le sentaba bien. Acostumbrado a recorrer durante horas seguidas las callejuelas de Londres, ni se dio cuenta de que se había alejado bastante del hotel. Al cabo de algún tiempo llegó al callejón del Campo dos Frades, en la esquina del Passeio. Allí se detuvo junto a un farol de gas y, aliviado, encendió la pipa. Se recostó contra el poste del farol y aspiró una larga bocanada.

• • •

La muchacha estaba exhausta. Había hecho dos espectáculos de la revista *A mulher-homen*. Su participación era pequeña, casi sólo como corista, pero Oscar Pederneiras, que la había visto en escena, había quedado encantado con su habilidad y le había prometido un buen papel en *Zé Caipora*, con el actor Machado, en la próxima temporada del teatro Príncipe Imperial. Ella era muy joven todavía y podía esperar a que le dieran monólogos principales. Después del teatro había pasado por el quiosco de don Isidoro, para comprar la botella de leche que bebía caliente, sola en su casa, antes de dormir. Como siempre, el portugués le dirigió algunos chistes pesados. A la joven mulata le causaban gracia aquellas sandeces inofensivas que él repetía todas las veces, en un ritual de fin de noche. Ahora caminaba distraída, por la calle Nova dos Arcos, sin advertir la figura casi transparente de tan pálida que la seguía furtivamente. En cuanto dobló por la calle Visconde de Maranguape y llegó a la del Passeio, él atacó. Cubierto por la inmensa capa negra, parecía un gigantesco murciélago que se abalanzaba sobre la muchacha.

Esta vez, no obstante, el azar favoreció a la presa y no al cazador. Cuando el verdugo de negro se posó junto a la víctima, su pie resbaló en una de las piedras sueltas de la acera y perdió el equilibrio. La joven se volvió con rapidez, con la agilidad aprendida en los tablados, y le arrojó al rostro la botella de leche. Después salió en precipitada carrera, pidiendo socorro a los gritos.

Holmes, desde la otra esquina, avanzó rápido en su dirección.

Aferró a la muchacha presa del pánico y la estrechó contra el pecho. Ella continuaba gritando, señalando hacia la silueta.

—¡Allí! ¡Un hombre! ¡Quería matarme! ¡Socorro! ¡Socorro!
—gritaba la chica, aterrada.

El detective vio que el agresor aún aferraba un largo puñal. De lejos, no podía distinguirle las facciones. Le dijo a la mulata:

—¡No se mueva de aquí!

El hombre ya se había vuelto y corría por la calle. Holmes disparó tras él. Algunos curiosos comenzaron a encender luces y salir de las casas del otro lado. El asesino se detuvo. Miró a Sherlock, que se aproximaba. Se vio acorralado entre el detective y los hombres que venían en su dirección. Se volvió, entonces, hacia el primer edificio que tenía enfrente, y, usando la punta de la daga, destrabó la cerradura del pesado portón y desapareció dentro del inmueble. Era la Biblioteca Nacional.

Con más de cien mil volúmenes, distribuidos en cuarenta y dos salas, la Biblioteca Nacional era uno de los orgullos del emperador. Holmes se detuvo en la entrada del edificio. Había un olor a moho en el aire. Oyó los pasos del monstruo que resonaban en el piso de piedra. Gritó:

—¡Aquí Sherlock Holmes! ¡Pare o disparo! —fanfarroneó el detective, que había dejado su revólver en el hotel. El matador no le prestó atención.

Sin vacilar, Holmes partió en su persecución. Pasó ante el nicho que sostenía un busto en mármol blanco de don João II y vio, a lo lejos, el bulto de negro que se escabullía entre los corredores del tercer salón, donde se alojaban los cuarenta y cinco mil libros de la sección teológica. El detective corrió dejando de lado cualquier prudencia y este ímpetu por poco le costó la vida. Cuando cruzó el arco que dividía aquella sala, casi se vio sepultado por un inmenso estante que el perseguido había intentado derribar sobre su cabeza. Lo esquivó por puro reflejo y el piso quedó cuajado de obras preciosas, como las biblias políglotas de Ximenes y Arias Montanus. Tuvo tiempo de ver que el demente enloquecido cruzaba por los Clásicos griegos y latinos, atravesaba las Ciencias Morales y subía por una pequeña escalera de caracol.

Como un rayo, Sherlock recorrió el espacio que lo separaba de la escalera. Subió los escalones de tres en tres. En el piso de arriba, la fiera acorralada abrió una puerta que daba a los retretes. Sin siquiera parar, el hombre se tiró por la ventana que daba a los fondos de la construcción, dejando un rastro de vitrales hechos astillas. Holmes, que casi lo alcanzaba, se dispuso a saltar a través de los vidrios rotos, siguiendo el mismo camino. Fue entonces cuando distinguió el inodoro de porcelana francesa decorado con ramos de rosas rojas entrelazadas. Aquella visión le despertó de inmediato un cólico violento. Holmes todavía vaciló entre arrojarle por la ventana y sentarse en el inodoro. La vacilación duró pocos segundos. Se desabotonó los pantalones y cedió al llamado imperioso de la naturaleza. El detective se quedó allí, humillado, hasta entrada la madrugada. El *dendê* había producido una proeza que ni siquiera el archienemigo, el profesor Moriarty, había conseguido realizar: detener a Sherlock Holmes.

• • •

La mulata se llamaba Anna Candelária. Hija natural de una lavandera mestiza, la había criado el padre Marcial Fúzia, en Itaguaí, cerca de Río, y las comadres de la aldea, siempre maliciosas, decían que el cura era el padre de la chica. Todo porque el padre Marcial, un pernambucano descendiente de holandeses, tenía cabello muy rubio y ojos verdes. Por una de esas ironías del destino, Anna Candelária tenía los mismos ojos verde esmeralda del cura. Pura coincidencia, tal vez, pero, para las santurronas murmuradoras, aquello era una prueba concluyente.

El padre Marcial tenía una costumbre poco apreciada por los moradores de Itaguaí. Los domingos, después de la misa, paseaba por la plaza de la iglesia y, metiendo las manos por la abertura de los bolsillos de la sotana, se ponía a rascarse las ingles. Después, con disimulo, se llevaba los dedos a la nariz, oliendo y balbuceando, extasiado: “¡Está como nunca! ¡Qué delicia! ¡Hoy está como nunca!”. Eran esas mismas manos las que daba a besar a los transeúntes que iban a pedirle la bendición: “Dios te bendiga, hijo mío... Ah, está como nunca... hoy está como nun-

ca... Dios te bendiga, hija mía... Ah, qué delicia...". Y seguía oliendo y bendiciendo durante todo el día.

En cuanto cumplió quince años, Anna Candelária huyó a Río de Janeiro con un vendedor ambulante que pasó por el pueblo. Ahora, a los veintidós, vivía sola en un cuartito de alquiler en la calle Marrecas, y era la primera vez que sentía nostalgia de Itaguaí. Habían amenazado su vida. De no ser por el hombre alto con acento de portugués, estaría muerta. No esperó a su salvador, claro. Como la profesión de artista de teatro se confundía con la de las prostitutas, no quería confusiones con la policía. Se sentó en la cama, el corazón todavía agitado, y volvió a pensar en el hombre alto con aquella graciosa gorra a cuadros. Tal vez debiera haberlo esperado. Era atractivo, el hombre alto, con las facciones angulosas, como talladas a cuchillo. No propiamente lindo, pero muy atractivo. Y, después de todo, le había salvado la vida. Anna Candelária suspiró, se acostó y se tapó con las cobijas. "No sirve de nada llorar sobre la leche derramada", pensó, y enseguida se acordó de la botella de leche que había lanzado al rostro del asesino. Sopló la luz de la lamparilla y minutos después dormía el sueño tranquilo de los ángeles y las hijas de curas.

• • •

La Viola de Oro se hallaba en la calle Ourives. A pesar de que el lugar era tradicionalmente ocupado por joyeros, Giacomo Peruggio, su propietario, había escogido esa calle porque creía que también su actividad era un trabajo de orfebrería. Natural de Cremona, cuna de los Amati, donde nacieron los más famosos violinistas del mundo, había llegado a Brasil en 1866, el día en que cumplió treinta años. Se proponía ir a América del Norte, pero, al llegar al puerto, vio que el barco que iba a zarpar venía para este continente, y no tuvo dudas: embarcó con la mujer y su poco equipaje. En su vida, Giacomo solucionaba todo de esa misma forma. Cuando resolvió casarse, estuvo de novio con una muchachita de su tierra durante cinco años. Decidió entonces pedir la mano de la muchacha en casamiento. El padre, un pequeño labrador, fue sucinto: "

—En mi familia, sólo se casan por orden de nacimiento. Primero las mayores, después las más jóvenes.

—Que así sea. Me quedo con la mayor. —Y se casó con la muchacha que conoció aquel día.

La Viola de Oro vendía y reparaba todo tipo de instrumentos de cuerda, pero la pasión de Peruggio eran los violines. Además de haber aprendido su oficio en la tierra de Stradivari, en un pequeño negocio cerca de la casa donde había nacido el gran maestro, Giacomo también era un razonable instrumentista y, siempre que la ocasión se presentaba, tocaba en los conciertos de las varias sociedades musicales que existían en la ciudad. Delgado, muy rubio, de cabello largo y revuelto, más recordaba a un director de orquesta que a un artesano.

Aquella tarde, apoyado en el mostrador del fondo, examinaba las cuerdas que le había entregado el comisario Mello Pimenta.

—No hay la menor duda —dijo con su acento italiano—. Son cuerdas de violín. La del sol y la del mi. La primera cuerda y la última.

—¿Está seguro? —preguntó Pimenta, todavía fastidiado porque Chiquinha Gonzaga había acertado en su evaluación.

—Absolutamente, comisario. Conozco de esto más que la palma de mi mano. Mire, son cuerdas muy finas, hechas de tripa, muy diferentes en textura y tamaño de las cuerdas de viola, mandolina o guitarra. También son de excelente procedencia. ¿Puedo preguntar dónde las encontró?

—Puede. Soy yo el que no puede responderle. Forman parte de una investigación secreta.

—Ah, entonces deben de estar relacionadas con el caso de las muchachas muertas —dedujo el *luthier*, mostrando que en Río de Janeiro nada era muy secreto.

—¿Últimamente nadie vino a comprar cuerdas para sustituir éstas?

—No, comisario. Si así fuera, por cierto que lo recordaría. Inclusive porque conozco bien a todos los violinistas de la ciudad.

—Por favor, si aparece alguien que las busca, no deje de avisarme.

El comisario pidió que Peruggio le devolviera las cuerdas. Ya se disponía a salir, cuando entró en el negocio un abatido Sherlock Holmes, acompañado por el doctor Watson. En vez de la pipa, llevaba en la mano un coco verde, del cual sorbía largos tragos. El agua de coco había sido sugerencia de Inojozas, el conserje del hotel, como el mejor remedio para librarlo de la indisposición gástrica de la víspera. Watson había insistido en que Holmes tomara un poco de tintura de opio alcanforado, pero el detective prefirió el tratamiento más exótico.

—El comisario Pimenta, según presumo —afirmó Sherlock. Pimenta se admiró.

—El mismo. ¿Cómo sabe quién soy?

—Fui a buscarlo a la comisaría y me dijeron que lo encontraría aquí. Soy Sherlock Holmes y éste es mi amigo, el doctor Watson.

—¿Así que usted es el famoso detective inglés? Hoy mismo iba a ir a buscarlo a su hotel. Espero que haya recibido mi telegrama —dijo Pimenta, sorprendido al ver que Sherlock se expresaba en portugués. Se dirigió a Watson: —No sabía que hablaban nuestro idioma.

Watson, que no lo hablaba, permaneció mudo.

—Sólo yo —respondió el detective—. El doctor Watson no entiende nada de lo que usted le está diciendo.

—Es una suerte haberlo encontrado. Necesito su ayuda. Figúrese que...

Holmes interrumpió al comisario.

—Un momento, por favor. Antes debo conversar con el señor Giacomo —declaró al tiempo que se volvía hacia el italiano.

Peruggio no cabía en sí de satisfacción. No todos los días participaba en asuntos tan palpitantes. Asesinatos, robo de Stradivarius, cuerdas misteriosas. Y todo eso se discutía en su negocio. Bendijo el día en que había cambiado de barco.

—Cómo no, señor Holmes. Estoy a su disposición.

—Quisiera que el señor me explicara cómo fue que robaron de aquí el violín de la señora baronesa —dijo el inglés.

—Por un descuido mío, señor Holmes. Un descuido mío...

—se lamentó Giacomo—. Puse el instrumento sobre un banco, detrás de la tienda, y, cuando fui a buscarlo, a la mañana siguiente, había desaparecido. La ventana del fondo estaba rota.

—No entiendo por qué dejó un violín tan precioso al alcance del caco —habló el detective, con la perfección de un lisboeta.

—Señor Holmes, sé que aquí roban de todo: comida, botas, vestimentas, hasta *cavaquinhos*, pero nunca imaginé que esos iletrados fueran a robar un violín —declaró el italiano. La explicación no convenció a Holmes, ni a Pimenta.

—Sinceramente, creo que su descuido desagradó mucho a la baronesa y, por supuesto, al emperador —respondió Sherlock con sequedad.

Giacomo comenzó a entender cuánto podía perjudicarlo aquella negligencia. Le encantaba exhibirse ante don Pedro, tocando su violín en los clubes musicales y en los conciertos de la calle Gloria. Echó a llorar y a temblar de manera exagerada.

—Oh, *Dio, Dio, Dio...* ¡La baronesa nunca va a perdonarme! ¡¿Qué va a ser de mi vida?! —Y, como buen italiano, comenzó a golpearse la cabeza violentamente contra la pared.

Watson, que no había entendido nada de lo que se había dicho hasta entonces, abrió su maletín, tomó un frasquito y se lanzó sobre Peruggio al tiempo que gritaba:

—¡Cielos! ¡Es malaria! ¡De prisa, Holmes, ayúdeme con esta quinina! —Y, antes de que alguien pudiera impedirlo, echó por la garganta del infeliz todo el frasco del remedio. —Por esto es que, en los trópicos, nunca me aparto de mi maletín —completó el doctor, orgulloso.

—Watson, lamento informarle que este pobre italiano sólo sufría un ataque de nervios, muy común en los ciudadanos de origen latino —explicó Holmes.

—Bueno, nadie me contó que era italiano —se quejó Watson, malhumorado, mientras cerraba el maletín—. ¿Esperan que yo entienda ese idioma de paganos?

Sherlock reanudó el interrogatorio.

—¿Tiene alguna idea de quién puede haber robado el violín?

—Ninguna —respondió Giacomo, y escupió el gusto amargo de la quinina.

—¿A qué hora lo robaron?

—No lo sé con seguridad. Entre las ocho de la noche y las ocho de la mañana.

—Me gustaría examinar el lugar de donde se hurtó el instrumento —pidió el detective.

Peruggio acompañó a todos hasta el pequeño taller instalado en el fondo. Holmes extrajo una lupa del bolsillo del saco y comenzó a estudiar minuciosamente el banco de trabajo. Watson, que ya conocía los métodos del amigo, permaneció flemático, pero Pimenta seguía, hipnotizado, cada movimiento del detective. Después del banco, Holmes pasó a examinar la ventana. Agarrada a un clavo saliente del parapeto, había una hilacha de género oscuro. Sherlock retiró con cuidado el tejido del clavo, asegurándolo entre el pulgar y el índice.

—Curioso, muy curioso... —dijo Holmes, aproximando la lente a los dedos.

—¿Qué pasa? ¿Encontró algo sospechoso en ese pedazo de tela? —indagó Pimenta, electrizado.

—No. En mi uña. Debe de ser una astilla de coco —respondió el detective, al tiempo que tiraba el género rasgado y se chupaba la punta del dedo.

Sherlock escudriñó el resto del aposento sin encontrar nada relevante. Volvió al interior del negocio, y él y Pimenta se despidieron de Peruggio. Watson, todavía contrariado, también estrechó la mano del italiano, gritando:

—¡Me alegro de que no sea malaria! ¡Para esas crisis nerviosas tuyas, le aconsejo agua de melisa! —dijo, con la certeza británica de que, si se habla lo bastante alto, todos los seres humanos del planeta entienden inglés.

Pimenta iba a comenzar a decir algo, pero lo cortó el ruido de un negro gigantesco que entró en el recinto, casi arrancando la puerta del umbral. Ya iba a sacar su revólver de la faltriquera, cuando Holmes lo tranquilizó.

—Calma, comisario. Es Mukumbe; trabaja para la señora baronesa y está a mi disposición.

—Un recadero vino a avisarme que el marqués de Salles está

en el Café de Amorim e invita a los señores a tomar un refresco —informó Mukumbe, sin alterarse.

—Si no le incomoda, señor Holmes, quisiera discutir con usted el caso que estoy investigando ahora —dijo Mello Pimenta mientras guardaba el arma.

—Pues venga también al café —invitó Holmes—. Si las costumbres de aquí son iguales a las de Londres, las mesas de los bares siempre son un manantial de informaciones.

A Pimenta no le gustó mucho la idea, pues prefería mantener la investigación en términos confidenciales; sin embargo, ante el entusiasmo del detective no tuvo cómo rehusar. Giacomo Peruggio los acompañó hasta la salida.

—Señor Holmes, dígame a doña Maria Luísa que no me tenga a mal.

—Quédese tranquilo, señor Giacomo. No quería asustarlo. La baronesa sabe que usted no tuvo la culpa.

Peruggio, agradecido, le tendió con dramatismo los brazos. Holmes aprovechó el gesto para dejar el coco vacío en las manos del dueño de la Viola de Oro.

• • •

El Café de Amorim quedaba en el callejón Cancelas, haciendo esquina con la calle Rosario. Era famoso por sus refrescos y comidas frías, además, desde luego, del café. También servía los mejores vinos y licores. El dueño, don Amorim, era un hombre enorme de gordo, de unos cuarenta años, con bigotes de puntas vueltas hacia arriba. Se vestía con pantalones negros, camisa, chaleco y un delantal alrededor de la cintura, como los *garçons* franceses que veía en los grabados. El delantal era tan grande que Paula Nei solía bromear: “Eh, Amorim, eso más parece una mortaja que cubre las abundantes comidas que yacen en tu barriga”.

Amorim reía y continuaba exprimiéndose entre las mesas para servir en persona a sus clientes preferidos.

A veces hacía preguntas indiscretas, como en aquel momento, en que se hallaba junto a un grupo de hacendados de café, que

bebían licor de *jenipapo* mientras discutían los precios de la última cosecha. Uno de ellos, el coronel Mendes Freire, era el menor de una familia de siete hijos. Curiosamente, a pesar de que los padres eran blancos y todos los hermanos muy rubios, Mendes Freire era moreno oscuro y de cabello crespo. Amorim no resistió.

—Coronel, hace mucho tiempo que quería preguntarle: ¿cómo es posible que sus padres y sus hermanos sean blancos y rubios, y usted haya salido así, tan oscuroito?

Mendes Freire bebió su licor y explicó, dirigiéndose a Amorim y a sus amigos:

—Es una historia casi sobrenatural. Mi madre estaba embarazada de dos meses y fue a pasar unos días en la hacienda de mi abuelo. Un día, cuando paseaba por los alrededores, un esclavo negro, alucinado, salió de la plantación gritando y tratando de alcanzarla. Mi madre salió volando de regreso a la hacienda con el esclavo corriendo atrás. Gracias a Dios, consiguió llegar a la casa y los hombres de mi abuelo prendieron al pobre negro loco. Yo nací con este color y este cabello a causa del susto que se llevó mi madre.

Los amigos de Mendes Freire sacudieron la cabeza, conmovidos. Amorim, con respeto, sentenció:

—Usted va a disculparme, coronel, pero tengo la impresión de que ese negro alcanzó a su señora madre.

Los hacendados disimularon, conteniendo la risa, antes de que Mendes Freire pudiera protestar. Amorim se apartó para recibir a Holmes, Watson y Pimenta. Llevó el grupo hasta la mesa del marqués de Salles.

En cuanto vio el diario que estaba leyendo Júlio Augusto Pereira, el marqués de Salles, Pimenta percibió que ya no había motivos para insistir en el secreto del caso de las muchachas muertas. Figuraba todo en primera plana de la *Gazeta da Tarde*, bajo el título "CAZADOR DE OREJAS". El marqués saludó a los tres y extendió el diario hacia Sherlock Holmes mientras se quejaba al comisario:

—Veo que usted ocultó algunos hechos bastante pintorescos cuando fuimos a la morgue. Qué confianza nos tiene, comisario —ironizó.

—No sé qué es lo que hay de pintoresco en esta historia escabrosa —replicó Mello Pimenta.

Júlio Augusto se refería al aspecto más escandaloso de la noticia, ya que el periódico lo contaba todo, inclusive el detalle morboso de las cuerdas musicales que el monstruo dejaba enrolladas junto al vello púbico de las pobres muchachas. Pimenta maldijo en silencio contra el profesor Saraiva. Sólo él y el médico conocían el lugar exacto donde el asesino ponía las cuerdas. Y él no se lo había contado ni siquiera a su mujer. El comisario se preguntó cuántas botellas de aguardiente habrían sido necesarias para soltar la maldita lengua del forense. Había también, en la segunda página de la *Gazeta*, una caricatura de Sherlock sosteniendo una enorme pipa. Bajo el dibujo, el artículo revelaba la venida del detective inglés. Holmes tomó el diario y leyó con avidez, traduciendo para el doctor Watson.

—Veo que no tengo más novedades para contarle —dijo Pimenta, fastidiado.

—Pero yo sí tengo —informó Sherlock, al terminar la lectura.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Ayer tuve un encuentro con el asesino.

El comisario se sorprendió.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—En la Biblioteca Nacional. Lamentablemente, sólo conseguí verlo de lejos.

—Por favor, cuéntenos todo, señor Holmes —pidió Júlio Augusto.

Sherlock Holmes relató, de manera minuciosa, el episodio de la noche anterior. Sólo omitió el motivo que le había impedido continuar la persecución. Alegó que, cuando llegó a la ventana, el monstruo ya había desaparecido por las calles de la ciudad.

—Sólo lamento que la misteriosa muchacha no me haya esperado. Era realmente linda, una mestiza muy clara, de grandes ojos verdes, caderas anchas y senos abundantes —suspiró, extasiado, el detective.

Al marqués le causó gracia el arrobamiento del inglés.

—No es usted el primero, y por cierto no será el último,

extranjero que queda fascinado con nuestras mulatas. Además, muchos de sus compatriotas han abandonado todo por una mestiza. —Y recitó: —“Morenas de rasgos finos como un hindú, grandes ojos centelleantes mas velados por una encantadora expresión de melancolía, cabellos negros como el ala de un cuervo, tienen la gracia cautivante de las sílfides y el andar sensual de las corzas...”.

Pimenta vio que la conversación se dispersaba, así que volvió al tema principal.

—Hay una sola cosa que el diario no cuenta. Varias personas que viven cerca de los lugares donde murieron las muchachas dijeron a la policía que oyeron el sonido de alguien que tocaba el violín por las calles.

—Si continúa arrancando las cuerdas, ese problema se va a solucionar muy en breve —señaló Júlio Augusto.

—¡Claro! —exclamó Holmes, golpeando la mesa y despertando a Watson, que dormitaba.

El comisario parecía no entender.

—¿Cómo?

—¿Pero no se da cuenta, mi buen hombre? El violín tiene cuatro cuerdas: G, D, A, E —explicó el detective, designando las notas con letras, según el sistema usado por los ingleses—. Si él ya usó dos cuerdas, todavía le faltan otras dos.

—¿Trata de decirme que el asesino se propone, sin razón alguna, matar dos chicas más?

—Dijo bien, comisario, “sin razón alguna”, porque ese hombre perdió la razón. Sólo en algún enfermizo rincón de su mente debe de encontrar los pretextos de esa furia sanguinaria. Espero que nosotros dos, trabajando juntos, podamos impedirlo —dijo Holmes.

—Así lo esperamos todos —acotó el marqués de Salles.

Sherlock se volvió hacia Watson y le tradujo toda la conversación. El médico quedó impresionado.

—Qué cosa horrible. ¿Este hombre mata a las mujeres así, sin motivo?

—Sí, Watson. En toda mi carrera nunca vi nada semejante.

Quitar brutalmente la vida a esas jóvenes, siempre de la misma forma y sin el menor propósito. El hombre es un demente y le gusta asesinarlas en serie; es lo que yo llamaría un *serial killer*. Eso mismo, *serial killer* —decretó Sherlock Holmes, acuñando la expresión.

Después de repetir varias veces el neologismo recién creado, se volvió hacia Júlio Augusto y le preguntó:

—*How would you say “serial killer” in Portuguese?*

—¿Asesino serial? —arriesgó el marqués, en una pésima traducción.

—Bueno, sea lo que fuere, es preciso detenerlo —remató Mello Pimenta.

Holmes encendió su pipa. Una idea comenzaba a germinar en su cabeza.

—¿Por casualidad han pensado que nuestro asesino debe de ser el mismo hombre que robó el violín de la baronesa?

Pimenta se maldijo por no haberlo imaginado antes. Tenía sentido. Más aún: dentro de toda aquella locura era lo único que tenía sentido. El insensato que mataba a las muchachas era el mismo que había robado el violín. No sabía hasta qué punto iba a ayudar esta revelación, pero resultaba obvio que el inglés tenía razón. Las dos cosas habían comenzado exactamente en la misma época. Sólo no entendía por qué el loco dejaba las cuerdas en el vello púbico de sus víctimas. “¿Por qué? ¡Justamente porque es loco, claro!”, pensó. Mil ideas le pasaban por la cabeza. ¿El asesino sería un músico profesional? ¿Eran tantas las sociedades musicales que había en la ciudad! ¿Por dónde comenzar? Primero iba a ver si había algún violinista con antecedentes en la policía. Sherlock Holmes interrumpió sus pensamientos.

—Comisario, más que todo, una cosa sigue intrigándome profundamente.

—¿Qué cosa, señor Holmes?

—¿Dónde podré encontrar de nuevo a esa mulata? —preguntó Sherlock, con la mirada entristecida de los enamorados.

11

Su gato siamés, que solía andar perdido por los tejados, duerme plácidamente en la cestita de mimbre al lado de la puerta. Él ni presta atención al gato. Echado en su cama estrecha, pierde la noción del tiempo. Está allí hace más de dos horas, en decúbito dorsal, mirando fijo el techo. Es un ejercicio espiritual que hace, cuando el odio que tiene en el alma comienza a desvanecerse. Se acuesta, por entero desnudo, y con los ojos cerrados imagina que el odio se apodera de nuevo de su organismo. De a poco, la sensación le invade la anatomía. Comienza por los dedos de los pies y va subiendo por las piernas. Con el pensamiento, él fija el odio en cada pliegue, en cada concavidad, en cada poro del cuerpo. El odio penetra los muslos musculosos y continúa subiendo. Ahora ya envuelve su sexo. Él nunca entiende por qué el odio le endurece los genitales. Junto con el odio, viene el calor. El odio y el calor van creciendo juntos. Él percibe la división que se establece durante el ejercicio. Cuando el odio alcanza el plexo solar, siente que se le vuelve incandescente la mitad del cuerpo, mientras la parte superior continúa gélida, como carne muerta. Son dos hemisferios distintos de un mismo capullo. En este momento, él sabe que necesita concentrarse más todavía, repitiendo mentalmente, como un mantra sagrado, odio, odio, odio. De a poco el odio sigue, persigue su camino, su destino, le envuelve la cabeza hasta llegar a la punta de los cabellos. Se estremece todo. Las sábanas de la cama están empapadas de sudor. El proceso termina. La esencia

del ser reabastecida por el más puro odio. Raras veces necesita recurrir a este ejercicio. Sólo una cosa le socava el odio. El Miedo. La noche anterior había sentido miedo. Miedo de que el inglés lo alcanzara, lo descubriera. Divisó a lo lejos la gorra ridícula, la capa a cuadros, y tuvo miedo. Miedo de morir, miedo de vivir. No quiere que lo atrapen, sabe que no quiere que lo atrapen. Aun así, hay algo que lo obliga a dejar las pistas que por cierto llevan al desastre. Son demasiado obvias. Aquel policía gordo y obtuso no percibe nada, pero el inglés leerá con facilidad los mensajes. Sherlock Holmes no dejará de entender el rastro vociferante que él deja en su camino. Se levanta y comienza a secarse con una toalla de lino. Transpira tanto que enseguida tiene que usar otra toalla. Toma la vieja daga de la caja escondida en el armario y se pasa la lámina fría por la frente, para aliviar la sensación febril que todavía experimenta. La mujer y el detective no podrían reconocerlo; estaban la capa y la oscuridad para protegerlo; sin embargo, se siente frustrado. Ella tuvo suerte. Mucha suerte. Sólo por eso él no consiguió atravesarle el seno blando con la hoja afilada de la daga y arrancarle los pulmones. La mestiza tenía siete vidas, como los gatos. ¿O eran nueve? ¿Los gatos tienen siete o nueve vidas? No se acuerda. Se aproxima al siamés que duerme en la cesta de mimbre. Aferra al animal por la cabeza con una de las manos y, con una única puñalada, le abre el vientre. Es tan rápido que el gato muere sin siquiera abrir los ojos. Una vida. Después de todo, los gatos, como las putas, tienen una sola vida.

• • •

Como ya había sido homenajeada por varios artistas brasileños, Sarah Bernhardt resolvió dar una sorpresa y visitar, acompañada por su *troupe*, un espectáculo teatral de Río de Janeiro.

La obra elegida fue la revista del año, *A mulher-homen*, justamente aquella donde trabajaba, haciendo de *soubrette*, la mulata Anna Candelária que tanto había fascinado a Sherlock Holmes. La representaban en el teatro Santana, en Rossio, en la misma plaza Constituição donde Sarah Bernhardt actuaba en el São Pedro de Alcântara. El argumento básico de la revista se

basaba en un caso ocurrido en la ciudad un año antes: un hombre se presentaba a trabajar en casas de familia, como doméstica, vestido de mujer. Al descubrir su disfraz, se produjo un escándalo que recorrió todo Río. El episodio se retrataba en el espectáculo que se hallaba en cartel hacía más de un año. Los principales temas musicales eran de Chiquinha Gonzaga, y el texto, de Valentim Magalhães y Filinto de Almeida. La platea estallaba en carcajadas cuando el excelente actor cómico Vasques, ataviado con ropa femenina, interpretaba un monólogo cantado y terminaba diciendo:

“Ya me explico en un momento,
y ha de entenderme al final:
en la forma y en el pensamiento
soy un ser insexual...”

Después de su pieza, sin siquiera cambiarse de ropa, Sarah salió del São Pedro y entró en el teatro Santana casi al final del espectáculo, cuando toda la compañía participaba en el cuadro “*Maxixe na cidade nova*”. Fue una entrada triunfal, digna de la Divina. En cuanto, en el escenario, se dieron cuenta de la presencia inesperada de la ilustre visitante, Heller, empresario de *A mulher-homen*, subió al tablado, interrumpió a sus actores y ordenó que el director de orquesta atacara *La marsellesa*. Se produjo un verdadero delirio. Sarah subió al escenario y entregó a Cimira Polônio, una de las actrices principales del elenco, un ramo de flores atado con cintas verdes y amarillas. El público, arrebatado, aplaudió de pie el gesto de Sarah. Vasques no resistió; se aproximó, abrazó y besó a la francesa. Después echó a correr por el escenario, gritando: “¡Besé a Sarah Bernhardt! ¡Besé a Sarah Bernhardt!”.

La fiesta terminó con franceses y brasileños confraternizando en una cena regada de vinos y guitarra, ofrecida por Heller en el Restaurant de la Terrasse. El refinado Heller mandó servir Roederer Cristal, una *cuvée de prestige* y único champña de botella transparente, invención del zar Alejandro II para que sus comensales pudieran apreciar el líquido dentro del envase.

A la tarde siguiente, Sarah llegó al teatro para el ensayo sintiendo aún los efectos de la traspasada anterior. Qué impetuosos eran esos brasileños. Todos enamorados de ella. Le habían contado que, la semana anterior, un hacendado había cabalgado tres días y tres noches para asistir a su espectáculo. Cuando llegó a la boletería, se habían vendido todas las entradas, como siempre. El hacendado armó un escándalo, diciendo que no se movería de allí sin ver a “la famosa artista que vino de Francia”. Para aplacarle la ira, el gerente le ofreció un lugar de pie, en el fondo de la sala. Calmado, el hacendado tomó su entrada y se dirigió a la platea. Antes de cruzar las puertas, se volvió hacia el gerente y preguntó: “A propósito, ¿qué hace esta mujer? ¿Canta o baila?”. La actriz rió mucho del incidente.

Sarah Bernhardt se comunicaba con el equipo de técnicos por medio del intérprete Sarmiento, contratado por el teatro, que había vivido dos años en París. Sarmiento, rechoncho y sin cuello, era nativo del interior de Ceará. Todavía muy joven, movido por el espíritu de aventura, se conchabó como marinero en un barco de la New Zealand Shipping Company y resolvió recorrer el mundo. Durante quince años había ejercido, en diferentes países, las más diversas profesiones. Había sido conductor de *jinrikisha* en Hong Kong, banderillero en Barcelona, aguatero en Bombay, cochero de la Wells Fargo en Missouri, chamán en Perú, *croupier* en Londres, gondolero en Venecia, destilador en Glasgow, cantor en el Tirol, sepulturero en Estambul, molinero en Coimbra y, por último, *gigoló* en París. Durante ese tiempo había aprendido a hablar mandarín, español, indostano, inglés, italiano, alemán, turco y francés, lenguas que dominaba con perfecto acento de Ceará.

Sarah llamó a todos al escenario para afinar los últimos detalles de *Le maître de forges*, de Georges Ohnet, donde ella hacía el papel de Calire de Beaulieu. Era uno de sus mayores éxitos y, excelente profesional, quería que todo saliera de lo mejor. Notó que faltaba una silla en escena y, valiéndose de Sarmiento, preguntó al asistente Pipoca dónde estaba el mueble que faltaba.

—De noche hay —fue la respuesta lacónica del hombre.

—¿Y la carpeta del proscenio?

—De noche hay.

—¿Dónde está la lámpara de la mesita?

—De noche hay.

—También faltan las fundas.

—De noche hay.

Sin alterarse, Sarah se volvió hacia Sarmiento.

—Dígale a *monsieur* Pipoca que coloque de inmediato en el tablado todos los objetos que faltan ahora. Si no, de noche lo que no habrá será mi presencia.

Se volvió y se puso a discutir el texto con el elenco. Antes de que pudiera dar inicio al ensayo fue interrumpida por Pimenta, que llegaba al teatro.

—¿A qué debemos el honor de esta visita? ¿Alguna otra queja contra mí? —preguntó Sarah, siempre por intermedio de Sarmiento.

—Claro que no, *madame*. Vine a buscar a un señor que trabaja aquí. Le pido disculpas por la interrupción —dijo Pimenta, que se tocó el sombrero y tomó por el corredor que llevaba a la sala de ensayos musicales.

Buscaba a un violinista llamado Haroldo Borges. Lo habían detenido cuatro veces por pegarle con violencia a la mujer. Las quejas eran presentadas por un vecino militar que en diversas ocasiones había socorrido a la esposa del músico, y las zurras le valieron a Haroldo dos meses de cárcel. El comisario llegó al salón que usaba la orquesta para ensayar. Varios músicos conversaban, mientras afinaban sus instrumentos. La discusión, como siempre, giraba en torno de los bajos salarios que les pagaban. Todos callaron al entrar Pimenta.

—Busco a un violinista llamado Haroldo Borges —anunció el comisario.

Una figura delgada, de rostro ojeroso, respondió desde el fondo:

—¿Sí?

—Soy el comisario Mello Pimenta, y me gustaría conversar con usted en privado.

Sin decir una palabra, Haroldo Borges guardó su violín en el estuche y fue despacio al encuentro del policía. Los dos se dirigieron a la entrada de artistas. Cuando llegó cerca de la pequeña puerta, Borges le tiró a Pimenta el estuche con el instrumento e intentó escapar hacia la calle. El gordo policía lo apretó contra el umbral.

—¿Adónde cree que va con tanta prisa? —indagó Mello Pimenta, aferrándolo por el brazo.

—Para cualquier lugar donde no exista la injusticia policial.

—¿Injusticia?

—De nuevo fue Gouveia, ¿no?

Mello Pimenta no entendía nada de aquella historia. No conocía a ningún Gouveia ni era afecto a las injusticias.

—No tengo la menor idea de lo que habla. ¿Quién es Gouveia?

—El sargento del Cuerpo Militar de la Policía de la Corte, que vive en mi calle. Es siempre él.

Mello Pimenta comenzó a comprender. Gouveia era el militar que presentaba las quejas siempre que Borges le pegaba a la esposa.

—Mi asunto no tiene nada que ver con sus desavenencias domésticas. Estoy investigando dos crímenes y quiero saber de sus andanzas en los días de los crímenes.

Pimenta sacó su libreta de anotaciones. Por desgracia para él y felizmente para el violinista, en las fechas de los asesinatos Haroldo Borges estaba en Juiz de Fora, una localidad bien distante de Río de Janeiro, haciendo una pequeña temporada con el cuarteto de cuerdas que había organizado para mejorar, en las horas libres, el magro salario mensual. En su lugar había quedado Lima, hombre de siete instrumentos que solía reemplazar a los colegas cada vez que éstos iban a ganar algún dinero extra. Mello Pimenta guardó la libreta en el bolsillo al tiempo que decía con tono seco:

—Puede retirarse. Y, antes de que me olvide, no tenga más el descaro de pegarle a una mujer indefensa y luego acusar de injusticias a la policía.

—Señor comisario, ¿usted conoce a mi mujer, Marieta?

—Claro que no.

—Pesa más de cien kilos y mide un metro ochenta. ¿Le parece que con mi cuerpo enclenque podría pegarle?

—¿Entonces cómo es esa historia de las palizas?

—Es así, comisario. Ella me engaña con ese sargento Gouveia, que vive en mi calle. Cada vez que yo me quejo, Marieta me revienta. Después el sargento va a la comisaría y presenta queja de lo contrario. Ayer mismo cobré de nuevo —contó el violinista, que se abrió la ropa y mostró el cuerpo cubierto de hematomas—. Cuando lo vi a usted, entré en pánico. Pensé que Gouveia ya había ido a la policía y usted venía a arrestarme. No aguanto más ir a la cárcel injustamente.

—¿Y por qué en la comisaría creen la historia de ese hombre?
—preguntó el comisario, incrédulo.

—Ya sabe, Gouveia es sargento, militar del Cuerpo de Policía de la Corte, tiene muchos amigos allá, y yo soy un mero violinista.

—Quédese tranquilo, que yo voy a tomar medidas para que no lo persigan más —garantizó Pimenta, sensibilizado por la historia del músico—. Pero voy a darle un consejo, amigo mío. Abandone a esa mujer, busque otra compañera.

—No puedo, comisario. Mucho me gustaría, pero no puedo. Marieta es muy celosa. Ya me dijo que, si la abandono, me mata —explicó Borges en voz baja, mientras se abotonaba la camisa.

Mello Pimenta se despidió, pensando en llevar unos dulces a Esperidiana, esposa amantísima, regalo de los dioses. Se alejó apenado por la triste historia del cornudo violinista.

12

Rodrigo Modesto Tavares había obtenido el título de vizconde de Ibituaçu de modo poco convencional. Hombre muy rico, ya de cierta edad, era figura habitual del Palacio, donde cortejaba siempre al soberano. Una hermosa mañana de abril, hacía más de cinco años, don Pedro fue a inaugurar un nuevo ramal de su tan querido ferrocarril. Junto a él se hallaban varios dignatarios, ministros, senadores, consejeros, mariscales y, por supuesto, Rodrigo Modesto Tavares, que insistía de manera absoluta en comparecer a esas ceremonias al lado del emperador. Su Majestad Imperial estaba radiante con su uniforme de gala. La banda, con toda la pompa, interpretaba algunas marchas militares. Una multitud se aglomeraba para ver a don Pedro II. El sol resplandeciente y el azul límpido de un cielo sin nubes agregaban más solemnidad al momento. En el palco repleto el monarca se preparaba para dar inicio a la ceremonia de inauguración, cuando aconteció lo inesperado. Enseguida de los aplausos que siguieron a la ejecución del Himno Nacional, en el instante de silencio que siguió, don Pedro, sin darse cuenta, dejó escapar una estrepitosa flatulencia. Incomodidad generalizada en el palco. Las autoridades no sabían qué hacer ante aquel accidente inoportuno. Fue entonces cuando Rodrigo, con la rapidez de raciocinio de los aduladores, dijo en voz bien alta: “Mil perdones, Majestad. Fui yo. Me ocurre de vez en cuando.

Sufro de meteorismo”. Y asumió con dignidad el ruidoso flato imperial.

Ministros, senadores y mariscales envidiaron la presencia de ánimo de Rodrigo Modesto. Para sus adentros todos se lamentaban: “¡Cáspita! ¿Cómo no se me ocurrió esa idea?”. El monarca, agradecido, concedió al amigo que lo salvó de tamaña humillación el título de Vizconde con Grandeza. Para que la denominación del reciente noble hiciera justicia al acontecimiento, Rodrigo fue nombrado vizconde de Ibituaçu, que en tupí-guaraní significa “viento grande”.

El palacete del vizconde, en Laranjeiras, era una de las residencias más suntuosas de la ciudad. Construido en medio de un bosque, rodeado por cocoteros y palmeras, se hallaba en la parte más elevada del terreno, destacado entre la vegetación lujuriosa. Las invitaciones a las fiestas que ofrecía en su residencia Rodrigo Modesto Tavares, vizconde de Ibituaçu, eran disputadas por toda la sociedad, aunque Rodrigo prefería rodearse de artistas, bohemios e intelectuales. Era lo que sucedía esa noche, en la cena en homenaje a Sherlock Holmes y Sarah Bernhardt. Asistió la Caterva, desde Bilac a Paula Nei, el más divertido del grupo. El vizconde invitó también a la baronesa de Avaré y algunas jovencitas lindas y elegantes, para compensar la evidente mayoría masculina de la recepción. Sarah Bernhardt iba acompañada por su hijo, Maurice, pero Sherlock Holmes fue solo. El doctor Watson se había quedado en el hotel, con la excusa de que necesitaba poner al día su correspondencia. La verdad era que detestaba esas reuniones que se extendían hasta altas horas de la madrugada. Siempre irreverente, Paula Nei dijo al ver al detective sin su compañía habitual:

—¡Miren! ¡Cosme vino sin Damián! Yo creía que adonde iba la cuerda iba el balde.

Después de la cena pasaron a un salón que el vizconde, en tono de burla, llamaba la sala de los cristales, debido a la inmensa araña vienesa que iluminaba el recinto. Conversaban en francés, idioma que dominaban todos, inclusive Sherlock Holmes. Una agradable sorpresa los aguardaba: sentado al piano, componiendo el fondo musical de la noche, estaba Ernesto Nazareth.

Nazareth, un joven pianista y compositor de veintitrés años, se ganaba la vida dando clases particulares y presentándose en fiestas. Ya había editado varios temas, y polcas como “*Fonte do suspiro*”, “*Gentes! O imposto pegou?*” y “*Teus olhos cativam*” eran de gran éxito popular. En aquel momento interpretaba su más reciente creación, el vals “*Dora*”, que había compuesto para Teodora Amália de Meireles, con quien iba a casarse en pocos días. Con su melena que le caía sobre la frente, Ernesto recordaba a Chopin, de quien, además, era profundo admirador. En cuanto terminó, Rodrigo Modesto le pidió que tocara otra polca de mucho éxito, “*Beija-flor*”. Impresionaba, en las composiciones del joven pianista, la nota de melancolía que impregnaba hasta los *maxixes* más alegres.

El vizconde de Ibituaçu estaba feliz. La noche era una *réussite* sin precedentes, incluso en su casa. En homenaje a Sherlock Holmes, Miguel Solera de Lara había vencido su acostumbrada timidez y recitado de manera magistral algunos fragmentos de “*The Triumph of Life*”, de Shelley, su poeta preferido. Todos se divertían inmensamente. Bilac se aproximó a Sarah Bernhardt acompañado por Guimarães Passos.

—*Madame*, si me permite me gustaría presentarle al joven poeta de quien le hablé en la cena del Gran Hotel. Olavo Bilac.

—Encantado, *madame* —dijo el poeta.

—Su amigo le hizo los mejores elogios. ¿Quién sabe si un día no le sirvo de musa inspiradora?

—La sugerencia llega demasiado tarde, *madame*. Ya cometí esa osadía en forma de soneto. Se llama “*Fedora*” y pretendo publicarlo en la revista *A Semana* —respondió Bilac.

Encantada, la actriz pidió que Olavo lo recitara. El poeta no se hizo rogar y, en un francés esmerado, recitó las estrofas que terminaban diciendo:

*Tu sais tous les secrets des abîmes du coeur,
O toi, qui sais mêler, pour montrer ta douleur,
Le cri d'une lionne aux sanglots d'une femme!*

Se oyeron aplausos entusiastas de todos los invitados, y Sarah,

conmovida, besó la frente del joven bardo. Bilac no cabía en sí de satisfacción. El marqués de Salles, que siempre tenía una sorpresa para esas ocasiones, se ofreció para declamar algo.

—¿De quién? —preguntó Artur Azevedo, que no salía de al lado de su “Divina”.

—No lo conoces. Es un autor todavía anónimo, nacido en Uruguay pero compatriota de *madame* porque era hijo del cónsul francés. Se llama Isidore Ducasse. Estudiamos juntos, en la École Polytechnique, en París, al final de la década de los 60. Escribió un largo poema con el pseudónimo de conde de Lautréamont.

—Nunca lo oí nombrar. El único Lautréamont que conozco es el personaje del folletín de Eugène Sue —dijo Miguel, cuya memoria era un verdadero archivo literario.

De Salles continuó:

—La obra llegó a publicarse; sin embargo, por desgracia, el editor no tuvo coraje para distribuirla en las librerías, por miedo a ser procesado —agregó el marqués, que adoraba crear climas insólitos.

A esa altura, era palpable la curiosidad de los presentes. Todos querían saber más detalles sobre aquel enigmático escritor. Solera de Lara, como librero, estaba más interesado aún:

—¿Cómo se llama el libro?

—*Los cantos de Maldoror*. Por suerte tengo un volumen autografiado que me dio el propio Ducasse. Cosa rara, señor Miguel, muy rara... —acicateó el marqués.

—No soporto más tanto misterio. Recite ya mismo un fragmento de ese poema maldito —pidió Sarah Bernhardt.

—Pensándolo bien, *madame*, no sé si debo. Los versos de mi amigo pueden herir los oídos sensibles de las señoras.

Las mujeres de la sala protestaron con vehemencia. Chiquinha Gonzaga hizo de portavoz:

—Marqués, estamos en el siglo XIX. Ya no existe extravagancia que pueda revelar su escritor —afirmó.

—Muy bien, ya que insisten, aquí va un fragmento de lo que Maldoror aconseja ya en el primer canto... —dijo el marqués de Salles, que se aproximó al centro de la sala y comenzó a recitar con su voz aterciopelada de barítono:

Débese dejar crecer,
por quince días,
las uñas.
¡Oh, qué dulce es arrancar, brutalmente, de
su lecho a un niño
aún sin sombra de bozo sobre el labio
y, con los ojos muy abiertos, ‘
fingir pasarle suavemente la mano sobre la mejilla,
echando hacia atrás sus largos cabellos!
Después, de repente, en el momento en que menos
lo espera,
clavar las largas uñas en su pecho blando.
Sin que muera, sin embargo,
pues si muriera
no veríamos, más tarde, las marcas de su
sufrimiento.
A continuación es preciso beberle la sangre
lamiéndole las heridas,
y, durante este tiempo, que debería durar tanto
como dura la eternidad,
el niño llora.
Nada es tan bueno como su sangre, extraída así,
todavía caliente,
a no ser sus lágrimas amargas como la sal...

—Creo que ya oímos suficiente —interrumpió Miguel Solera de Lara.

Una sensación de malestar recorría la sala. Las jóvenes invitadas del vizconde se daban aire con sus abanicos pintados.

—Ahora entiendo la resistencia del editor a distribuir tamaña miseria —dijo, irritado, el vizconde de Ibituaçu.

—Le advertí —dijo el marqués de Salles, sin conseguir disfrazar su sonrisa de satisfacción por la situación violenta que había provocado.

Sarah Bernhardt, mientras se servía una nueva copa de champaña, asumió la defensa del autor.

—Pues a mí me pareció excelente. Me gustaría que el marqués me prestara el libro.

—Con todo placer, *madame*. Me satisface que mi amigo Isidore haya encontrado una defensora de tamaña importancia.

Sherlock Holmes rompió el hechizo al preguntar con candidez:

—¿Les molesta que fume mi pipa?

—Mi estimado *mister* Holmes, después de esta presentación del marqués, puede incluso fumar opio, que no molestaría a nadie

—contestó Paula Nei. La sala se relajó y rieron bastante de la observación del bohemio, para alivio del vizconde.

• • •

Como siempre ocurría en esas reuniones, a partir de un cierto momento la fiesta se dividió en dos grupos: hombres por un lado y mujeres por el otro. Salvo Chiquinha Gonzaga, la baronesa de Avaré y Sarah Bernhardt, que prefirieron unirse a los caballeros, y Maurice Bernhardt y el marqués de Salles, que, obviamente, escogieron la compañía de las damas. Maurice, como el marqués, era un mujeriego incorregible y ya se había metido en problemas debido a su temperamento. Se hallaba en el vestíbulo del hotel diciendo piropos a las jóvenes que pasaban, cuando un muchacho que acompañaba a una de las jovencitas se irritó y le dio unos violentos empujones. Fue necesaria la intervención del gerente para que el incidente no tuviera peores consecuencias. Ahora, junto al marqués, ya olvidado de aquel contratiempo, conversaba con las muchachas, que hacían mil averiguaciones sobre París y al respecto de su madre. “¿Es verdad que tiene un león en la casa?”; “¿Pigalle es tal como dicen?”. Maurice respondía, a veces mintiendo, a veces diciendo la verdad, pero siempre con la complicidad del marqués.

En la vasta biblioteca, entre cigarros de La Habana y coñaques franceses, Sherlock Holmes, después de narrar su casi encuentro con el “asesino serial”, como había traducido el marqués, también satisfacía las preguntas de los invitados. Aluísio Azevedo quiso confirmar el rumor que ya se había difundido por la ciudad:

—¿Es verdad, entonces, que el ladrón del violín y el loco matador son la misma persona?

—Presumo que sí. Teniendo en cuenta las cuerdas encontradas, sería mucha coincidencia que las dos cosas sucedieran al mismo tiempo, y yo no creo en coincidencias —sentenció el detective, mientras aspiraba una bocanada de la pipa.

—¿Y por qué deja las cuerdas junto a la víctima y les arranca las orejas? —preguntó Olavo Bilac, intrigado.

Chiquinha Gonzaga, mientras encendía un discreto cigarrillo, se adelantó:

—Pero es elemental, mi estimado Olavo. El hombre deja pistas a propósito, como un desafío. Es probable que tenga deseos inconscientes de que lo atrapen.

Holmes se admiró del raciocinio sagaz de la compositora. Hacía tiempo que había llegado a la misma conclusión.

—Felicitaciones, miss Gonzaga. Pienso exactamente lo mismo.

—¿Pero por qué robar justo mi violín? —preguntó la baronesa Maria Luísa, que seguía atentamente la conversación.

—Aún no lo sé. Puede ser por varios motivos. Primero, por ser un Stradivarius. Es obvio que nuestro criminal quiere llamar la atención. También puede que haya sido el primer instrumento que encontró.

—¿Y las orejas? ¿Por qué insiste en esa colección siniestra? —preguntó Artur Azevedo, al lado del hermano.

—No ha de ser por fines de lucro. Ninguna de las víctimas usaba aros —bromeó Alberto Fazelli, siempre inoportuno.

—Las orejas también constituyen un mensaje. Un cruel mensaje del *serial killer* —afirmó Holmes, solemne.

Como el neologismo nunca había sido oído por ninguno de los presentes, Artur Azevedo preguntó:

—¿*Serial killer*? ¿Qué significa?

—Jamás supe de un caso parecido; por eso creé el término para designar a alguien que mata a varias personas, sucesivamente, siempre de la misma manera y sin el menor motivo aparente. Por eso resulta más difícil atraparlo.

—*Serial killer*, “sirialquiler” —murmuró Paula Nei, intensificando el acento brasileño.

Coelho Neto, a quien poco interesaban las historias sensacionalistas y que gustaba de observar a las personas para transformarlas en personajes de alguna próxima novela, desvió el asunto hacia un tema más trivial.

—Y bien, señor Holmes, ¿qué le está pareciendo nuestro Brasil?

—Un lugar fascinante, de veras fascinante. Estoy cautivado con las costumbres de la tierra. El pueblo es de lo más cordial. Me siento cómodo, como si estuviera en casa. Hay, no obstante, algo que no entiendo —completó Sherlock, perplejo.

—Diga, señor Holmes —pidió Coelho Neto.

—La ropa. No comprendo por qué todos los hombres se visten de negro, a la europea, en un país tropical.

El detective había tocado una cuerda sensible. La costumbre de copiar los chalecos y los pesados abrigos de los climas fríos era motivo de asombro y de burla por parte de los viajeros y hasta *O Mequetrefe* había publicado notas criticando dicha manía.

—El señor Holmes ha de perdonarnos, pero la civilización tiene su precio. *Il faut souffrir pour être beau...* —respondió la baronesa de Avaré.

—Pues, por mi parte, lamento no haber traído ropa más liviana. Me gustaría conocer a un sastre que me haga unos trajes claros.

—¡Salomão Calif! —gritaron al unísono los hombres de la sala.

Guimarães Passos explicó:

—Es el mejor sastre de la ciudad, y muy amigo nuestro. Cuando quiera, puedo llevarlo allá —se ofreció.

—Le quedo muy agradecido —dijo Holmes—. Otra cosa que impresiona mucho es la belleza de las mujeres. La muchacha a la que le salvé la vida era deslumbrante. Sólo la vi muy rápido, pero mi vista bien entrenada pudo percibir que era una mestiza de piel muy clara, cabello negro apenas ondulado, esbelta, de cuerpo firme y grandes ojos verdes.

Sarah Bernhardt intervino:

—Qué gracioso, mi estimado Holmes. La otra noche fui a un espectáculo de revista y en el elenco había una joven mulata que se parecía a ésa. Hacía tiempo que no veía una mujer tan hermosa.

—Mulatas bonitas es lo que no falta en la ciudad —afirmó Paula Nei.

Sherlock estaba flechado.

—¿En qué teatro? —preguntó.

—No recuerdo el nombre. Queda muy cerca del mío.

Como había varios teatros en la zona del Rossio, no sabían con certeza a cuál se refería Sarah Bernhardt.

—Debe de ser el Santana, donde están dando *A mulher-homen*. La música es de nuestra Chiquinha —aventuró Artur Azevedo, especialista en el género.

—Exacto —recordó Sarah—. Sólo la vi de manera superficial, en el escenario, pero después fuimos todos a cenar juntos. Según comprendí, su participación es pequeña, pero me aseguraron que es una joven de talento.

—Mulata, en el elenco, sólo es Anna Candelária, una muchacha muy bonita que está comenzando ahora —informó Chiquinha Gonzaga, al tiempo que encendía otro cigarrillo.

Holmes tomó su libreta de anotaciones y escribió el nombre de la chica y el teatro.

Mientras Albertito Fazelli trataba de convencer a Sherlock de que no se entusiasmara en demasía, pues, según su experiencia, más de una mulata podían corresponder a aquella breve descripción, entró en la biblioteca Maurice Bernhardt. Iba acompañado por el marqués y varias jóvenes que reían excitadas.

—*Maman*, se me ocurrió una idea maravillosa. ¿Por qué no hacemos una sesión de espiritismo?

—¿A esta hora, hijo?

—Es la mejor hora. La hora de los espíritus. Ya les dije a estas señoritas: cuando estoy presente, el vaso siempre camina.

Salvo a Sherlock Holmes, que no creía en lo sobrenatural y por el momento sólo pensaba en la mulata, a todos les gustó la idea. De inmediato el vizconde de Ibituaçu despejó una mesa

redonda y la llevó al centro de la sala. Los otros tomaron sillas mientras la baronesa de Avaré, que se había acercado a un escritorio, escribía y recortaba papeles con las letras del alfabeto.

—¿Puede ser que aparezca un espíritu que nos diga dónde está mi violín? —bromeó.

Paula Nei bebió el resto de champaña de su vaso y lo puso boca abajo en el centro de la mesa, rodeado por los papelitos con las letras. El vizconde ordenó a los criados que apagaran las luces y dejaran apenas un candelabro encendido cerca de los estantes. Bilac, el marqués, Paula Nei, Guimarães Passos, Maurice y algunas de las señoritas se instalaron a la mesa. Los otros permanecieron de pie, formando un círculo alrededor del pequeño grupo. Los que estaban sentados colocaron un dedo sobre el vaso dado vuelta. Se quedaron así, pensando en almas y fantasmas durante varios minutos, sin que nada especial ocurriera.

—Hoy los espíritus están de huelga... —sugirió Paula Nei.

—Deben de haberse ofendido por no haber recibido una invitación formal del vizconde —acotó Guimarães Passos.

—Concentración. Es preciso concentrarse —dijo Maurice Bernhardt por sobre las risitas sofocadas de las muchachitas.

—Todavía hay mucha luz. Señor Holmes, ¿tendría la amabilidad de apagar el candelabro, allí? —pidió Maurice.

Holmes, absorto en sus pensamientos, no oyó el pedido del joven. Fue la propia Sarah la que se ocupó de soplar las velas. Sólo un rayo de luna iluminaba el recinto, echando sombras sobre los circunstantes.

El silencio que siguió, en medio de la oscuridad, fue quebrado por un grito de terror que partía de una de las jovencitas. Antes de que alguien encendiera las velas, se oyó el ruido de una sonora bofetada.

—¡Atrevido! ¡Ve a manosear a tu señora madre! —exclamó, al tiempo que se levantaba, la muchacha que se hallaba sentada al lado de Maurice.

Cuando volvieron las luces, Maurice Bernhardt, avergonzado, todavía se frotaba el rostro. El joven francés había hecho otra de las suyas.

El comisario Mello Pimenta sacó su pañuelo blanco de cambray y se enjugó la frente una vez más. Nunca transpiraba a causa del calor; la transpiración excesiva se debía a la reprimenda que en aquel momento recibía del jefe. Estaba en el despacho de la Repartición Central, en el edificio de la calle Lavradio 36, donde también funcionaba su comisaría. Una mosca inconveniente circulaba sobre su cabeza. El jefe de policía, desembargador Coelho Bastos, sentado tras el enorme escritorio de caoba, se alisaba los bigotes mientras hablaba con sequedad, sin mirar a Pimenta a los ojos.

—Como se dará cuenta, mi situación es bastante delicada. Hasta hoy, los diarios no han olvidado el caso del robo de las joyas de la Corona.

Coelho Bastos se refería a la desaparición de las joyas de la emperatriz Leopoldina, de la baronesa Fonseca da Costa y de la princesa Isabel, que habían desaparecido del Palacio hacía algunos años, cuando Trigo de Loureiro era jefe de policía. Después se supo en la corte que el ladrón era Manuel Paiva, hermano de Pedro de Paiva, secretario de asuntos de alcoba del emperador, y el caso fue ocultado, aunque Bastos aún recordaba las caricaturas ridículas sobre la policía que había publicado *O Mequetrefe*.

—Como si no bastara que yo haya debido enterarme del Stradivarius robado por los diarios, parece que don Pedro ya no confía en su jefe de policía ni siquiera para resolver el robo de un violinucho —dijo Coelho Bastos, menospreciando el instrumento—. Y encima surge un asesino para complicar las cosas.

—Un “sirialquiler” —corrigió Mello Pimenta, utilizando el término que Paula Nei ya había difundido por la calle Ouvidor.

—¿Un qué? —preguntó el jefe de policía.

—Un “sirialquiler”. Fue el nombre que Sherlock Holmes dio a este criminal que mata en serie —respondió Pimenta, al tiempo que espantaba la mosca que ahora se había posado en la punta de su nariz.

—Sherlock Holmes. Una pueba más de la falta de confianza

de Su Majestad. No sé para qué precisamos un detective inglés por estos lares —se quejó Coelho Bastos, mientras trataba de aplastar a la misma mosca sobre la mesa, con su papel secante.

—Discúlpeme, señor desembargador, pero creo que, en este caso específico, vamos a tener que contar con toda la ayuda posible. Gracias a él, ya sabemos que el ladrón del violín y el asesino son la misma persona.

—¿Qué más sabemos?

—Muy poco. Estuve en el palacio investigando a la pobre chica que murió en la fuente pública. Era huérfana, protegida por el tío y, por lo que me dicen, llevaba una vida sosegada. No tenía amigas ni novio. Vivía solitaria por los rincones, leyendo novelas románticas en francés. El tipo de muchacha callada y recatada.

—¿Y la otra, la de la calle Regente? —indagó Coelho Bastos.

—Lo opuesto. Fui al burdel donde trabajaba. Conversé con un tipo que cuida la casa de la Madama, con quien las chicas no tienen secretos. Me dijo que la víctima, a pesar de no tener todavía dieciocho años, bebía mucho y se entregaba a cualquiera. No tenía clientes fijos.

—¿Y nuestros informantes habituales?

—Por ese lado no conviene esperar nada. Le digo, doctor Coelho Bastos, que no va a ser fácil descubrir al hombre, porque mata sin motivo —concluyó Mello Pimenta, en tanto espantaba la mosca que, en ese instante, trataba de entrarle en el oído.

—¿Cómo es eso?

—Es lo primero que aprendemos en la policía, doctor Bastos: saber el móvil del crimen.

—¿El móvil? ¡El móvil! El móvil es que el sujeto es chiflado, eso es —simplificó Coelho Bastos.

—No es tan simple, desembargador, descubrir el motivo de un demente —explicó Mello Pimenta al tiempo que volvía a secarse con el pañuelo.

El jefe de policía se levantó, fastidiado.

—Entonces vaya al hospicio, hable con los médicos, hable con los locos, lleve al inglés con usted, si lo cree necesario, ¡pero agárreme a ese loco antes de que también yo pierda el juicio!

En su irritación, Coelho Bastos había dado a Pimenta una buena sugerencia. El comisario pensó que no era mala idea hablar con un alienista del hospicio Don Pedro II, en la playa Vermelha. Conocer de cerca la manera de actuar de los que sufrían de las facultades mentales, quizás hasta conversar con uno de ellos, saber cómo pensaban y se comportaban. Debería encargarse de eso a la brevedad, pues ya no era posible dejar que el monstruo continuara actuando con libertad. Dos mujeres habían muerto y todo indicaba que el asesino se hallaba lejos de terminar aquella faena sanguinaria.

—¿Algo más? —preguntó el desembargador Coelho Bastos, interrumpiendo los pensamientos del delegado.

Mello Pimenta, que conocía bien las explosiones del jefe, sabía cuándo era hora de retirarse.

—No, Excelencia —respondió, ceremonioso.

—Entonces, muy buenas tardes.

El comisario inclinó el cuerpo en una pequeña salutación y salió golpeando la puerta, y así aplastó, por casualidad, a la mosca que trataba de acompañarlo.

• • •

No había dudas: Salomão Calif tenía la mejor clientela de la ciudad. Existían sastres de mayor fama, como Luiz Maria de Mattos, en la calle Ouvidor, que obraba milagros en los uniformes bordados del emperador; o Adolpho Ornellas, en la calle Ourives; Teixeira, de Al Cisne de Oro; y hasta Braga, sastre de la calle Hospício, especializado en sotas, que confeccionaba estas prendas para Su Eminencia don Pedro de Lacerda, obispo de Río de Janeiro; pero los dandis de la ciudad sólo confiaban en la tijera de Calif. Su sastrería quedaba en la calle Uruguaiana, al lado de la barbería de Hippolyte Effantin.

Hacia allá se dirigieron, después del almuerzo, Holmes, Watson y Guimarães Passos. Al pasar por la puerta del salón de Hippolyte, Watson se detuvo.

—Holmes, mientras usted encarga su ropa, yo podría

aprovechar para afeitarme y cortarme el cabello —dijo al observar los grandes espejos y las sillas estilo *pompier* que constituían el orgullo del barbero.

—Excelente idea, Watson. Por mi parte, me voy a dejar crecer el pelo, pero creo que este estilo más romántico no le quedaría nada bien a usted —afirmó el detective.

Prosiguió con Guimarães Passos, cuando Watson lo interpelló:

—Un momento. Ya sabe que no hablo una palabra de este idioma; explíqueme al hombre cómo quiero mi corte.

—Watson, ya es hora de que aprenda algo. Basta con que entre y le diga al barbero: "*Barba e cabelo*" —dijo Sherlock, y se alejó antes de que el doctor pudiera protestar.

En medio de la sastrería, donde de apilaban decenas de piezas de género inglés sobre los mostradores, Salomão Calif los esperaba con los brazos abiertos.

—Señor Holmes, Guimarães, sean bienvenidos —saludó el árabe.

—Le dije a *mister* Sherlock que usted era el mejor sastre de la ciudad. No vaya a decepcionarme —advirtió Guimarães Passos.

—No le haga caso, señor Holmes, son exageraciones de amigo. ¿Qué tipo de ropa le gustaría? Tengo aquí los mejores franelas y casimires de su tierra. ¿Qué prefiere?

Holmes respondió mientras palpaba los paños sugeridos:

—Ni una cosa ni la otra. Quisiera que me hiciera cuatro trajes de lino blanco.

—¿Lino? —se espantaron Guimarães y el sastre.

—¡Pero ninguna persona de calidad usa eso por aquí! —argumentó Calif.

—Eso es para la plebe —acotó Guimarães Passos.

—Pues iniciaré una moda —afirmó, obstinado, el inglés.

—Que sea lino, entonces —dijo Salomão; tomó la cinta métrica y se aproximó a Holmes frente al espejo.

—Y blanco, no lo olvide. No entiendo cómo ustedes todavía no usan ropa más liviana, adecuada al calor de los trópicos.

—¿Y en cuanto al estilo, señor Holmes? ¿Tiene algo en mente?

—Nada muy especial. Hágame los sacos holgados, con espacio para el revólver que uso cuando viajo más allá de Aldgate —pidió el inglés, refiriéndose, sin explicarlo, al suburbio de Londres—. Deseo bolsillos profundos, pues siempre llevo conmigo el tabaco y la lupa.

Salomão Calif se puso a tomar las medidas a Sherlock. Al arrodillarse para medir el tiro, le impresionó el volumen que rellenaba una de las piernas del pantalón.

—Noto que el señor Holmes es extremadamente bien dotado —comentó, con la adulación tradicional de los sastres.

—No diga disparates, señor Salomão. Eso es mi pipa —explicó Sherlock Holmes.

A Calif le preocuparon las carcajadas de Guimarães Passos. Sabía que la anécdota sería relatada, más tarde, en el Café do Globo. Continuó midiendo al inglés de arriba abajo, con eficiencia, mientras averiguaba:

—Sé que debe de estar cansado de hablar de este tema, pero no consigo evitar la pregunta: ¿cómo van sus investigaciones? ¿Hay novedades sobre ese “sirialquiler”?

—Por ahora todo sigue igual, pero ya lo agarraremos —respondió Holmes, envanecido porque su expresión ya corría de boca en boca.

—¿Conocen, por lo menos, el tipo de arma que usa el asesino? —preguntó con avidez el sastre.

Sherlock Holmes contestó, sugerente:

—Se sabe con certeza que es un instrumento cortante. Puede ser una navaja, una daga, una bayoneta, un puñal, un cuchillo o una tijera —completó al tiempo que tomaba las enormes láminas cruzadas que Salomão llevaba sujetas a la cintura—. Sí, podría perfectamente ser una tijera como ésta —agregó con maldad.

—Mire, *mister* Sherlock, a este turco le da pena hasta cortar las telas —bromeó Guimarães Passos al ver el susto del sastre.

Holmes sonrió.

—Sólo le hacía un chiste a su amigo. Sé bien que no se trata del asesino, pues el bellaco es mucho más alto que él. No olvide que lo vi de lejos en la Biblioteca Nacional.

Después de un cafecito, Guimarães Passos y Sherlock Holmes se despidieron de un Salomão Calif todavía trémulo por la broma del detective.

—Adiós, señor Holmes. Le avisaré en cuanto los trajes de lino estén listos para una prueba.

—Antes de que me olvide, quisiera también una gorra igual a la mía, hecha del mismo material. ¿Es posible?

—¡Claro! Yo mismo se la encargo a Al Sombrero Monstruo, en São José. Es la mejor sombrerería de la ciudad.

Los dos salieron de la sastrería y se dirigieron al salón de Hippolyte Effantin, donde Watson, sentado en el sillón de la barbería, con una toalla alrededor del cuello, decía por centésima vez:

—*Barba e cabelo.*

El barbero, exhausto, preguntaba:

—¿Quiere sólo un recorte o le hago un corte completo?

—*Barba e cabelo.*

—¿Pero quiere sólo recorte? —indagaba, nuevamente, Hippolyte.

—*¡Barba e cabelo!* —gritaba Watson, exasperado, cada vez más alto.

El buen doctor no habría aún de regresar a su buen y antiguo corte Príncipe Danilo.

13

Él se había divertido en silencio con la reacción indignada de las personas ante las pocas líneas de un poema. Qué pequeña es el alma humana. ¿Entonces no perciben que Maldoror, como él, nació perverso? Les choca la maldad circumscripita a la imaginación de un poeta oscuro, y sin embargo no se conmueven con la crueldad que ven estampada en la ciudad cuando pasean, alegres, por las callejuelas inmundas. ¿Qué dirían si supieran que están en la misma sala con un ser mucho más cruel que cualquier creación de los libros? Acaso se negarían a creerlo, desviarían los ojos, como hacen al tropezar con los negros y mendigos sucios que encuentran en su camino. Si el paisaje es terrible, ciérrase la ventana. Para él es diferente. Él se alimenta de esa miseria cotidiana. La desgracia ajena es siempre un bálsamo espeso para su soledad. El infierno ajeno es su paraíso. Le causan gracia los sermones de los curas que siempre superponen el Bien al Mal, como si no fueran ambos las dos caras de la misma moneda. Para él, el Bien es el Mal. La crueldad, al final, no pasa de ser un punto de vista. Lllaman crueldad a lo que él les hace a las putas. ¿Por qué? No es diferente de lo que acaba de leer, buscando inspiración en un manual sobre cómo trincar. Toma de nuevo el fascículo que yace a la cabecera y lee los pasajes marcados, susurrando como si fuera una oración:

“Se quita primero la piel. El pecho, después de sacarle los cartílagos, se corta por las costillas, eligiendo los lugares que no

resisten al cuchillo. La parte del hombro se corta en fetas por encima y por debajo... La pierna se corta al través, hasta llegar al hueso, y por este cabo que así se forma, se toma y se va descarnando hasta que no quede más que hueso... Se corta entonces la cabeza, que se ofrece entera... Las costillas y el codo son lugares delicados... El espinazo se corta en dos partes y se separan las costillas, que quedan pegadas a él... Se buscan las coyunturas, y por ellas se corta el resto en postas, dejando las ancas para el final... Désele un golpe de cuchillo en lo alto del omóplato, el cual se separa con facilidad de la armazón de los huesos... Si es preciso cortar en pedazos más chicos, se parten las piezas secundarias y las costillas o el esqueleto se pueden descoyuntar y dividir en porciones... Se hiende desde el codo, corriendo a lo largo del espinazo, y después se van cortando las postas de través. El hígado y los riñones también se dividirán en pequeños pedazos, para presentarlos a quienes gusten de ellos... Verifíquese siempre el filo del cuchillo de trinchar..."

Cierra el cuadernillo y lo coloca con cuidado sobre la mesa. En ningún momento llaman crueldad a este ritual. No es cruel sólo porque los animales inmolados sirven de alimento. Es ésa, por lo tanto, la diferencia. Comer. Tal vez también él debiera comer. Probar, al fin, la carne. La idea le llena la boca de saliva.

Toma la lámina y se zambulle en la noche para saciar su nuevo apetito.

• • •

A aquella hora, la plaza Constituição comenzaba a vaciarse. Las personas que salían de los diversos teatros tomaban rápidamente sus coches y volvían a sus casas, algunos todavía riendo, otros serios, según el espectáculo al que habían asistido.

A la puerta del Santana, estrenando su traje blanco, se veía a un impaciente Sherlock Holmes. Estaba solo. Se había librado de Watson con la excusa de que tenía una reunión secreta con Mello Pimenta. Las fotos de los afiches de la entrada confirmaban la información de Sarah Bernhardt. La joven era la misma que Sherlock procuraba. Ya había intentado encontrarse con Anna Candelária en diversas noches, pero el destino había hecho que

el detective llegara siempre atrasado al teatro. Esta vez, para evitar una nueva decepción, había llegado media hora antes del término de la función. Apoyado contra la pared, junto a la salida de artistas, Holmes aguardaba a la mulata que no le salía de la cabeza. Comenzaba a preocuparse. Varios artistas ya se habían retirado y, sin embargo, nada de Anna Candelária. Había confirmado el nombre de la actriz con los porteros, las veces anteriores que fue a buscarla. Ahora dos de ellos conversaban mientras cerraban las rejas del foyer.

—¿Viste quién está de nuevo ahí?

—¿Quién?

—El portugués... esperando a la mulata.

—Ah, sí. Ya me preguntó más de diez veces a qué hora terminaba la obra.

—¿Por qué será que está todo de blanco a esta hora?

—Qué sé yo. Cosas de portugués.

Holmes se disponía a llenar de nuevo la pipa, cuando apareció Anna Candelária. De inmediato reconoció a su bienhechor.

—¡Hola! Qué bueno volver a verlo; creo que le debo una disculpa.

—¿Disculpa? ¿Y por qué debería pedirme disculpas?

—Por lo de la otra noche. Después de todo, usted me salvó la vida y yo ni siquiera lo esperé para agradecerle —dijo, con una sonrisa deslumbrante que terminó de conquistar definitivamente el corazón de Holmes.

—Dadas las circunstancias, es bastante comprensible. Imagino que debe de haber quedado perturbada por lo ocurrido.

Desde que Anna había leído en los diarios que su salvador era el famoso inglés, buscaba una manera de conocerlo. Casi había ido a la comisaría tercera para saber su paradero.

—¿Cómo descubrió que trabajo aquí?

—¿Olvida que soy detective? —preguntó Sherlock, sonriendo también de manera cautivante—. Sherlock Holmes, a sus órdenes.

—Anna Candelária —dijo ella, tendiendo la mano.

Holmes le besó la punta de los dedos sin quitar sus ojos azules de los verdes ojos de la bellísima mulata.

—Me causaría un inmenso placer si aceptara una invitación

a cenar conmigo y algunos conocidos. Estará el comisario Mello Pimenta y, ya que investigamos juntos esos crímenes horribles, la presencia suya, señorita Anna, como única víctima que escapó a la saña del asesino, es imprescindible —argumentó Holmes, usando el episodio como pretexto.

—Por favor, llámame Anna.

—Claro. Siempre que, para ti, yo sea simplemente Sherlock —respondió el inglés, admirándose de la intimidad ofrecida a la joven, pues en general lo máximo que permitía, incluso a Watson, era que lo llamaran por el apellido. Conduciendo a Anna Candelária por el brazo, Holmes detuvo un coche de alquiler.

• • •

El Jardín Botánico de la laguna Rodrigo de Freitas era uno de los lugares más hermosos de Río de Janeiro. Comenzó como un pequeño jardín creado por el marqués de Sabará junto a la fábrica de pólvora de Lagoa, dirigida por él. Cuando un visitante deseaba conocerlo, lo acompañaba un soldado de la fábrica, que daba una vuelta por el rincón florido, mientras describía los diversos canteros que tanto agradaban al marqués. Había allí diversas plantas, especias y semillas traídas de la Isla de Francia en 1809. Más tarde la fábrica de pólvora fue trasladada al pie de la sierra de Estrela, donde podía producir más de diez mil arrobas por año. El jardín de plantas exóticas había sido ampliado en una legua de largo y anexado al Museo Real. Ahora comenzaba en la calle Humaitá y se extendía hasta la Gávea. La belleza serena de la laguna le sumaba una apariencia incomparable. Para Rodrigo de Freitas sólo se tornaba incómoda a causa de la mortandad de los peces, fenómeno que ocurría siempre que la provisión de oxígeno de las aguas bajaba, lo cual apestaba la región con un olor insoportable. Había, olvidado en los meandros de alguna repartición, un proyecto para el ensanchamiento del sangradouro que conectaba la laguna con el mar. Yendo por Voluntários da Pátria, se veía a la derecha el cerro del Corcovado, y, al fondo, la Pedra da Gávea. Una calle de palmeras llevaba a la entrada, y

junto a los portones de hierro, entre pilastras ornadas con maceteros de mármol, existía un peral secular.

Casi frente al portón, en la calle del Jardín Botánico, se hallaba el Chalet Restaurante Campestre. Rodeado por frondosos árboles, el Campestre servía comida a cualquier hora del día o de la noche y, como permanecía abierto hasta las dos de la madrugada, era uno de los lugares preferidos por los noctívagos. En el exterior, las mesas se hallaban dispuestas debajo de los árboles, que ostentaban hamacas muy apreciadas por las señoras. Adentro había un bar de estilo inglés en forma de media naranja, con tapa de caoba, fondo espejado, máquina de tirar cerveza con dos bombas, donde se podía saborear la bebida helada, y, al lado, un inmenso salón de billar. El dueño, J. R. Macedo, ex seminarista, tenía una infinita paciencia con las deudas de los bohemios. Sólo le había cortado el crédito a Fernando Limeira, el Alazán, joven de una excelente familia de Minas, que había pasado algunos años estudiando en Europa a expensas del padre. Tenía un rostro largo y rojizo, de donde le surgía el apodo. Fernando se negaba terminantemente a trabajar y vivía de pequeños subterfugios, mientras utilizaba las relaciones de los parientes para tratar de conseguir un empleo público de amanuense. Sus estratagemas para conseguir dinero no siempre eran de las más convencionales. Una vez, cuando inauguraron una nueva línea de tranvías en Laranjeiras, el Alazán entró en un café de la calle y pidió hablar con el dueño, un portugués astuto y de pocos amigos. Se presentó, solemne.

—Mucho gusto. Fernando Limeira, de la Botanical Garden Rail Road Company, asistente del mariscal Carnaúba.

—No lo conozco —dijo enseguida, con aspereza, el portugués.

—Le explico el motivo de mi visita. Usted debe de haber notado que nuestra compañía inauguró un nuevo tramo de tranvías que pasarán por aquí, por su calle.

—Poco me interesa.

—Lo sé, pero imagine cuánto aumentaría su movimiento si una de las paradas de nuestro vehículo fuera exactamente en la

puerta del bar. Usted pasaría a tener también una clientela fluctuante, a causa de los pasajeros que bajarían en esta parada —le explicó Limeira al portugués, que ya calculaba mentalmente el lucro extraordinario que obtendría.

—¿Cuánto me va a costar ese asunto? —preguntó el lusitano, que sabía muy bien que nada era gratis.

—Baratito. Unos cuatrocientos mil reis.

—Es mucho.

—Tiene razón. Debido a su inmensa simpatía, se lo dejo en ciento cincuenta. Pero yo soy un hombre honesto y de palabra. Usted me paga sólo después de que los tranvías comiencen a parar aquí, en la puerta.

Cerrado el negocio, se retiró cargando el portafolio, repleto de diarios viejos, que usaba sólo para dar dignidad al papel que representaba. De madrugada, con la calle vacía, volvió con una lata de pintura y pintó de blanco el poste de gas que había frente al café, señal utilizada por la Rail Road Company para indicar las paradas obligatorias a los conductores.

Al día siguiente Fernando Limeira fue recibido en el bar repleto por un portugués eufórico.

—¡Esto es una belleza! ¡Los tranvías paran y las personas entran como moscas! ¡Como moscas! Usted es un hombre de palabra, cosa rara en nuestros días. Aquí está lo pactado —dijo, y entregó, feliz, la suma acordada, en monedas y billetes abollados.

—Hago esto no por el dinero, sino para seguir la política del mariscal Carnaúba, que se empeña en estrechar cada vez más los lazos que unen a nuestros pueblos —declaró, magnánimo, el Alazán, mientras se embolsaba los ciento cincuenta mil reis. Se alejó con rapidez, pues sabía que la alegría del lusitano duraría poco.

En cuanto los tranvías llegaron a la estación y comunicaron que había una nueva parada en el camino, los inspectores percibieron que se trataba de una broma. Al final de la tarde, funcionarios de la compañía volvieron a pintar el poste de negro y los tranvías volvieron a las paradas originales, para desesperación del portugués.

También en el Campestre daba Fernando Limeira pequeñas “mordidas” y, además de eso, como no pagaba las cuentas hacía más de un año, J. R. había puesto punto final al abuso. El Alazán, indignado, difundía otra historia: decía que no iba más al Campestre porque los precios eran abusivos.

Fue exactamente hacia el restaurante del Chalet Campestre, en el Jardín Botánico, adonde se dirigió el tílburi que llevaba a Sherlock Holmes y Anna Candelária. Un alegre grupo, que reía y hablaba alto, los esperaba. Sentados a una de las mesas puestas del lado de afuera estaban el comisario Mello Pimenta y buena parte de la Caterva. El marqués de Salles fue el primero en saludar a la pareja.

—Señor Holmes, veo que al fin encontró a quien buscaba. Tenía usted razón: la muchacha es realmente una belleza única —convino mientras recorría a la mulata de arriba abajo con su mirada de especialista.

Anna Candelária, actriz, mujer de hábitos liberales, se sentía muy cómoda. Holmes, sin embargo, parecía cohibidísimo con aquella situación. No estaba acostumbrado a la compañía femenina y se ruborizó hasta la raíz de los cabellos cuando sintió que la joven le tomaba la mano. Los dos tomaron sillas de la mesa de al lado y se unieron al grupo. Divertida con la incomodidad del inglés, Chiquinha Gonzaga le dijo a Anna:

—¿Y, muchacha? Parece que has trastornado a nuestro detective.

—Por favor, doña Chiquinha. Le estoy inmensamente agradecida. Si continúo viva hoy es gracias a él. —Y agregó, volviéndose hacia Holmes: —¿Verdad, Sherlock?

Sherlock Holmes se estremeció de los pies a la cabeza al ser llamado de aquella forma. Todavía no sabía cómo lidiar con aquellas intimidaciones. El propio Macedo fue a tomar los pedidos e insistió en invitar con los vinos, en homenaje al inglés. Mello Pimenta no esperó ni al postre. Después de todo, aquella cena era para discutir el caso de las chicas asesinadas. En cuanto sirvieron el plato principal, cortó las bromas y trivialidades y preguntó a Anna Candelária:

—Señorita, no entiendo por qué no fue a la comisaría a contar su encuentro con el asesino.

—Tuve miedo, comisario. Usted sabe muy bien que, en Brasil, nuestra profesión se confunde con la de las prostitutas. No sabía cómo iban a recibirme.

—Puedo asegurarle que la policía trata a todos con respeto y deferencia. Incluso a las prostitutas —afirmó con cinismo Mello Pimenta.

Chiquinha Gonzaga casi se atragantó con el pollo que estaba comiendo.

—Ay, Pimenta, si pretendes continuar aquí con la Caterva, vas a tener que parar con las mentiras.

Sin prestar atención a las risas del grupo, Mello Pimenta continuó:

—¿Podría darme una descripción del agresor?

—Imposible, comisario. Era de noche y él estaba cubierto por una capa, con un sombrero encasquetado en la cabeza. Sólo me acuerdo de sus ojos, que parecían chispear en la oscuridad.

—¿No vio qué tipo de cuchillo empuñaba?

—Nada. Sólo sé que era una hoja larga.

—¿Dijo algo al aproximarse?

—No pronunció palabra.

—Parece que va a ser difícil descubrir a este asesino. Por lo visto, puede ser cualquiera —reflexionó Olavo Bilac.

Sherlock Holmes, que ya había cruzado los cubiertos, concordó con el poeta. Resolvió exhibirse un poco ante Anna Candelária.

—Es verdad, señor Bilac. Cualquiera. Incluso alguien que esté, en este momento, comiendo tranquilamente aquí, en el restaurante, observándonos de lejos.

Todos, en silencio, miraron alrededor, examinando a los otros clientes. Sherlock continuó:

—Hasta puede estar sentado a nuestra mesa —afirmó con aire misterioso.

—¿Cómo? ¿Usted cree que forma parte de la Caterva? —se espantó Albertito Fazelli.

—No creo nada. Sólo digo que, por lo que sabemos, podría ser incluso usted —concluyó el detective.

El marqués de Salles intervino antes de que Albertito se desmayara.

—Tampoco exageremos, señor Holmes. He compartido varias trasnochadas con Alberto y nunca vi que sus ojos chispearan en la oscuridad.

Holmes no se dio por aludido.

—No olvide, marqués, que nuestro hombre es loco. Podría tener doble personalidad. Por si acaso, antes de viajar leí un libro llamado *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*, que trata exactamente de eso.

—¿Entonces también yo soy sospechoso? —bromeó Guimarães Passos.

—¿Por qué no? Que yo sepa, el asesino sólo no puedo ser yo, ni el doctor Watson, pues nosotros no estábamos aquí cuando comenzaron los crímenes. Y, por supuesto, Anna Candelária —dijo Holmes mientras miraba enternecido a la mulata.

—¿Por ser mujer? —preguntó Alberto Fazelli, para quien razonar constituía siempre un desafío.

—No, por casi haber sido una de las víctimas.

Del otro lado de la mesa, Chiquinha Gonzaga se entusiasmó.

—¿Entonces usted no excluye a las mujeres? ¡Por fin somos igualadas a los hombres en algo!

—¿Por qué no? El *serial killer* bien podría estar disfrazado. Sabemos de la fuerza descomunal característica de los locos en crisis —explicó Sherlock Holmes, al tiempo que trataba de encender su pipa y se quemaba la punta de los dedos, pues no quitaba los ojos de encima de Anna.

Mello Pimenta creyó que era hora de volver la conversación a su debida senda.

—Hablando de locos, señor Holmes, mi jefe, el desembargador Coelho Bastos, me hizo, sin querer, una sugerencia que puede dar buenos frutos. Nos aconsejó hacer una visita al hospicio. Quién sabe, a lo mejor al hablar con un alienista, o incluso con uno de los internados, conseguimos alguna inspiración.

—Excelente idea, comisario. Yo mismo había pensado ya en eso —mintió Sherlock Holmes.

—Entonces voy a solicitar una entrevista con el director del asilo. No bien sepa el día de la entrevista, le mando un recado.

Después del café, comentaron la falta de seguridad de Río de Janeiro.

—Sólo en este año, contando a las dos muchachas, ya ocurrieron casi quince homicidios —informó Mello Pimenta.

—Son cosas de gran ciudad —reflexionó Guimarães Passos.

Como siempre, Alberto Fazelli pagó la cuenta. Cuando se disponían a salir, se oyó un tumulto en la puerta del restaurante. Era Fernando Limeira, el Alazán, que había llegado totalmente embriagado y discutía con Macedo. El dueño del Chalet Campestre no cesaba de repetir:

—Ya te dije, Fernando, que me caes muy bien pero si quieres comer tienes que pagar al contado.

—¿Con esos precios absurdos que cobras? —gritó Limeira, mientras empujaba a los mozos que trataban de llevarlo afuera.

—No cobro ningún absurdo. Eres tú el que siempre pide lo más caro que hay en el menú. La comida es lo caro, no el servicio.

Fernando Limeira se arregló la corbata torcida y contemporizó:

—Muy bien, entonces vamos a llegar a un acuerdo. —Metió la mano en el bolsillo interno del saco y, tras sacar de allí un pedazo de carne cruda, preguntó a los gritos: —¿Cuánto cuesta sólo la “hechura” de este bife?

El restaurante entero estalló en una carcajada, junto con Macedo. Era imposible discutir por mucho tiempo con el Alazán.

. . .

Sherlock Holmes y Anna Candelária salieron del Chalet Campestre en una victoria de alquiler. El inglés se ofreció a dejar a Anna en su casa, pero la muchacha, después de darle la dirección, declaró con la franqueza directa de los artistas:

—Todavía es temprano. Antes de ir, me gustaría conocer tu hotel. Me dijeron que los departamentos del Albion son deslumbrantes.

Holmes se vio dividido en sus emociones. No cabía en sí de felicidad porque Anna quería acompañarlo, pero se sentía perturbado por la idea. Jamás osaría hacer semejante sugerencia a la joven, aunque era exactamente lo que deseaba. Los dos siguieron en silencio hasta la calle Fresca.

Mientras Holmes distraía al portero de noche pidiendo informaciones absolutamente inútiles, Anna Candelária se escabulló hasta las escaleras. En cuanto llegaron al cuarto, se sentó en la cama.

—¡Mi Dios, qué blanda es! Y el cuarto es mucho más lindo de lo que pensaba. —Golpeó con la mano en las almohadas. —Ven aquí, cerca de mí.

Holmes se ubicó con torpeza a su lado. Anna, en un impulso, tomó el rostro de Sherlock entre las manos y le besó largamente los labios. El corazón del detective se aceleró. Ni siquiera en las persecuciones a los más terribles criminales había sentido tamaña emoción. No estaba acostumbrado a aquella situación. Se levantó, guardó en el cajón de la cómoda el revólver Beaumont-Adams que siempre lo acompañaba en las misiones más peligrosas, y preguntó mientras se abría el saco, fingiendo displicencia:

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Té, jerez, cocaína?

—¿Cocaína?

—Sí, un excelente estimulante. Aprendí a usarla con Sigmund Freud, un médico de Viena. Estudiamos juntos la técnica de la hipnosis en la clínica del doctor Charcot, en París. Mi amigo Sigmund es un defensor intransigente de las propiedades milagrosas de la coca —se justificó Sherlock Holmes, y extrajo del bolsillo una cajita y un canutillo de plata, preparándose para una *prise*.

—Pensé que yo era estimulante suficiente... —dijo, insinuante, Anna Candelária, y sacó los objetos de las manos del detective para ponerlos sobre la mesita de noche.

Atrajo de nuevo a Holmes hacia la cama. Lo besó otra vez, con más intensidad aún, mientras le abría la camisa. Sherlock la apartó con gesto cariñoso.

—Anna, hay algo terrible que debo confesarte.

—¿Qué, mi amor?

—Soy virgen.

Anna Candelária no creía lo que acababa de oír. Holmes parecía tener cuarenta años y, en los trópicos, los chicos de más de once ya se frotaban contra las mucamas. En las haciendas perdían la virginidad con las jóvenes esclavas, incluso antes de tener pelos en la cara.

—Sherlock, ¿cuántos años tienes?

—Cumplí treinta y dos en enero —respondió el detective, que aparentaba más edad de la que tenía.

—No comprendo. ¿Hiciste algún voto de castidad?

—De ninguna manera. Sólo que, antes de conocerte, nunca me había interesado el sexo. Tenía siempre la mente centrada en la criminología.

Anna se sintió conmovida y halagada.

—¿Quiere decir que soy la primera mujer de tu vida?

—Sí, aparte de Violet —respondió Holmes.

—¿Quién es Violet?

—Mi madre.

La hermosa mulata quedó con los ojos arrasados de lágrimas. Con ternura, le acarició el tupido cabello castaño.

—¿Ahora entiendes por qué iba a recurrir a la cocaína?

Anna sonrió, conmovida por aquella simpleza.

—Mi amor, esas drogas sólo alejan el deseo. Lo que necesitas es algo que te haga relajar.

Así diciendo, tomó de la cartera un paquetito azul y amarillo y lo mostró al inglés.

—¿Qué es eso? —preguntó Sherlock Holmes.

—¿No lo conoces? Son cigarrillos indios, hechos con *cannabis*, una planta asiática. También crece muy bien aquí en nuestro clima. Se compra en cualquier botica —explicó Anna Candelária mientras abría el rollo de papel encerado y preparaba un cigarrillo.

—¿Y para qué sirven?

—Para casi todo. Dice el prospecto que son óptimos para los ronquidos, la falta de sueño, la falta de apetito, el asma; es un

santo remedio. Además, calma mucho los nervios —completó Anna, y lo tendió a Holmes.

—Gracias. Prefiero poner la hierba en mi pipa —dijo Sherlock al tiempo que llenaba la inmensa cazuela, usando el sobre encerado como si fuera un cofrecito de tabaco.

—Cuidado, no te excedas en la porción —advirtió Anna Candelária mientras encendía su cigarrillo.

Holmes dio unas pitadas.

—A no ser por el olor, no siento nada. —Probó de nuevo. —A mí no me hace ningún efecto.

—Tienes que aspirar hondo y contener el humo en los pulmones lo más que puedas —enseñó la mulata.

Obedeciendo las instrucciones, Holmes consumió con rapidez la primera pipa.

—Voy a fumar más. Continúo tan tenso como antes —anunció mientras se servía más hierba.

—Calma, querido. Siempre demora un poco.

Sin darle crédito, el detective continuaba dando violentas tragadas.

—Debe de ser por mi tamaño. Mi dosis tiene que ser de gigante —bromeó Sherlock.

—No exageres. Mira que he visto al *cannabis* derribar a hombres más grandes que tú.

Después de la cuarta pipa, Holmes paró de pronto.

—Nunca había notado qué colorido es este aposento. ¿Notaste, Anna, qué lindos colores? Jamás vi un amarillo tan brillante. ¿Y el papel de la pared? ¡Las flores bailan! ¡Mira cómo bailan! ¡Parecen en relieve! Me dan muchas ganas de reírme. ¡Las flores bailando! ¡Es muy divertido! ¡Qué gracioso! —agregó Sherlock Holmes, más portugués que nunca, acometido por una crisis incontrolable de risa.

Contagiada, Anna rió también.

—Te avisé, mi bien: fumaste demasiado.

Los dos, a carcajadas, se tiraron en la cama. Holmes comenzó a besarla con avidez, mientras trataba de librarse, al mismo tiempo, de su ropa y del vestido de la mulata.

—Mi dulce palíndromo... —le murmuró al oído.

—¿Cómo fue que me llamaste?

—Palíndromo. ¿No sabes lo que es?

—No exactamente.

—Una palabra que se lee igual de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y siempre tiene el mismo sentido, como tú, Anna... Anna... Sherlock ama a Anna... ahí tienes, dos palíndromos, ama y Anna... Anna y ama... —repetía Holmes, en un desvarío, mientras besaba los senos perfectos de la mestiza. Se puso a succionar en forma alternada los pezones endurecidos de Anna Candelária, que gemía de placer. Volvió a besarle los labios sensuales, mezclando su lengua con la de la muchacha. De repente, el detective se irguió sobre los brazos. —¿Sabes de qué tengo ganas?

—¿De qué? Quiero que hagas conmigo todo lo que desees, mi inglés apasionado... —dijo Anna, trémula de deseo.

—De comer dulces.

—¿?

—No sé por qué, me vinieron unas ganas irresistibles de comer dulces.

—Ya sé, es el *cannabis*. Estos cigarrillos abren un apetito especial para el azúcar. Cuando fumo mucho, me lleno de dulces de coco —explicó Anna, mientras se abotonaba el vestido y se levantaba—. No te muevas de aquí, que voy a la cocina del hotel a robar unos dulces y ya vuelvo —dijo, riendo, y se dirigió a la puerta.

Sherlock, con la boca seca, se echó hacia atrás sobre los almohadones de la cama, disfrutando de la inmensa felicidad que se apoderaba de todo su ser. Por primera vez desde que llegara, no extrañaba la nieve de Londres. El encanto de los trópicos había cobrado una víctima más.

El portero roncaba con la cara apoyada en el mostrador del conserje; el diario que había intentado leer para espantar el sueño yacía caído en el piso, a su lado. Con cuidado, sin hacer ruido, Anna Candelária cruzó el vestíbulo y entró en la enorme cocina del Albion. En una despensa, al lado del armario de las lozas,

encontró lo que buscaba: un plato con dulces de coco. Probó uno y lo encontró sublime. Su criterio era dudoso, pues siempre que fumaba un cigarrillo indio cualquier cosa azucarada le sabía una delicia. Volvió por el mismo camino que había recorrido, llevando consigo el fruto del robo. Entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Se aproximó a la cama y se encontró con Sherlock Holmes que dormía a pierna suelta, con una sonrisa beatífica en los labios. No tuvo coraje para despertarlo. Se sentó en el borde de la cama y comió sola todos los bocadillos. Después besó con suavidad la frente del detective y salió cautelosa, en puntas de pie.

• • •

Un grito punzante despertó a Holmes de un sueño profundo, cuando soñaba que una mestiza desnuda, de senos grandes y muslos anchos y firmes bailaba para él. La mestiza tenía el cuerpo maravilloso de Anna Candelária, pero, curiosamente, el rostro era el de su madre. El detective apartó aquella extraña imagen de la cabeza. Tocó el colchón a su lado y vio que estaba solo. El alarido continuaba cada vez más fuerte, de modo que enseguida saltó de la cama en busca del revólver que guardaba en la cómoda. Notó que los bramidos partían del cuarto de Watson y abrió la puerta contigua que lo separaba de los aposentos del doctor. Watson, gritando sin cesar, estrangulaba a la almohada.

—¡Muere, canalla! ¡Todavía no ha nacido el bárbaro que me ataque por la espalda!

Sherlock se percató, aliviado, de que se trataba de una pesadilla. Se agachó y sacudió con vigor al doctor, al tiempo que daba un violento golpe en la almohada.

—¡Despierte, Watson, por Dios, despierte!

El doctor abrió los ojos. Por un momento pareció estar despierto, pero enseguida agredió a Sherlock.

—¡Ah, ahora son dos! ¡Que vengan! ¡Uno es poco para un soldado de Su Majestad! ¡Viva la reina! —gritó, alucinado.

Holmes le propinó una bofetada.

—¡Soy yo, Watson! ¡Basta, o va a despertar a todo el hotel! Poco a poco el doctor emergió de su fantasía.

—¡Menos mal! Pensé que estaba en la India, sufriendo el ataque de un guerrero ghazi.

—Felizmente, estimado Watson, era sólo un sueño.

—Son esas comidas herejes. De ahora en adelante voy a atenerme a los *cream crackers* que traje de Londres —resolvió.

—Vamos a tratar de dormir un poco. Hemos tenido una noche bastante agitada —dijo Holmes, que pensaba en Anna Candelária.

—De cualquier forma, siento no haber traído mi viejo Colt del ejército —se lamentó el doctor al ver el revólver del compañero.

—No se preocupe antes de tiempo, Watson. Recuerde que lo que tenga que suceder sucederá —pronunció filosóficamente el detective, que se retiró en dirección a su cuarto.

El doctor se tapó con las cobijas y convino con el detective.

—Tiene razón, Holmes. Como dice un viejo proverbio escocés, las únicas aves que mueren en la víspera son el pavo y el cerdo.

Holmes cerró la puerta, atribuyendo el confuso refrán a la pavorosa pesadilla del amigo.

En 1693, preocupado por la impiedad y el abandono en que eran dejados los huérfanos recién nacidos, que perecían de frío e inanición en los callejones, el gobernador Antonio Paes de Sande envió una carta al rey Pedro II de Portugal, pidiendo providencias, pues la Santa Casa de la Misericordia no podía recogerlos por no contar con medios suficientes. El Senado de la Cámara tampoco mostraba interés alguno en la crianza de esos pobres inocentes. Como Portugal había acumulado inmensa riqueza gracias a las minas de oro recién descubiertas en Brasil, el rey, sintiéndose benevolente, ordenó en respuesta que los desprotegidos fueran alimentados con bienes del Consejo, y que para eso se impusieran las contribuciones necesarias para la piadosa tarea.

La Cámara comenzó a emplear las sobras de algunos impuestos en la crianza de los pequeños infelices que eran lanzados al desamparo en las calles y, en algunos casos, hasta devorados por los perros. No había, sin embargo, recursos seguros para la obra.

Habiendo el abandono y la miseria de los niñitos sin padres conmovido el corazón generoso de un cierto Romão de Mattos Duarte, éste resolvió donar, en enero de 1738, treinta y dos mil cruzados a la Santa Casa de la Misericordia, para la crianza de los abandonados. Así quedó fundado el Torno de los Expósitos.

El Torno era así llamado porque, en la entrada lateral del edificio, había una puerta gruesa de madera sobre la cual se veía una abertura cubierta por un cilindro giratorio, también de madera, con dos anaqueles donde depositaban a los bebés indeseados. Dando un pequeño empujón, se hacía girar el cilindro con facilidad y el huérfano desaparecía por la abertura, hacia el interior de la casa. Una campanilla colocada en comunicación con el aparato giratorio servía de aviso a las hermanas de caridad que recogían, sobre todo de noche, a los chiquitos abandonados.

El Torno de los Expósitos comenzó en la plaza de la Misericordia, en la calle Santa Thereza, pero desde 1860 funcionaba en un edificio de dos pisos, en el número 66 de la calle Evaristo da Veiga, donde antes se encontraba la Escuela de Medicina.

El nuevo Torno de los Expósitos se había inaugurado en junio de aquel año con la presencia de la familia imperial. El vestíbulo estaba revestido con mármol, y tenía de un lado la secretaría de pagos para las ayas externas, enfermeras que trabajaban para la Santa Casa, y del otro, la Sala del Torno. Junto a éste permanecía constantemente una hermana de caridad para recoger a los abandonados. A un lado de la escalera central se veían las estatuas de San Vicente de Paula y la de la Caridad. En el primer piso quedaban el refectorio, la sala de recreo, la sala de planchar, la cocina, los tanques de lavado de ropa y el jardín. En el segundo, la sala de la administración, el despacho de la hermana superiora, la capilla, la botica, la sala de lectura, la de costura, los aposentos de las hermanas de caridad, una sala con cuarenta cunas y el dormitorio de las expósitas, con cuarenta y dos camas. Óleos de Pedro I y la emperatriz Leopoldina, de don Pedro II y la emperatriz Teresa Cristina adornaban las paredes. Las recogidas que allí residían aprendían a leer, escribir, contar, gramática, historia sagrada, trabajos de aguja y de plancha. Las que más tarde se casaban recibían una dote ofrecida por la hermandad. Todos los años la princesa Isabel enviaba al Torno de los Expósitos baúles que contenían vestimentas hechas por sus propias manos, acto que revelaba la inmensa bondad de su corazón.

Como para mostrar que el Torno de los Expósitos no olvidaba

a sus benefactores, había también un cuadro de su fundador, el caritativo Romão de Mattos Duarte. No obstante, lo que más conmovía a los visitantes era el retrato, en la sala de las cunas, de un niño hidrocefalo que había sido depositado en el torno por una desconocida, en julio de 1882, y había fallecido dos meses después. Antes de morir, lo habían bautizado con el nombre de Mateus. Mateus era un símbolo para todos los que trabajaban en aquella institución.

Lo que nadie sabía era que, desde hacía más de tres años, la madre de Mateus trabajaba en el Torno de los Expósitos. Se llamaba Carolina de Lourdes y era hija de Josué Calixto, un estimado empresario fúnebre establecido en la calle Itapiru, justo al lado del cementerio São Francisco de Paula, en la plaza Catumbi. Carolina había creído en las falsas promesas de Ariel Lemos, un joven llegado de Curitiba para aprender con Calixto los secretos del embalsamamiento. Ariel sedujo a la linda muchachita de diecisiete años, después huyó al interior de la provincia de Paraná y nunca más se supo de él. Josué Calixto, viudo, hombre severo, inflexible, lector asiduo del Antiguo Testamento, expulsó a la hija de la casa. De no ser por la intervención de una tía soltera de Niterói, que la recogió en su casa, por cierto Carolina habría seguido la difícilísima vida fácil de las prostitutas.

En cuanto nació el chico, Carolina, horrorizada, atribuyó la deformidad del niño a la iniquidad. Una semana más tarde dejó en el torno el infeliz fruto de su pecado. Se reconcilió con el padre, que la perdonó después de obligarla a larga penitencia. Aun así, el remordimiento comenzó a quitar el sueño a la hermosa Carolina. Pasaba las noches en blanco, pensando en el pobre chico enfermo al que había depositado en la madera fría. En la oscuridad de su cuarto, imaginaba ver los grandes ojos opacos del chico que la miraban sin pestañear. Un día, al no soportar más la culpa, se dirigió al Torno de los Expósitos. Cuál no fue su conmoción al enterarse de que su hijo había muerto y se había transformado en el niño-símbolo de la entidad. Sin darse a conocer, resolvió que debía hacer algo en pro de aquellos

abandonados que, como su hijo, eran dejados a la merced de la caridad ajena. Con el consentimiento del padre, comenzó a servir como aya externa, sin recibir ningún estipendio por el trabajo. “El mayor pago es el consuelo que proporciono a mis `chicuelos””, acostumbraba decir, refiriéndose a los pequeños infortunados. Todos se extrañaban de ver que aquella joven de extraordinaria belleza, casi niña, se consagraba con tanta paciencia a tan ardua tarea. En el Torno la adoraban. Carolina no tenía horarios, se ofrecía para la vigilia junto al torno cuando alguna hermana enfermaba y, al día siguiente, continuaba hasta tarde cuidando a los necesitados.

Aquella noche lluviosa, Carolina de Lourdes salió del Torno de los Expósitos después de las once. Hacía dos días que no volvía a su casa y su padre, aprensivo, le había exigido que descansara un poco, antes de que sucumbiera al puro agotamiento. Quedó en ir a buscarla con su coche al final de la tarde, pero la lluvia intensa había impedido el paso de la calesa. Las hermanas insistieron en que Carolina durmiera allí mismo, pero la muchacha descartó la posibilidad. Dijo que su padre andaba casi tan abandonado como sus “chicuelos” y bajó, en medio de la tempestad, por la calle Evaristo da Veiga.

• • •

Un relámpago ilumina por un momento la figura de negro que aguarda junto a un árbol, en el camino de Chácara da Ajuda. Carolina de Lourdes sale en dirección a Visconde de Maranguape. Él parte veloz tras la joven. Los truenos y los rayos que cortan las pesadas gotas de agua dan a la calle una apariencia sombría. Carolina acelera el paso y dobla a la derecha rumbo a la calle Nova dos Arcos. Él sigue rápidamente tras ella, cuidando de que sus pisadas amplias toquen el suelo al mismo ritmo que la muchacha, para ocultar así el ruido que hace. Disminuye, cada vez más, la distancia que los separa. Siempre que la joven se detiene a escrutar el camino en busca de un tálburi, él para detrás de ella, improvisando una siniestra coreografía. Por un momento ambos quedan encuadrados por los arcos del puente del

acueducto, como dos bailarines perdidos en un tablado gigantesco. No hay un alma cerca. Ella pasa el Lavradio y sigue por la calle Resende. Cuando él llega al mismo lugar, se le ocurre una idea: se dirige con rapidez al Riachuelo y echa a correr. Sus pies apenas tocan el suelo mojado. La capa le da la apariencia de un enorme buitre que planea en la lluvia. Los dos siguen ahora en paralelo, Carolina por la calle Resende, y él por la Riachuelo: el pájaro indefenso y el ave de rapiña. Él quiere encontrarla de frente. Sabe que la mujer no tiene salida, y el cruce siguiente es sólo en la calle de los Inválidos. Él gira a la derecha y vuela en dirección a la otra intersección. Jadeante, pegado al muro de la última casa de la esquina, avista a su víctima. Esconde la daga bajo la capa, como la muleta de un torero, y aguarda.

Carolina de Lourdes sólo tiene tiempo de extender las manos, en un vano intento de protegerse. La lámina le atraviesa las palmas y penetra en el pulmón. Él arranca el cuchillo y hiere de nuevo a la muchacha, una, dos, cinco, quince veces. Carolina ya está muerta en el suelo cuando él se arrodilla, le abre el vientre hasta el esternón, arranca el hígado todavía caliente de la muchachita y lo refriega con avidez en el propio rostro. Lame y aspira el órgano viscoso. No experimenta asco; por el contrario, el olor dulzón de la sangre lo hace tener un violento espasmo de placer. Se siente agotado. No es todavía esta vez que come la carne del pecado. Prefiere esperar, pues sabe que el mejor manjar sólo se sirve al final del banquete. Casi con delicadeza, vuelve a colocar la víscera goteante en el abyecto desgarrón; después, en un gesto que la rutina ha tornado mecánico, mutila las orejas de la infeliz, las guarda en el bolsillo y saca el violín colgado al cinturón. Quita una cuerda más, la del la, la tercera del instrumento, y ejecuta la tétrica ceremonia de colocarla sobre el pubis de la joven. Se aleja entonces, punteando un *pizzicato* en la última cuerda que le queda.

En la calle, la lluvia lava la sangre de la pobre mujer caída en la acera, los brazos abiertos en cruz, con las manos perforadas, como las llagas de Cristo.

• • •

Sherlock Holmes se despertó con la boca seca. Sentía la cabeza vacía, como si su cráneo fuera una cavidad hueca otrora ocupada por un cerebro privilegiado. Era nuevamente el exceso de *cannabis*. Había aprovechado el temporal de la víspera para pasar el día recluido en el cuarto, reflexionando sobre el caso, como hacía en Baker Street; sin embargo, sus pensamientos eran sin cesar interrumpidos por imágenes de Anna Candelária en sus brazos. En Londres, con certeza habría recurrido a la cocaína para despertar su capacidad de concentración, pero vio sobre la mesa el paquete de cigarrillos indios que Anna había olvidado en su cuarto y prefirió llenar de nuevo la pipa con la hierba. Se sentó frente a la ventana contemplando caer la lluvia, después tomó su violín y, bajo el efecto de la sustancia, consiguió extraer sonidos extrañísimos al instrumento. Improvisó, creó melodías que recordaban las músicas nativas tocadas por Mukumbe en la casa de la baronesa de Avaré. No recordaba cuánto tiempo había permanecido allí, sentado, fumando y tocando. Watson, que conocía esas concentraciones del amigo, lo dejó solo durante todo el día. Holmes no apareció ni para cenar en el restaurante del hotel; pidió que le sirvieran la comida en el cuarto. Se acostó temprano y tuvo sueños coloridos. Ahora despertaba con una especie de resaca diferente de todo lo que conocía.

El doctor Watson abrió la puerta con una sonrisa jovial. Para sorpresa de Holmes, se hallaba de excelente humor.

—Buen día, amigo mío, creo que ya es hora de saltar de la cama —anunció Watson, sonriente, al tiempo que se ponía un curioso sombrero.

Holmes pestañeó varias veces, tratando de enfocar la vista. Había algo raro en la imagen del doctor Watson que el sopor del detective no permitía identificar. Sherlock se frotó los ojos y consiguió distinguir al fin: Watson llevaba sombrero y sandalias de vaquero. Sherlock Holmes casi se cayó de la cama:

—Por Zeus, hombre, ¿qué viene a ser eso?

—No hago más que seguir su consejo. ¿No me dijo que debía adaptarme a las costumbres del país? Estos accesorios son típicos de la región. ¿Por qué? ¿No le gustó?

—¿Puedo saber dónde diablos los compró?

—Ayer, mientras usted pasaba el día encerrado, su amigo Paula Nei me llevó a dar una vuelta por la ciudad. Hay de todo en las calles, un verdadero mercado persa. Un vendedor ambulante me ofreció estos artículos y Nei me convenció de comprarlos. Vienen de la región nordeste. Debo admitir que las sandalias son muy cómodas —dijo Watson, jovial, al tiempo que mostraba las prendas.

—Puede ser, pero tienen un olor muy fuerte —respondió Holmes.

—Pues fue lo que más me agradó. Están hechas con cuero de chivo; el olor me recuerda al tabaco turco que fumaba en Ancara.

—¿Y el sombrero?

—Sustituye perfectamente a mi bombín. Paula Nei quedó encantado —declaró el doctor, vanidoso.

Holmes no quería echar agua fría al entusiasmo del amigo, pero sabía muy bien que aquello era una nueva broma del bohemio. La conversación de los dos fue interrumpida por Inojzas, que entró llevando en la mano un papel doblado.

—Con permiso, señor Holmes, yo...

El detective interrumpió al conserje.

—No necesita decir nada. Presumo que sufre usted del mal conocido como danza de San Vito, y que ayer tuvo una discusión con su esposa. Además, me trae una nota de la señorita Anna Candelária y tuvo que enfrentarse hace poco con un gitano cuyos aros no son de oro —afirmó Holmes con displicencia, mientras se colocaba la bata sobre los hombros.

Watson, acostumbrado a los ejercicios mentales de Sherlock, ni se alteró, pero Inojzas, boquiabierto, se admiró de tan extraordinaria deducción.

—¿Cómo llegó a esas conclusiones, señor Holmes? —preguntó el recepcionista, asombradísimo.

—Elemental, mi estimado Inojzas. El mal de San Vito, trastorno conocido en los medios académicos como “enfermedad de Sydenham”, provoca temblores incontrolables en los pacientes,

lo que explica las manchas de agua en sus solapas, causadas por un vaso de agua derramado. La discusión con la esposa se explica con facilidad por la falta de alianza en su dedo, cuya marca todavía se nota; observo también que el mensaje que me trae fue escrito por alguien de caligrafía femenina, es decir, de la señorita Anna Candelária, de quien espero noticias. La explicación de la lucha cuerpo a cuerpo con el gitano es más obvia todavía. ¿Qué mejor lugar para agarrar a un gitano en una pelea que los aros, de modo de dejarlo por completo indefenso? En cuanto a la constatación de que los aros eran de un metal cualquiera y no de oro, se debe a las manchas verdosas de óxido de cobre que pude observar en sus manos —sentenció Sherlock Holmes. Tomó su ropa, sus elementos de aseo y salió con gesto triunfal de la habitación en dirección al cuarto de baño, al tiempo que anunciaba: —Vuelvo en un instante.

Inojozas se sentó, pasmado, frente a Watson. El doctor procuró reconfortarlo.

—No se asuste, viejo. Las capacidades deductivas de Holmes ya han sorprendido a los mejores cerebros de Scotland Yard y llevaron a la cárcel a más de un criminal. Al respecto de su mal de San Vito, le digo, como médico, que las pastillas de opio han surtido excelentes resultados en el tratamiento de la dolencia.

—Gracias, doctor Watson, pero puedo garantizarle que no sufro de ninguna enfermedad. Mi ropa está mojada porque todavía llueve. Además, soy soltero, y lo que tenía en el dedo no era una alianza sino un anillo común, que me saqué porque me apretaba mucho. Este papel que tengo aquí no es ninguna nota de esa señorita Anna Candelária, sino una misiva mía que iba a despachar en el correo, y hace muchos años que no veo un gitano. Las manchas de mi mano son de tinta, porque me ensució al escribir la carta —explicó Inojozas.

—Detalles, estimado señor, apenas detalles. No dejemos que el resultado del brillante raciocinio que acabamos de presenciar sea empañado por vulgares pormenores. ¿A qué debemos el honor de su visita a nuestros aposentos? —cambió de tema Watson.

—Vine a avisar que telefoneó el comisario Mello Pimenta —dijo Inojozas al tiempo que hacía ademán de levantarse.

—Dígame, señor Inojzas, ¿cómo se dice “telephone” en este país?

—Teléfono.

—¿Entonces hay teléfono en el hotel? —preguntó Holmes, que volvía al cuarto vestido con un inmaculado traje blanco—. No tenía conocimiento de esta modernidad.

Inojzas se puso de pie.

—Claro, señor Holmes, ya hay más de mil seiscientos abonados. El único problema es que la conservación de las líneas todavía es poco eficiente. Esperamos que con el tiempo este problema se resuelva. El secretario de Obras Públicas prometió una solución en breve —se jactó el conserje.

—¿Y la nota de mi amiga?

Inojzas explicó y mostró el sobre.

—Lo lamento, señor Holmes, pero esto es apenas una carta que debo echar en el correo.

—¿Quiere decir que erré en una de mis deducciones? No tiene importancia. De cualquier forma acerté tres de cuatro, lo cual constituye un desempeño razonable —comentó el detective mientras terminaba de anudarse la corbata.

Inojzas y Watson se abstuvieron de cualquier comentario. Sherlock continuó:

—¿Y qué querrá de mí ese buen Pimenta?

—Parece que anoche hubo otro crimen. El comisario espera a los señores en el lugar del hecho.

—Era lo que temía. Otra muchacha asesinada. Vamos, Watson, no podemos perder tiempo —dijo Holmes, y se despidió del conserje.

Inojzas acompañó a los dos hasta la puerta del hotel e indicó a uno de los cocheros que llevara a Holmes y Watson hasta la esquina de las calles Resende e Inválidos. El recepcionista del Albion estaba perplejo y amedrentado. A pesar del clima agradable de aquella mañana lluviosa, un sudor frío le corrió por las sienes. Lo que nadie podía suponer era que Sherlock Holmes, con toda aquella deducción, había acertado en lo que no vio. El detective dijo que la caligrafía del sobre era femenina. ¿Acaso su letra florida

había traicionado el secreto que, desde la más tierna infancia, él guardaba con siete llaves? Inojozas elevó una plegaria silenciosa a santo Onésimo, su patrono, para que su terrible secreto jamás fuera revelado. Por el momento, sólo Reginaldo, el joven ayudante de cocina que vivía con él hacía cinco años, pasión de su vida, sabía de las preferencias sexuales del hotelero.

15

Un resto de lluvia fina continuaba cayendo sobre la ciudad cuando el tilburi que conducía a Sherlock Holmes y el doctor Watson pasó por la calle Nova dos Arcos. A Holmes le sorprendió la magnitud de la construcción. De hecho, la doble arcada formada por los cuarenta y dos arcos que sustentaban el puente del acueducto tenía una apariencia majestuosa, que recordaba al transeúnte las antiguas construcciones del imperio romano. El acueducto, terminado en 1750, había sido edificado por orden del gobernador Gomes Freire de Andrade, aún en los tiempos coloniales. Deslumbrado, Sherlock preguntó al cochero qué era aquella obra. El conductor, acostumbrado a mostrar Río de Janeiro a los extranjeros, explicó:

—Es un acueducto que lleva agua de la loma Desterro a la Santo Antônio. Pero, a pesar de todas las modernizaciones, el abastecimiento continúa siendo pésimo. El acueducto ya no puede satisfacer la demanda.

—¿En Río falta agua? —se asombró el detective.

—Ya lo creo. Por suerte tenemos las fuentes públicas. La culpa es de los gobernantes, que son todos unos ladrones. Hace tiempo llegaron hasta a crear un tributo especial para resolver el problema de una vez por todas.

—¿Y lo resolvieron? —preguntó Holmes.

—¡Por favor! Mire, para evitar que los recursos se desviarán,

guardaron el dinero destinado al servicio de las aguas en un enorme cofre con tres cerraduras.

—Excelente idea —comentó Sherlock.

—En apariencia. Imagine usted que una de las llaves quedó en poder de la Cámara; otra, con el gobernador, y la tercera, con el prior de los jesuitas. ¿Y no le cuento que aun así el dinero desapareció? Es lo que le digo, no pasan de ser un montón de ladrones —rezongó, indignado.

Poco después el cochero tiraba de las riendas y paraba el vehículo junto a la escena del crimen. Unos transeúntes habían cubierto los restos mortales de Carolina de Lourdes con hojas de diario. Alguien había encendido velas alrededor del cuerpo, pero la garúa se encargó de apagar las llamas, salvo una, que continuaba reluciendo con obstinación muy cerca de la cabeza de la muchacha. Los “murciélagos”, como también se denominaba a los agentes de la policía, formaban un cordón de aislamiento que impedía que los curiosos se aproximaran con su morbosidad. De repente se oyó a lo lejos un sonido de cascabeles y de trote de caballos. Todos miraron en dirección al ruido. Saliendo de la calle Relação y entrando en la de los Inválidos, venía el carro. Todo cerrado, se detuvo al lado de la joven asesinada, y del asiento saltaron dos hombres. Con la práctica y la frialdad adquiridas a lo largo de años de experiencia, abrieron la parte posterior del vehículo, retiraron de allí una lona gruesa y con ella envolvieron a Carolina. Aferraron el cuerpo por los pies y la cabeza, y arrojaron el cadáver al carro. Antes de subir de nuevo, uno de los hombres volvió y, de un escupitajo certero, apagó la última vela que insistía en relucir al borde de la acera. En menos de cinco minutos de alejaron de allí por la calle Resende.

Mello Pimenta y Saraiva, que ya habían examinado a la víctima, se acercaron a los dos ingleses. Pimenta se encargó de las presentaciones.

—Buen día, señor Holmes, doctor Watson. Éste es nuestro médico forense, el profesor Saraiva.

Holmes tradujo para el amigo:

—Un colega suyo, doctor Watson, médico forense, una

especialidad fascinante. Los forenses son los únicos médicos que saben de todo. Lamentablemente, sólo cuando es demasiado tarde.

Mello explicó con rapidez lo sucedido la noche anterior, y Sherlock preguntó:

—¿Ya se sabe quién es la muchacha?

—Sí. Se llamaba Carolina de Lourdes Calixto. Era del Torno.

—Comprendo. Otra prostituta —declaró Sherlock Holmes, pensando que “torno” era una palabra popular que denominaba la zona de la prostitución.

—No, señor Holmes. El Torno es una institución de beneficencia que recoge recién nacidos abandonados. La joven era hija de un empresario fúnebre llamado Josué Calixto, y trabajaba como aya externa en la institución, por caridad.

—¿Quién descubrió el cuerpo?

—Una de las hermanas de caridad de la Santa Casa de la Misericordia. El Torno de los Expósitos queda muy cerca, en la calle Evaristo da Veiga. Ya estuve allá haciendo algunas preguntas.

—¿Descubrió si por casualidad la muchacha tenía enemigos?

—Muy por el contrario, era muy querida. Hay un sentimiento de indignación y tristeza por parte de todos.

—¿Alguien notó si la siguieron al salir?

—Nadie lo sabe. Llovía mucho, pero aun así ella insistió en regresar a su casa.

—Qué fastidio. Estamos en la misma —se lamentó Holmes, pasándose los dedos por la frente, que comenzaba a latirle.

Mello Pimenta se disculpó.

—No quería molestarlo de mañana tan temprano, pero como se trataba del “sirialquiler”, creí que le interesaría acompañar de cerca la investigación.

—Hizo muy bien, comisario. Presumo que registró la zona en busca de nuevos indicios.

—Claro que sí, pero las pistas son las mismas. Orejas cortadas y otra tripa enrollada —concluyó Mello Pimenta, y mostró a Sherlock Holmes la cuerda de violín.

—Por lo menos me parece que no hay más dudas de que el *serial killer* y el ladrón del violín son la misma persona. Lo que más me preocupa es que todavía queda una cuerda del instrumento. ¿Encontró pisadas o marcas en el suelo?

—Si las había, la lluvia se las llevó.

—¿Le molestaría que yo hiciera un pequeño examen del lugar? —indagó Sherlock Holmes, pensativo.

—En absoluto, señor Holmes. Es un favor que me hace.

El detective sacó del bolsillo su lupa y se aproximó a la acera ennegrecida por las manchas de sangre. Cuando se agachó para ver mejor aquella zona, sintió que la cabeza le giraba, y la lente casi se le escapó de las manos. Tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Mello Pimenta, Saraiva y Watson corrieron a ayudarlo.

—¿Qué pasa, mi viejo? —preguntó Watson, preocupado.

—Nada, sólo un pequeño mareo —respondió Holmes, que ya se recuperaba. Después tradujo para Pimenta y Saraiva: —Me dio un vahído. Creo que anoche abusé de las hierbas que me dio una amiga. No sé si la conocen, son unos cigarrillos indios. Óptimos, además, sólo que fumé demasiado.

—Ah, veo que el señor Sherlock Holmes probó nuestro *pango* —dijo el experimentado Saraiva.

—¿*Pango*? —preguntó Sherlock.

—Exacto. Es como los negros llaman al *cannabis*. Había, inclusive, un lindo cantero de esa planta que cultivaban detrás de la cocina del palacio de Su Majestad en São Cristóvão.

Mello Pimenta, preocupado por el repentino malestar del detective, lo tomó del brazo para alejarlo de allí.

—Señor Holmes, puedo asegurarle que aquí no hay nada que nos interese. Es mejor que vuelva al hotel con el doctor Watson, mientras yo sigo con Saraiva hasta el Instituto Médico Legal, para presenciar la autopsia.

—De ninguna manera. El doctor Watson y yo insistimos en observar esa necropsia. Después de todo, ocho ojos ven mejor que cuatro.

—Ocho, no. Siete.

—¿Cómo?

—Saraiva es ciego de un ojo —explicó Mello Pimenta, revelando ese detalle desconocido de la anatomía del profesor.

—Un recuerdo de las batallas del Paraguay —explicó, incómodo, el doctor Saraiva.

—No sabía que era usted un héroe de guerra —dijo Holmes, conmovido—. ¿Fue en una lucha cuerpo a cuerpo?

—No, una infección. Me rasqué el ojo con la mano sucia —explicó sin pudor el médico forense.

—Sea como fuere, me gustaría acompañarlos. Este malestar es pasajero —aseguró el detective.

Saraiva, que entendía de resacas como pocos, le dio la receta:

—Si me permite, señor Holmes, el mejor remedio para esta sensación matutina es una buena cachaza.

—¿Cachaza? ¿Qué rayos es eso?

—Es un aguardiente hecho con caña de azúcar. Una bebida muy suave, deliciosa; basta una dosis para que uno se recupere por completo. Además, voy a acompañarlo. También yo me siento un poco débil esta mañana.

—Saraiva, no sé si es aconsejable darle cachaza al señor Holmes a esta hora —intervino Mello Pimenta, con prudencia.

—Tonterías, mi estimado Mello Pimenta. Tengo la certeza de que este santo remedio dejará como nuevo a nuestro amigo inglés —aseguró el médico.

Los cuatro se dirigieron a un bar de la esquina de la calle Riachuelo. Saraiva, con envidiable experiencia etílica, pidió dos dosis del mejor aguardiente de la casa y empinó su vaso de un trago preciso. Cuando el doctor Watson vio el líquido transparente, que exhalaba un fortísimo olor a alcohol, indagó qué venía a ser aquella bebida.

—Nada del otro mundo, Watson; apenas un aguardiente hecho con caña de azúcar. El profesor Saraiva asegura que posee excelentes resultados curativos —tradujo Sherlock al amigo.

—No sé, Holmes. Por el olor, me parece algo fortísimo. Tal vez sea conveniente no beberlo puro —aconsejó.

—¿Qué hago, entonces? ¿Le pongo un poco de agua?

—Creo que un jugo de fruta sería mejor. Naranja o limón. Son óptimos remedios; ya conocemos, inclusive, sus comprobadas propiedades contra el escorbuto.

Sherlock se volvió hacia el dueño del bar:

—Mi amigo me sugiere que ponga un poco de jugo de naranja o limón en la bebida. ¿Por casualidad tiene alguna de esas frutas?

—Tengo limones —respondió, intrigado, el propietario, sin sacar los ojos del sombrero y las sandalias nordestinas que el doctor aún llevaba.

Watson agregó:

—Tal vez también convenga agregar un poco de hielo y azúcar, Holmes, para compensar la pérdida producida por el alcohol.

Sherlock Holmes transmitió las exigencias del doctor. El dueño del bar se dirigió al final del mostrador y ordenó a su empleado que llevara el pedido. Watson cortó el limón en cuatro y depositó dos pedazos en el vaso, junto con el azúcar. Después se puso a machacar las rodajas con una cuchara, mientras decía:

—Por las dudas, es mejor colocar los gajos enteros y exprimirlos.

Cuando terminó aquella operación, agregó unos trozos de hielo y entregó la curiosa poción al detective.

—Listo, Holmes; ahora creo que puede beberlo sin correr peligro.

En el fondo del local, el empleado y el dueño del bar miraban, fascinados. El joven que atendía el mostrador preguntó:

—Patrón, ¿qué idioma hablan?

—Qué sé yo. Para mí, o es latín o es cosa del demonio.

—¿Y qué menjunje es eso que están haciendo?

—No sé, una invención de ese *caipira** de ahí —dijo, señalando el sombrero de vaquero de Watson.

* *Caipira*: Término —con cierto contenido peyorativo— (más o menos equivalente a “pajuerano”) con que se designa a los habitantes del campo y, por extensión, a las personas rústicas. En este caso, el dueño del bar califica de este modo a Watson por su ropa típica de la región rural del nordeste brasileño. *Caipirinha*, como se deduce, es el diminutivo, a la vez que el nombre de la bebida típica y popular que se describe en este pasaje. (N. de la T.)

—¿Cuál? ¿El grandote? —preguntó el muchacho, indicando a Sherlock Holmes, todo de blanco.

—No, el *caipira* grande sólo está bebiendo. El que preparó la mezcla fue el más chico, el *caipirinha* —respondió el propietario, y de ese modo bautizó, para siempre, la exótica bebida.

• • •

La morgue oficial de la plaza Moura lograba ser todavía más lúgubre que la de la Orden Tercera. El piso era de cemento oscuro y el *craquelé* de los azulejos blancos de las paredes, gastados por el tiempo, en nada contribuía a mitigar esa apariencia.

Irónicamente, además de los vapores de los desinfectantes, el lugar tenía también un olor a vida. Esto se debía a que sus dependencias daban a los fondos de la monumental cocina del Hospital de la Santa Casa y los olores de comida que salían por la chimenea de ciento sesenta palmos, construida con treinta y seis mil ladrillos ingleses, se cernían de manera permanente sobre el Depósito de Cadáveres. Muchos visitantes no resistían esa mezcla almizclada.

Hacía casi una hora que Saraiva examinaba el cuerpo abierto de Carolina de Lourdes. Mello Pimenta y el doctor Watson miraban la autopsia desde lejos, pero Sherlock Holmes, inclinado sobre la mesa de piedra, seguía atento cada movimiento del forense. En ciertos momentos, sus observaciones llegaban a sorprender a Saraiva.

—¿Puedo preguntar, señor Holmes, cómo adquirió tantos conocimientos en este campo?

—Como detective, considero fundamentales estos asuntos; por eso estudié anatomía y paleontología con Sir Richard Owen, del British Museum. Además, siempre me interesaron mucho los trabajos de Leonardo da Vinci. A Leonardo le fascinaba la *figura istrumentale dell'omo*, como usted sabrá.

—Claro —respondió Saraiva, que no sabía.

Holmes miró con atención las entrañas expuestas de la joven.

—¿Qué ocurre, señor Holmes?

—No sé, me da la impresión de que los órganos internos fueron vueltos a colocar en la cavidad. Como si el asesino los hubiera arrancado y después reubicado en su lugar.

El patólogo se inclinó sobre el cuerpo.

—¡Santo cielo! ¡Tiene razón! —se admiró.

Saraiva hundió la mano en la cavidad, apartó el estómago y retiró el hígado. Holmes tomó su lupa y comenzó a examinarlo en detalle. Llamó a Mello Pimenta.

—Mire, comisario, en la carne hay señales nítidas de uñas y líneas microscópicas, invisibles a simple vista, como si el asesino la hubiera pasado por una superficie áspera. Por las impresiones profundas de los dedos y por los finos surcos, es posible que él... —Sherlock vaciló. —¡No, sería demasiado horrible!

—¡Diga, señor Holmes, por favor!

—Sé que es pavoroso, pero tengo casi la certeza de que el monstruo se frotó el hígado contra el propio rostro.

Todos, menos Watson, que no entendía lo que se estaba diciendo, quedaron perplejos. El detective continuó.

—A la noche, la barba ya comienza a crecer, y estas pequeñas estrías deben de haber sido causadas por la fricción en los pelos de la cara. En un frenesí, el demente se frotó contra la cara las vísceras de la pobre chica —concluyó con tono sombrío.

Mello Pimenta concordó, aterrorizado.

—No hay más dudas: se trata realmente de un loco. El director del hospicio me dio una audiencia para la semana próxima. Voy a mandar un mensaje diciéndole que iremos a verlo mañana mismo.

Holmes seguía examinando las marcas de dedos dejadas en la carne.

—Qué pena que los estudios de Juan Vucetich todavía no sean concluyentes.

—Perdone mi inmensa ignorancia, señor Holmes, pero ¿podría decirme quién es? —preguntó Mello Pimenta.

—Un policía argentino, de Buenos Aires, que está desarrollando un sistema de identificación por medio de los dedos. Él denomina al proceso “dactiloscopia comparada”. Según Vucetich y algunos antropólogos europeos, no existen dos seres humanos

con las mismas líneas de piel en las extremidades. Si las examina con la lente, verá los vestigios de esas líneas. Lamentablemente, por ahora nada de eso tiene ninguna utilidad para nosotros —informó Holmes, que devolvió el hígado de la muchacha al profesor Saraiva.

En ese preciso momento, la conversación fue interrumpida por un alarido de dolor que venía de la entrada.

—¡Anatema! ¡Anatema!

En el vano de la puerta surgió la figura atormentada de Josué Calixto, el empresario fúnebre padre de la pobre chica. Alto, todo de negro y con sombrero de copa, Calixto era la propia caricatura de la profesión. Ojeras profundas marcaban los ojos transformados en dos pozas de sangre debido al llanto incontrolable. Avanzó y preguntó desesperado:

—Mi hija, ¿dónde está mi hija?

Saraiva, que todavía sostenía en la mano el hígado de la muchacha, lo entregó con disimulo a Holmes, mientras apuntaba a la mesa de necropsias. Como se hallaba entre Calixto y la mesa, el detective escondió el órgano detrás de la espalda y se apartó del paso. El empresario fúnebre se arrojó alucinado sobre el cadáver de la hija.

—¡Fui yo quien la mató, es todo culpa mía! ¡Oh, Dios mío, qué castigo cruel! ¡Hijita querida, ya no volveré a verte con vida! —gritaba Josué Calixto, cuyo dolor lo hacía declarar lo obvio.

Sin que lo viera el hombre, Holmes lanzó con precisión el hígado a Mello Pimenta y se aproximó al padre desconsolado.

—¿Podría preguntarle por qué se cree responsable de este crimen hediondo?

Josué contó el largo vía crucis de la hija y cómo su intransigencia había llevado a la joven hasta el Torno de los Expósitos.

—Si yo hubiera sido más comprensivo, nada de esto habría sucedido. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no me llevaste en lugar de Carolina? —se lamentaba el pobre hombre, consumido por el dolor. Pimenta caminó hasta Calixto. De paso, arrojó de nuevo el hígado en manos de Saraiva.

—Señor Calixto, soy el comisario Mello Pimenta. Sé que éste

es un momento muy difícil, pero aun así debo hacerle algunas preguntas.

—Por favor, comisario. Todo lo que pueda ayudar a descubrir a este espantoso asesino —respondió el empresario fúnebre, entre sollozos.

—¿Sabe si su hija había hecho nuevas amistades?

—No. La pobrecita se dedicaba por entero a los huérfanos.

—¿Observó usted, últimamente, alguien que rondara su casa?

—Tampoco. Vivimos en un barrio muy tranquilo. Cualquier movimiento irregular me habría llamado la atención.

—Si recuerda algo que pueda interesarme, estoy en la comisaría tercera —informó Pimenta.

Mientras el comisario hacía estas preguntas, Holmes, apartado, analizaba en detalle la ropa rasgada de Carolina de Lourdes, amontonada en un rincón. Notó, perdida en los pliegues de la falda, una larga crin de caballo que había pasado inadvertida en los primeros exámenes. Sin que nadie lo viera, la enrolló en los dedos y la guardó en el bolsillo, mientras Josué Calixto decía, enjugándose las lágrimas:

—Ahora, si me permiten, quisiera quedarme unos momentos a solas con mi hija. ¿Quién es el patólogo encargado?

Saraiva, en una maniobra típica de malabarista, tiró veloz el hígado al doctor Watson y dio un paso en dirección a Calixto.

—Soy yo, Saraiva, a sus órdenes.

—Ya lo conozco mucho de nombre, profesor. Como somos casi del mismo ramo, quería pedirle un favor inmenso.

—Cómo no, señor Calixto.

—Veo que el monstruo destrozó salvajemente a mi hija. Si usted terminó sus exámenes, quisiera emplear todo mi talento para dar a la pobrecita la apariencia que tenía en vida. No quiero que la vean así, ni desearía un velatorio de cajón cerrado —concluyó, solemne, el empresario fúnebre.

—Claro, es lo mínimo que podemos hacer —respondió Saraiva, y estrechó la mano del padre de la chica—. Mis condolencias.

Uno por uno, Holmes, Pimenta y el forense se despidieron,

en silencio, del pobre hombre. Cuando le llegó su turno, Watson, que había disimulado en el saco el órgano extirpado, sacó el hígado del bolsillo, lo limpió con el pañuelo y lo entregó a Josué Calixto, declarando, compungido, en el mejor inglés shakespeariano:

—Creo que esto le pertenece.

Guardó el pañuelo y salió de la sala de los muertos con la austeridad que el momento exigía.

El hospicio Don Pedro II para la reclusión de alienados erigido en la Chácara da Praia Vermelha era una imponente construcción en estilo neoclásico francés. Ocupaba una extensión de mil quinientas sesenta y dos brazas cuadradas; poseía un pórtico revestido de cantería y una escalinata de diez escalones que llevaba a la entrada. Cuatro columnas de piedra con capiteles dóricos sustentaban una balaustrada de mármol, en la que se distinguían tres puertas; en el segundo piso había otras cuatro columnas jónicas coronadas por un frontón, donde se veían las armas imperiales trabajadas en mármol. Tres ventanas aparecían en medio de las columnas, repitiendo la simetría de la planta de abajo. En los cuerpos laterales del edificio había veinte ventanas con parapeto en el primer piso y otras veinte en el segundo. Todas las ventanas estaban guarnecidas con pesadas rejas de hierro. Un ático ornado de estatuas y maceteros de mármol escondía el tejado del edificio; las plantas y flores colocadas en ellos ayudaban a quebrar la apariencia carcelaria sugerida por las rejas.

Parado junto a la escalinata del asilo, el comisario Mello Pimenta esperaba a Sherlock Holmes. El sol había vuelto a aparecer tras dos días de lluvia, y alegraba la radiante mañana. Por el momento había poco movimiento en las calles. El detective ya estaba atrasado. Un tílbur de alquiler se detuvo cerca de la entrada, pero fue un viejo marinero el que salió de su interior.

Vestía un chaquetón azul muy gastado sobre la camiseta blanca y negra de rayas horizontales. Los pantalones anchos, ligeramente cortos, sujetos por un cinto de hebilla cuadrada de metal, dejaban a la vista las medias, también rayadas, y el pesado calzado de madera. Tenía un parche negro sobre el ojo derecho y un gancho en el lugar de la mano izquierda. Arrastrando una pierna, la extraña figura se aproximó a Pimenta y de repente susurró al oído del comisario, con un cargado acento portugués:

—¿Dónde está el mapa del tesoro?

—¿¡Señor Holmes?! ¿Pero qué ropa es ésa? —preguntó Mello Pimenta, espantadísimo.

—Apenas un disfraz, amigo mío. Consideré que era mejor no llamar mucho la atención en esta fase de las investigaciones —explicó Holmes.

—Bien, ya podemos entrar. El director del hospicio nos está esperando —dijo Pimenta, todavía insatisfecho con el disfraz de Sherlock.

El gancho en la mano y el parche en el ojo daban al inglés un aspecto temible. Además, Holmes se había puesto una nariz postiza y una peluca blanca bajo el gorro de marinero. El comisario no sabía cómo explicaría al médico responsable del nosocomio la presencia, a su lado, de un viejo marinero lusitano. Caminaron por un largo corredor y llegaron al despacho del clínico. Un ayudante los condujo al consultorio del director.

El doctor Hélio Pedregal Noronha era el alienista jefe del hospicio Don Pedro II. Vestido con sobriedad, no llevaba la característica chaqueta blanca. Cultivaba una barba de perilla bien cuidada y usaba unos quevedos equilibrados en la nariz. Las paredes de la sala estaban cubiertas por estantes con libros de medicina. Sobre su mesa de trabajo había una estatuilla de bronce de una calavera con una lechuza posada encima. Pedregal Noronha no conseguía desviar los ojos de la curiosa figura de Sherlock Holmes. Hizo un ademán para que Mello Pimenta y el detective se sentaran frente a él.

—Con franqueza, comisario, creo que no entendí bien el motivo de su visita. Pensé que era al respecto de sus

investigaciones, pero ahora veo que se trata de una internación —dijo el alienista, señalando a Sherlock.

Holmes respondió antes de que Pimenta se viera obligado a explicar.

—Se equivoca, doctor. No soy demente ni alienado. Permítame presentarme: Sherlock Holmes, a su disposición. Este traje es apenas uno de los mil disfraces que uso cuando quiero pasar inadvertido.

—Comprendo —respondió Noronha, que en realidad no entendía nada.

Mello Pimenta tomó la palabra.

—Traje conmigo al señor Holmes, cuya ayuda ha sido inestimable.

—¿Y en qué puedo ser útil? —preguntó el médico al tiempo que consultaba en forma deliberada el reloj del bolsillo del chaleco.

—Primero me gustaría aclarar que todo lo que digamos aquí es estrictamente confidencial —declaró Pimenta.

—Puede quedarse tranquilo, comisario. La discreción forma parte de mi profesión.

Mello Pimenta se acomodó en la silla y contó al médico todo lo que sabía sobre el caso. Cuando terminó, Holmes agregó:

—El último asesinato nos llevó a la certeza de que hay un loco suelto practicando estos crímenes.

—Prefiero que utilice el término “alienado” al hablar de los pacientes. Desde que Philippe Pinel defendió un tratamiento más humano para los enfermos mentales, en su *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, evitamos ciertas expresiones peyorativas —comentó, superior, Pedregal Noronha, a pesar de que jamás había leído el libro.

Mello Pimenta se indignó.

—No veo qué puede haber de humano en semejante monstruo. ¿Arrancarle el hígado a la pobre chica y refregárselo por la cara?

—Les aseguro que durante todos estos años en que me dediqué a cuidar de la salud del alma he presenciado cosas peores.

No por eso dejo de considerar humanos a mis pacientes, a su manera —replicó el alienista.

—¿A qué llama cosas peores? —indagó Sherlock.

—Coprofagia, por ejemplo: enfermos que comen las propias heces. He tenido aquí una mujer atacada de histeria que trató de suicidarse ingiriendo grandes cantidades de los propios excrementos.

—¿Es posible que un individuo tenga un comportamiento normal y al mismo tiempo practique esas aberraciones? —inquirió Mello Pimenta.

—Desde luego; forma parte de la patología. Se puede convivir socialmente con un demente durante años sin presenciar ninguno de sus ataques. El cerebro humano es todavía una incógnita y un desafío —aseguró Pedregal Noronha.

—¿Ya examinó usted a alguien con un desvarío semejante al de nuestro asesino? —continuó Mello Pimenta.

—Ahora mismo tenemos internado un hombre que padece de una extraña forma de patología cerebral. Posee gran inteligencia y cultura, pero cuando entra en crisis arranca y devora pedazos de carne humana, de quien esté a su alcance. Irónicamente, antes de que lo atacara la insania, era uno de nuestros alienistas más prominentes.

—¿Cómo se llama el insensato? —quiso saber Sherlock Holmes.

—Doctor Aderbal Câmara. Sufre de canibalismo agudo.

—¿Podemos conversar con él?

—No veo en qué podría ayudarlos, pero si insisten voy a pedir a mi asistente que los acompañe. Está recluido en el ala de los furiosos. Ayer mismo atacó a uno de los enfermeros. —Pedregal Noronha se levantó y se dirigió a la puerta. —Ahora, si me permiten, es la hora de mi ronda de visitas a los huéspedes.

Antônio Belmonte, el médico interno que conducía a Mello Pimenta y Sherlock Holmes por las húmedas galerías del asilo, tenía una curiosa costumbre. Cada tres pasos se detenía y se lustraba los botines en la parte trasera de los pantalones. Al fin, después de recorrer lo que pareció a los dos visitantes un sinuoso

laberinto, llegaron frente a un grueso portón de madera que daba a un corredor mal iluminado. Belmonte lo abrió con una de las llaves de un manajo que sacó del bolsillo.

—Está en la última celda de la izquierda. Es mejor que ustedes sigan solos a partir de aquí. Los locos se agitan mucho cuando me ven.

—Creí que esa palabra estaba prohibida en esta institución —observó Holmes.

—Al doctor Noronha no le gusta que la usemos, pero, para mí, un loco es un loco. Tengan cuidado de no aproximarse a las celdas. Aquí todos son locos peligrosos.

—¿Cómo lo llamamos cuando terminemos? —preguntó Mello Pimenta, inquieto.

—Llámenme Belmonte, que es como me llaman todos —respondió el interno, y rió alto del propio chiste—. Hay una campanilla colgada del lado de adentro. Toquen, y vengo a buscarlos. —Cerró de nuevo la reja y se alejó, al tiempo que se limpiaba de manera compulsiva los zapatos.

Sherlock Holmes y Mello Pimenta entraron en el sombrío corredor. De un lado se veía la hilera de celdas, y del otro, una pared de piedra con unos pocos picos de gas que proveían la precaria iluminación. No había ventanas. Palabras incoherentes, mezcladas con gritos, gemidos y susurros, partían de los pobres dementes allí encerrados. Holmes oyó con nitidez una voz ronca masculina, impregnada de lascivia, que gritaba:

—¡Marinero! ¡Ven aquí, marinero!

Hasta el observador poco atento recordaría de inmediato los zoológicos al depararse con el hombre enjaulado en aquella cárcel. Una pesada reja de hierro, que iba del piso al techo, separaba al prisionero de los visitantes. Adentro, apenas un catre, una palangana, una jarra y una silla tosca, donde se hallaba sentado el doctor Aderbal Câmara. Su rostro estaba cubierto por la infame máscara de Flandes.

Creado por un oscuro herrero portugués del siglo XVIII por encargo de algunos capataces, el abominable objeto evitaba que los negros afectados de *banzo*, destruidos por la añoranza

que sentían de la madre África y sus familias, comieran tierra hasta morir. Era la única y desesperada forma de suicidio al alcance de los esclavos. Preferían esa muerte monstruosa al cautiverio. Los que trabajaban en las minas de diamantes también usaban la infame invención, que les impedía engullir las piedras y contrabandearlas hacia fuera de la mina. Hasta a los cronistas más indiferentes les causaba repugnancia la descripción del despreciable instrumento. Hecha de metal, la máscara de Flandes cubría por completo la cara y se prendía en la parte trasera del cuello mediante dos prolongaciones cerradas con candado. Unos pequeños agujeros a la altura de los ojos y la nariz permitían que el portador viera y respirara, pero sin poder llevarse nada a la boca. Eventualmente la utilizaban también en casos de embriaguez, en criminales, como castigo, y en los insanos en crisis de furia.

El ignominioso aparato cubría, sujeto con hebillas, la cabeza del hombre. Su voz sonó ahogada por el metal de la máscara.

—¡Ah! ¡Sherlock Holmes y el comisario Pimenta! ¿A qué debo el honor?

A ambos los asombró la declaración del doctor Aderbal Câmara.

—¿Entonces nos conoce? —indagó Holmes.

—Claro, hace algún tiempo que los esperaba. Venía siguiendo las investigaciones, pero por desgracia ahora no me dejan leer los diarios. Comí el pulgar del enfermero que traía el *Jornal do Commercio*. Delicioso, además. Bromas aparte, estaba para chuparse los dedos.

—¿Y por qué creyó que vendríamos a verlo? —preguntó Mello Pimenta.

—Vamos, comisario. Solamente un imbécil no se percataría de que la persona a la que buscan tiene algo que ver conmigo. Personalidad interesante. No me asombraría nada si comenzara a devorar a sus víctimas.

Holmes y Pimenta se miraron en silencio.

—Por lo que veo, nuestro sanguinario amigo se adelantó a mi previsión —sonrió el doctor Aderbal.

Tras una vacilación, Mello Pimenta acabó por revelar:

—No, pero tenemos motivos para creer que se frotó ávidamente el hígado de una de las víctimas contra el propio rostro.

—¡Qué desperdicio! Se nota enseguida que es un principiante, no sabe lo que se está perdiendo —se lamentó el loco.

—¿De veras lo cree? —preguntó Mello Pimenta, horrorizado.

—Dicen que los tigres de la India quedan alucinados después de probar la carne humana. Con nosotros sucede lo mismo. No hay manjar más delicioso —aseguró el doctor Aderbal.

—Vamos a lo que importa —interrumpió Holmes, a quien no le interesaba en lo más mínimo aquella clase de gastronomía antropofágica—. Lo que quisiéramos saber es si usted, como médico y... paciente, conociendo, digamos, los dos lados de la moneda, podría decirnos algo que nos ayudara a descubrir al *serial killer*.

—*Serial killer*... Leí la expresión en los diarios y la encontré muy original... No obstante, señor Holmes, no veo por qué debería ayudarlos. ¿En qué me beneficio?

—En nada, a no ser la satisfacción de saber que está contribuyendo a eliminar una terrible amenaza para la sociedad.

—Yo odio la sociedad, señor Holmes. Fue la sociedad la que me encerró en esta mazmorra, la que me condenó a usar esta pavorosa máscara de hierro siempre que un impulso irresistible me obliga a degustar la carne de mis semejantes. No puedo ni siquiera comerme las uñas, pobre de mí, esfinge domada: descíframe, que no te devoro.

Mello Pimenta casi se compadeció del pobre loco encarcelado.

—Bien, doctor Aderbal, parece que no tenemos nada más que hacer aquí. Disculpe si lo hicimos perder tiempo.

—Adiós, doctor —se despidió Holmes, y tendió con valentía la mano a través de las rejas.

Aderbal Câmara, conmovido y desconcertado por el gesto del detective, dijo a los dos visitantes:

—Para que no hayan perdido del todo el viaje, voy a proponerles una charada. —Y el doctor Câmara, enigmático, recitó por entre las hendeduras de la máscara:

“En medio de varias islas
la designación hermosa
servía a las mil maravillas,
pensaba Paulo Barbosa.

Y si el nombre viene del griego,
en el fondo eso poco importa.
El monarca tiene apego
por esta lengua ya muerta.”

Mello Pimenta anotó con rapidez el misterioso poema,
mientras Holmes se despedía:

—Le quedo muy agradecido, doctor. Espero lograr develar
lo que se esconde tras estos versos.

—¿Le gustó? Como ve, si de médico, de poeta y de loco
todos tenemos un poco, yo tengo mucho —declaró el doctor
Aderbal Câmara, vate, alienista y alienado.

A medio camino, Sherlock Holmes se volvió y preguntó:

—Sólo una cosa más, doctor Aderbal.

—¿Sí?

—¿Cómo descubrió que era yo, a pesar de mi disfraz?

—Vamos, mi estimado señor Holmes, seré loco, pero no idiota
—explicó Aderbal, el caníbal, y soltó una pavorosa carcajada.

El comisario Mello Pimenta había invitado a Sherlock Holmes a almorzar en su casa, en la calle Pinheiro. Doña Esperidiana, tomada por sorpresa, se esmeraba en la cocina con el *Cocinero nacional* en busca de una receta.

—¿Por qué no me avisaste que ibas a traer al señor Holmes? Apenas tengo tiempo de preparar algo como es debido —protestó, desde allá adentro, mientras hojeaba presurosa el libro.

—No se preocupe por mí, doña Esperidiana. Soy un comensal de hábitos frugales —la tranquilizó Sherlock Holmes, educado.

Sentados a la mesa, los dos trataban de descifrar los misteriosos versos del doctor Aderbal. Mello Pimenta abrió su *pour-mémoire* y leyó con atención en voz alta:

“En medio de varias islas
la designación hermosa
servía a las mil maravillas,
pensaba Paulo Barbosa.

Y si el nombre viene del griego,
en el fondo eso poco importa.
El monarca tiene apego
por esta lengua ya muerta.”

—Dejando de lado la pésima calidad literaria, no veo sentido alguno en este poema —confesó Sherlock.

—“El monarca tiene apego por esta lengua ya muerta.” Todos saben que don Pedro habla griego, latín y provenzal —informó Pimenta.

—¿Provenzal? ¿Habla provenzal? —se admiró el inglés.

—Habla.

—¿Con quién?

—Eso nadie lo sabe.

—Mi estimado Pimenta, para mí va a ser difícil ayudarlo en esta tarea. Resulta obvio que hay una referencia al emperador. Por otra parte, no tengo la menor idea de quién pueda ser ese Paulo Barbosa —explicó Holmes al tiempo que encendía su pipa.

—Ni yo, señor Holmes. ¿Quién será Paulo Barbosa?

—¿Cómo, no te acuerdas, Hildebrando? —dijo Esperidiana, que se acercó a poner la mesa, llamando al comisario por su nombre de pila.

—¿Recordar qué?

—Paulo Barbosa fue el mayordomo mayor de don Pedro —respondió Esperidiana, y volvió adentro.

—¿Cuándo? —preguntó Pimenta.

Doña Esperidiana gritó desde la cocina, mientras preparaba el almuerzo:

—Qué vergüenza, Hildebrando. El señor Holmes va a pensar que eres un policía muy mal informado. Fue Paulo Barbosa el que dio el nombre de Petrópolis a la ciudad del emperador.

—Ahora me acuerdo —mintió Mello Pimenta.

—Además, es un caso famoso de adulación histórica que aprendimos en el colegio. Cuando buscaban un nombre para el lugar, él dijo: “Me acordé de Petersburgo, ciudad de Pedro. Recurrí al griego y encontré la ciudad con ese nombre en el archipiélago. Y, siendo el emperador don Pedro, juzgué que le cabría bien el nombre” —añadió doña Esperidiana.

Sherlock Holmes declaró, animado:

—Creo que su esposa descifró la charada. “En medio de varias islas” se refiere al archipiélago; la “designación hermosa” es el

nombre que este Paulo Barbosa dio a la ciudad del emperador, inspirándose en el griego; *petro*, de “Pedro”, y *pólis*, de “ciudad”.

—El caníbal nos está diciendo que el criminal es de Petrópolis —sentenció Mello Pimenta.

Doña Esperidiana se entrometió una vez más; habló desde junto a la cocina:

—Creo que te engañas, querido. A mí me parece que él insinúa que el asesino pertenece a la corte o la frecuenta.

El comisario se irritó:

—Ya que eres tan sabihonda, ¿podrías decirme por qué el doctor Aderbal no se refirió directamente al palacio imperial?

—Por varios motivos: primero, porque sería una información muy directa y él quería presentar la pista como una charada; segundo, porque, al hablar sólo del palacio, los sospechosos quedarían limitados a los miembros de la corte; y por último porque, este fin de semana, José White va a organizar un recital de beneficencia en homenaje a la princesa Isabel, en el Palacio de Cristal, en Petrópolis. El emperador también invitó a Sarah Bernhardt, que canceló sus espectáculos para poder asistir. Quedó encantada cuando le dijeron que Petrópolis era una miniatura brasileña de las ciudades de Suiza —informó Esperidiana.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Lo leí en “Mundanalidades” de Múcio Prado, en el *Jornal do Commercio* —reveló doña Esperidiana al tiempo que entraba en la sala con la bandeja del almuerzo.

Sherlock Holmes se admiró de aquella agudeza de raciocinio.

—Señora, debo felicitarla por su extraordinaria inteligencia y capacidad de deducción.

—Gracias, señor Holmes. Espero que mis dotes culinarias también sean de su agrado.

—¿Qué fue lo que nos preparaste para el almuerzo? —preguntó Mello Pimenta, todavía resentido.

—Hígado de cerdo guisado *à la nature* —informó la esposa mientras levantaba la tapa de la fuente para mostrar la lustrosa pieza de carne casi cruda, tan semejante en olor y apariencia a la víscera de la muchacha asesinada.

Sherlock Holmes y Mello Pimenta corrieron pálidos al cuarto de baño; doña Esperidiana quedó llorando en silencio con la bandeja en la mano.

• • •

En 1821, don Pedro I compró la hacienda del Côrrego Seco, en la cumbre de la sierra Estrela, a ochocientos metros por encima del mar, con la intención de construir allí su residencia de verano. Quisieron el destino y la gerencia de los negocios que las tierras fueran hipotecadas, y el proyecto fue aplazado hasta 1843, cuando el entonces mayordomo mayor de la casa imperial, Paulo Barbosa, ya bajo la regencia de don Pedro II, consiguió pagar la hipoteca. Barbosa la arrendó al ingeniero alemán Júlio Koeler, pero conservó buena parte de la propiedad para la edificación del palacio. El hijo realizaba así el deseo del padre.

El viaje a Petrópolis demoraba apenas cuatro horas. Se salía del puerto Prainha, en Río de Janeiro, y se iba en barca hasta Mauá. De allí se tomaba el tren hasta el pie de la sierra. Pocos años antes, desde allí los viajeros eran obligados a recorrer los últimos trece kilómetros en carruajes o diligencias; sin embargo, se había inaugurado hacía poco el último trecho del moderno ferrocarril Príncipe Grao-Pará, que llevaba a los pasajeros hasta la ciudad.

Sherlock Holmes y Mello Pimenta tomaban un café recalentado en el Bar del Gallego, al pie de la sierra, parada obligada del convoy. El doctor Watson, que los acompañaba, rechazó la invitación a beber la débil infusión y se hallaba algo alejado, en medio de la vegetación y las piedras, apoyado en un grueso cayado montañés, mientras observaba el paisaje. Holmes había hecho saber al emperador que estaría presente en el concierto, siguiendo una información al respecto del asesino. Tuvo la precaución de omitir el origen de la pista. El detective también había llamado a Anna Candelária, pero, al contrario de Sarah Bernhardt, la muchacha debía presentarse en los espectáculos del fin de semana. Pensó una vez más en la bella mujer que había entrado de pronto en su vida. Desde el último

asesinato, no había conseguido verla mucho tiempo. Había estado con Anna en breves encuentros fortuitos en la puerta del teatro. O ella necesitaba ensayar un nuevo cuadro de la revista, o él estaba con Mello Pimenta, tratando de las investigaciones. Le hacía falta, la mulata. Nunca antes había experimentado aquella sensación nostálgica, al mismo tiempo dulce y dolorosa.

Un alarido de dolor interrumpió sus devaneos. Holmes y Pimenta miraron en dirección al sitio de donde venía el grito y vieron que Watson aullaba aterrado, señalando el suelo:

—¡Una víbora! ¡Me mordió una víbora!

Sherlock se adelantó, a tiempo de ver una coral que se deslizaba por el pasto en dirección a una cavidad de las rocas. Arrancó el cayado de la mano de Watson y, con un gesto ágil y rápido, asestó un golpe mortal en la cabeza de la serpiente. Watson se sentó en una piedra, gimiendo y aferrándose la pierna mientras Pimenta llegaba a la carrera.

—¡Mi Dios! ¡Era lo único que faltaba! ¡Necesitamos socorro urgente!

—Creo que es demasiado tarde para eso, comisario. Al doctor lo mordió una coral —dijo Sherlock, en tanto consultaba su reloj. Después se agachó y tomó la serpiente anillada de rojo, negro y amarillo. Sacó la lupa del bolsillo y se puso a examinarla en detalle. —No sé cómo realizó esa proeza. Las corales son serpientes dóciles; es muy difícil que muerdan. —Se volvió hacia Watson. —¡Por Zeus, hombre! ¿Qué hizo para que este animal lo atacara?

—No sé, creo que le pisé la cola sin querer —se lamentó el doctor.

Holmes recorrió todo el cuerpo del reptil con la lente, contando los anillos coloridos.

—Es un hombre de suerte, Watson. Esta coral no es venenosa. —Después tradujo a Mello Pimenta, en el más fino portugués de Lisboa: —El ofidio no posee ponzoña.

Tranquilizado, Pimenta comentó:

—No sabía que entendía de serpientes, señor Holmes.

—Aprendí todo sobre ellas mientras me dedicaba a los

venenos exóticos en Macau, con el maestro portugués, profesor Nicolau Travessa. Incluso la coral venenosa, la *Micrurus corallus*, rara vez ataca al hombre. Por fortuna, porque su veneno es violentísimo.

—Vi que usted examinó la serpiente con minuciosidad, inclusive contó el número de anillos de su piel. ¿Fue así como supo que no se trataba de una coral venenosa?

Sherlock Holmes explicó:

—No, comisario, simplemente apliqué el método perfeccionado por Travessa, en Goa, cuando algún hindú era picado por una serpiente. Esperé el tiempo exacto que tarda el veneno de la coral en hacer efecto. Como después de eso Watson continuó vivo, deduje que la víbora no era venenosa.

Mello Pimenta miró al doctor, que se masajeaba el lugar de la mordedura.

—¿Le va a contar a él el sistema que utilizó?

—No veo por qué preocuparlo con minucias —sentenció el detective, que lanzó a lo lejos el cuerpo de la coral muerta y se limpió las manos en el pañuelo.

—Debo decir que envidio su facilidad para lidiar con esos bichos. Confieso que les tengo terror a las víboras, las arañas y los lagartos —reveló Mello Pimenta.

Holmes recordó un episodio ocurrido hacía muchos años, en una partida de caza en Paquistán.

—Figúrese, comisario, que yo estaba cazando tigres en medio de la selva, en la región de Punjab, con un amigo llamado Wilfred Marmeduke, cuando lo mordió una naja, en un lugar muy delicado... cómo le diré... justo en la extremidad del pene.

—¡Y por qué justo ahí?! —se horrorizó Mello Pimenta.

—Marmeduke resolvió aliviarse de una necesidad fisiológica, y el chorro acertó, por casualidad, en la cabeza de la serpiente adormecida.

—¡Terrible!

—Vi que no conseguiría transportarlo, pues Wilfred se retorció, presa de dolores terribles. Monté en mi caballo y volé en dirección a la aldea más próxima. Me proponía ir a buscar allá

al único médico, pero el hombre estaba en medio de una cirugía. Le pregunté, entonces, cómo debía proceder.

—¿Qué dijo el médico? —quiso saber, ansioso, Mello Pimenta.

—Dijo que había una sola manera de evitar la muerte de mi querido amigo, por quien yo sentía inmenso afecto. Me mandó hacer una incisión con un cuchillo en el lugar de la mordida, y succionar con mi boca todo el veneno.

—Qué fantástico, señor Holmes. ¿Y así le salvó la vida?

—No, comisario, mi amigo murió —respondió Sherlock Holmes, con la mirada perdida en el horizonte.

A pesar de trágico, el episodio se transformaría en anécdota anónima que habría de perpetuarse en los clubes de Londres.

La locomotora hizo sonar su silbato, avisando a los pasajeros que era hora de seguir viaje. Los tres se dirigieron al vagón de primera clase y embarcaron rumbo a Petrópolis.

• • •

El recital organizado por el violinista José White se había convertido en el acontecimiento social del año. Lo recaudado sería destinado a las obras de caridad de la princesa Isabel, a favor de la emancipación de los cautivos, y el lugar no podría ser más apropiado. Erigido para servir como invernadero, el pabellón del Palacio de Cristal había sido una iniciativa de su marido, el conde D'Eu, presidente de la Asociación Agrícola y Hortícola de Petrópolis. La majestuosa construcción de hierro y vidrio, encargada a Francia a las oficinas de Saint-Saveur-les-Arras, tenía un aspecto deslumbrante, sobre todo de noche, cuando la iluminación realzaba la levedad de su transparencia. El tablado para los músicos y las butacas de la platea habían sido montados en medio de las plantas, e inmensos candelabros completaban la decoración. El salón se hallaba colmado. Además de la familia imperial y de la corte, la sociedad de Río de Janeiro brindaba prestigio a la ocasión. Sarah Bernhardt y su hijo, Maurice, se instalaron junto a los varios intelectuales y bohemios que también habían subido la sierra. La baronesa de Avaré, Maria Luísa

Catarina de Albuquerque, que se mantenía alejada de don Pedro siempre que éste se hacía acompañar por la emperatriz y sus hijas, se había sentado con el marqués de Salles. Sobre el estrado, un piano Pleyel de cola dominaba el ambiente. Sherlock Holmes, Mello Pimenta y el doctor Watson permanecieron de pie, al fondo del pabellón. Escudriñaron la sala en detalle:

—Entonces, señor Sherlock, ¿tiene idea de quién pueda ser nuestro hombre? —preguntó Pimenta.

—Todavía no, comisario. Pero algo me dice que está cerca de nosotros. Tal vez cometa aquí su próximo crimen.

—¿En medio de esta multitud?

—Después del recital.

—No sé, señor Holmes. Comienzo a creer que este viaje fue una pérdida de tiempo.

—Por lo menos aprovecharemos la música —concluyó el detective con entusiasmo.

En un instante, todas las conversaciones cesaron en el Palacio de Cristal. El cubano José White y el portugués Artur Napoleão subieron al tablado entre calurosos aplausos. Napoleão se instaló al piano, White llevó su violín al hombro e iniciaron el sarao. El programa comenzó con sonatas de Vivaldi, Bach, Haendel y Mozart. La técnica primorosa y el talento de los dos músicos subyugaron con rapidez a los oyentes. Las señoras cerraron sus abanicos para que el murmullo del aire no estropeará la pureza de la música.

Después de las sonatas, junto con Julius Weber en viola y Manuel Zeferino en violoncelo, pasaron al “Cuarteto opus 16 en mi bemol mayor”, de Beethoven. Sherlock Holmes estaba conmovido. Jamás había esperado encontrar en los trópicos desempeños de aquel nivel. La extraordinaria calidad de los intérpretes sólo se igualaba a la recepción vibrante de los espectadores.

José White invitó a unirse al grupo al violinista Adelelmo do Nascimento, por quien nutría enorme admiración, y ejecutaron entonces el “Quinteto opus 34, en fa menor”, de Brahms. El público deliraba, emocionado. Cuando terminaron, el cubano se

enjugó la frente con un fino pañuelo de lino, alzó los brazos pidiendo silencio y dijo en una mezcla de portugués y español:

—Señoras y señores. Yo sé que hoje tenemos acá al senhor Sherlock Holmes, que como todos sabem es un fenomenal detetive inglés. Pero lo que pocos conhecem es su habilidad como violinista. Yo pediría que el senhor Holmes nos desse la honra y el placer de tocar com nosotros.

Don Pedro II fue el primero en levantarse batiendo palmas, seguido por Sarah Bernhardt, que aclamaba:

—¡Bravo! *Monsieur Holmes! Monsieur Holmes!*

El emperador la imitó desde el otro lado:

—¡Sherlock Holmes! ¡Sherlock Holmes!

Copiando de inmediato al monarca, enseguida el Palacio de Cristal en pleno gritaba su nombre:

—¡Sherlock Holmes! ¡Sherlock Holmes!

Simulando modestia, el detective hizo ademán de rehusar, pero Pimenta y Watson lo empujaron hacia adelante. El detective, que se sentía agradablemente incómodo, subió al proscenio improvisado y felicitó, uno por uno, a los músicos. Por último se acercó a José White, que le extendió su instrumento.

—Gracias, señor White. No siempre tenemos ocasión de tocar con un verdadero Stradivarius —dijo, guiñando subrepticamente un ojo a José White.

Incómodo, el cubano fingió no entender la sutil alusión al cambio de violines. Holmes se volvió hacia Artur Napoleão.

—Por favor, maestro, algo vibrante y que deben de conocer de memoria, pues tenemos aquí las partituras: “Quinteto opus 44”, de Schumann.

Sujetó lentamente el violín bajo el mentón, levantó el arco en un gesto teatral y atacó con firmeza la nostálgica melodía.

La verdad es que Sherlock Holmes podía presentarse en cualquier orquesta del mundo. Poseía talento, técnica y desenvoltura. Además, su figura recordaba la de los pálidos violinistas románticos, que tanto hacían suspirar a las doncellas casaderas. El público estaba fascinado con aquella atracción inesperada, sin saber que en breve disfrutaría de otra sorpresa:

en cuanto Holmes comenzó el tercer movimiento, en que los instrumentistas tienen ocasión de demostrar todo su virtuosismo, el marqués de Salles saltó al escenario, arrebató el instrumento a Adelelmo, el segundo violinista, e inició, de pie, un inusitado duelo musical con el detective. Sherlock se levantó y se plegó de inmediato al desafío. Ambos recorrían el tablado frente a frente, ejecutando la melodía con un ritmo alucinante. Artur Napoleão, al piano, casi no lograba acompañar la cadencia enloquecida de los violines. Pasando velozmente por las cuerdas, los arcos más parecían floretes en las manos de eximios esgrimistas. Apenas terminaba Holmes los compases de una frase, De Salles respondía. Fueron así, frenéticamente, hasta el final del movimiento. Los dos atacaron y terminaron juntos la cuarta y última parte de la obra.

Ante aquella exhibición espectacular, el selecto público del Palacio de Cristal perdió la compostura. A pesar de la presencia de don Pedro, de la emperatriz Teresa Cristina y de las princesas Leopoldina e Isabel, el auditorio, de pie, irrumpió en gritos y aplausos: “¡Bravo! ¡Bravo!”; “¡Viva Holmes! ¡Viva De Salles!”.

En escena, José White y Artur Napoleão felicitaban a los duelistas por la arrebatadora actuación. De Salles y Sherlock descendieron del estrado elogiándose mutuamente.

—Felicitaciones, amigo mío.

—No sabía que tocaba usted el violín, marqués, y de manera brillante. Fue difícil seguirlo.

Sarah Bernhardt se abrió paso entre la multitud que se codeaba para felicitarlos.

—*Mémorable!* Quiero ser la primera en besar a los héroes. Imposible decir quién estuvo mejor. ¡Si los violines fueran sables, los dos estarían muertos!

Mello Pimenta se aproximó al detective.

—Felicitaciones, señor Holmes. Sólo para oírlo valió la pena el viaje. Lástima no poder decir lo mismo en cuanto a nuestra investigación.

—No sé, comisario. Tuve la sensación de que el asesino estaba muy cerca de nosotros.

—¿Sospecha de alguien?

—Una intuición, apenas un... no sé cómo decirlo... en inglés decimos *hunch*. *Just a hunch*.

—Qué curioso, también yo tengo un palpito, pero en nuestra profesión son las evidencias lo que cuenta. Por desgracia, dejando a un lado el misterio de las orejas y las cuerdas, no tenemos más pistas.

—Tenemos una —afirmó Sherlock, al tiempo que sacaba del bolsillo del chaleco la crin que había retirado de los pliegues de la falda de Carolina de Lourdes en la morgue.

—¿Qué es eso?

—Una crin de caballo pura sangre inglés.

—¿Y qué significa? —preguntó Mello Pimenta.

—Significa que en breve vamos a las carreras —respondió Holmes, enigmático.

El marqués de Salles se les acercó rodeado por la Caterva y Maria Luísa, la linda baronesa de Avaré, que se adelantó.

—Al ver una presentación como la de esta noche, lamento un poco menos el robo de mi Stradivarius. Nunca conseguiría tocar de esa forma.

Solera de Lara, siempre literario, exclamó:

—¡Extraordinario, una fusión de Paganini y D'Artagnan! —definió el librero.

Chiquinha, que ya consideraba al detective parte del grupo, agregó entusiasmada:

—Señor Holmes, cuando quiera participar en una de mis revistas, no se haga rogar. El número que hizo hoy con el marqués es digno de cualquier teatro.

Albertito Fazelli sacó de una bolsa de cuero unos vasitos de metal y dos botellas de Dom Pérignon 74, la mejor cosecha del siglo.

—Siempre vengo preparado —explicó mientras abría las botellas.

El grupo comenzó a festejar animadamente el éxito de la reunión, en una fiesta que se extendería hasta la madrugada en el bar del hotel Mac Dowal, en la calle Princesa D. Januária.

Chiquinha Gonzaga se sentó al piano y entretuvo a todos con su repertorio de polcas, desde “*A Atraente*” hasta “*Radiante*”.

En medio de la euforia, Sherlock Holmes sólo lamentaba que Anna Candelária no se hallara presente para asistir a su estruendoso triunfo, aquella noche inolvidable del Palacio de Cristal.

18

Sentado sobre las piernas cruzadas en el piso encerado del cuarto, él se fortalece lacerándose la espalda con el látigo de siete gruesas correas de cuero, hecho con los cintos que, cuando era chico, el padre usaba para castigarlo. A pesar de los cardenales que ya le cruzan la piel, no siente dolor. Le causa hasta una sensación de placer azotar de esa forma las carnes. La autoflagelación es necesaria, pues se aproxima el momento de la confrontación final. A pesar de las orejas y las cuerdas, aún no lo han descubierto y ahora tiene la certeza de que nada impedirá el desenlace ansiosamente aguardado. Estuvo de nuevo al lado de ella, en el Palacio de Cristal. La última mujer. La última y la primera. Aquella que desencadenó dentro de él la necesidad primordial de extinguir la voluptuosidad que quema dentro de su cuerpo. Sonríe al pensar en ella: tan poderosa y tan frágil, tan distante y tan próxima. Se cubría con la fama de la infamia. Diversas veces él rozó apenas las manos contra el indecoroso vestido de la mujer, sin que los circunstantes percibieran que, a cada toque, su organismo se estremecía de asco. Piensa en Sodoma y Gomorra. Piensa en los ángeles. No en los guardianes del alma y portadores de buenas nuevas, sino en aquellos que el Señor manda a la Tierra para cumplir sus más terribles designios. Los mensajeros de las pestes, los verdugos de Dios. También él desea chuparle el alma por la boca, como un ángel vengador. Lástima que no haya sido posible aniquilarla en medio del salón, en medio de la chusma que se apiñaba a su

alrededor. Petrópolis sería el mausoleo perfecto para la gran prostituta. Petrópolis, ciudad corrompida por la corte. Petrópolis, Putrípolis, Putrópolis. Tumba digna de la mayor de todas las putas. Él siente que sus rodillas se apartan lentamente. Baja los ojos y ve que la sangre provocada por el incesante golpear del látigo en su espalda forma un charco viscoso en el piso, que lo hace resbalar sobre la tibia superficie de madera.

• • •

El Derby Club de São Cristóvão ya se había inaugurado hacía casi un año, pero el Hipódromo Fluminense, del Jockey Club, en São Francisco Xavier, todavía contaba con la preferencia de los apostadores.

Ni los más empedernidos perdedores dejaban de apreciar la belleza del lugar. La ida a las carreras se transformaba en una bellísima *promenade*. Se podía llegar al *turf* por varios caminos y hasta en los tranvías de la Compañía Vila Isabel; sin embargo, los trayectos más pintorescos eran los del ferrocarril de Rio d'Ouro, que bordeaba la playa de Retiro Saudoso, o bien en coche, siguiendo la calle Alegria hasta la plaza Benfica, desde donde se tomaba la calle del Jockey Club.

Las caballerizas alojaban caballos de pura sangre de Inglaterra, Francia, el Río de la Plata y San Pablo, que disputaban cerca de sesenta carreras por año y vendían más de quinientos mil boletos, movimiento considerable incluso para una ciudad de cuatrocientos mil habitantes como Río de Janeiro.

Era día de Gran Premio y asistiría el emperador. Por primera vez, el Gran Premio Jockey Club ofrecía cinco millones de reis al vencedor y un millón de reis a quien llegara en segundo lugar. Los diarios de la mañana anunciaban la abultada suma en sus primeras páginas:

¡UN DINERAL!

1° — 5:000\$000!

2° — 1:000\$000!

En los carteles se leían las advertencias de rigor:

- SE PROHÍBE QUE ENTREN EN EL HIPÓDROMO PERSONAS DESCALZAS
- SE MATARÁ A CUALQUIER PERRO QUE ALLÍ APAREZCA
- LAS CARRERAS SÓLO TERMINAN A LAS SEIS, CON LAS AVEMARÍAS

La sociedad fluminense desfilaba por la *pelouse* en aquellas primeras horas de una tarde soleada de los primeros días de julio. Los caballeros, de levita y sombrero de copa color ceniza, binóculos colgados del hombro, estudiaban con atención la recién lanzada revista *O Jockey*, en busca de inspiración. Las señoras y señoritas, con amplias y larguísimas faldas abultadas por postizos a la altura de las caderas, y grandes sombreros de paja cargados de flores o plumas y lazos de cintas, se pavoneaban por el césped. Andaban en pequeños grupos, antes y después de las carreras, más preocupadas por la apariencia que por el pedigrí de los animales. Muchos romances lícitos e ilícitos habían comenzado allí, como un coloquio inocente.

Los dueños de caballos, con cigarros enormes en la boca, paseaban por la zona de ensilladura dando instrucciones a los yóqueys uniformados, siempre en voz baja, conspiratoria, para no echar pálpitos valiosos en los oídos de los apostadores aventureros. Igual a los modelos europeos, el Jockey Club seguía el reglamento de los hipódromos ingleses: *a best of heats*. Machado de Assis acostumbraba decir que nuestras carreras no tenían nada que envidiar a las de Epsom.

Circulando en medio de los aficionados que se aglomeraban frente a las ventanillas de apuestas, estaba Fernando Limeira, el Alazán. Limeira no era jugador, pero el hipódromo le brindaba una ocasión especial para la aplicación de uno de sus más simples e ingeniosos golpes. Antes de la carrera, abordaba a un jugador y le susurraba al oído: “Supe, en reserva, por el cuidador, que el ganador va a ser el número tal... No quiero que me des nada antes, pero cuando el animal gane, lo que es más que seguro, me pagas el treinta por ciento de la ganancia de la apuesta”. Si había cinco caballos inscriptos, Limeira repetía esta estratagema con

cinco apostadores, ofreciendo un nombre diferente a cada uno de ellos. Al final de la carrera, se acercaba al que había ganado y cobraba su valiosa “fija”.

El Gran Premio estaba a punto de correrse, con diez animales inscriptos. El Alazán ya había convencido a nueve crédulos con sus “informaciones confidenciales”. Faltaba apenas un incauto a quien pasar el nombre del último caballo. La situación estaba difícil. Ya había ofrecido sus datos a dos portugueses y tres hacendados del interior, y todos le hicieron oídos sordos. Nueve de diez constituían una seguridad razonable de tener al vencedor, pero Fernando Limeira abominaba del riesgo. Comenzó a ponerse aprensivo; necesitaba encontrar un “cliente” antes de que el juez, con su bandera de colores, diera la señal de largada. Fue entonces cuando divisó a Salomão Calif acompañado por la familia. El árabe era un jugador inveterado y utilizaba el pretexto de llevar a la gorda mujer y los hijos gemelos al paseo por el hipódromo, para apostar enormes sumas de dinero. El Alazán se aproximó al sastre y le tironeó del brazo.

—¡Salomão, qué bueno verte!

—¿Bueno por qué? Hoy no consigo encontrar nada bueno —rezongó, malhumorado, Salomão Calif, que todavía no había logrado acertar un resultado.

—Porque tengo una información de caballeriza para esta carrera. Gana Scarlet Thunder, el número 1. Lo supe por el propio entrenador —le confió Limeira.

—¿Cómo dices? Anduve examinando los pronósticos y nadie gana esta carrera a no ser Panache, el número 4. Y a él voy a jugarle mis últimos tostones.

Panache, de propiedad del presidente del Jockey Club, Luiz Gaudie Ley, era sin duda el favorito de la prueba. Debía ganar el Gran Premio de punta a punta. Fernando Limeira disfrazó su ansiedad, pues ya había “vendido” el número 4 a una vieja viciosa en la tribuna social. Insistió con Calif:

—No digas tonterías. Scarlet Thunder es el vencedor. No quiero que me pagues, pues sabes que no les cobro a los amigos. Tú apuestas y, cuando cobres, ahí sí me das algo de la ganancia

—propuso el Alazán, mientras miraba afligido los animales que se aproximaban a la línea de largada.

—Le juego a Panache y no te doy nada —se obstinó el árabe en tanto echaba miradas de soslayo a los dos gemelos, vestidos de manera idéntica, que jugaban en el césped.

Casi desesperado, Limeira apeló a un último recurso.

—Salomão, eres mi amigo y no puedo dejar que pierdas tus cobres así no más. Te voy a contar la verdad. Tienes razón: Panache debería ganar esta carrera con toda facilidad. Hasta los yóqueys iban a apostarle a escondidas.

—¿Y?

Limeira bajó aún más el tono de voz.

—Lo que pasa es que el animal despertó raro esa mañana; hasta se negó a comer la ración. Sabes bien que, cuando el animal no come, es que está enfermo. Entonces el entrenador y sus amigos resolvieron hacerle una propuesta al propietario. Él deja que el bicho corra igual, como favorito de la prueba, pero va a apostar alto a Scarlet Thunder, pues Panache era el único animal que podía vencerlo.

El sastre se interesó.

—¿Cómo descubriste todo eso?

—El caballerizo de Panache sale con la cocinera de mis padres —inventó el Alazán.

Era lo que necesitaba para convencer a Salomão Calif: el árabe corrió a las ventanillas de apuestas y jugó al número 1 todo lo que le quedaba. Fernando Limeira se alejó satisfecho para asistir a la carrera desde lejos. Si el caballo ganaba, volvería a cobrar su comisión; caso contrario, no quería estar cerca de ninguno de sus “clientes”.

Mientras el encuentro de Limeira y Calif se desarrollaba en la *pelouse*, en la tribuna imperial don Pedro II, rodeado de condes y barones, el marqués de Salles (que fingía acompañar a la baronesa de Avaré) y el adulador vizconde de Ibituaçu, narraba a Sherlock Holmes y al doctor Watson las maravillas curativas de Araxá:

—Es tal como les digo. Araxá no tiene nada que envidiar a

Wiesbaden y a Vichy. Siempre que puedo, me quedo por allí unas dos semanas; me hace un bien enorme al reumatismo. Deberían visitar la ciudad; tengo la certeza de que el doctor Watson, como médico, quedaría impresionado con las aguas del lugar.

—Tal vez en una próxima oportunidad —respondió Watson con cortesía, esquivando el incómodo viaje.

Más apartados, Miguel Solera de Lara y Guimarães Passos observaban a las jóvenes ataviadas con los más recientes modelos traídos de París.

—Entonces, Miguel, tú que eres soltero y considerado un buen partido, ¿no te animas? Mira qué bellezas... —bromeó Guimarães.

—Para ser franco, amigo Passos, encuentro ridículas esas patéticas exhibiciones de elegancia —confesó el librero, disfrazando un bostezo *blasé*.

La baronesa de Avaré leía entusiasmada al marqués de Salles unos fragmentos de la crítica que había salido sobre el sarao de Petrópolis, en el *Jornal do Commercio*:

—“...nacieron para concertistas, porque poseen una sangre fría extraordinaria, y es una lástima que no sigan esta carrera, por ser uno detective y el otro noble, pues les estaba destinada una sucesión ininterrumpida de triunfos...”

Holmes, que analizaba fascinado a los animales que trotaban por la pista, se dirigió al emperador:

—No sabía que a Su Majestad le gustaban las carreras. Como sabe, es una tradición muy antigua de la familia real inglesa. Hasta hubo una broma pesada que hicieron hace muchos años a nuestro rey Jorge, que adoraba los caballos.

Don Pedro, la mirada fija en Sherlock, espetó, lacónico:

—Hijo de Puta.

La comitiva del monarca quedó paralizada, pasmada ante la palabrota imperial.

—Exactamente, Hijo de Puta —respondió con calma Sherlock Holmes.

El emperador irrumpió en una carcajada, seguido por Holmes. Como los nobles que los rodeaban continuaban perplejos, don Pedro explicó:

—Hijo de Puta era el nombre de un pura sangre que pertenecía al rey Jorge IV. Fue bautizado por el embajador de Portugal, un hombre muy bromista del que era amigo.

Sherlock Holmes corrigió:

—La broma no habría tenido consecuencias, pues el rey poseía decenas de potros, pero resultó que el bendito caballo se transformó en campeón. Ganó la prueba de St. Leger, en Doncaster, e hicieron varios grabados en honor a esa victoria.

—Felizmente, sólo quien sabe portugués percibe la travesura del irreverente lusitano —completó el emperador para el pequeño público, que ahora también reía aliviado.

El vizconde de Ibituaçu, adulator irreductible, no perdió la oportunidad para una lisonja:

—Sólo un monarca de alta estirpe podría contar de manera tan sutil este *double-sens*.

De pronto se oyó un rumor de voces y todos los ojos se volvieron hacia la entrada. Sarah Bernhardt acababa de llegar. Iba acompañada por Philippe Garnier, que, según los chismes, además de interpretar a Armand Duval en *La dama de las camelias* era también su amante en la vida real. Vestía un maravilloso vestido azul con falda amplia y un ancho sombrero florido sujeto al mentón por una cinta del mismo color. Más parecía una mariposa gigantesca que revoloteaba en dirección a don Pedro.

—Perdóneme por el atraso, Majestad. Tuve que pasar entre un grupo de jóvenes que se manifestaba contra la esclavitud. Llevaban carteles y cantaban, transformando la protesta en una fiesta.

—Espero que no la hayan molestado, *madame* —dijo el emperador, algo disgustado.

—Al contrario, eran alegres y joviales. Me entusiasmé tanto que casi me uní al grupo. Philippe quiso intervenir, pues todavía estaba preocupado por lo de ayer a la noche, pero es claro que no había motivo.

—¿Qué pasó ayer a la noche? —quiso saber Sherlock Holmes.

—Nada, apenas un recelo infundado por parte de mi joven amigo. Creyó que nos seguían al salir del teatro.

—¿Vio quién era? —preguntó el detective.

—No, estaba bastante oscuro y el hombre se mantenía alejado. Tal vez era sólo un admirador. Estoy habituada a ese tipo de adoración a distancia, pero Philippe es demasiado cuidadoso cuando de mi persona se trata —agregó, sonriente, la Bernhardt, mientras acariciaba el rostro del actor.

—Aun así, hoy, cuando vi que esa turba gritaba a las puertas del hipódromo, me puso aprensivo —se disculpó Garnier.

—*Chéri*, yo no calificaría de “turba” a esos muchachos empeñados en una causa tan noble. Además, Majestad, no deje de dar mis felicitaciones a su hija; supe que es una de las defensoras de la abolición.

El emperador se apresuró a cambiar de tema.

—El Gran Premio está por empezar. ¿La señora Bernhardt va a hacer alguna apuesta?

—Me encantaría, pero en realidad no sé a cuál jugarle. Todos los caballos me parecen maravillosos —afirmó Sarah Bernhardt.

Sherlock Holmes ofreció su ayuda:

—Si me permite, puedo hacerle una sugerencia. Asistí a la presentación de los animales y Scarlet Thunder me pareció el mejor.

Sarah examinó la lista.

—Creo que mi querido Holmes escoge ese caballo porque tiene un nombre inglés. Como francesa, me voy a quedar con Panache —respondió, bromeando con el amigo.

Abrió la pequeña cartera y le pidió a Philippe Garnier que hiciera la apuesta. Sherlock Holmes y el doctor Watson se abstuvieron de jugar; los otros, por galantería, siguieron el pálpito de Sarah.

Momentos después, los caballos corrían veloces por la pista. Un puro sangre argentino, Rayo de Luna, tomó la delantera y aventajó con rapidez a los otros animales. El público vibraba, incentivando a sus favoritos, gritándoles los nombres: “¡Vamos, Biscaia!”; “¡Dale, Saltarelle!”; “¡Adelante, Regalia!”; “¡Ánimo, Bonita!”.

Los animales terminaron la primera vuelta y poco a poco

Rayo de Luna comenzó a dar señales de cansancio. Tres potros se destacaron de entre el pelotón y fueron a darle combate: Scarlet Thunder, Bonita y Panache, que corría por fuera. Completaron la última curva y entraron en la recta, disparados en dirección al poste de llegada. Bonita y Scarlet Thunder galopaban juntos, casi pegados, alternándose el primer lugar. Los yóqueys les fustigaban las ancas sudadas con sus pequeños rebenques. La multitud aullaba en una hinchada continua. Salomão Calif, al ver a su caballo en aquella batalla disputada hocico a hocico, se puso a gritar como un desaforado, y al hacerlo revelaba el acento árabe que a veces le retornaba en momentos de nerviosismo:

—*¡Básalo bor el costado! ¡Básalo, gaballito, básalo!*

Tan entretenidos estaban los caballeros, que no percibieron el avance fulminante de Panache, atropellando por fuera, muy junto a la cerca de madera que guarnecía la pista. El elegido por Sarah Bernhardt tomó la delantera. Aún tuvo aliento para distanciarse varios metros de los dos adversarios y cruzar victorioso la línea de llegada.

El *turfman* doctor Luiz Gaudie Ley ya se encontraba, eufórico, en el *paddock*, a la espera de su glorioso vencedor. Como presidente del Jockey y propietario, su felicidad era doble: por entregar y por recibir el premio. En la tribuna imperial, todos felicitaban a Sarah por su intuición hípica. La actriz azuzó al detective.

—¿Vio, mi querido Holmes? Por lo menos en el hipódromo, Francia llegó adelante de Inglaterra.

—Felicitaciones, *madame*. Lástima que los generales de Napoleón no tuvieran su perspicacia —ironizó el detective.

—*Touché* —respondió, riendo, la Divina.

Sherlock Holmes se dirigió al emperador:

—Le pido permiso para despedirme de Su Majestad. Ya nos vamos. Fue una tarde encantadora, le agradezco inmensamente.

Watson y Sherlock besaron la mano de Sarah Bernhardt y saludaron a todos. Al descender las escaleras de la tribuna, Holmes se volvió y preguntó:

—Antes de regresar al hotel hay algo que quisiera saber. ¿Cómo se puede llegar a las caballerizas?

El marqués de Salles se ofreció a acompañarlos.

—Tengo libre acceso a esa zona.

Atravesaron el césped en dirección a las cuadras. El comisario Mello Pimenta los esperaba a la entrada del *paddock*.

—Marqués de Salles, qué sorpresa; no esperaba encontrarlo por aquí.

—Hace años que no me pierdo un Gran Premio, comisario. Además, tengo un caballo inscripto en el Cruzeiro do Sul, en septiembre.

Sherlock Holmes procuró librarse de De Salles.

—Gracias, marqués. Supongo que a partir de aquí el comisario se encargará de acompañarme.

Pimenta se dirigió al detective.

—Entonces, señor Holmes, ¿va a decirme por fin el motivo de este misterioso encuentro aquí en el hipódromo?

—Venga, comisario —dijo Holmes, que atravesó el *paddock* rumbo a las caballerizas. Mello Pimenta mostró sus documentos y lo siguió de cerca, junto con Watson. Movidio por la curiosidad, el marqués fue con el grupo.

En cuanto entraron en la primera caballeriza, Holmes sacó la lupa y comenzó a recorrer con ella los largos protectores laterales de cuero que se usaban para impedir que los animales se hirieran al entrar en el cubículo. Pasó las manos por ellos, y las puntas de los dedos le quedaron grasosas.

—Era lo que yo sospechaba...

—¿Qué sospechaba, señor Holmes? —indagó Mello Pimenta, excitado por la singular pesquisa.

Holmes no respondió. En cambio, se acercó al caballo que descansaba recostado contra un travesaño y, con un tirón seco, le arrancó una de las crines de la cola. El potro, tomado por sorpresa, lanzó una violenta coz que arrojó al detective al suelo. Por suerte, Holmes fue alcanzado de costado, de modo que la patada no tuvo mayores consecuencias, aunque el daño ya había sido hecho. Nervioso, el animal se puso a relinchar. Uno de los caballerizos apareció corriendo, antes de que Mello Pimenta pudiera intervenir.

—¡Eh! ¿Qué está haciendo aquí? —gritó, y aplicó un puntapié al inglés.

Holmes se levantó con presteza, esquivando el golpe que el muchacho le lanzaba al mentón. Se puso en guardia y se colocó en postura de luchador. Era un eximio *boxeur* desde los tiempos del colegio. Asestó un rápido directo de izquierda, pero, para su sorpresa, el hombre giró, se desvió y, apoyando las manos en el piso, ejecutó una pirueta con la que alcanzó a Sherlock con ambos pies. Mientras el inglés trataba de recuperar el equilibrio, el caballerizo, casi acostado, trazó con el cuerpo un ancho círculo y le hizo una zancadilla tal que Holmes fue nuevamente derribado. Watson y De Salles se dispusieron a intervenir, pero Mello Pimenta se adelantó e interrumpió la pelea.

—¡Basta! ¡Policía! Comisario Mello Pimenta. Estamos aquí en una búsqueda oficial.

—Perdón, comisario, pensé que era la “patota de las trampas”. Viven haciéndonos la vida imposible —se disculpó el empleado, refiriéndose a la banda que vivía de estafar con las apuestas.

—¿Está herido, señor Holmes? —De Salles ayudó a Sherlock a levantarse.

—¿Quiere presentar una queja por agresión? —ofreció Pimenta.

El detective se arregló la ropa arrugada en la contienda.

—De ninguna manera. El muchacho actuó en todo su derecho; éramos nosotros los intrusos.

Watson, preocupado, todavía palpaba el cuerpo del amigo en busca de alguna fractura. Holmes, rehecho del susto, sentía curiosidad.

—Sólo me gustaría saber qué forma de combate es ésa. Jamás vi semejante agilidad con las piernas.

Como el caballerizo permanecía cabizbajo, Mello Pimenta explicó:

—*Capoeira*.

—¿*Capoeira*?

—Una lucha creada por los negros de Angola. Mucho me admira que este hombre la haya practicado ante mis ojos. Él sabe

muy bien que la *capoeira* es peligrosa. Inclusive queremos declararla ilegal —concluyó con severidad el comisario.

Sherlock resolvió defender al muchacho.

—Creo que en este caso deberíamos dejarlo pasar. Después de todo, el joven corría riesgo de vida.

—¿Riesgo de vida? —dudó Pimenta.

—Vea usted, comisario, mis golpes de boxeo son mortales. Tengo lo que llamamos “puño prohibido” —informó al tiempo que flexionaba los dedos.

—Bueno, por esta vez pasa. Vete ya mismo de aquí antes de que te mande al calabozo —dijo Mello Pimenta para ahuyentar al asustado empleado.

Holmes volvió a la caballeriza, donde el potro estaba de nuevo sereno. Acarició el lomo sedoso del animal.

—Por lo menos, descubrí lo que deseaba. Una vez más, mis deducciones fueron correctas.

—¿Puedo saber de qué está hablando? —preguntó Mello Pimenta, impaciente.

Holmes reitro del bolsillo del chaleco un pelo enrollado, lo juntó con el que había arrancado del caballo y reveló en detalle sus descubrimientos.

—Cuando estuvimos en la morgue, encontré esta crin perdida entre las prendas de la muchacha asesinada. Percibí de inmediato que era un pelo de un caballo de pura sangre.

—¿Cómo? —indagó el comisario.

—Los cuidadores acostumbran pasar una brillantina especial en las crines y las colas de los animales, para mantenerlas lustrosas. Miren cómo las dos crines están cubiertas por el mismo material.

De Salles y Mello Pimenta examinaron los pelos. Watson, que no entendía palabra de lo que se decía, aguardaba, paciente, una traducción posterior. Sherlock Holmes continuó:

—Se trata de la Mr. Brewster Pommade, confeccionada especialmente en German Street. Si observan con atención, encontrarán vestigios de este ungüento en todos los protectores de la caballeriza. Los dejan los caballos al rozarse en el travesaño.

—¿Por lo tanto? —preguntó Mello Pimenta, que todavía no comprendía muy bien el razonamiento de Holmes.

—Por lo tanto, el asesino que buscamos anda cerca de caballos de pura sangre, o bien es propietario de algunos —sentenció el detective.

El comisario se admiró de aquella impecable deducción del inglés.

—Señor Holmes, creo que dimos un paso importante en nuestras investigaciones.

—Lo dudo mucho —intervino el marqués de Salles, mientras palpaba los pelos.

—¿Cómo que lo duda? El razonamiento del señor Sherlock Holmes es perfecto.

—Casi. Al tacto se percibe que las esencias que embeben las dos crines son diferentes. Una está realmente empapada de pomada, pero la otra, la que se encontró en la ropa de la muchacha muerta, tiene otra sustancia, más áspera y no tan brillante.

—¿Y qué sería? —cuestionó Holmes, un poco fastidiado.

—Brea. La brea que se pasa en los arcos de violín. Como usted bien sabe, los arcos del instrumento se hacen con crin, y esta crin se recubre siempre con brea. La que usted encontró junto a la ropa de la víctima era del arco del violín utilizado por el asesino —terminó De Salles, y devolvió los pelos a Sherlock.

Holmes sabía cuando lo habían derrotado. Aun así, no era hombre de dar el brazo a torcer.

—Felicitaciones, marqués, tiene toda la razón. Desde luego, lo percibí en el acto; sólo estaba probando su capacidad de deducción. —Tiró los dos pelos de cola de caballo.

—¿Podemos irnos? —quiso saber el doctor Watson, que ya se había cansado de oír sin comprender.

Los cuatro se dirigieron a la salida del Jockey Club, Sherlock Holmes adelante, aparentando total desprecio por el pequeño equívoco que lo había llevado a las carreras. Al pasar por la *pelouse* fueron sorprendidos por Salomão Calif, que corría, desesperado, detrás de Fernando Limeira, el Alazán. Trastornado, el árabe gritaba, boletos rotos en la mano:

—¿Así que Panache rechazó la ración? ¡Canalla, mentiroso! ¡Se comió la de él y la de los otros! ¡Se comió la de él y la de los otros! —Y maldecía, descontrolado: —¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta!

Los gritos eran tan feroces que llegaban hasta la tribuna imperial. Al ver la incomodidad del emperador ante el impropio, el vizconde de Ibituaçu, sempiterno adulator, disfrazó comentando servilmente:

—Mire, Majestad, otro que conoce la historia del caballo inglés...

19

En ese año de 1886, el Paseo Público era muy diferente de cuando abriera sus puertas, hacía más de un siglo.

En la ocasión, había en los alrededores del Convento de la Ayuda una laguna que emponzoñaba la ciudad. El virrey Luiz de Vasconcellos ordenó que la rellenaran, con lo cual se destruyó aquel pernicioso foco de infección. No satisfecho, resolvió transformar en jardín el terreno otrora inútil y pestilente. Así nació el Paseo Público.

Los jardines se transformaron rápidamente en el punto preferido de los cariocas, que allí iban a pasear y apreciar la brisa suave, el dulce aroma de las arboledas y el gorjeo de los pájaros.

De noche, en los bancos de piedra colocados bajo los árboles, se oía el gemir de una guitarra, al son cadencioso de alguna voz que modulaba trovas de amor:

“Todas las canciones que sé,
todas el viento se las llevó.
Sólo una de mi amorcito
en el corazón me quedó...”

Ya me voy, ya me voy.
Es mentira, no me voy, no.
Mientras mi pecho siga,
mi corazón no se va, no...”

Frente al portón había una calle bautizada por el pueblo con el nombre de “Bellas noches”, pues por aquel camino pasaban los enamorados en las noches de luna. Al cabo de algunos años se cambió el nombre poético por el de “Marrecas” (patos), debido a las aves de la fuente allí construida.

Rodeando el Paseo a lo largo de su extensión había un muro, que terminaba en una enorme galería, junto al mar. Los portones de hierro de la entrada estaban adornados por un ancho medallón de bronce dorado, con las armas de Portugal en una de las caras y, en la otra, las efigies de doña María I y don Pedro III. Bajo los retratos, se leía en relieve: “*Maria I et Petro III — Brasiliae Regibus 1783*”.

El Paseo, dividido en diez calles flanqueadas de árboles, iba a dar a un lago situado en el centro del jardín. Éste terminaba en cascadas, sobre cuyas piedras y arbustos se posaban garzas de bronce, con picos que goteaban. En el centro de las cascadas se erguía un cocotero de hierro pintado al natural y en la base se veían dos yacarés entrelazados que arrojaban agua por la boca, produciendo un murmullo manso y canoro. Por detrás de la fuente había una estatuilla de un niño, con un cayado en la mano, que lanzaba agua en un barril de piedra. El chico estaba desnudo y llevaba una banda con la leyenda: “Soy útil incluso jugando”. Era la Fuente de los Amores.

Por los caminos, adornados con maceteros y bustos de mármol, que iban desde las puertas hasta la inmensa terraza que daba hacia el océano, se veían mesas y bancos de piedra bajo emparrados y jazmines de la India.

Todavía existía, a la derecha, el antiguo Café, de arquitectura griega, al lado del cenador donde, en los buenos tiempos, se presentaba una banda de música alemana. Los estudiantes bohemios le habían dado un mote altamente pornográfico que persiste hasta estos días: “Culo de la Madre”. En presencia de las señoras, a él se referían como el café “C. D. M.”, o café “Casa de la Moneda”.

En el 86, el Paseo había sufrido grandes modificaciones. La lluvia arruinó el cocotero de la cascada. No obstante, no sólo el

tiempo se encargó de estropear las obras del Paseo: también, por negligencia y descuido, los sucesores del virrey dejaron de conservar aquellos ornamentos realizados con tanto esfuerzo y buena voluntad. Desaparecieron los pájaros que embellecían la cascada y, cuando el rey João VI, escapando a las guerras napoleónicas, transfirió Portugal para acá, los faroles labrados fueron quitados para destinarlos a la iluminación del palacio. Como decían los diarios, “la dejadez de la administración pública conduce a la muerte degradante a los establecimientos públicos con mayor rapidez que los estragos producidos por los años y las intemperies”.

Todavía era hermoso, el jardín. Ahora, el espacio de cinco mil cuarenta brazas iluminado con gas había sido proyectado con moderna perspectiva. No se veía ya la antigua regularidad en el trazado. La simetría calculada del viejo jardinero dio lugar a líneas curvas y graciosas, en una elegante y al mismo tiempo displicente imitación de la naturaleza. Unas verjas reemplazaban los muros, y por ellas se divisaban extensiones de césped de diversas dimensiones, recubiertas de flores. Sobre el pasto, arbustos solitarios se alternaban con grupos de árboles que formaban pequeños bosques.

En cuanto se llegaba, un cartel situado junto a las garitas avisaba a los impertinentes:

ESTÁ PROHIBIDA LA ENTRADA EN EL PASEO A ANIMALES DAÑINOS DE CUALQUIER NATURALEZA, A PERSONAS EBRIAS Y LOCAS, DESCALZAS, VESTIDAS DE MANERA INDECENTE, ARMADAS, Y A ESCLAVOS, INCLUSO CON ROPAS DECENTES, A NO SER LAS AYAS O NIÑERAS QUE CONDUZCAN NIÑOS.

TAMBIÉN ESTÁ PROHIBIDO EL ACCESO A LOS MENORES DE DIEZ AÑOS, SI NO SE HALLAN ACOMPAÑADOS POR QUIEN LES IMPIDA PRACTICAR MALDADES O IR A LUGARES PELIGROSOS PARA SU EDAD.

EN CUANTO AL PÚBLICO, DEBE ABSTENERSE DEL PILLAJE Y DE TODO CUANTO PUEDA PERJUDICAR LAS PLANTAS Y ORNAMENTOS DEL JARDÍN.

Por este lugar paradisíaco paseaban Sherlock Holmes y Anna Candelária. La luna llena sobresalía en el cielo repleto de estrellas. Los dos volvieron al fin a verse después de varios desencuentros.

Aprovechando un día de descanso de Anna en el teatro, Holmes la había invitado a cenar en el Maison Dorée, en la plaza Carioca, y después se ofreció a llevarla a la casa. Como vivía en la calle Marrecas, al llegar a la puerta Anna sugirió que aprovecharan la noche agradable para dar una vuelta por el Paseo. Sherlock estaba embriagado, radiante como un adolescente. Había descubierto una emoción diferente, pues caminaban todo el tiempo tomados de la mano, experiencia nunca vivida por él. Por primera vez en su vida adulta sentía durante un lapso tan prolongado el toque de una mujer. La palma suave y cálida de la muchacha le causaba una sensación casi febril. Ya no era Sherlock Holmes, sino apenas una extensión de Anna Candelária, como si aquellas manos entrelazadas fueran más que el fortuito encuentro de dos extremidades. Quería permanecer así para siempre, amalgamado a ella. Le hacía bien olvidar, por esos breves instantes, el violín, las cuerdas, los crímenes y las orejas cortadas. La joven le hablaba con dulzura de las maravillas del lugar.

—Desde la ventana de mi cuarto veo todo el parque. A veces, los domingos, me quedo horas mirando a las personas que vienen a pasar el día. Es interesante observar sin ser observada. Algunas familias traen cestas de picnic, otras pasan todo el tiempo reprendiendo a los hijos chicos... Pero, desde que te conocí, lo que más me gusta es quedarme escuchando las canciones sentimentales de los guitarristas. —Anna canturreó bajito, sin mirar a los ojos de Holmes:

“Un día puedes cansarte
de mi amor inocente,
pero te pido que no acojas
en el corazón a otra amante.
¿Qué hago con esta añoranza,
si ese momento llegara?
Por eso todas las lágrimas
las guardo para llorarte...”

Holmes, cohibido, no sabía qué decir. Sus conocimientos románticos se limitaban a una visita a la tumba de Keats, en Roma,

y a una puesta de *Romeo y Julieta* en el Christ Church College, en Oxford, donde había interpretado el papel de Mercucio. Julieta era personificada por un alumno gordo y pecoso. A no ser bajo la influencia del *cannabis*, jamás había pronunciado una frase amorosa. La verdad es que le faltaba intimidad con el sexo frágil. ¿Cómo podría haber aprendido a conversar con las mujeres, si no tenía hermanas y si, desde los días de la Boarding School hasta el Caius College, en Cambridge, sólo se había visto rodeado de compañías masculinas? El contacto femenino más intenso que había experimentado era con su ama de llaves, la señora Hudson. Por suerte, Holmes era un hombre de múltiples recursos. Podría no entender de lirismos, pero era perito en botánica. Cuando Anna Candelária terminó de cantar, él le murmuró con ternura al oído, mientras señalaba el paisaje:

—Mucha gente cree que estos jardines asimétricos fueron inventados en Inglaterra...

—¿Cómo dices, querido?

Sherlock carraspeó e insistió, más tierno todavía:

—Te dije que mucha gente cree que estos jardines asimétricos son una invención inglesa...

—¿Y?

—Pero no lo son, mi amor. Comenzaron a usarse en China, en el reinado de Long-Teching, y los ingleses los llevaron a Europa. Las personas menos informadas piensan que es una invención inglesa, pasión de mi vida...

—Ah, sí... —dijo Anna Candelária en tanto tironeaba al detective hacia un banco de piedra ubicado debajo de un lozano *jequitibá*.

—Así es, amor. En Europa fue el arquitecto William Kent el que estableció el primer jardín paisajista, como éste de aquí, en Stowe House. A pesar de la apariencia desordenada, la combinación de las plantas es científica, mi queridísima Anna... Las formas irregulares hicieron que el escritor Horace Walpole escribiera que, para Kent, “toda la naturaleza era un jardín”. ¿No es lindo, mi amada? —concluyó Sherlock con galantería, como si acabara de recitar un poema de amor.

Primero atónita y después riendo, Anna Candelária contestó:

—¿Sabes qué es lo lindo? ¡Que estoy loca por darte un beso!

—exclamó la muchacha, y se apresuró a apoyar sus labios sobre los de Holmes.

El inglés respondió a la caricia con un ardor insospechado. No sabía que guardaba dentro de sí tanto deseo. Comenzó acariciándole el seno, con una de las manos, por encima de la blusa, mientras, al mismo tiempo, con la otra trataba de encontrar un camino bajo las anchas faldas de la hermosa mulata. De repente, con una osadía hasta entonces insólita para esos asuntos, se encontró preguntando, jadeante:

—Amor mío, ¿por qué no vamos a tu casa?

—Bien quisiera, pero mi cuarto es alquilado y la patrona es severísima —explicó Anna Candelária, casi sin aliento.

—¿Vamos para mi hotel? —preguntó Sherlock, sin dejar de besarla, echado sobre ella en el banco.

—Es muy lejos... ¡No pares! ¡No pares! —susurraba Anna, apretando cada vez más al inglés sobre su cuerpo.

Alucinado, él palpaba los muslos calientes y húmedos bajo el pesado vestido. La mano nerviosa de la muchacha recorría el sexo del detective. Incluso en medio de tanta pasión, la mente analítica de Holmes no pudo dejar de reflexionar sobre aquel fenómeno asombroso: nunca había imaginado que su miembro pudiera alcanzar tamañas proporciones ni endurecerse de tal manera. Le mordisqueaba los labios pulposos y ella respondía explorándole la boca con la lengua. Perdieron la noción del tiempo y del espacio. Ya ni sabían dónde estaban. Poco les importaba que fuera el Paseo Público; el instinto exacerbado de los amantes transformaba el vasto jardín en alcoba. Trataban de rasgarse la ropa para sentir mejor el ardor de sus cuerpos. Iban a alcanzar el clímax allí mismo, en el lecho de piedra improvisado, cuando los interrumpió con brusquedad un agente de policía del Cuerpo de Guardas Urbanos.

—¡Policía! ¡Están presos!

Los dos se recompusieron de la mejor manera posible. Anna Candelária continuaba asustada, pero Holmes enseguida recuperó su flema.

—Tenga calma, policía. Le garantizo que acá no hacíamos nada reprobable. Solamente estábamos conversando —afirmó mientras volvía a meterse los faldones de la camisa dentro del pantalón y trataba de abotonarse disimuladamente la bragueta.

El agente de la Policía de la Corte se puso furioso, a pesar de su poca estatura:

—Ustedes, los portugueses, son muy abusadores. ¿Qué se cree? Tiene que respetar la ley. ¡Esto ya no es una colonia! —vociferó, confundido por el acento de Holmes.

—Se equivoca. Soy inglés y me llamo Sherlock Holmes.

—No me interesa quién es usted. Sólo sé que los sorprendí en un atentado a la moral y las buenas costumbres. ¡Esto es el Paseo Público, ciudadano, no la casa de la madre Joana! —sentenció el guarda.

Holmes, que no conocía esa expresión para denominar a los burdeles, retrucó impasible:

—El nombre de la señorita es Anna, no Joana. Y hágame el favor de dejar a la señora madre fuera de todo esto.

—Basta de charla. ¡Todos al calabozo!

—Todos, no. La señorita nada tiene que ver con lo sucedido. Si es que ocurrió algo censurable, ella sólo fue víctima de mi arrebato insensato —confesó Sherlock, que se colocó, en actitud protectora, delante de Anna Candelária.

El agente pensó en protestar, pero, como estaba solo, al ver la actitud resuelta y sobre todo el tamaño de Holmes, optó por una solución conciliatoria:

—Está bien, pero, si hiciera falta, después ella va a tener que prestar declaración.

El detective se despidió de una Anna todavía trémula con un *shake-hands* británico. La muchacha salió rápido en dirección a su casa, antes de que el “mataperros” cambiara de idea. Sherlock se volvió hacia el guarda.

—¿Vamos?

El policía lo tomó del brazo y siguieron rumbo al distrito. La diferencia de altura entre los dos era tan grande que, a no ser por el elegante uniforme del Cuerpo de Guardas Urbanos, resultaba difícil saber quién detenía a quién.

Por muy poco Sherlock Holmes no perdió su inefable virginidad bajo las ramas de un frondoso *jequitibá* del idílico Paseo Público.

• • •

El capitán Pina Couto, del quinto distrito del Cuerpo Militar de la Policía de la Corte, se hallaba de un indescriptible mal humor. Tenía motivos para ello. Primero, detestaba que ocurrieran incidentes durante su horario nocturno; segundo, no toleraba la fama que comenzaba a poner de relieve el nombre de Mello Pimenta. Y el responsable de gran parte de esa notoriedad era precisamente el inglés alto y tieso que tenía delante. El agente que lo había llevado hacía más de una hora ya había explicado las circunstancias en que detuviera a Sherlock Holmes, pero Pina Couto sabía muy bien que, por más que eso le produjera inmenso placer, no podría labrar un acta de flagrante delito que involucrara su nombre. Después de todo, Holmes era invitado personal del emperador y se ocupaba de develar los hediondos crímenes del "Cazador de orejas", como lo llamaban los diarios. Muy contra su voluntad, reconocía que no podría procesar a Sherlock por atentado a la moral y las buenas costumbres. Además, cuando el comisario Mello Pimenta supiera de lo ocurrido, libraría a su "compañero" de cualquier inconveniente. Aun así, resolvió dar una lección al detective. Antes de que Pimenta pudiera interferir, el lo guardaría en una celda grande, hasta el amanecer, junto con los detenidos veteranos, la ralea del calabozo. No era una actitud honesta, pero no iba a dejar, así no más, que un extranjero transformara los jardines de la ciudad en bosques de sátiros.

—Es grave lo que ha hecho, señor Holmes, muy grave. No entiendo por qué, por lo menos, no alquilaron un cupé para andar alrededor del parque —dijo el capitán, refiriéndose a los elegantes carruajes de alquiler decorados con espejos, seda adamascada y plata, verdaderas camas ambulantes que se anunciaban a diario en los periódicos.

—Ya le dije que no tengo explicaciones que dar. Hágame el favor de mandar llamar al comisario Mello Pimenta.

—No tengo cómo encontrarlo a esta hora. Lo siento mucho, pero va a tener que pasar la noche en el calabozo.

—*Preposterous!* —exclamó Sherlock, que no lograba encontrar la palabra equivalente en portugués.

—No sé cómo es en su país. Aquí, la ley es para todos —afirmó Pina Couto con cinismo.

—Le aseguro que se arrepentirá de este atrevimiento.

—Perdón, señor Holmes, pero me parece que el atrevido fue usted...

Pina Couto llamó a los guardas y les ordenó que acompañaran al detective hasta la prisión ubicada en los fondos del distrito. Dentro del mismo cubículo, cinco gigantescos canallas aguardaban para recibirlo con la atención reservada a los prisioneros novatos. Sherlock se puso tenso al ver a los facinerosos detrás de las rejas.

—¡Exijo, por lo menos, una celda separada!

—El capitán dijo que es aquí mismo —informó uno de los agentes.

Los presos, groseros, gritaban para llamarle la atención:

—¿Qué pasa, bonito, no te gustamos?

—Ven sin miedo, que aquí sólo te vamos a dar cariño...

Se reían y hacían gestos grotescos en su dirección. Sherlock trató de librarse de los agentes y un guarda más acudió en auxilio de los compañeros. Continuaron arrastrando al detective que pateaba, y exigía que lo soltaran. Cuando más se aproximaban a la celda, más gritaban los presos, en una algarabía infernal:

—¡Eso! ¡Queremos a esa belleza para nosotros solos!

En el momento en que el carcelero iba a abrir la puerta de hierro, una orden impidió el gesto:

—¡Suelten a ese hombre!

El comisario Mello Pimenta avanzaba apresurado por el corredor, acompañado por Pina Couto.

—¿Se encuentra bien, señor Holmes?

Holmes apartó a los guardas que todavía le aferraban los brazos y caminó en su dirección.

—Felices los ojos que lo ven, comisario. ¿Cómo supo dónde estaba?

—La señorita Anna Candelária consiguió encontrarme por medio de la comisaría. Enseguida comprendí que usted sólo podía estar en el cuarto, el quinto o el sexto distrito. Tuve la suerte de pasar por aquí primero. Además, todos tuvimos suerte: yo, usted y principalmente este idiota de Pina Couto. No quiero ni pensar lo que le haría si algo le hubiera sucedido a usted —dijo Pimenta, mirando con ferocidad al capitán.

—Perdón, comisario. Todo no fue más que un malentendido. Cuando usted llegó, yo ya me disponía a liberar al señor Holmes —se disculpó Pina Couto con todo descaro.

Mello Pimenta no se tomó el trabajo de responder. Se volvió, junto con Sherlock, y ambos partieron rumbo a la salida, mientras los presos, en la celda, se lamentaban, jocosos:

—¡Vuelve, hermosura!

—¡Ay, qué lástima! ¡Ay, qué pena!

—Pensar que estábamos por conseguir una novia portuguesa...

20

Finalmente, después de pasar casi dos meses en Río de Janeiro, Sarah Bernhardt se despediría del público brasileño en el teatro São Pedro de Alcântara. Para ese final de una temporada memorable, escogió *Phèdre*, de Racine, en que representaba al personaje que da título a la obra. Ya había estado en San Pablo, en una corta gira, en el teatro São José, donde se presentó con *Fedora*, *Frou-Frou*, *Adrienne Lecouvreur*, y, claro, *La dama de las camelias*. En el teatro, la actriz fue saludada varias veces por los estudiantes de derecho de la facultad de la plaza São Francisco. Entusiasmados, lanzaban sus capas al suelo y gritaban en una lengua que creían era la de Victor Hugo: “*Pisez! Pisez! Pour favour, pisez sur nos capotes, madame!*”, repetían, sin saber que *capotes*, en francés, no era “capas” sino “preservativos”. Elegante, la Divina pasó por alto la equivocación inofensiva y declaró a los diarios antes de retornar a Río: “*La jeuneuse intelligente et génèreuse de Saint Paul ne sait pas cacher ce qu’elle sent*”.

Había vuelto a llover sobre la ciudad, lo que no empañaría el brillo del acontecimiento. Cuatro días antes, ya se habían vendido todas las entradas.

A pesar de las tribulaciones vividas en la víspera, Sherlock Holmes no se perdería esa noche por nada de este mundo. Él y el doctor Watson presenciarían el espectáculo desde el palco imperial. Personalmente, creía que Racine no le llegaba ni a los

pies a Shakespeare, pero ver a la gran Sarah Bernhardt superaba cualquier diferencia. Terminaba de arreglarse, mientras Watson aguardaba impaciente.

—Vamos, Holmes. No podemos llegar después del emperador.

El detective guardó en el bolsillo la pipa y un paquete de *cannabis*. Desde que conociera a Anna Candelária, había cambiado el hábito nocivo de la cocaína por el efecto suave de la hierba. Echó al espejo una última mirada de aprobación y junto con Watson partió hacia la entrada del Albion.

La lluvia tornaba difícil que apareciera un coche de alquiler. Watson miraba ansioso su reloj, cuando una calesa, que venía disparada, tirada por dos caballos blancos, se detuvo en la puerta del hotel. De ella bajó un negro gigante, látigo en mano, y avanzó en dirección a Sherlock. Era Mukumbe, el factótum de la baronesa de Avaré. Se dirigió a ellos en un inglés más que correcto:

—Buenas noches, señor Holmes, doctor Watson. Me alegro de que todavía no hayan salido.

—¿Qué pasa, Mukumbe? Ya estamos atrasados. No podemos perder el comienzo de la pieza.

—Lo lamento, señor, pero creo que hoy no van a poder ir al teatro.

—¿Por qué?

Mukumbe se aproximó más a Watson y Sherlock y preguntó en voz baja:

—¿Ya oyeron hablar del *candomblé*?

—¿Cómo?

—*Candomblé*. Es la religión de los yorubas, mi nación.

Watson, preocupado, respondió mientras consultaba de nuevo la hora:

—Nunca, y por el momento no tenemos tiempo para discutir asuntos espirituales. El telón sube en pocos minutos.

Procuró alejarse junto con Sherlock, pero Mukumbe los aferró con firmeza por el brazo.

—El asunto es serio, señor Holmes. Mi *babalorixá*, rey Obá Shité III, me ordenó que los llevara a los dos hasta su *ilê*. Tiene algo que ver con los asesinatos.

—Antes que ninguna otra cosa, ¿qué vienen a ser *babalorixá* e *ilê*?

—*Babalorixá* es el gran sacerdote, e *ilê* es el templo donde él los espera.

—¿Y qué es lo que usted tiene que ver con todo eso?
—indagó Holmes, todavía confundido.

—Yo soy ogã *axogum* del rey Obá Shité III.

—Sigo sin entender.

Mukumbe explicó apresurado:

—Ogã es el maestro de los sacrificios, el que tiene “mano de corte”. No disponemos de mucho tiempo, señor Holmes. El rey Obá Shité recibió una información importante de los *orixás* sobre el monstruo que está matando a las chicas.

Watson se irritó.

—Pues dígame al rey Obá Shité II que el emperador Pedro II nos espera.

Iba a llamar a una victoria que pasaba, pero Holmes se lo impidió.

—Mi estimado Watson, nuestro amigo tiene razón. Si ese asunto tiene que ver con los crímenes, lamentablemente hoy no podremos aplaudir a Sarah Bernhardt. —Empujó al doctor dentro de la calesa y subió detrás de él. Mukumbe saltó a su asiento y azuzó a los animales, que dispararon por las piedras mojadas de la calle Fresca.

• • •

El *ilê* del *babalorixá* yoruba *nagô*, rey Obá Shité, quedaba al pie de la loma Gamboa, frente a la playa Chichorra, pegada al Saco do Alferes. Allí se practicaba el más puro ritual de la religión yoruba. Al entrar en la calle Saúde, Holmes y Watson ya oían a lo lejos el redoblar de los *atabaques*, anunciando la fiesta. Era día de salida de un “barco”, cuando los hijos e hijas de santo incorporaban oficialmente sus *orixás* por primera vez. El canto misterioso de las *iaôs* bañaba la noche con un desconcertante misticismo telúrico. Mukumbe detuvo los caballos a la entrada del *ilê*. Los tres atravesaron el *terreiro* donde los iniciados, salidos

de la *camarinha*, bailaban vestidos con los ricos atavíos de Xangô, Ogum, Iansã, Nanã, Iemanjá, Oxum, Oxóssi y Oxumarê. Siguieron en dirección al *aperê*, el trono donde se sentaba, imponente, el *babalorixá* Obá Shité III.

Los *ogãs* entonaron las últimas cantigas de Xirê, en homenaje a Oxalá, concluyendo la ceremonia. Sin decir una palabra, el rey Obá se levantó y ordenó que los visitantes lo acompañaran al *peji*, una pequeña sala apartada donde, sobre una mesa cubierta por un mantel de puntilla blanca, se veía un juego de *búzios*. El *babalorixá* indicó con un ademán que se instalaran alrededor de la mesa. Comenzó a esparcir las conchillas delante de él.

—Antes debo ver cuál es tu *orixá* de cabeza, hijo mío —explicó, aludiendo a los santos que, según la religión yoruba, rigen y protegen la vida de cada uno. Tomó los caracoles y, en un gesto amplio, los arrojó frente a sí, al tiempo que confiaba a Sherlock: —Tú eres hijo de Xangô. —Tomó una collar colorido de cuentas marrones y blancas, y lo pasó alrededor del cuello de Holmes. —Debes usar siempre esta guía, hijo mío. Nunca te olvides: Xangô es tu padre. Xangô es tu protector.

El *babalorixá* recogió los *búzios* para comenzar la consulta. Tiró de nuevo la mezcla de conchillas, piedras y monedas, pero en esta ocasión las piezas del oráculo caían de manera desordenada, como si no consiguieran agruparse. Preocupado, el rey Obá Shité reveló:

—No entiendo. Los *orixás* te llamaron aquí, pero ya no quieren manifestarse. Lo siento mucho, hijo mío. Parece que hay una corriente que impide la tirada.

Watson, que no comprendía lo que sucedía, se levantó indignado.

—¡Mukumbe, dígame a este señor que jamás me someteré a estas hechicerías! —Se volvió para salir, pero no consiguió alcanzar la puerta. Su cuerpo comenzó a temblar, y de pronto el impávido doctor Watson, ex cirujano del quinto regimiento de fusileros de Northumberland, estaba encorvado como un viejo, girando por la sala en la tradicional postura de Omolu. Dio tres vueltas sobre sí mismo y cayó de bruces, inmóvil.

—¿Qué está pasando? —se asustó Sherlock Holmes.

—Nada grave. El doctor Watson incorporó un santo —explicó Mukumbe.

—Ahora va a haber que raparlo e iniciarlo —sentenció Obá Shité.

Holmes procuró recobrar la calma.

—Sé que usted tiene la mejor de las intenciones, pero puedo asegurarle que no disponemos de tiempo para practicar ninguna ceremonia de iniciación. —El detective se puso a sacudir con violencia al amigo: —¡Watson! ¡Watson! ¡Vamos, levántese, hombre!

Mukumbe trató de tranquilizar al detective.

—Calma, señor Holmes, eso es señal de que el doctor Watson es un hombre muy sensible. Captó los fluidos del *ilê*. Como no tiene la “cabeza hecha”, podría bajar cualquier entidad. Por suerte, fue su *orixá* de cabeza. Podría ser peor. Podría ser...

Mukumbe fue interrumpido por una carcajada enronquecida que partía de la garganta de Watson.

—...una *pomba-gira* —completó Mukumbe, asustado.

—¿Y eso qué es? —preguntó Holmes, más asustado todavía.

El *babalorixá* Obá Shité explicó, tomando las riendas de la situación:

—Es un *exu*-hembra, un demonio con forma de ramera... Sólo suele bajar en mujeres o en... ¿ese muchacho es *adê*?

—¿Qué es eso?

—Afeminado —tradujo, incómodo, Mukumbe.

—No, es inglés.

—Entonces la *pomba-gira* se confundió —concluyó Obá Shité, encogiéndose de hombros.

Watson se levantó y se aproximó a Holmes, con aire seductor y las manos en las caderas.

—Que *Oibó* más *olorundidun*... —suspiró, olfateando la nuca del amigo.

La vergüenza de Sherlock Holmes era visible. Mukumbe lo socorrió:

—Está diciendo que usted es un hombre blanco muy perfumado.

Watson empezó a gritar como una vulgar meretriz:

—¿Y, qué pasa? ¡Quiero *oti*! ¡Quiero *itaba*, mierda! ¡Y enciendan las *inas*! —exigió, en portugués y yoruba, sin el menor acento.

Holmes continuaba espantado:

—¡Es increíble! ¡Watson nunca habló ninguna de esas lenguas!

—No es él, es la *pomba-gira* que pide cachaza, cigarros y velas —explicó Mukumbe.

El *babalorixá* atendió enseguida el pedido. Watson bebió de un trago la botella de aguardiente barato y aspiró varias bocanadas del cigarro.

—¿Asicusté queresabé quiené elsiri-kili?

Holmes descifró el confuso lenguaje.

—Exacto, necesitamos saber quién es el *serial killer*.

Pomba-Gira-Watson soltó otra carcajada libertina.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Pero ya conoce al siri-kili! ¡Ya salió con él! Ya anduvieron juntitos, los dos. Si no lo descubre es porque ha fumado mucha *itabojira* en la pipa...

Sherlock no necesitaba traducción para deducir que la entidad se refería al *cannabis*.

—¡De no ser por la *itabojira*, ya habría descubierto por qué el siri-kili deja la cuerda y se lleva las orejas! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
—Pomba-Gira-Watson rió de nuevo y continuó: —El siri-kili es un *okorin* de *owô odara*, y todavía va a *kufá* otra *obirin* con la *obété*.

De nuevo Mukumbe sirvió de intérprete.

—Dijo que el *serial killer* es un hombre de mucho dinero y que todavía va a matar a otra mujer con la daga.

—¿Y por qué lo hace?

Watson empinó otra botella de cachaza y echó a reír.

—¿Por qué? Porque el siri-kili es *kolorí*... —afirmó, y nadie necesitó decirle a Holmes que *kolorí* era “demente”.

Pomba-Gira-Watson se llevó de nuevo las manos a las caderas y chilló:

—¿Qué pasa? ¡Quiero *menga*! ¡Quiero *ejé*! ¡Si no, no subo!

—¿Y ahora qué ocurre?

—Está pidiendo sangre. Exige el sacrificio de un ave para desincorporarse.

—¡Ridículo! ¡Watson siempre fue vegetariano!

Mukumbe intentó explicar de nuevo el fenómeno, mientras el *babalorixá* buscaba lo necesario.

—Señor Holmes, no fue el doctor Watson, sino la *pomba-gira*, el que hizo el pedido. Su amigo es apenas el caballo de la entidad.

—¿No podría preguntarle el nombre del asesino?

—No sirve de nada. Cuando ella pide desincorporarse, es que no quiere decir nada más. Ahora, si me permite, como *ogā axogum*, es mi deber realizar la ofrenda. —Mukumbe tomó el cuchillo y la gallina de las manos de Obá Shité y degolló el ave sobre la cabeza del médico.

Pomba-Gira-Watson reía y embadurnaba todo con la sangre del animal. Se frotaba la cara con gestos pavorosos, y, a las carcajadas, decía enloquecido: “Oluparun! Oluparun!”, que, en la lengua yoruba, significaba “El Destructor”.

Con la misma rapidez con que ocurrió la posesión, sucedió lo inverso: Watson cayó como un saco viejo echado al piso. Se levantó, apenas un poco aturdido.

—Bueno, ¿ya podemos irnos? Por cierto esta noche no ocurrirá nada extraordinario.

A Sherlock Holmes le costaba creer lo que había presenciado.

—Watson, ¿usted no se acuerda de nada?

—Me acuerdo muy bien. Entramos en esta sala y ese africano fantasioso se puso a jugar con unos caracoles. Fuera de eso, no pasó nada. Lamento que nos hayamos perdido a la maravillosa Sarah Bernhardt a causa del entusiasmo precipitado de este joven.

Holmes, desesperado, trataba de despertarle la memoria.

—¡Vamos, hombre! ¡Dígame el nombre del *serial killer*!

El doctor respondió con frialdad:

—Mi estimado, creo que el sol de los trópicos le ha cocinado los sesos. ¿Por qué rayos cree que conozco a ese abominable asesino?

Holmes quiso contarle lo ocurrido.

—Pero, Watson...

Sin prestarle atención, un tieso doctor Watson se dirigió apresurado a la salida.

—Que lo pasen bien, señores —lanzó con tono áspero mientras se ponía el sombrero sobre el cabello empapado de sangre de gallina.

A pesar del horario matutino, una muchedumbre alegre y ruidosa había ido a despedir a Sarah Bernhardt. Si tres mil personas la habían recibido cuando llegó, ahora por lo menos el doble se apiñaba en el muelle Pharoux.

En la víspera, la función de despedida con *Phèdre* había superado toda expectativa. Al final, el actor Vasques declamó versos de su autoría compuestos especialmente para la ocasión, cuyo estribillo repetía a cada estrofa: "...tu nombre, Sarah Bernhardt!".

El público no se contuvo, y arrojó al escenario sombreros, paraguas y abrigos. La delegación francesa invadió el tablado, cargando una enorme *corbeille* con los colores de Francia, hecha de rosas, camelias, hortensias y nomeolvides.

Enfrentando el mal tiempo, un sinnúmero de entusiastas acompañó al coche que llevaba a la Divina al Gran Hotel después del espectáculo, en una estruendosa ovación, y los gritos de "Viva Sarah Bernhardt" y de fragmentos de *La marseillaise* resonaron por todas las calles hasta la madrugada.

Exhausta y conmovida, queriendo huir a las manifestaciones a la hora del embarque, Sarah había llegado temprano al *Britannia*, vapor de la Pacific Steam Navigation Company que la llevaría a Buenos Aires. En vano fue este esfuerzo. Los admiradores no paraban de llamarla cariñosamente por su nombre mientras ella

no aparecía en el combés. El pueblo, enternecido, saludaba con pañuelos azules, blancos y rojos.

Entre los que se aglomeraban para rendir este último homenaje a la gran actriz estaban Sherlock Holmes, Artur Azevedo, Miguel Solera de Lara, Guimarães Passos, el marqués de Salles, y, claro, Paula Nei, que había sido el primero en recibirla a bordo, un mes y medio antes, en el *Cotopaxi*.

El doctor Watson se había quedado en el hotel, tratando de eliminar los últimos vestigios de sangre coagulada de gallina impregnados en su cuero cabelludo. El buen doctor continuaba negándose a creer en la insólita experiencia ocurrida en el *ilê* de Obá Shité. Atribuía el incidente a una broma de mal gusto; se obstinaba en decir que alguien había puesto sangre dentro de su sombrero.

La compañía Heller se presentó con todo su elenco. Anna Candelária confesaba a Holmes:

—Estoy triste.

—¿Por qué?

—Esta partida me recuerda que, días más, días menos, tú vas a dejarnos...

Sherlock sintió una angustia en el corazón. Le había tomado un afecto particular a ese país lleno de contradicciones. Tanteó el collar de Xangô que le había dado el Obá. Además, sabía que, cuando llegara el momento, lamentaría profundamente separarse de Anna. Tuvo una idea:

—¿Y por qué no vienes conmigo a Londres?

Anna Candelária lo miró un momento, como si considerara la posibilidad.

—No sé, lo creo difícil... Mi lugar, mi vida, siempre fueron aquí.

Antes de que el detective pudiera insistir, oyó que llamaban su nombre en medio del tumulto:

—¡Señor Holmes!

Era el comisario Mello Pimenta, que se aproximaba, abriéndose paso. Venía excitado, y llevaba un sobre.

—Buen día, comisario. ¿Así que también usted vino al embarque de Sarah Bernhardt?

—En realidad, vine a buscarlo a usted. Tengo novedades —anunció, blandiendo el papel.

—¿Qué pasó?

—Recibí, en la comisaría, una carta del asesino —reveló en voz baja al oído de Sherlock.

Holmes quiso arrebatarse la misiva de las manos de Pimenta.

—No, señor Holmes. Acá hay mucha gente. Además, vamos a contar con una ayuda más. Creo que nunca oyó hablar de Nina Milet.

—No puedo decir que sí.

—¿Quién es Nina Milet? —preguntó Guimarães Passos, inmiscuyéndose en el asunto.

—Un joven criminalista y patólogo de Bahía que está haciendo el doctorado aquí en Río. Nos ha ayudado mucho en algunas investigaciones y se interesó por nuestro caso. Quiere ayudarnos a trazar el perfil del asesino.

El marqués de Salles, que se aproximaba al grupo, se entrometió:

—Excelente idea. Podemos reunirnos para almorzar en Lacombe. Voy a convocar a la Caterva. Creo que todos podemos contribuir.

Mello Pimenta iba a decir que no aprobaba la idea. Después de todo, era un asunto para la policía, pero Sherlock encontró válida la sugerencia. Ante el callejón sin salida en que se hallaban, cualquier colaboración, incluso partiendo de aficionados, era bienvenida.

—¿Entonces nos encontramos todos en Lacombe? Yo me encargo de llevar al señor Holmes —se ofreció Guimarães Passos.

El detective se volvió para continuar la conversación con Anna Candelária, pero la muchacha se había apartado en silencio para reunirse con el elenco de Heller, que ya comenzaba a dejar el muelle. Holmes trató de llamarla, pero su voz quedó sofocada por los gritos alegres de la multitud.

Sonó el silbato lastimero del *Britannia*, dando la impresión de que hasta el transatlántico lamentaba la hora de la partida. Varias lanchas todavía flanqueaban el vapor que comenzaba a

alejarse. Los pasajeros de las pequeñas embarcaciones vitorearon tres veces al mito. Por último lanzaron al mar los pañuelos azules, blancos y rojos, que formaron una inmensa carpeta colorida en la estela del barco. Mientras la nave se alejaba, Sarah Bernhardt saludaba, conmovida, agitando la bandera brasileña.

• • •

El restaurante Lacombe quedaba en un primer piso de la calle São José. En su menú figuraban los más variados platos: sopa de *cajus*, pajaritos fritos con bananas, empanaditas de ostras, brotes de calabaza, tallos de *taioaba*, huevos de tortuga, guacamayos, papagayos y periquitos al asador, pecho de ternera con mariscos, rabo de vaca con pulpa de lentejas, corazón de vaca asado, guiso de ganso con *samambaia*, bifes de venado, ranas salteadas con lagartos y guiso de tortuga. No obstante, el plato especial del Lacombe era la víbora. El cocinero Afrânio se vanagloriaba, con detalles, de su receta: “La víbora ofrece una carne muy deliciosa, y que no es menos que la del mejor pescado, a la cual se parece. Las personas que comieron carne de víbora la prefieren a cualquier otra. La mejor ventaja, sin embargo, que presenta el uso de esta carne es su eficacia en la cura de las molestias del corazón, la sífilis, y sobre todo de la lepra, que, si está todavía en sus inicios, desaparece por completo con el uso de la carne de víbora. Inútil decir que debe dejarse de lado el horror que inspira este animal, y todavía más el prejuicio de pensar que su carne es venenosa: se sabe perfectamente que el veneno sólo existe en unas pequeñas bolsas situadas debajo de los colmillos. Además, ingerir este mismo veneno no hace ningún mal; es nocivo, y hasta mortal, sólo cuando entra en contacto con la sangre. Por lo tanto es necesario, antes de prepararlo, cortar la cabeza del reptil, después quitarle el cuero, y por último abrirlo y limpiarlo. Se divide entonces la víbora en pedazos, se los rehoga con dos cucharadas de grasa y una cebolla picada; se espolvorea con una cucharada de harina de trigo y una taza de agua, sal, perejil, pimienta y un poco de nuez moscada rallada. Se deja hervir a fuego lento hasta que se cueza, tras incorporar a la salsa

dos yemas de huevo deshechas en un vaso de vino. La carne de las víboras vivíparas es preferible a la de las ovíparas, y entre las vivíparas, la de la cascabel es la más delicada y sabrosa”.

Salvo Albertito Fazelli, que comía cualquier cosa, ninguno de los de la Caterva se atrevió a probar el apetitoso manjar.

La verdad es que ellos no iban al Lacombe por la comida, sino por el ambiente agradable. A los otros clientes no les incomodaba el alboroto que el grupo solía hacer. Habían juntado dos mesas grandes para acomodarse todos. Sentado a la cabecera estaba el invitado de honor, doctor Edmundo Nina Milet. Muchacho serio, de veinticuatro años, ojos negros y profundos, amplios bigotes y frente ancha, Nina Milet recordaba a algunos a Rui Barbosa; otros consideraban que la semejanza se debía tan sólo al hecho de que ambos eran de Bahía. Milet era patólogo, criminalista, además de sociólogo y etnógrafo. Estudiaba con especial atención la raza africana y sus descendientes brasileños. El comisario Mello Pimenta comenzó leyendo la carta que había recibido del asesino:

—“Estimado jefe: en el momento en que leas estas mal trazadas líneas estaré preparándome para ejecutar mis líneas mejor trazadas en el cuerpo de otra ramera. ¿Qué hace falta para que me descubran? ¿Que firme con mi nombre completo en los cadáveres de esas putas? Pensé que el inglés era más astuto que tú para descifrar mis pistas, pero por lo visto es tan burro que merecería tener orejas más grandes que todas las que ya corté, juntas. Espero que estén divirtiéndose tanto como yo. Hagan algo pronto, pues tengo hambre, mucha hambre, y todavía me queda una cuerda en el violín. Hablando de cuerda, cordiales saludos, en los dos sentidos”. Está firmado: “Oluparun”.

—¿Oluparun? ¿Y eso qué quiere decir? —indagó Chiquinha Gonzaga.

Nina Milet tradujo la palabra que Sherlock Holmes había oído en el *ilê* del rey Obá:

—Es lengua yoruba *nagô*. Significa “el Destructor”, “el Exterminador”.

—Entonces el asesino es un negro —declaró Alberto Fazelli, precipitado como siempre.

José do Patrocínio entró en el restaurante justo en aquel momento.

—Veo que llegué en buena hora. Hablan de alguien de mi raza y ya suponen que es un criminal. Por lo visto, además de luchar por la abolición, vamos a tener también que pelear por nuestra inocencia.

Guimarães contó lo sucedido, presentó a Patrocínio a Nina Milet y comentó:

—Tienes que perdonar a nuestro Albertito. Sabes bien cuán atolondrado es.

El comisario Mello Pimenta continuó, mientras la carta pasaba de mano en mano:

—La verdad es que esta nota no nos dice mucho. Sólo da la impresión de que el hombre desea que lo descubran.

—Es por cierto un hombre letrado, pero noto que se tomó el cuidado de escribir con garabatos para que no lo reconozcan por la caligrafía —afirmó Holmes tras examinar la carta—. ¿Llegó por correo?

—No, se la dejó a un guarda, en la comisaría, un muchachito mandadero. El chico disparó en cuanto entregó el sobre.

—Es muy probable que se trate de un mestizo —dijo Nina Milet.

José do Patrocínio se irritó.

—¿Cómo puede hacer una afirmación tan liviana?

—No hay nada de liviano en lo que dije. Es meramente científico. Lea el *Essai sur l'inégalité des races humaines*, de Gobineau, íntimo amigo de nuestro emperador. Como los negros pertenecen a una raza inferior, el mestizaje provoca la creación de seres degenerados, muchos de los cuales ya nacen con propensiones a trastornos mentales y estigmas criminales.

—Son esos absurdos lo que atrasa la causa abolicionista. Debería usted avergonzarse de lo que dije —rebatió, indignado, José do Patrocínio, que ya conocía aquellas especulaciones del darwinismo social.

Nina Milet no se inmutó.

—Mi estimado, hablo con conocimiento de causa. Los

estudios de frenología y craneometría no mienten. Mire a Lombroso, por ejemplo: si siguiéramos sus teorías, podríamos capturar al criminal antes de que cometiera el crimen.

—¿Cómo? —preguntó Chiquinha Gonzaga, intrigada.

—Clasificando a la población por medio de la frenología. Sabemos que los individuos con tendencias criminales sufren de una asimetría facial y craneana. Tienen la región occipital predominante sobre la facial, fuertes arcadas superciliares y mandíbulas deformadas más allá del prognatismo. —Hizo una pausa. —Y, como la mayoría de los mestizos, poseen labios y fosas nasales anchos.

Holmes recordó a Anna Candelária y resolvió interrumpir aquella insensatez.

—Conozco bien esas teorías, doctor Nina, pero me parece un poco precipitado atribuir a negros y mestizos la existencia del crimen. Si así fuera, Londres y París serían las ciudades más apacibles de Europa.

Nina Milet prosiguió, casi pedante en su culteranismo.

—Señor Holmes, el mestizaje ya no es un privilegio del Nuevo Mundo. Además, no hago más que citar *L'uomo delinquente*. De la misma forma que Lombroso, también asegura que los individuos que experimentan esos impulsos nocivos son propensos a la epilepsia y otras alteraciones psicológicas, como tacto disminuido, olfato y paladar reducidos, visión y audición a veces débiles, a veces fuertes. Sin mencionar los elementos sociológicos, como tatuajes en el cuerpo, y los fisiológicos, como las personas ambidextras.

Holmes se volvió hacia Mello Pimenta:

—Entonces será mejor que me detenga, comisario. Desde chico que hago todo con las dos manos.

Todos rieron de la ocurrencia, lo que alivió en algo la tensión provocada por las declaraciones extemporáneas del criminalista.

El comisario procuró ser más objetivo:

—Esto no nos está llevando a nada. Vamos por puntos. Primero: ¿qué significa la mutilación de las orejas?

—Una forma malsana de fetichismo de quien siente una

ardiente sed de afecto... —respondió el marqués de Salles, parafraseando a José de Alencar.

—¿Y las cuerdas?

—Puede que sea sólo una broma de mal gusto —aventuró Alberto Fazelli, que no tenía mucha imaginación.

Sherlock Holmes intervino:

—Imposible. Él mismo se encarga de decir que son pistas dejadas adrede.

—¿Por qué sólo mata mujeres? —preguntó Chiquinha Gonzaga.

—Porque ellas son más débiles —arriesgó Alberto Fazelli.

—No todas —aseguró Chiquinha.

—Porque las odia —sugirió Paula Nei.

—Eso tiene sentido. ¿Pero odia a todas las mujeres? —planteó Guimarães Passos.

—Tal vez, para él, la mujer sea un símbolo de la perversión de costumbres que abunda en nuestros días —pontificó Solera de Lara.

—Quizá les tiene miedo —agregó Chiquinha Gonzaga.

—Es posible. Tiene miedo a algo que ellas despiertan en él —sugirió Holmes.

—O que no consiguen despertar —acotó Agostini, que hasta entonces se había mantenido callado, mientras garabateaba en su bloc de dibujo.

Dio vuelta el bloc y mostró la imagen de un violinista vestido de negro. En vez de arco, empuñaba un enorme compás para medición de cráneos. Llevaba un collar de orejas alrededor del cuello y bailaba pisoteando un montón de mujeres muertas, desnudas, de cuyas vaginas casi lampiñas saltaban cuerdas de violín retorcidas como resortes de reloj. Su miembro flácido y pequeño pendía por fuera de los pantalones. Era tan pavorosa la figura que todos la miraron como hipnotizados. De a poco fueron percibiendo que el monstruo tenía las facciones del ilustre Nina Milet. Era la protesta silenciosa del artista contra las absurdas teorías a las que adhería el doctor.

De positivo, el almuerzo tuvo apenas el postre, preparado

especialmente por Afrânio: la Delicia de los Afligidos, un dulce de chocolate que todos comieron con voracidad pues, según el cocinero, era excelente para restaurar las fuerzas perdidas a causa de excesos sexuales.

Él está solo en la capilla, junto al cajón abierto de la madre. Irónicamente, después de largos años de fantasear enfermedades, la vieja loca sucumbió en pocos días a la fiebre devastadora de la viruela. Él no siente dolor ni pena. Una sensación de libertad le invade el alma al observar, en el ataúd, el cadáver devastado. Tenían razón los negros esclavos, en noches de negra magia, en la hacienda de su padre, cuando, asustados, lo llamaban, todavía niño, Oluparun. Como el ángel de las matanzas, también él es el Destructor. Él es uno de los siete ángeles que guardan las siete copas del Apocalipsis. Él es la mortaja de la Gran Prostituta. La Gran Prostituta vino para contaminar a los reyes de la Tierra y así pervirtió al necio emperador de los trópicos. Basta. Los habitantes de la Tierra ya no se embriagarán con el vino de su concupiscencia. Él sabe que Oluparun debe segar a la mujer llena de nombres de blasfemia, la mujer siempre adornada de oro y piedras preciosas y perlas, la que lleva en las manos impuras la copa de las execraciones e inmundicias de su libertinaje. Ha llegado la hora de abatir a la Gran Prostituta de esta agreste Babilonia. La mujer que despertó en él la bestia de la lujuria. Ahora, él y Oluparun y la Bestia y el Ángel se funden en un solo ser. Él es la Bestia que se embriagará con la sangre de la madre de todas las putas y de las abominaciones de la Tierra. Ansía el momento de dejarle escrito en la frente un nombre: MISTERIO. La Bestia odia a la Prostituta y la dejará desolada y desnuda y le comerá las carnes y la

consumirá en el fuego, porque el Ángel le puso en la mente ejecutar los designios de Oluparun. Sólo entonces él dejará de ser la Bestia. El Ángel amará a la Bestia que era pero ya no es.

• • •

Aquella noche fresca de mediados de julio, la baronesa de Avaré, Maria Luísa Catarina de Albuquerque, termina de leer *Splendeurs et misères des courtisanes*, de Balzac, cómodamente instalada en la salita íntima de su palacete de Cosme Velho. Como no espera visitas, viste un *peignoir* de seda sobre el fino camisón de organdí. De vez en cuando se sirve un *marron glacé* de Cailtau o un sorbo de champaña. La brisa le pasa las páginas del libro. Maria Luísa se extraña, pues tiene la certeza de haber cerrado las puertas del balcón a sus espaldas. Mira por sobre el hombro, y él está allí, de pie, en la terraza. Ella lo reprende, sorprendida:

—¿Usted? ¡Casi me muero del susto! ¿Dónde se ha visto, llegar así, a estas horas y sin ser anunciado?

Él no dice nada. Avanza despacio por la sala en dirección a Maria Luísa. La baronesa no sabe qué decir, al verlo adelantarse, sombrío y taciturno. Reconoce que, a veces, la pérdida de un ser querido puede causar curiosas reacciones en las personas.

—Me dijeron que murió su madre. Quedé consternada. Sé cuánto la amaba usted.

Él no responde. Ella se levanta y comienza a retroceder de forma imperceptible. Él continúa aproximándose, paso a paso, las manos cruzadas a la espalda. La baronesa percibe que hay algo de insólito en aquel comportamiento. Intenta bromear:

—¿Acaso no sabe que causa mala impresión visitar a jóvenes viudas de madrugada?

Lentamente, él descruza los brazos y revela el violín con la cuerda solitaria. Desliza el arco sobre el instrumento, prolongando el sonido triste y monocorde. Maria Luísa reconoce el Stradivarius y, en un instante, horrorizada, lo comprende todo. Corre a la salida en busca de socorro.

—¡Mukumbe! ¡Mukumbe!

Abre las puertas de la salita y su grito se congela en el aire:

sujeta al tope de la balaustrada de la escalera que lleva al vestíbulo, hay una bandeja de plata con la cabeza de Mukumbe. Sus ojos sin vida parecen mirarla en un pedido de indulgencia.

Él la arrastra por los cabellos hacia la sala, el largo puñal en su mano. Maria Luísa se debate, lucha por su vida, pero sus tentativas son inútiles ante aquella fuerza descomunal. Ella suplica, agarrada a sus piernas.

—¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?!

Sus ruegos son silenciados por la daga que, de un golpe seco, le atraviesa la boca y le penetra el cerebro.

Él se arrodilla lívido a su lado, le rasga el pecho con la lámina, le arranca el corazón todavía caliente y devora el órgano ensangrentado. Gime de gozo y su pantalón se mancha de semen durante este festín macabro.

Maria Luísa Catarina de Albuquerque yace muerta a los pies de Miguel Solera de Lara.

Él permanece jadeante junto al cuerpo profanado. Sin prisa, le corta las orejas y, sin olvidar el gesto indecoroso, entierra la última cuerda que le resta al violín, la del re, en medio del crespillo púbico.

Falta todavía un detalle en la tétrica ceremonia. Moja los dedos en la sangre que brota de la boca abierta y escribe en la frente la palabra “misterio”. Después se levanta, salta desde la terraza, y lo traga la noche protectora de Cosme Velho.

Pobre baronesa de Avaré, alegre cortesana de palacio. Su mayor pecado fue despertar, inocentemente, la lascivia enfermiza de Oluparun.

• • •

Para Pimenta y Holmes, que bebían café acuartelados en una mesa del bar del hotel Albion, no había dudas: desde el comienzo de los crímenes, el asesino tenía por objetivo a la baronesa. Se había arriesgado al ejecutar a la víctima en su propia casa; lo demostraba el baño de sangre que dejó a su paso. Además de Mukumbe, mató con presteza a tres esclavos y dos mucamas para sorprender a Maria Luísa. Y sólo ella había merecido la enigmática inscripción.

—¿Tiene idea de lo que significa, señor Holmes?

—Si no me equivoco, es una referencia al Apocalipsis de San Juan. Hay un pasaje en que el profeta describe a la “Gran Prostituta” con la palabra “misterio” en la frente.

—Lamento que el demente juzgara tan mal a la baronesa —dijo Mello Pimenta, mientras hacía girar despacio la cuchara en el pocillo.

Estaban profundamente deprimidos. Habían pasado la mañana registrando el palacio de Cosme Velho sin encontrar nada que ayudara las investigaciones. Pimenta recogió la cuerda del violín, con una incómoda sensación de alivio. Algo le decía, tal vez erróneamente, que por lo menos se había cerrado el ciclo de los horrendos crímenes del maldito instrumento. Había acompañado a Sherlock hasta el Albion al comienzo de aquella tarde y ninguno de los dos tenía ánimo ni apetito para almorzar, después de presenciar la arena de horrores en que se había transformado la hermosa mansión de la baronesa. Sorbían, silenciosos, pequeños tragos de café, cuando el recepcionista Inojozas entró agitado en el bar. Su cabello, habitualmente peinado con esmero, estaba desaliñado, y él ni se había preocupado por aplicar cera a los bigotes.

—Señor Holmes, ocurrió algo terrible. ¡Ni sé cómo decírselo!

—¿Qué pasa?

—¡En todos mis años como gerente, esto nunca ocurrió!

—¡Vamos, hombre, diga ya de qué se trata!

—¡Irrumpieron en sus aposentos!

—¿Cómo?

—Acaba de avisarme la camarera. Cuando fue a arreglar las habitaciones, encontró la ventana destrozada.

Sherlock Holmes y Mello Pimenta, Inojozas al frente, rumbearon hacia las escaleras. Subieron los escalones de a dos y corrieron hasta el apartamento. Una mucama lívida los aguardaba temblorosa junto a la entrada. Holmes abrió con rapidez y entró. A primera vista, nada parecía desordenado, salvo las dobles ventanas forzadas, que pendían fuera de los goznes. De repente, Mello Pimenta habló en tono sombrío al tiempo que señalaba la cama:

—Mire, señor Holmes.

Sobre el lecho, apoyado sobre las almohadas, yacía el Canto del Cisne, el violín Stradivarius robado hacía dos meses a la finada baronesa de Avaré. Sin las cuerdas, el instrumento parecía obscenamente desnudo. Había una corta nota sujeta al arco, escrita con letra rebuscada. Apenas una palabra en inglés: “Goodbye”.

• • •

Por más que buscara, Sherlock Holmes no encontraba más motivos para continuar en la ciudad. Sin duda, se había adaptado al ritmo indolente de Río de Janeiro. Se acostaba y se levantaba tarde y no pasaba un día sin que llenara su pipa con una porción de *cannabis*; había cambiado definitivamente la cocaína por la hierba. Tampoco despreciaba la cachaza, siempre, desde luego, con hielo, azúcar y limón. Mientras tanto, la insistencia del doctor Watson para volver a Baker Street se tornaba cada vez más vehemente. Por eso, junto a Watson, un día después del trágico desenlace, con el violín Stradivarius debajo del brazo, aguardaba a Su Majestad, el emperador, en una pequeña sala de visitas del palacio imperial de Boa Vista.

Las puertas se abrieron y don Pedro II entró a recibirlos. Visiblemente abatido, aparentaba ser aún más viejo que en los retratos. Se dirigió a los visitantes en inglés, con voz grave y triste.

—Señor Holmes, doctor Watson, lamento que su visita a Brasil haya ocurrido en condiciones tan nefastas. Me gustaría invitarlos a pasar algún tiempo en Petrópolis, pero por el momento los deberes de Estado me obligan a permanecer en palacio.

—Es muy amable Su Majestad, pero también nosotros necesitamos partir en el próximo barco. Vine a agradecerle la generosa hospitalidad y devolver el Canto del Cisne, al fin encontrado, aunque en funestas circunstancias —dijo Holmes, y le tendió el instrumento.

El emperador apartó con delicadeza el violín.

—Perdón, señor Holmes. El Canto del Cisne me traería dolorosos recuerdos de mi tierna amiga. Sólo de mirarlo, mi corazón se hace pedazos —explicó, mientras se enjugaba, con disimulo, algo que Sherlock imaginó era una lágrima.

—Comprendo, Majestad. ¿Y qué debo hacer? Después de todo, es un Stradivarius.

—Ya sabe usted que, oficialmente, este violín nunca existió. Para todos los efectos, el Canto del Cisne pertenece a José White, que acaba de partir en gira por Europa. Le pido que se quede con el instrumento.

Sherlock Holmes se mostró confundido ante el ofrecimiento.

—No sé si puedo aceptar un presente tan valioso, a pesar de la carga sangrienta vinculada con él.

El emperador insistió:

—Claro que puede. Será un secreto entre usted y yo, un recuerdo de su paso por los trópicos.

Como Sherlock aún vacilaba, don Pedro continuó:

—En Roma, señor Holmes, cuando César volvía vencedor de las batallas y la multitud lo aclamaba, entusiasmada, durante los desfiles del Triunfo, rindiéndole honores como a una divinidad, él solía llevar a su lado a un esclavo que le susurraba al oído: “Eres calvo, viejo, barrigón...”. Quería, con eso, recordarse que apenas era humano. Guarde el Canto del Cisne como un trofeo del escabroso caso que no consiguió resolver.

Holmes, emocionado, recogió el violín.

—Le quedo muy agradecido... Pero hay algo que continúa intrigándome: las pistas que el asesino insistió en dejar. Llegó a abordar el tema en la carta que nos mandó, pero no consigo develar lo que significan.

—No se torture, señor Holmes. Quizá cortar las orejas y dejar las cuerdas donde las dejó hayan sido elucubraciones tortuosas e inconexas de una mente alienada —filosofó, resignado, don Pedro II.

—Es posible. El único consuelo que nos queda es saber que llegaron a su fin los crímenes del “violinista” loco.

—¿Podemos tener la certeza? —preguntó el emperador.

—Así me parece. Se terminaron las cuerdas y el violín fue devuelto; luego, presumo que la saña de ese monstruo ha quedado saciada —concluyó Sherlock, cabizbajo.

El monarca trató de insuflarle ánimo.

—¡Mire usted! Otra brillante deducción, señor Holmes. ¡No sé cómo lo hace!

Antes de que Sherlock pudiera contestar, Watson, callado hasta entonces, se le adelantó. Con desdén, respondió al soberano con tono de atrevida intimidad que dejó estupefactos al detective y al emperador:

—Elemental, mi estimado Pedro...

Anna Candelária había elegido un lugar como mínimo original para encontrarse con Sherlock Holmes: el salón egipcio del Museo Nacional e Imperial. Siempre que tenía dudas sobre una decisión que tomar, se recluía en aquel exótico recinto. Situado entre la calle Constituição y la Conde D'Eu, frente a la plaza Aclamação, el museo poseía una importante colección de momias auténticas de los tiempos de los faraones. Las primeras habían llegado en 1826, con un anticuario italiano, Nicolau Fiendo, y los funcionarios de la aduana, confusos ante aquel cargamento singular, no sabían cómo identificar el precioso equipaje. Primero, indignados, consideraron que aquel acervo funerco constituía una falta de respeto a nuestras autoridades aduaneras, pero, después de mucho confabular y consultar sus compendios y libracos, terminaron por permitir la entrada de las momias, a las que clasificaron como "piezas de carne seca". Al enterarse de lo ocurrido, don Pedro I se entusiasmó y las compró para el recién fundado Museo Real. Más tarde, el museo fue enriquecido por otra importante adquisición: en el 76, después de una visita de Pedro II a Egipto, el rey Ismail le obsequió la tumba y el cuerpo de la sacerdotisa Sha-Amun-Em-Su, del santuario del dios Amón. La sacerdotisa fue momificada con los brazos y las piernas libres, un proceso surgido en las últimas dinastías. Semejantes a ella había sólo tres en todo el mundo.

Para alojarla de manera más destacada, habían construido, hacía pocos meses, una especie de relicario, contiguo a la sala principal. Decía la leyenda que una curiosa maldición acompañaba a la momia: las señoras sensibles, incluso si se hallaban fuera de su período, menstruaban al acercarse a la pequeña Sha-Amun-Em-Su.

Sherlock Holmes divisó a Anna Candelária en el centro del salón, junto a la estatuilla de bronce del sumo sacerdote Menkheperre. La piel morena contrastaba con el blanco inmaculado de su vestido de lino. Se aproximó en silencio y murmuró a sus espaldas:

—Querida muchacha, debo decirte que aprecio bastante la colección egipcia del British Museum, pero no entiendo por qué quisiste verme en este escabroso mausoleo.

Sonriendo, Anna lo tomó de la mano:

—Perdón, amor, pero, cuando quiero reflexionar sobre algo importante, vengo aquí. Como puedes ver, tiene el silencio de una iglesia y no viene casi nadie. Además, me aclara las ideas pensar en la vida al lado de muertes tan antiguas.

—¿Y en qué pensabas?

—En tu invitación a ir contigo a Londres —reveló Anna Candelária, bajando los ojos.

Holmes sintió que el pulso se le aceleraba.

—Espero que las momias hayan sido buenas consejeras.

—Creo que nos vas a odiar, a mí y a ellas.

—¿Quieres decir que no vienes?

—Trata de entender, querido. En Londres yo estaría como un pez fuera del agua. ¿Cuánto tiempo duraría nuestro amor en una tierra extraña?

—¿Acaso ésta no es una tierra extraña para mí? —argumentó Sherlock.

—Es diferente. Tú eres hombre, y hablas nuestro idioma. Hoy, salvo el acento, con los hábitos que adquiriste con tanta facilidad, bien podrías pasar por brasileño.

—Anna, en Londres serías mi mujer, serías Anna Candelária Scott Holmes —pronunció el detective con tono pomposo.

—Tengo mi profesión, y soy demasiado independiente para ser apenas una esposa.

—Podrías trabajar. El teatro inglés es de los mejores que existen.

—¿A quién quieres engañar? No hablo una palabra de inglés.

—Aprenderás en un instante. Y hay algo que no sabes: yo fui actor. Trabajé con la Sasanoff Shakespearian Company, con el nombre de William Escott —confesó Holmes con timidez.

—¿En serio? —preguntó Anna, que dudaba.

—Por lo más sagrado. Tengo muchos amigos en los elencos ingleses —afirmó Sherlock.

—No serviría. Estoy comenzando, y aunque mi carrera todavía no es gran cosa, ya me prometieron un buen papel en *Zé Caipora*, que el actor Machado va a ensayar en el teatro Príncipe Imperial —explicó la dulce mulata, sin darse cuenta de lo absurdo del diálogo: los escenarios del West End comparados con los bastidores del Rossio.

Sherlock Holmes percibió que había perdido a Anna para siempre. Pensó en abandonarlo todo y quedarse a su lado, pero presentía que, tarde o temprano, el destino lo arrancaría de allí, de regreso a Inglaterra. Estaba devastado. La pasión, intransigente, se derramaba por toda su alma. Deseaba a aquella joven como nunca había ansiado nada en su vida. Había soñado con vivir a su lado, oírla, tocarla, sorberle la boca, respirarle el aliento. Sin embargo, sabía que debería resignarse a la determinación irreductible de Anna Candelária. Los dos caminaron, con los brazos entrelazados, hasta entrar en la cámara mortuoria de Sha-Amun-Em-Su.

—Parto mañana. ¿Vendrás a despedirme? —preguntó Holmes, con voz casi inaudible por la emoción.

—No, mi amor. Prefiero decirte adiós ahora. No sé si tendría fuerzas para verte en el muelle.

—¿Entonces es adiós?

Anna se abrazó a él y dijo en voz baja, lánguidamente:

—No quiero que te vayas sin sentirte por lo menos una vez dentro de mí...

—¿Aquí? —exclamó Sherlock, perplejo.

—¿Por qué no? Estamos solos. Los guardas son viejos, antiguos combatientes mutilados de la guerra del Paraguay. Se sientan en la entrada y nunca se mueven de allí —agregó, trémula de excitación.

Anna Candelária se recostó contra el sarcófago de la sacerdotisa y se acurrucó en Holmes. Lo besó con avidez, embriagándose con el calor de sus labios. Holmes correspondía al beso más fuerte todavía. Una agradable sensación caliente y húmeda le envolvía el sexo. Se apartó, para librarse de la ropa que le incomodaba. Fue entonces cuando vio la razón de aquel calor. Un amplio círculo de sangre sobresalía a la altura del vestido de Anna Candelária. Se había cumplido una vez más la maldición de Sha-Amun-Em-Su.

Sherlock Holmes retrocedió, incómodo. Aunque un deseo salvaje se apoderaba de su cuerpo, hacer el amor en semejantes condiciones era algo impensable para un leal súbdito de la reina Victoria.

Acarició con la punta de los dedos el rostro de la amada y se retiró con la convicción de que llevaría de vuelta a Londres su inexpugnable castidad.

. . .

Sólo el comisario Mello Pimenta y Júlio Augusto Pereira, el marqués de Salles, habían ido al embarque de Holmes y Watson rumbo a Inglaterra. Al contrario de la alegre despedida de Sarah Bernhardt, el ambiente era de tristeza. Se hallaban a bordo del *Kaikoura*, que partiría en instantes hacia Liverpool. Sherlock Holmes vestía de nuevo sus pesadas ropas inglesas. Llevaba en la cabeza el gorro típico y la larga capa cuadriculada le cubría el saco. Apoyado a su lado, en la amurada, el estuche del violín. Agradeció el cariño de los amigos brasileños.

—No se olviden, cuando vayan a Londres habrá siempre un lugar en el 221 b de Baker Street.

—Gracias, señor Holmes —balbuceó Mello Pimenta, conmovido. Sabía que echaría de menos a aquel inglés afable e impetuoso.

—Y cuanto regresen a Brasil, insisto en que se hospeden en mi casa —ofreció De Salles.

—Agradezco la gentileza, marqués, pero temo que sea poco probable.

Mientras hablaban, un hombre vestido de negro subía apresurado las escaleras del buque. Cuatro esclavos embarcaban las varias maletas de su equipaje. Mello Pimenta lo reconoció de inmediato.

—¡Miren! ¿No es Miguel Solera de Lara?

De Salles lo llamó por su nombre:

—¡Miguel! ¡Aquí!

El librero se aproximó.

—Buen día, señores. Señor Holmes, doctor Watson, ¿quiere decir que viajamos juntos? Qué feliz coincidencia.

—No sabía que usted iba a Inglaterra. ¿Va a pasear? —preguntó Sherlock.

—No. Me mudo. Planeo vivir en Londres.

El marqués de Salles bromeó:

—Así que sales a la francesa incluso cuando vas a Inglaterra.

—Conoces muy bien esta antigua aspiración, y hasta te burlabas de ella —respondió Miguel Solera, molesto.

—¿Siempre quiso vivir en Inglaterra, doctor Miguel? —indagó Mello Pimenta, curioso.

—Siempre, comisario. De no haber sido por las enfermedades de la pobre mamá, ya habría partido hace mucho tiempo. Ahora que ella se fue... —explicó, sombrío, Solera de Lara.

—Mis condolencias, señor de Lara. No sabía que su madre había fallecido —dijo el detective.

—Gracias, señor Holmes. Por irónico que parezca, la pesadilla que es la pérdida de mi madre se transformó en la realización de un sueño: tener una pequeña librería en Londres, llevar una vida tranquila y dedicarme al estudio de los clásicos.

—Si precisa algo, estoy a su entera disposición. Me gustaría retribuir un poco de la generosa hospitalidad que recibí en su país —se ofreció Sherlock.

—Le quedo muy agradecido, señor Holmes. Ahora, si me

permiten, voy a ocuparme del equipaje —se despidió Miguel Solera de Lara, con una discreta reverencia.

El grupo observó la melancólica figura vestida de negro desaparecer en dirección a los camarotes. Sherlock Holmes se apiadó.

—Pobre muchacho. Está de veras abatido.

—Vivía por entero dedicado a la madre. Miguel es un hombre bueno y gentil —comentó De Salles.

Se acercó un marinero a avisar que los visitantes debían desembarcar. El *Kaikoura* estaba por levar anclas. Mello Pimenta estrechó la mano de Watson y abrazó al detective, emocionado.

—Adiós, señor Holmes. Fue un honor y un privilegio haberlo conocido. Que tengan un buen viaje.

Sin que Sherlock pudiera intentar reacción alguna, el comisario estampó dos besos en las mejillas del inglés.

El marqués de Salles se despidió de Watson y, como bien conocía las razones del corazón, tomó a Holmes del brazo.

—Mi buen amigo, una larga travesía es la mejor panacea para los dolores del amor.

El detective sonrió agradecido. Después extrajo del saco un paquete y se lo entregó.

—Es lo que me quedó de *cannabis*. Por favor, quédese con ella. Ya no podría fumarla sin acordarme de Anna Candelária. La recordaré siempre como “la mujer” —confesó, al tiempo que se llevaba a la boca la pipa vacía.

El vapor se alejó con pereza del puerto, como si la indolencia de los trópicos permaneciera aferrada a su casco. Desde el combés, Sherlock Holmes contemplaba pensativo a los dos amigos que, a lo lejos, saludaban con la mano parados en el borde del muelle Pharoux. Acarició su viejo estuche de violín, que ahora abrigaba en secreto el Canto del Cisne. Vio que Watson, a su lado, tomaba notas en un cuadernito.

—¿Qué hace? ¿Está registrando impresiones del viaje?

—No, Holmes. Sigo por fin el consejo de *madame Sarah Bernhardt*. Voy a empezar a escribir todos sus casos. La francesa tiene razón: este asunto debe de rendir unas buenas libras. ¿Qué

le parece? Ya tengo hasta el título: *Las aventuras de Sherlock Holmes*.

—Me parece óptimo, Watson, pero esta historia ocurrida en tierras brasileñas es la única que nunca podrá contar —dijo el detective inglés, mientras acariciaba, bajo la camisa, su collar colorido de Xangô. De manera inexplicable, un grito ronco brotó de su garganta, en el inconfundible saludo del orixá:

—*Kawô-Kabiyèsilé!*

24

Bajo el cielo estrellado de una noche caliente y sin nubes, el Kaikoura surca pausadamente el océano. Él está solo en la cubierta superior del viejo buque y respira la brisa cálida del Atlántico. Piensa con desprecio en el extranjero que no logró descifrar las señales, tan evidentes, de su rastro sanguinario. Sonríe. Reconoce que se valió de un juego con cartas marcadas. En Inglaterra, las notas musicales de la escala diatónica son siempre designadas por letras. Para el estúpido inglés, las cuerdas del violín, instrumento que él jamás había tenido el coraje de tocar en público, eran G, D, A, E. Para los latinos, SOL, RE, LA, MI. Eufórico, deletrea a los vientos, en la soledad de la madrugada: MI de Miguel, SOL de Solera, LA de Lara, RE de Refugio de Afrodita. El obtuso pesquisador ni se había acordado de la diosa mitológica. El bárbaro sajón no sabía que la hija de Urano, nacida de las espumas de espermatozoides de los genitales mutilados del padre, era venerada por las putas y protectora de todas las ramera. Afrodita, entronizada en su concha. Concha, concha marina, vagina. “Cunt”, como el propio inglés. Ríe del juego de palabras. La vulva donde dejó todas las cuerdas, endulzadas con el sudor del pánico, en aquellos pelos del pecado. Quedan las orejas. Tan obvias, las orejas. Lanza una nueva carcajada. En el fondo, siempre supo que el necio británico jamás las relacionaría con él. Orejas. Orejas de libro. Libro, librero. Miguel Solera de Lara. El pobre tonto conocía bien el idioma, pero hablaba como un lusitano, para quien esas “orejas” son “solapas”. Saca del

bolsillo un pañuelo, lo abre y contempla los cartilagos resecos que amputó a las cuatro víctimas. Se inclina por sobre la amurada y lanza al mar los últimos vestigios de su crimen sin castigo. Al fin se siente en paz. Él, la Bestia redimida, él, el Ángel avieso, él, Miguel Solera de Lara, el Oluparun. Un pensamiento inquietante le perturba la armonía: ¿y si la mesalina oculta en alguna falda hiciera surgir en él, nuevamente, la Metamorfosis apaciguada? Se encoge de hombros, displicente. No importa. Lleva consigo la daga de los ritos paganos de su infancia. La lámina fría guardada junto al vientre le apacienta el espíritu. Mira por última vez, a lo lejos, el país-continente en que nació, ahora minúsculo a la distancia, casi una sombra deforme. Adiós, Brasil, adiós, tierra del sol. Lo aguardan las brumas de Albión.

• • •

THE STAR

LONDRES, 2 DE SETIEMBRE DE 1888

WHITECHAPEL - Nunca se cometió un asesinato de forma tan ferozmente brutal. El cuchillo, con toda probabilidad ancho y afilado, traspasó a la mujer por la parte inferior del abdomen y luego fue dirigido hacia arriba, no una, sino dos veces. El primer

corte giró en ángulo a la derecha, cortando la ingle y pasando sobre la nalga izquierda; el segundo, sin embargo, subió en línea recta por el centro del cuerpo, alcanzando el esternón. Tal trabajo sólo puede haber sido obra de un demente.

THE TIMES

LONDRES, 4 DE OCTUBRE DE 1888

Al:
Jefe
Central News Office
London City

Estimado Jefe:

Continúo oyendo decir que la policía me atrapó, pero todavía no me encontraron. Me río mucho cuando se fingen expertos y afirman que están en la pista correcta...

...Estoy reventando a las putas, y voy a continuar mientras no me agarren. Hermoso trabajo, el que hice

en mi última faena. La madama ni tuvo tiempo de gritar. ¿Cómo van a encontrarme ahora? Adoro mi oficio y quiero comenzar otra vez.

Pronto van a oír hablar nuevamente de mí y de mis graciosas bromitas.

En el próximo servicio, sólo por divertirme, voy a cortar y mandar a la policía las orejas de la muchacha...

JACK EL DESTRIPIADOR
Londres, 3 de octubre de 1888

NOTA

Ésta es una obra de ficción.
Incluso los personajes históricos en ella presentados
son tratados de manera ficcional.

bibliografia

Azevedo, Moreira, *Mosaico brasileiro*, Rio de Janeiro, Garnier, sin fecha;
O Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, Garnier, 1877.

Baring, William S., *Sherlock Holmes of Baker Street (A Life of the World's First Consulting Detective)*, Nueva York, Gould-Clarkson N. Potter, 1962.

Bastos, Sousa, *Carteira do artista. Apontamentos para a história do teatro português e brasileiro*, Lisboa, José Bastos, 1898.

Beanis, H., y Bouchard, A., *Précis d'anatomie et de dissection*, París, J. B. Baillière et Fils, 1877.

Berger, Paulo, *Dicionário histórico das ruas do Rio de Janeiro. Centro*, Rio de Janeiro, Gráfica Olímpica, 1974.

Bernhardt, Sarah, *Memórias de Sarah Bernhardt. Minhas duas vidas*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1949.

Besouchet, Lidia, *Pedro II e o século XIX*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1993.

Brochier, Jean-Jacques, *Sade*, París, Editions Universitaires, 1966.

Caldeira, Jorge, *Mauá: Empresário do Império*, San Pablo, Companhia das Letras, 1995.

Caldeira, Pedro Soares, *Questões de higiene e alimentação (Corte do Manguê - Degeneração sanitária)*, Rio de Janeiro, J. Villeneuve, 1889.

Calmon, Pedro, *História de d. Pedro II*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1975, 5 vol.; *O rei filósofo*, San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1938.

Caminhoá, J. M., *Estudos das águas minerais de Araxá*, Rio de Janeiro, Laemmert, 1890.

Carmil, Renato, *Anthropometria. Método para verificação de identidade pessoal. Relatório*, Rio de Janeiro, Tipografia do Jornal do Commercio, 1898.

Carqueja, Ulpiano Fuentes, comp. *O anedotista ou Leituras para rir*, Rio de Janeiro, Tipografia a Vapor do Reis, 1883.

Cascudo, Luís da Câmara, *Conde D'Eu*, San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1933.

Coaracy, Vivaldo, *Memórias da cidade do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1955.

Couto de Malhães, José Vieira, *O selvagem*, San Pablo/Rio de Janeiro, Magalhaes, 1876.

Cozinheiro nacional ou Colleção das melhores receitas das cozinhas brasileira e europeas, Rio de Janeiro, Garnier, 1880.

Cruls, Gastao, *Aparência do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1965, 2 vol.

Dempsey, David, y Baldwin, Raymond P., *The Triumphs and Trials of Lotta Crabtree*, Nueva York, William Morrow & Co., 1968.

Diniz, Edinha, *Chiquinha Gonzaga, uma história de vida*, San Pablo, Rosa dos Ventos, 1984.

Doyle, Arthur Conan, *The Complete Sherlock Holmes*, Nueva York, Barnes & Noble, 1992.

Edmundo, Luís, *O Rio de Janeiro de meu tempo*, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1938, 3 vol.;

Recordações do Rio antigo, Rio de Janeiro, Biblioteca do Exército, 1949.

Ferreira, Procópio, *O ator Vasques, o homen e sua obra*, San Pablo, sin editor, 1939.

Fonseca, Rubem, *O selvagem da ópera*, San Pablo, Companhia das Letras, 1994.

Fonseca Jr., Eduardo, *Dicionário yorubá (nagô) português*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1988;

Zumbi dos Palmares, Rio de Janeiro, Yorubana do Brasil Sociedade Editora Didática Cultural, 1988.

Freyre, Gilberto, "D. Pedro II, imperador cinzento de uma terra de sol tropical", en *Perfil de Euclides e outros perfis*, Rio de Janeiro, Record, 1987;

Ordem e progresso, Rio de Janeiro, Record, 6a. ed., 1993;

Sobrados e mucambos, Rio de Janeiro, Record, 10a. ed., 1992.

Gold, Arthur, y Fizdale, Robert, *A divina Sarah*, San Pablo, Companhia das Letras, 1994.

Holanda, Sergio Buarque de, *O Brasil monárquico*, Rio de Janeiro/San Pablo, Difel, 2a. ed., 1977.

O império do Brazil na exposição universal de 1873 em Vienna d'Austria, Rio de Janeiro, Tipografia Nacional, 1873.

Jorge, Fernando, *Vida e poesia de Olavo Bilac*, San Pablo, T. A. Queiróz, 1992.

Lautréamont, conde de, *Les chants de Maldoror*, París, Gallimard, 1973.

Le Pileur, A., *Le corps humain*, París, Hachette, sin fecha.

Leite, Miriam Moreira, *A condição feminina no Rio de Janeiro no século XIX*, San Pablo, Hucitec, 1993.

- Lima, Oliveira, *O império brasileiro*, San Pablo, Melhoramentos, 1927.
- Lyra, Heitor, *História de d. Pedro II*, San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1938-1940, 3 vol.
- Magalhães Jr., Raimundo, *Antologia de humorismo e sátira*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1957;
- Arthur Azevedo e sua época, San Pablo, Martins, 1939.
- Maurício, Augusto, *Algo do meu velho Rio*, Rio de Janeiro, Brasileira, 1966.
- Mauro, Frédéric, *O Brasil no tempo de d. Pedro II*, San Pablo, Companhia das Letras, 1991.
- Meneses, Rodrigo Octavio de Langgaard, *Minhas memórias dos outros*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1934-6, 3 vol.
- Menezes, Raimundo de, *Aluisio Azevedo, uma vida de romance*, San Pablo, Martins, 1958.
- Monteiro, Fernando, *A velha Rua Direita*, Rio de Janeiro, Banco do Brasil, 1965.
- Mosse, Benjamin, *D. Pedro II, empereur du Brésil*, Paris, Firmin/Didot, 1889.
- Needell, Jeffrey D., *Belle époque tropical*, San Pablo, Companhia das Letras, 1993.
- Ottani, Juan Carlos, *Stradivario: Vida y obra del famoso constructor de violines*, Buenos Aires, Claridad, 1956.
- Paiva, Salvyano Cavalcanti de, *Viva o rebolado!*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1991.
- Poe, Edgar Allan, *The Complete Tales and Poems of Edgar Allan Poe*, Nueva York, Barnes & Noble, 1992.
- Queirós, Eça de, *Uma campanha alegre (As farpas)*, Lisboa, Edição Livros do Brasil, 1980.
- Quérillac, Anne, y Trévières, Pierre, *Manuel nouveau des usages mondains*, Paris, Delamain et Boutellau, 1926.
- Raeders, Georges P. H., *D. Pedro II e os sábios franceses*, Rio de Janeiro, Atlântica, sin fecha;
- O inimigo cordial do Brasil (O conde de Gobineau no Brasil)*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1988.
- Renault, Delso, *O Rio antigo nos anúncios de jornais*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1969.
- Rostand, Maurice, *Sarah Bernhardt*, Paris, Calmann-Lévy, 1950.
- Ruy, Afonso, *Boêmios e seresteiros bahianos do passado*, Salvador, Livraria Progresso, 1954.

- Sarmiento, Alberto, *Os crimes célebres de São Paulo*, Campinas, Tipografia a Vapor do Diário de Campinas, 1886.
- Schwarcz, Lilia Moritz, *O espetáculo das raças*, San Pablo, Companhia das Letras, 1993;
- Retrato em branco e negro*, San Pablo, Companhia das Letras, 1987.
- Sharkey, Terence, *Years of Investigation*, Nueva York, Dorset Press, 1987.
- Silva, Lafayette, *História do teatro brasileiro*, Rio de Janeiro, Ministério da Educação, 1938.
- Stidworthy, John, *Serpentes*, San Pablo, Melhoramentos, 1993.
- Távora. Araken, *Pedro II e o seu mundo através da caricatura*, Rio de Janeiro, Documentário, 1976.
- Veneziano, Neyde, *O teatro de revista no Brasil*, Campinas, Unicamp, 1991.
- Verneuil, Louis, *La vie merveilleuse de Sarah Bernhardt*, Paris, Brentano's, 1942.
- Vianna, Helio, *D. Pedro I e II. Acréscimos às suas biografias*, San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1966.
- Wolff, Frieda, *Pedro II e os judeus*, San Pablo, B'nai Brith, 1983.
- Woon, Basil, *The Real Sarah Bernhardt (Whom her Audiences Never Knew)*, Nueva York, Boni and Liveright, 1924.

glosario

Atabaque: Tambor de guerra de origen africano, que es como un barril con cuero de un solo lado, en el que se toca con las manos. Es un instrumento de primordial importancia en las ceremonias y ritos del *candomblé*.

Axogum: Auxiliar de gran categoría, *ogã* encargado especialmente de sacrificar a los animales que serán ofrecidos a los *orixás*, en el *candomblé* tradicional.

Babalorixá: *Pai-de-santo*, jefe masculino de *terreiro*, sacerdote que dirige un *candomblé*.

Banzo: Nostalgia mortal de los negros de África.

Barco: Conjunto de iniciandas que salen de la *camarinha*, ya hechas, en cada período de iniciación del *candomblé*, generalmente una vez por año.

Búzios: Conchillas marinas que se utilizan para practicar un método de adivinación empleado por los *babalorixás*. Éstos consultan a los *orixás* sobre el futuro arrojando pequeños *búzios* sobre una esterilla y deduciendo la respuesta según la posición en que hayan quedado al caer.

Caballo: La persona poseída por el *orixá*. (Según la creencia popular, el santo “monta” al iniciado, como si fuera un caballo, pues no puede permanecer de pie.) El “caballo” es el instrumento del *orixá* para su comunicación con los mortales. Montado por el *orixá*, el *hijo-de-santo*, o caballo, empieza a sentir estremecimientos en el cuerpo, se marea, pierde el equilibrio, anda como ebrio de un lado a otro en busca de apoyo, y por último, vencido por el *orixá*, adquiere otra fisonomía y recobra los sentidos. Con los ojos cerrados comienza a bailar, tal vez a hablar, y prácticamente orienta la fiesta de *candomblé*, que, al menos hasta que el santo deje de cabalgarlo, se dirige solamente a él.

Cabeza hecha: Véase *Hacer la cabeza*.

Caju: Fruto del *cajueiro*, con el que se preparan dulces y bebidas. Es una drupa elipsoide, amarilla, aromática, muy jugosa y ácida. En la parte superior tiene una especie de almendra que es muy apreciada por su sabor.

Camarinha: Aposento en el que permanecen las *iaôs* durante los días o meses

- de aprendizaje y realización de los rituales de iniciación del *candomblé*.
- Candomblé:** Religión de los negros yoruba, con diversas modalidades según las influencias predominantes en cada región. Lugar donde se realizan las fiestas religiosas de este culto; nombre de las grandes ceremonias anuales obligatorias; cualquiera de las grandes fiestas de los *orixás*.
- Canjiquinha, dim. de canjica:** Papilla de consistencia cremosa que se hace con maíz fresco rallado, leche de coco o de vaca, azúcar y canela.
- Capocira:** Mezcla de juego atlético y lucha de origen negro, defensivo y ofensivo, de movimientos rápidos, diestros y ágiles, introducido en Brasil por los esclavos bantos de Angola, y difundido por todo el territorio brasileño. Es tradicional en Recife, Bahía y Río de Janeiro.
- Cavaquinho:** Pequeña viola, de origen europeo, de cuatro cuerdas simples.
- Chorinho (dim. de choro):** Pieza musical popular ejecutada por un pequeño conjunto instrumental compuesto por flauta, guitarra, *cavaquinho* y otros instrumentos.
- Cosme y Damián:** Santos mártires católicos, de la época de Diocleciano, hermanos mellizos, nacidos en Arabia. Como médicos cirujanos realizaron numerosos milagros consistentes en curar a enfermos desahuciados. Son los patronos de la medicina. Su fiesta es el 27 de septiembre, y son muy populares en Brasil.
- Couve:** Tipo de col verde, de granes hojas gruesas, semejante en sabor y apariencia a la acelga, de la familia de las crucíferas. Para acompañar la *feijoada*, se la presenta cortada en tiras finas y salteada en aceite.
- Exu:** En el *candomblé* tradicional, representante de las potencias contrarias al ser humano, que hace de mensajero entre éste y los dioses. Los afro-bahianos lo asimilan al demonio de los católicos, pero no sólo le temen sino que también lo respetan y hacen de él un objeto de culto.
- Hacer la cabeza:** Iniciarse, someterse a determinados rituales del *candomblé*, preparar la mente para recibir a los *orixás*.
- Hijo/hija de santo:** Iniciado/a, sacerdote o sacerdotisa.
- Iansã:** Orixá femenino, divinidad africana del río Níger, una de las esposas de Xangô, reina guerrera, dueña de los vientos, rayos y tempestades.
- Iaô:** Sacerdotisa, iniciada. Hija de santo en el proceso de cumplimiento de los deberes y encargos del curso de iniciación, o recién iniciada.
- Iemanjá:** Orixá de los ríos y corrientes y del mar, considerada madre de todos los *orixás*. Representa la gestación, la procreación.
- Ilê:** En idioma nagô, casa, morada; templo en las ceremonias de *candomblé*.
- Jenipapo:** Fruto del *jenipapeiro*, cuyo jugo es usado para hacer un licor muy apreciado en el norte y otras regiones de Brasil.

Jequitibá: Árbol de la familia de las lecitidáceas.

Maracujá: Planta de la familia de las pasifloráceas, de fruto muy sabroso y perfumado, que sobre todo se utiliza mucho para jugos.

Maxixe: Danza urbana brasileña, de parejas, generalmente instrumental, en compás de dos por cuatro rápido, originaria de Río de Janeiro, resultado de la fusión de la habanera y la polca con una adaptación del ritmo sincopado africano.

Murici: Planta de la familia de las malpighiáceas.

Nagô: Nombre dado en Brasil al grupo de esclavos sudaneses procedentes del país yoruba. Nombre de la “lengua general” de los esclavos, que ejerció gran influencia en el vocabulario popular del norte de Brasil, en especial en lo religioso.

Ogã: Auxiliar y protector civil de los *candomblés*, en Bahía y otros lugares, escogido por los *orixás* y confirmado en una fiesta pública. Cada *candomblé* tiene uno o varios *ogas*, y cada uno de éstos, su *orixá* protector. Son los miembros masculinos de la secta, y cumplen la función de ayudar al *pai-de-santo* en el ritual, apadrinar el *terreiro* y proporcionar dinero para las fiestas sagradas.

Ogum: Uno de los *orixás* cazadores, protector de la caza, la agricultura y la guerra.

Omolu: *Orixá* de la viruela y las enfermedades epidémicas en general; es una entidad demoníaca, de atributos fálicos. Se lo considera muy poderoso y es muy respetado.

Orixá: Personificación y divinización de las fuerzas naturales, que bien puede interpretarse como santo, en la acepción católica. Son divinidades intermediarias entre los dioses y los seres humanos. En Brasil, así como en Cuba y Haití, los *orixás* fueron sincretizados con los santos católicos, por lo cual también se los llama “santos”. Cada *orixá* puede tener “cualidades” especiales.

Oxalá: El mayor de los *orixás*, identidad andrógina, bisexual, protector de la creación de la humanidad. Simboliza las energías productivas de la naturaleza.

Oxóssi: *Orixá* de la caza, protector de los cazadores.

Oxum: *Orixá* de las aguas dulces, y también de la riqueza y la belleza.

Oxumarê: *Orixá* del arco iris, ocupado en transportar agua de la tierra al ardiente palacio de las nubes, residencia de Xangô.

Pai-de-santo: Jefe de un *terreiro* o casa de *candomblé*; sinónimo de *bahalorixá*.

Pamonha: Especie de torta hecha con maíz fresco, leche de coco, manteca,

canela y azúcar, que se cuece en las mismas hojas del maíz o en cáscaras de banana, atadas en las extremidades.

Pcji: Santuario o altar de las divinidades del *candomblé*, donde se colocan símbolos, ofrendas, fetiches, comidas rituales, etcétera.

Pomba-gira: Divinidad demoníaca, de sexo femenino, que al incorporarse cobra las actitudes de una prostituta maligna.

Quindim: Dulce, semejante a un pequeño flan, hecho con yema de huevo, coco y azúcar.

Samambaia: Tipo de helecho, perteneciente a la familia de las polipodiáceas.

Samba: Danza cantada de origen africano, de compás binario y acompañamiento sincopado.

Sapucaia: Árbol de la familia de las lecitidáceas.

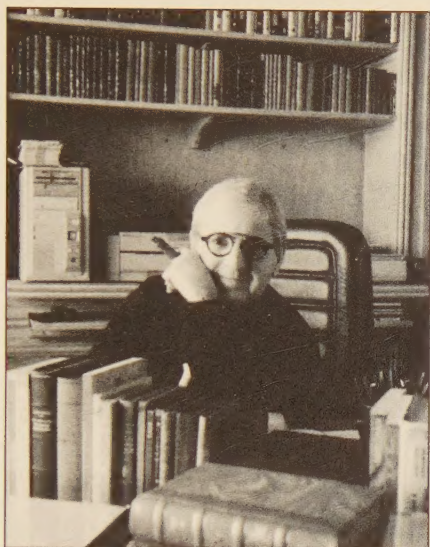
Sarapatel: Guiso de hígado, sangre, riñones, pulmón y corazón de cerdo o carnero, cocidos en su jugo.

Taioba: Planta herbácea de la familia de las aráceas.

Terreiro: Casa de *candomblé*; nombre dado a los terrenos y casas donde se practican las ceremonias y fiestas religiosas y sus preparativos, en los cultos afro-brasileños.

Xangô: Grande y poderoso *orixá*, dios del rayo y del trueno, hijo de Iemanjá. Uno de los *orixás* más populares, prestigiosos y divulgados.

Yoruba: Véase *Nagô*.



Jô Soares nació en Río de Janeiro en 1938.

Comediante, humorista y dramaturgo, es autor, entre otros títulos, de *O flagrante*, *O astronauta sem regime* y *O humor nos tempos de Collor*, este último con Luís Fernando Veríssimo y Millôr Fernandes.

Candomblé, caipirinha y Sherlock Holmes es su primera novela, en la que combina una rigurosa investigación histórica sobre la vida de Río de Janeiro a finales del siglo pasado, bajo el Segundo Reinado, con una inventiva sin fronteras.

La primera visita de la legendaria actriz francesa Sarah Bernhardt a Río de Janeiro coincide con la misteriosa desaparición de un valioso violín Stradivarius -obsequio del emperador Pedro II a una dama de la corte- y el asesinato y mutilación de varias jóvenes. El famoso Sherlock Holmes y el infaltable doctor Watson, requeridos por el emperador, se dirigen a Brasil para verse sumidos en una aventura llena de peligros y de marcado color autóctono, con sabores desconocidos como **feijoada**, **vatapá** y **caipirinha**, y bellas mulatas y **candomblé**. El resultado es un libro delicioso, en que las modas y las costumbres de la capital imperial se hallan acompañadas por algunas suposiciones más osadas, como por ejemplo, la de que Brasil fue la cuna del primer **serial killer** de la historia. El tono del texto va desde lo jocoso de los diálogos y la mofa del francesismo brasileño de la época, hasta lo hilarante de diversas escenas y algunas revelaciones estremecedoras sobre la vida sexual, alimentaria y farmacológica del famoso detective de Londres.

El Sherlock de Jô Soares descubrirá las delicias sensuales de los trópicos, aprenderá costumbres nativas y ejercerá sus dotes deductivas, pero se verá obligado a admitir que los crímenes debajo del ecuador no son tan elementales, querido lector.

Una aventura de Sherlock Holmes que Conan Doyle prefirió no contar -por motivos que resultarán bastante obvios- pero que Jô Soares rescata en esta novela implacable e impagable.

ISBN 950-08-1605-9



9 789500 816052

Código 18277